

ISA QUINTÍN

X Máxima duración:
tres meses

¿Sexo? Opcional

GIRLPOWER

Tú te lo pierdes

No romance,
no declaraciones
de amor

Ante el más mínimo síntoma de
enamoramiento de cualquiera de
las partes: darle **fin**

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

1. La vida a lo Lena Roach
2. Vivir Nueva York
3. Un libro secreto
4. Conociendo a Casilda Watts
5. El día en que el dharma y el karma se cruzaron
6. Un café
7. Dharma encendido
8. Malditos y encantadores hombres
9. No quiero vivir en una novela
10. Ser Elena Rocha
11. Perdiendo la cabeza
12. Estoy en apuros
13. ¡Estoy maldita!
14. Dulzura, culpa a las hormonas
15. Una verdadera cita
16. A todos los hombres de mi vida
17. El secreto del chico misterio
18. Lena, la cabrona
19. Rodolfo, marihuana y los cinco nombres
20. Un secreto salvavidas

21. Mala farsante, mojitos, francofiasco y el perfecto idiota
22. Casete borrado, amiga al rescate, mi primera disculpa
23. No sé quién soy
24. Temblor de piernas, soy un bicho raro
25. Esto no es una cita
26. Perdiendo a mi mejor amiga
27. ¡Que no acabe nunca!
28. Elena al desnudo
29. Mordiendo el polvo, levantando la cabeza
30. Sorpresas, más secretos, hora de arrepentirse
31. Este cuento no ha terminado

Agradecimientos

Extras

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Juliana Vargas
Las amigas verdaderas se alejan, pero jamás se van.

«Me llevas a otro espacio y tiempo.
Tú me llevas a un lugar más alto,
Así que yo estoy a punto de salir de la carrera.
¡Y no me importa!
¡Sí!
Todo lo que sé es que tenerlo todo
Es como tener nada si no te tengo.»

Adam Levine, *A Higher Place*

1

La vida a lo Lena Roach



Todos mis días empiezan quince minutos antes de las cinco de la mañana con la excitante voz de Adam Levine en alguna de sus canciones. Moviendo mis caderas y cintura, dejo la calidez de la cama y me encamino al armario. De allí salto a una hora de rutina deportiva, para intentar que los músculos de mi cuerpo estén firmes y nada, absolutamente nada, se atreva a moverse como gelatina.

Mi vida cumple un régimen estricto sin derecho a cambios. El desayuno es la comida más importante del día y eso no admite discusión, lo cual no quiere decir que disponga de tiempo suficiente para sentarme a leer las noticias y comerme los huevos revueltos. Mis desayunos son mezclas saludables de cereales, frutas y lácteos que meto en un frasco de vidrio y voy comiendo de camino al trabajo, mi *amado trabajo*.

¿Dónde trabajo? Bueno, tengo un acogedor estudio en las oficinas de BEAU Colombia. Me encargo de revisar los contenidos y cuidar el estilo editorial que identifica a la revista, pero aquello que me hace visible a los lectores es la columna quincenal que escribo, llamada *Taconeras al poder*. Un espacio reservado para hablar de amor y desamor, rupturas y encuentros, sexo, amigas y demás. Es maravilloso poder dedicarse a hacer lo que amas, y a mí se me apareció el hada de los cuentos ofreciéndome hacer realidad ese sueño.

Pero no acaba ahí; media jornada en BEAU me lleva luego a la tarde para ser escritora, la chica que ha publicado seis libros de *chick lit* que son un éxito en ventas y que me han permitido recorrer medio mundo. Las noches son para compartir con las amigas, asistir a algún evento comercial o disfrutar de la compañía de un nuevo *fuck buddy*.^[1]

Tres años desde que terminé mi carrera de comunicación social y una especialidad en narrativa, algunas clases de psicología femenina, romance y relaciones, sexología e historia erótica. Es lo que llevo trabajando con la revista y un par de editoriales, vendiendo libros, siendo locutora de un programa de radio en la cadena *Mujer en línea*. Y es justo el tiempo que he esperado para que una oportunidad inigualable, como la que se presentó unos meses atrás, llegara a mi vida. Hoy, por fin, la espera acabó y estoy a unas cuantas horas de iniciar un nuevo capítulo de mi historia. En mi vida, absolutamente nada sucede por casualidad.

—¿Preparada para tu viaje? —pregunta Fiorella cuando irrumpe en el aparcamiento del edificio.

—¡Siempre estoy preparada para lo que sea! Ya solo me queda el programa de hoy en la emisora y salgo enseguida hacia el aeropuerto.

—Ahora mismo, ¿adónde vas?

—Al apartamento, tengo que cambiarme de ropa y asegurarme de que todo quede en orden, ya sabes... —Ella asiente—. Y tampoco pienso viajar montada en estos Prada, por más que los ame.

—Así que te bajarás de tu escaleta de *it girl*...

—¿Cómo se te ocurre? Antes muerta que sencilla... Ya verás como en Nueva York me reciben con *flashes* y *paparazzi*.

Fiore sonríe y de ese modo intenta hacerme creer que todo estará bien.

—Te voy a echar de menos... —Abre sus brazos de par en par y pone en su expresión una mueca de tristeza.

—Y yo a ti, mi *boss* favorita. —Me acerco rápidamente a ella y nos damos un abrazo fuerte.

—¿Seguro que no quieres que te lleve al aeropuerto?

—No, Fiore, así está mejor. Además, no me hagas pucheros, que no me

quedaré allí eternamente. Son solo tres meses que pasarán volando...

—Está bien, que sea como dices. —Se rinde, pobre mi amiga—. En todo caso, tenemos todos esos aparatos tecnológicos para acortar distancias.

Mi jefa es pésima para las despedidas, eso lo tengo muy claro. Y se le nota a leguas que está haciendo su mejor esfuerzo. Siempre que la dejo en el aeropuerto cuando viaja por asuntos de la revista, su rostro se parece a uno sacado de una sala de cine después de ver *Titanic* o *La vida es bella*. Justo como ahora, que ha vuelto a abrazarme, y si no me separo pronto, de seguro que se insertará en mi maletero.

—Así es, no sentirás mi ausencia. Lo juro.

Le doy un beso en la mejilla y enseguida subo a Sheldon, mi Mini Cooper negro.

Una hora más tarde, salgo de mi apartamento con una versión *sporty* de mi *outfit*. Sheldon va cargado con cuatro maletas y nos dirigimos a la casa de mi madre. El tráfico me tiene frita y, si no mejora, tendré que cancelar el programa en la radio.

El iPhone empieza a sonar; es mi madre.

—¡Mamá! Voy conduciendo...

—¡Hola, hija! También estoy feliz de oírte... ¿Que cómo estoy? Muy bien, gracias por preocuparte.

—Mamá, ¡por favor!

—Vale, vale. En ti no se puede hallar preocupación y menos una pizca de afecto. —Tuerzo la boca enseguida, este tema es pan de cada día—. Llamé para saber si ya estabas en camino. Te estoy esperando en el desvío de la autopista que va al centro.

Subo el volumen al máximo en el momento en que suena en la radio *Moves Like Jagger*. Esa canción refleja la emoción que me embriaga ahora mismo. La nueva aventura que estoy por emprender me llevará a la consolidación de mi carrera como escritora. Un máster en literatura feminista, dictado por mi gurú del género *chick lit*, es todo un sueño hecho realidad. Llego para recoger a mamá y seguir el camino hacia la emisora.

—¡Oh, por Dior! —le suelto a mi madre en cuanto sube—. ¡Se te olvidó

quitarte el disfraz! —Sueno aterrada, y es que creo que me sangran los ojos.

—¿Qué disfraz? —Mi madre se recorre con la mirada—. Esto —se agarra lo que llamaría *camisa* y me mira de forma inquisidora—, esto fue lo mejor de los sesenta.

—No quiero ni imaginar qué fue lo peor... —Le lanzo una mirada de indignación—. No sé por qué tienes que vestirme así cada vez que empiezas un proyecto.

—Porque me ayuda a ponerme en situación, me transporta a la época y así puedo transmitir la esencia de esos años en mis obras.

—Me gustaron tus locos años veinte —confieso sonriente, con el vivo recuerdo en mi memoria—. En realidad te prefiero en la era antes de los sesenta, o vestida como un repollo de mil quinientos, a esto... Es realmente un andrajo.

—¡Putas o mojigatas, todo contigo va a los extremos! Qué buen concepto tienes de tu madre.

Apenas me vuelvo a mirarla antes de poner los ojos en blanco.

—Los *hippies* son parte importante de la historia y sus más grandes exponentes fueron tus amados Beatles.

—¡En nombre de John Lennon, madre! No te atrevas a comparar su estilo con esos harapos que llevas. Ellos transmitían la ideología *hippie* en sus canciones, cosa que adoro.

—¿Vas a saber tú más que yo, que viví la época? Recuerda que...

—Sí, sí..., fuiste una de las *groupies* de Bob Dylan. Por suerte, no soy su hija.

—¿Tan malo sería?

La fulmino con la mirada. Ella no lo sabe, pero sus bromitas me repatean el hígado.

—¿A qué pobre indigente le robaste lo que llevas puesto? —digo volviendo al tema.

—Mira que llegas a ser desagradable, Elena. Para que te comas las uñas y te muerdas los codos de la envidia, esta mañana me hicieron unas fotos para la revista *InDeco*. Con estos ha-ra-pos.

Opto por guardar silencio. Mi madre es una artista prodigiosa, sus cuadros

y esculturas se exponen y venden como rosquillas. Pero cuando está en pleno proceso creativo y entra *en situación*, llega a ser muy vergonzoso verla. La dejaré disfrutar de su gloria, al menos no la veré en un par de meses y agradezco al universo que así sea.

—¿Cuántas maletas llevas? —ataca de nuevo.

—¿Importa?

—No me respondas con otra pregunta. No se te quita lo impertinente. —¿Se queja Gabriela, la impertinente mayor?—. Importa, porque conozco lo pésima que eres para hacer el equipaje. Quieres llevarlo todo.

—Cuatro..., llevo cuatro maletas —respondo, rendida a la situación. ¡Qué largo se me está haciendo el camino!

—¿Piensas mudarte por completo?

¡Argh!

—No empieces con los reproches. Llevo lo que es suficiente y necesario para mí. Y antes de tu siguiente bombardeo: la respuesta es no, no me importa si tengo que pagar por exceso de equipaje. ¿Entendido?

—Vale... ¡Me rindo! —Mi madre levanta y enseguida baja la manos, en señal de rendición—. Lo único que espero es que al llegar encuentres pronto un *fuck buddy*, porque te está haciendo falta canalizar esa energía.

Le echo a mi madre una mirada asesina que de seguro es nueva y tendré que patentar. Sí, es cierto que me está haciendo falta sexo, ¿y qué? No pasa nada. No es algo que deba importarle a ella, es mi madre y se supone que debe mantener algo de pudor al hablar conmigo de esos temas.

¡Pero ¿qué estupidez estoy diciendo?!

En primer lugar, ya tengo veintiocho, lo que indica claramente que no soy una adolescente, y en segundo, de ella aprendí eso de los *amantes de ocasión*. No es exactamente un modelo, pero yo lo he imitado al pie de la letra.

Un par de calles más y al fin llego al edificio de la radio. Entro al garaje subterráneo y aparco en mi lugar de siempre, el cincuenta y dos, que está cerca del ascensor. Bajamos del coche, activo la alarma y le indico a mi madre el camino. Tomamos el ascensor hasta el piso ocho.

—¿Cuánto tardarás?

—Te das cuenta de que estamos llegando, ¿no?

—¡Baja la pistola, cariño!

—Mamá... —Respiro hondo, intentando mantener la calma—. El programa tiene una hora de duración, ¿vale?

Salimos del ascensor y entramos en el vestíbulo de *Mujer en línea*. Tomo a mi madre de la mano y la llevo hasta la sala de espera.

—Quédate aquí, por favor, y si te aburres, lee alguna de las revistas de la mesa.

—¡Sí, mi coronela!

Niego con un gesto. Gabriella, eres insoportable. Me encamino a la recepción y a la par voy haciendo movimientos circulares con la cabeza y los hombros para relajar el cuerpo y deshacerme del estrés que me produce la mujer que me trajo al mundo.

—¡Lena! ¡Qué gusto verte!

—No me digas que me has echado de menos, Aura.

—Y ahora que te vas, será peor.

—Son solo un par de meses. —La abrazo y luego la miro, socarrona—. ¿Cómo te fue con la cita del viernes pasado?

—De maravilla —susurra—. Seguí cada uno de tus consejos y obtuve lo que quería.

—Te lo dije —afirmo con suficiencia, la que me ha dado la experiencia—. Voy a cabina, te veo al salir.

—Espera, tengo algo para ti. —Se levanta y abre la puerta que está detrás de ella. Sale con una caja en sus manos—. Lo han traído esta semana.

Hago una revisión rápida del contenido.

—¡Mis taconeras son unos bombones!

—Es porque eres la mejor —añade Aura, señalándome con los índices.

Recibo la caja y la llevo conmigo a la cabina. Al entrar me saludan Julián, el técnico de sonido, y Ximena, la directora. Me acomodo en la silla, pruebo el micrófono, entro en mis redes sociales, me pongo los auriculares y estoy lista para empezar.

Suena la sintonía de entrada y, enseguida, la cortina musical del programa. *Singles ladies*.

«Cuatro de la tarde y sí, ya estoy aquí, en los tacones de Lena. Bienvenidas un viernes más a estos sesenta minutos de canciones y una grata charla entre amigas.

»El tema de hoy ya está publicado en nuestras redes sociales, así que espero desde ya sus experiencias sobre: “¿Qué ha hecho un hombre para que lo consideres un pésimo amante?”.

»Mmm... Tema espinoso, ya que ellos no aceptan quejas ni reproches...

»Recuerden que las líneas están disponibles si quieren que su voz retumbe...

»No es el eslabón perdido, yo sé que todas tenemos algún reproche, así que llegó la hora de desatarlo. Y mientras lo piensan, les dejo en compañía de Garbage y *Cherry Lips* y, a la vuelta, sus experiencias.»

La canción empieza a sonar y cuento con tres minutos para seleccionar, dentro de ese bombardeo de tuits y comentarios, dos o tres historias. Al terminar la canción ya tengo un par que me llamaron la atención y una llamada en espera.

—Bien, ya estoy de regreso y en la línea está Laura. Hola, Laura, ¿qué tal va la tarde?

—Hola, Lena, va genial porque es viernes de tacones y al fin puedo comunicarme.

—Bienvenida a tu espacio. Ahora mismo, cuéntame tu experiencia. ¿Qué hizo ese hombre para que lo consideres un mal amante?

—Pues verás, el tipo como tal no es tan malo en la cama, aunque, como dices, siempre habrá uno mejor que otro. El asunto es que en pleno éxtasis, casi a punto del orgasmo, este idiota empieza a hacer sonidos de animales: un perro, un gato, un caballo y demás...

La oyente y yo estallamos en una carcajada sonora que tarda varios segundos en disiparse.

—Creo que el tipo pensó que tenías alguna fantasía erótica por cumplir en un zoológico y te puso en ambiente.

Volvemos a estallar en risas.

—¡Qué desastre! Ahí acabó todo y ya, nunca más.

—Y es que tampoco daba para más. Laura, gracias por tu llamada. Y hablando de sonidos de animales, vamos a oír rugir a Katty Perry con una canción que me encanta... ¡Roaaar! —imito un rugido felino.

La imaginación me lleva a recrear el momento y es realmente desagradable. Eso le baja la libido a cualquiera. Reviso el reloj y me doy cuenta de que llevo ya media hora de programa. Dispongo de unos minutos mientras dura la pausa comercial para revisar el contenido de la caja. Son cartas, tarjetas, chocolates y un oso de felpa. Mis taconeras me desean buen viaje y pronto regreso. Me conmueve sobremanera ese gesto de afecto. La vida pública es difícil, y la crítica ha llegado a destrozarme por mi estilo e ideales, algo que deja de importar cuando hay alguien más que cree en lo mismo que yo.

Julián, desde la sala de control, me da la señal de regreso al aire en un minuto. Reacomodo el micrófono y me enfoco en los comentarios de las redes sociales.

Estoy en el aire.

«No se imaginan lo que nos cuenta Xiomara en Twitter: “Lena, el título de peor amante se lo doy a uno reciente que el fin de semana pasado se quedó dormido en plena faena. ¡Horror!”.

»Coincido. ¡Horror! Aleja nos dice en Facebook: “Lena, mi peor amante fue uno que se negaba a cambiar de posición y que pensó que mis pezones eran elásticos. El karma que llevo es que es un compañero de trabajo. ¡Auch!”.

»Mis queridas taconeras, no podemos culparlos a ellos; las que hicimos una mala elección fuimos nosotras. Según la revista *Beauty* en su más reciente edición digital, hay unas cuantas señales que delatan a un mal amante:

»La primera es el sexo oral: te pide que le practiques una felación pero luego no quiere cambiar los papeles.

»Segunda: mente cerrada. Que se niegue a usar juguetes sexuales que ayudan en la búsqueda de placer. Es normal en ellos, porque se sienten relegados.

»Tercera: el sexo dura poco. La escasa duración ha sido el detonante de

muchas rupturas y se puede dar por dos razones: que no le interese sexualmente, y por tanto se saltará los preliminares y encima será un pésimo polvo, o que le falte experiencia y tenga un problema para mantener la erección, en cuyo caso nosotras podremos ayudar con algo de iniciativa.

»Cuarta, y la que más detesto: necesita llevar el ritmo. Él toma la iniciativa y elige la postura, pero el ritmo que lleva no es igual al nuestro, así que no logramos llegar al orgasmo. Es dominante, no admite críticas y te culpa por no alcanzar el clímax, es el peor de los amantes.

»Y por último, pocos besos. Y en esto estoy totalmente de acuerdo. El beso es el preliminar más potente que existe en un acto profundamente sexual y sensual. Tal vez se pueda prescindir de ellos en el sexo rápido o exprés, pero si hablamos de coito normal, sexo sin besos es solo sexo y eso le convierte en un amante poco inteligente. Si no te besa, bésale tú, y demuéstrale con algún gemido el efecto que un beso produce en tu libido.

»Esto me recuerda la regla de Vivian, Julia Roberts en *Pretty Woman*: “Nada de besos, y menos con los ojos cerrados”.

»¡Despejemos tanto mal rollo! Vamos con música: Icona Pop, *I Love It* y regreso... en mis tacones.»

Imposto la voz, para que suene sensual y misteriosa.

Tres minutos para reorganizar el recuerdo de mi peor amante (¡sí que fue malo!). Le hago a Julián la señal de que viene el audio y, unos segundos después, un extracto de *Amigos con beneficios*, escena de sexo oral (Mila Kunis y Justin Timberlake):

«—¿Qué piensas hacer? ¿Excavar hasta la China?

»—Soy bueno en esto...

»—¿Según quién?

»—Las chicas con las que estuve.

»—Te mintieron o tenían vaginas de caucho... Tómalo con calma. No eres un lagarto.»

Pausa musical: melodía dramática de un violín. La sintonía de entrada con

mi voz suena de fondo —en mis tacones— y corta.

«En mis tacones... Sí, chicas, al igual que ustedes, yo también he sufrido con esa raza defectuosa, los que llamamos “malos amantes”. Un tipo que pensó que tenía la vagina de caucho, como dice Mila Kunis en *Amigos con beneficios*. Pasa en el cine y pasa en la vida real.»

Cesa la música del violín y vuelve la cortina musical.

«Y bien, taconeras, esto ha sido todo por hoy y por esta temporada. Muchas de ustedes ya saben que el programa volverá a mi regreso. Quiero agradecerles sus mensajes y los detalles que me han dejado. Hoy los recibí y estoy muy conmovida. Ya saben que siempre me encuentran en mis redes sociales.

»Pasen un maravilloso fin de semana. Un beso gigante para todas. Quedan en compañía de mi diosa, Aretha Franklin. *Respect*.»

Al terminar la transmisión, me doy unos segundos para asimilar la despedida de la cabina por algunos meses. Aquí se ha gestado la mayor parte de mi éxito y sé que echaré de menos esta hora en la radio.

Cierro la sesión en las redes sociales, recojo mis pertenencias y le echo una nueva mirada a la cabina. La recorro de punta a punta: la pared abullonada, las sillas reclinables blancas, la mesa de madera rojiza y ovalada, los micrófonos y los equipos... La luz se apaga y en el umbral de la puerta aparece Julián. Elimino la nostalgia con una sonrisa.

—Estuviste genial, como siempre.

—Gracias, Lian.

—Te echaré de menos...

—Lo sé... ¿Quién va a ayudarte con tus citas?

—Y hablando de eso...

—¡Lo sabía! —Le clavo el índice derecho en el hombro.

—¡Ay! —Se acaricia el hombro—. Tú tienes la culpa, me hiciste dependiente...

—¿Quién es la víctima? —Abre los ojos de par en par—. No tengo tiempo para tus indignaciones. ¿Quién es?

—La misma... —dice, escéptico.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Pensé que ya la habías asegurado. No sé de nadie con tantos problemas para follarse a una tía.

—¡Oye! Pues somos novios desde hace unos meses..., pero aún no pasa nada y ya se me están agotando las ideas. Tal vez no me quiere para *eso*...

—¡Pobre, mi Julián! Veintiuno tienes, ¿no? —Asiente—. Con razón... eres un chiquillo inexperto.

—¡No soy virgen! —se apresura a decir.

—No estoy diciendo eso, sería peor. El asunto es que te falta la experiencia de un hombre que ya sabe cómo llevarse a cualquier mujer a la cama. ¿Qué has intentado?

—¡De todo! Las caricias, los besos, un roce, una insinuación... He sido paciente, pero ya no puedo. Mañana es su cumpleaños y estoy pensando en prepararle una cena en mi casa y darle mucho, mucho vino, a ver si de pronto, así, se anima.

—¡Pobre! —Lo abrazo por los hombros—. Y con ese plan de violador psicótico, menos. La chica se está haciendo la difícil. Si no te quisiera para sexo, ya te habría plantado un par de bofetadas. Tienes que ser algo in-directo.

—¡Ilumíname!

—¡Todo debo hacértelo! —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué vas a regalarle?

—Le gustan los libros, pensé en darle algunos...

Me quedo mirándolo con cierta lástima. Es un chico ingenuo, Lena, ten piedad.

—Los libros no son un regalo que logre sexo, bueno, no enseguida, como quieres tú. Pero si puedes esperar unos días más..., regálale la trilogía erótica[2] que está de moda y, con un poco de paciencia, será tuya.

—¿La trilogía erótica? —Su expresión me divierte—. Es muy obvio.

—Julián, Julián, mi querido Julián. Todo lo quieres masticado y listo para tragar. —Nos acomodamos en el vestíbulo, junto a mi madre—. Esto se llevará más de tu quincena..., a fin de cuentas, es el cumpleaños de tu chica. Escúchame bien: compras los libros, los dejas en la mesa de café o en un lugar en el que ella pueda verlos. Si te pregunta, le dices que yo te los di, pero que

tú no dispones de mucho tiempo para leerlos y entonces has pensado en ella, en dárselos para que los lea por ti y luego te comente sus apreciaciones. —Le guiño el ojo—. ¿Ok?

—¿Y luego, qué?

Bufo.

—¡Por todas las sombras de Grey!, Julián. Es simple. ¡Como si vieran porno! —Lian y mi madre abren los ojos de par en par, escandalizados. ¿Acaso decir *porno* está prohibido?—. Si ella acepta leer los libros, despertarán su curiosidad y será a ti a quien acuda ante las dudas que, te aseguro, le van a surgir. El asunto es que tienes que informarte muy bien para no quedar mal. Si ella te pregunta por juguetes sexuales, debes hablarle con naturalidad, como un experto. ¿Por qué? Porque así ella se dará cuenta de que eres un profesional, que todas esas visitas de los sexólogos a esta emisora te han dejado algo en ese cerebritito de pollo y, aunque no seas el amo Grey, le darás la certeza de que eres un buen amante. No está de más que leas los libros...

—¿El amo qué?

¡Madre mía!

—¡Olvidalo, cariño! —Expulso una bocanada de aire y manoteo para quitarlo de mi lado. Este chico me deja extenuada, ya entiendo las negativas de la chica—. Las dudas te las respondo por WhatsApp, tengo que subirme a un avión. —Le doy un beso en la mejilla y me levanto para salir junto a mi madre.

Me despido con un rápido abrazo de Aura y Ximena y enseguida tomamos el ascensor. Mi madre está muy callada y la prefiero así. El recorrido al aeropuerto no nos lleva mucho tiempo, así que no hay de qué preocuparse.

Bajo las maletas y mi madre sale del coche. Me trae uno de los carritos portaequipajes y, en silencio, me ayuda a cargarlo.

—¿Te pasa algo? —pregunto, ligeramente inquieta por su actitud.

—Nada —responde sin mirarme.

Algo tienes, Gabriella, y por favor, que no sean lágrimas...

—Eso creí. —Busco dentro de la cartera las llaves de mi apartamento y las de Sheldon y las elevo para que pueda verlas—. Estas son las llaves del

apartamento. —Le entrego un llavero del que cuelgan cinco llaves y una lechuza—. No vayas a extraviarlas, ¡por lo que más quieras! Ya sabes que ahí quedó parte de la herencia del abuelo. —Ella dibuja una sonrisa casi imperceptible—. Y estas son las llaves de Sheldon. —Le entrego dos llaves enganchadas a una perfecta *S*, hecha en acero inoxidable, liviana y elegante—. No lo saques mucho, aún lo estoy pagando...

Y aquí vamos...

Mi madre estalla en llanto, me abraza y me llena de lágrimas el *blazer* azul marino que me costó cien dólares —y en rebajas—. Ya pasamos por esto muchas veces y siempre lo hace igual. Gabriella Rocha es una mujer muy sentimental.

—Mamá, estamos muy viejas para esto. Debo irme. Te llamaré al llegar. Estaré bien.

Se incorpora, limpia su rostro y su nariz con la manga estampada de su camisa *hippie*, que al fin halla su misión en el mundo, y toma mis manos en las suyas.

—Cuídate mucho —sus ojos anuncian más lágrimas—, me alegra que te quedes con Maggie, así puedo estar tranquila, no como en el viaje a Canadá, que te perdiste...

—Sí, mamá, ya sé lo que sucedió en Montreal. Tenía once años, ahora tengo veintiocho. Además, ya he vivido en Nueva York. Estaré bien, son tres simples meses.

—Tienes razón, tengo que ayudarte a volar y no cortarte las alas. —Un abrazo más—. Encuentra al amor de tu vida en algún musical de Broadway.

Hago un movimiento de negación con la cabeza y añado:

—Eso es imposible, yo voy por la gran pantalla, no por las tablas. Adiós.

* * *

Un abordaje sin contratiempos, un vuelo tranquilo leyendo a Casilda Watts (mi próxima maestra) y escuchando a Katy Perry. A medianoche piso suelo neoyorquino, donde me esperan la flamante tía Maggie y su sexto esposo.

La promiscuidad es un mal de familia.

—¡Cariño, qué guapa estás! —Mi tía abre los brazos de par en par y trata de darme la mejor sonrisa que le permite su último tratamiento antiarrugas.

—¡Tía Maggie! —Me suelto de su apretón—. Por ti no pasan los años..., estás preciosa.

Soy el paradigma de la adulación.

Vivir Nueva York



Resulta que el actual esposo de la tía Maggie acaba de jubilarse de su emporio y ha decidido mermar un poco de su incalculable fortuna viajando por el mundo. Le lleva casi treinta años a su segunda esposa y se siente como un jovenzuelo, según me ha dicho. No me extraña que haya dado con Margarita Rocha, mi tía siempre consigue esposos con muchos ceros en la cuenta, empresas, barcos, yates, casas alrededor del mundo y gustos excéntricos.

Las buenas nuevas me reciben enseguida: viajan en un par de horas a Francia y, para mi fortuna, hace meses que residen en Los Ángeles. Me despiden para esperar su vuelo y yo quedo a merced de la suerte. Bueno, no es verdad, en realidad el viejo ha sido muy generoso al ofrecerme un apartamento de su propiedad en pleno corazón de Manhattan, en el Upper West Side, para ser exacta. Tengo a mi disposición una empleada y un chófer. Así que no hay nada que deba envidiarle a Paris Hilton.

—Señorita Rocha, soy Alan, su chófer. ¿Quiere ir al apartamento?

—Gracias, Alan, soy Lena Roach, por favor.

—Sí, señora. —Se inclina levemente y abre la puerta del coche—. Suba, por favor.

Gabriella cree que me avergüenzo de llevar su apellido y de ser hija de madre soltera. No es así, el abuelo supo hacerlo bien como padre. Lo que

sucede es que Lena Roach es mi *alter ego*, la escritora famosa, periodista y locutora; atractiva, seductora e irresistible. Elena Rocha es el resultado de un experimento científico.

Alan intenta darme una rápida guía turística por la ciudad, me nombra ciertos lugares y avenidas que me pueden ser útiles, pero creo que con él no necesito tanta indicación. Además, a esta hora todas las calles son iguales para mí y lo único que quiero ver es una cama. Le hago algunas preguntas triviales para romper el hielo, no quiero parecer maleducada; hay algo en su mirada azul que me inspira confianza y ternura.

Tras una vuelta de cerca de cuarenta minutos, entramos en el aparcamiento subterráneo de un edificio llamado Sessanta. Alan saca mi equipaje y tomamos el ascensor hasta el piso dieciocho. En cuanto las puertas se abren, una estancia amplia y acogedora me recibe. El lugar está decorado al mejor estilo minimalista combinado con muebles antiguos, lo que produce un efecto retro-modernista... Bueno, yo qué voy a saber de espacios y nombres, el asunto es que es muy luminoso y ofrece una vista privilegiada a lo que creo que es Central Park.

Es... ¡mi propio reino!

—Señorita Roach, ella es Rebecca —interviene Alan y me saca de ese momento de irrealidad mobiliaria—. Se encargará de las labores domésticas. Además, es la mejor cocinera que pueda encontrarse en esta ciudad.

Otro rostro amable y hogareño, una mujer alta y espigada de ojos dulces y puros como la miel y una sonrisa hermosa.

—Un placer, Rebecca. —Hago un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Igualmente, señorita —responde ella, con el mismo movimiento—. El señor Thompson me ha pedido que me ponga a su disposición durante el tiempo que esté en Nueva York.

—Muchas gracias —le digo—, a los dos. —Vuelvo la vista hacia Alan.

—¿Desea tomar o comer algo, señorita? —pregunta Rebecca.

Me acomodo en el sofá negro de piel que llena la mitad del salón.

—Un té estaría bien, gracias.

Rebecca se mueve hacia la cocina tipo americano y Alan toma las maletas y las lleva en dirección a la que, supongo, será mi habitación.

Unos minutos después, ya disfruto de una exquisita bebida caliente y hasta creo que voy a dormirme en este sofá.

Alan regresa.

—Señorita, ¿podría venir conmigo?

Dejo la taza en la mesita de café y me levanto lentamente, recojo del suelo mis zapatillas y la bolsa y le sigo por un pasillo del que cuelgan fotografías de las divas de Hollywood. ¡Cómo me conoces, tía Maggie!

Entramos en la habitación en la que Rebecca está deshaciendo mi equipaje. El cuarto me recuerda un poco a mi piso en Bogotá, totalmente blanco y con una inmensa cama de cabecero acolchado. Es sencillo y luminoso y... ¡me encanta!

Tendré que dar las gracias al tío Theodore y rogar al cielo que en los próximos tres meses la tía Maggie no le dé motivos para querer divorciarse.

—Señorita Roach —interviene Alan—, esta es su habitación, y la puerta de la derecha lleva al armario y al baño. El piso cuenta con otra habitación más totalmente equipada para un visitante, y en el pasillo se encuentra el baño de servicio. La cocina está abastecida para complacer sus necesidades culinarias y las alacenas se hallan provistas de alimentos que Rebecca repondrá a medida que sea necesario. No debe preocuparse por nada más que disfrutar de su estancia en la ciudad. Los gastos corren por cuenta del señor Thompson y su esposa. ¡Ah! Se me olvidaba, también se ha adecuado un pequeño estudio, ya que la señora mencionó que usted tomará algunas clases.

—Gracias, Alan, sois muy amables. Es más de lo que esperaba. —Sí que lo es, yo imaginaba una habitación en una gran casa e incluso una en un hotel, pero ¿Manhattan *all star*? ¡Jamás!—. Ya es tarde y todos estaremos rendidos, podéis iros a descansar.

—Señorita, una cosa más...

—¿Sí, Alan? —digo, casi a punto de meterme en el baño.

—Si necesita algo, mi número de teléfono está apuntado en un pósito sobre su escritorio. Puede comunicarse directamente conmigo en cualquier momento.

—Muy bien, de nuevo muchas gracias. Os veo en unas horas. Adiós.

Se retiran y automáticamente el sueño que tenía ha desaparecido. Eso me sucede cuando altero mi horario, y para compensarlo debo ponerme manos a

la obra. No sería de extrañar que, de estar en casa a estas horas, me liara con las labores domésticas... Soy una maniática, lo tengo muy claro. Enseguida encuentro una tarea: organizo el equipaje a mi modo, ya que no me gusta que nadie más toque mis pertenencias y menos que intente ordenarlas. Mi madre dice que soy muy quisquillosa y obsesiva, que es imposible que disponga cada cosa según su tamaño y color, su ubicación según los puntos cardinales... Ella que diga lo que quiera, el *fengshui* me da la razón.

Una vez que el cuarto está listo, los zapatos en su lugar y el maquillaje en las gavetas, me relajo en un delicioso baño de espuma y, rendida, caigo en la cama unos minutos después de las cuatro de la mañana.

* * *

El sonido del móvil me despertó de ese profundo y delicioso sueño con mi eterno muso.

¿Por qué no existe una aplicación que le diga a mi teléfono qué sueños no debe arruinar y cuáles sí?

—¡Hola, hija!

—Hola, mamá —respondo, con voz ronca.

—¿Sigues durmiendo? ¡No lo puedo creer! ¿Tan rápido empezaron los cambios?

—Mamá, llegué a medianoche y terminé de organizar el equipaje muy tarde, he dormido un par de horas.

—Bien, ya entendí. No tienes que demostrar tanta emoción al oírme. Quería, simplemente, saber que llegaste bien. Es mi deber de madre, no lo olvides. Llámame luego.

—Sí, madre, lo haré, lo haré.

Son las ocho de la mañana y en mi cuerpo acostumbrado a miles de tareas diarias no cabe la intención de descansar cinco minutos más, aunque sea sábado. Busco a tientas sobre la cama la bata de seda azul, me la pongo y voy directa al baño dando pasos pesados como un zombi. Diez minutos después salgo de la ducha y me visto con unos vaqueros, un top negro de algodón y mis Converse rojas. El tiempo es bastante bueno hoy y creo que daré una vuelta

por el vecindario. En la cocina me encuentro con Rebecca y Alan. Él se pone de pie nada más verme y me saluda. Rebecca tarda en sentir mi presencia, porque está trabajando en algún licuado.

—Buenos días, Rebecca —le digo en cuanto termina con su labor.

—Buenos días, señorita. ¿Desea desayunar?

—Sí, por favor, zumo de naranja, té y pan tostado, si es integral u orgánico, mejor.

—Sí, señorita, enseguida.

Acompaño a Alan. que ha vuelto a sentarse frente a la barra del desayuno. Toma café y lee las noticias. Me recuerda al abuelo cada mañana antes de irme a clase..., hace tanto que no tenía un momento así.

Se levanta de un salto y se pone frente a mí esperando ser reprendido, tal vez.

—No te levantes, por favor. No hay que tener tantas formalidades conmigo.

—Disculpe, señorita, pero el señor Thompson...

—El señor Thompson no está aquí y no vendrá en meses. Vosotros sois las únicas personas que conozco, por ahora, y que me acompañarán por más tiempo. Así que os pido que me llaméis por mi nombre y me tratéis como a una igual. ¿De acuerdo?

—Usted no es igual a nosotros —discrepa Rebecca—, es la sobrina de la señora Thompson.

—Exacto, la sobrina, no soy ni la hija ni ella misma. Así que o hacéis lo que os digo o tendré que quejarme al señor Thompson... —Encojo los hombros, como niña majadera. Es algo que siempre me funciona.

Se miran entre ellos buscando aprobación y, al final, acceden a mis exigencias con la condición de que sea solo en casa, cuando no hay nadie más.

Peor es nada...

—¿Tiene algún horario para hoy, señori... —Alan carraspea—, Lena?

—Quisiera recorrer un poco el vecindario... caminando. Si pudieras acompañarme... —Levanto la mirada hacia Alan.

—Como usted diga. —Me regala una de sus amables sonrisas.

Disfrutamos juntos del desayuno y, poco a poco, me voy dando cuenta de

que entre Rebecca y Alan fluye demasiada energía. Sus miradas son cómplices y, en muchos aspectos, actúan como dos personas que se entienden muy bien. Tal vez se conozcan de tiempo atrás, por el trabajo, o puede que no.

 Mi olfato pocas veces falla.

Un libro secreto



Vivo en Lincoln Square, cerca de Central Park y Riverside, rodeada de escuelas, como la famosa Escuela Lincoln de Arte Dramático, el Museo Americano de Historia Natural, el Museo de los Niños y la Symphony Space. Tal y como dijo Alan, el centro liberal e intelectual de Manhattan.

Vamos de regreso y Alan se ha quedado en silencio. Es un hombre muy reservado, por lo que observo.

—¿Hace mucho que conoces a Rebecca? —tengo que preguntar. El silencio no es lo mío cuando estoy con alguien.

Su expresión es impasible, aunque llego a notar el sobresalto en sus ojos.

—¿Cómo dice?

No disimules...

—Que si hace mucho tiempo que conoces a Rebecca.

No lo repetiré una tercera vez...

—Algunos años. —Vuelve la mirada al camino.

—Sí, es lo que parece.

¡Es terriblemente hermético!

—¿Por qué lo dice? —Mete las manos en los bolsillos de su pantalón, está ansioso. ¡Bingo! Un poco de curiosidad.

—Por la forma en que os miráis, llegué a pensar que...

Suena mi teléfono. ¡Bendito aparato imprudente!

—¿Sí?

—Lena, soy yo, Fiorella. —Habla deprisa, parece ir corriendo una maratón.

—Hola, Fiore. ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —pregunta enseguida.

—¿Tú también con eso? —Es igual de paranoica que mi madre—. Estoy muy bien, tomándome el tiempo para conocer el vecindario, nada más.

—No llamaste y no has publicado nada en tus redes sociales, llegué a preocuparme. Eso no es normal en ti.

—No tienes de qué preocuparte —le digo, pasiva—, tampoco es que yo ventile mi vida en internet. Además, no hace ni veinticuatro horas de mi última actualización. No seas tan intensa.

—Muy bien, como siempre, tú ganas. Cuéntame, ¿dónde vives?, ¿con quién?, ¿hay tíos guapos?

—En Manhattan, Upper West Side. Gracias a mi tía Maggie. —Presumir es mi talento—. Lo que te llevará a deducir que por cada metro cuadrado te chocas con un dios neoyorquino.

—¡Oye, ese baño de algas sí que funciona! Me haré uno pronto.

—¿Por un apartamento en Manhattan? No exageres.

—¡Cómo no! Ya puedes sentirte en la élite, al estilo *Gossip Girl*. Me pido un Chuck Bass para mí, traédmelo, porfi.[3]

No puedo evitar carcajearme. ¿Un Chuck Bass? Fiorella no sabría qué hacer con un tipo como él.

—Créeme que en algo me identifico, solo que estoy del lado oscuro, según la reina B. —Fiorella se carcajea—. Pero no culpes a mi suerte, la tía Maggie se lleva todo el crédito.

—No lo digo solo por eso —inyecta una pausa silenciosa y luego me suelta su tono de suspense—. Me han llamado de arriba. Te quieren allá, en la propia casa matriz BEAU. No sé por qué ni cómo se enteraron de que viajaste a Norteamérica. El caso es que quieren verte y la cita es el martes a las tres. Irás, no tienes otra opción.

Elena Rocha da brinquitos de felicidad. Lena Roach sabe controlar las

emociones.

—Pues no lo sé. Averigua para qué me quieren y lo pensaré.

—¡Oye, oye, oye! —La mandona regresa—. Aquí te permito todo lo que quieras, pero la casa es la casa y más te vale que te presentes sí o sí, tan encantadora como siempre, y aceptes todo lo que propongan o te pidan hacer. Esto no es para Lena, la escritora, sino para la periodista, lo presiento, y sabes que mis presentimientos nunca fallan. Ponte tu mejor traje y luego me llamas para contarme. Adiós.

Sí, adiós, jefa.

Esa es la insoportable Fiorella Wilson, la mujer que me dio la oportunidad de mi vida al permitirme escribir una columna quincenal para la edición de Latinoamérica de la prestigiosa revista *BEAU* —luego se convirtió en mi cómplice y amiga—. Desde entonces, la fama y el éxito han sido mi pan de cada día, he publicado seis libros y, gracias al apoyo de la revista, dos editoriales publican y venden lo que Lena Roach firme. Ahora mismo trabajo en un nuevo libro y la casa matriz, BEAU, quiere verme... ¿Algo más le pido a la vida?

—¿Algún problema, Lena? —pregunta Alan, y noto cuánto le cuesta llamarme por mi nombre. Ni que yo fuera Kate Middleton.

—No, Alan, cosas del trabajo, una jefa mandona y sus imposiciones. Volvamos, por favor.

Caminamos a paso lento hacia el edificio mientras hablamos del tiempo de locos que hace. La transición del verano al otoño. En el apartamento, decido ducharme nuevamente y relajarme un poco... más.

Me encamino a la habitación, no sin antes notar que Alan le habla en secreto a Rebecca, en un tono recriminatorio.

Algo se traen esos dos...

* * *

La noche del sábado transcurre con total parsimonia. Un *chick flick* hollywoodiense de esos que me han entrenado para la batalla del amor: es todo lo que necesito. Y es que no resulta fácil elegir a un galán para hacerme

suspirar. La noche de cine de una chica es un ritual sagrado que incluye su pijama favorito y un tarro de helado de una capacidad obscena y de textura cremosa, si es posible.

Under the Tuscan Sun[4] fue la elegida o, mejor aún, me acompaña un dios romano llamado Raoul Bova.

Creo que debo irme a Italia unos días... ¡Las vistas son prometedoras!

Y en eso se va mi noche, suspirando y queriendo torcerle el cuello a Diane Lane por ser tan tibia y perderse a ese galán; bueno, aunque el otro no estaba tan mal.

* * *

Domingo sin novedad, y tanta quietud ya empieza a desesperarme. No puedo, sencillamente, quedarme mirando las paredes, no me apetece leer ni recorrer la ciudad sola como un champiñón y la frustración de buscar y no hallar a un instructor de yoga que dicte su clase cerca de aquí va en aumento. Supongo que tengo que consultarlo con los porteros, ellos siempre lo saben todo. Finalmente me he resignado, he hecho dos horas de pilates en el gimnasio del edificio y ahora mismo me relajo en un baño de espuma con olor a canela y naranja. Me ronda en la cabeza la cita en BEAU, me imagino muchas cosas, desde una propuesta de lleno con ellos a una entrevista por mis libros para darme a conocer en el mercado americano, aunque eso implicaría trabajar en las traducciones..., no lo sé.

No puede ser nada malo, creo.

Son las once de la mañana, hablé con mi madre y se disgustó con la tía Maggie por dejarme sola.

¿Cuándo entenderá que ya no tengo diez años?

Además, me siento mejor sola, siempre me he sentido mejor sola. Me manejo muy bien, y sin mi tía rondándome con las historias de sus experiencias sexuales estoy más que aliviada. ¡Uff! Yo la adoro, ella lo sabe, pero el sexo es para mantenerlo entre dos, alardear no es bueno y menos si se corre el riesgo de un juicio y de terminar siendo lapidada. Por eso yo... mejor calladita.

La tía Maggie es como ella misma se reconoce: una cazafortunas. Acaba de cumplir los cincuenta y se ve más joven que yo. Aunque no por los múltiples cuidados que se dedica, sino más bien por las cirugías, retoques y miles de tratamientos estéticos a los que recurre. No puedo culparla por ello, es su estilo de vida, desde siempre, así lo dice mi madre. Y aunque no sea la mejor forma de expresarlo, ella vive de su imagen. Ese cuerpo, ese rostro, ese cabello..., todo lo que sea y cómo se vea influirá en el tipo de esposo-chequera que consiga. Margarita no nació para ser esclava de su hogar, digamos que ninguna de las mujeres Rocha ha sido el paradigma del ama de casa. Gabriella, mi madre, es la menor, y a lo largo de mi vida junto a ella le he conocido más de una centena de amantes. No exagero, no se ha casado y creo que ya no lo hará, fue el eterno dolor de cabeza del abuelo. En este punto de su vida, apenas si sabe preparar un café. Su hermana es buena dando órdenes y yo..., la cocina y yo no tenemos una buena relación.

Maggie estudió leyes y en un viaje a Estados Unidos se casó con su primer esposo. Por la residencia. Según ella, tan enamorados estaban que tras tres meses no aguantaron y se divorciaron antes de que alguno matara al otro. Eso sí, ella se quedó con la casa donde vivían y una pensión que aún recibe.

Zorra con suerte.

Mi tía es muy dura con ella misma, y he llegado a creer que sus múltiples fracasos amorosos la convirtieron en la mujer superficial y vacía que es hoy. Sigue buscando el romance adolescente que no experimentó, y estoy segura de que no lo encontrará con mister Thompson. Se ha enamorado tantas veces que ni ella misma lleva la cuenta.

Mientras yo crecía en Bogotá con el abuelo y sin mi madre, pues ella recorría el mundo con su arte, la tía Maggie me visitó unas tres veces y siempre me trató como a una hija, me llenó de regalos y juguetes de lujo. Bueno, no me puedo quejar del abuelo, él también me daba todo y más de lo necesario, su cuenta bancaria se lo permitía, pero en ocasiones también llegaba a ser inflexible con algunos de mis caprichos y terminaba diciéndome: «Elena mía, cuanto menos tengas de niña más trabajarás de adulta para poder alcanzarlo». Ahora mismo le doy toda la razón: mi adorado Sheldon es el producto de mucho trabajo y esfuerzo. El abuelo me dejó toda su herencia, que

se limita a la casa familiar donde vive mi madre y un fondo de estudios que no necesité usar, porque obtuve una beca completa. Así que, después de meterlo en inversión por unos cuantos años, me sirvió para comprar un ático de ensueño.

En ocasiones cuestiono mi decisión de estudiar periodismo y literatura. Pude ser economista, empresaria, ejecutiva...

No es lo mío, estar encerrada en una oficina recibiendo órdenes y cuidando del dinero de los demás es una responsabilidad demasiado grande. Por eso prefiero escribir, desde siempre fui la niña de las dos coletas anudadas con lazos rosas que llevaba un diario donde escribía todo lo que le sucedía. Ahora que lo pienso, es un tanto patético —bueno, aún sigo siendo patética— preferir trabajar en lo que a una le gusta.

Y lo que me ha costado...

¿En qué estaba?

¡Ah, sí!

La tía Maggie me ha dado mucho, y en cuanto al ejemplo, soy su clon en el campo amoroso, excepto porque no me considero una cazafortunas. Me gustan la seducción, la ingenuidad y luego la inteligencia, que es una arma mortal y siempre funciona, pues deja a los tipos dando tres vueltas y con ganas de volver.

Puede parecer increíble, pero a los tíos solo les interesan las mujeres ingenuas y poco listas porque son más *fáciles*...

Y siguiendo con los ejemplos de Maggie, adoro verme bien, sentirme bien y vestirme bien. Todo porque vivir una temporada junto a ella fue suficiente para que me quedara, eternamente, su rutina de *dama de sociedad*.

Cuando el abuelo murió, yo tenía dieciséis años y estaba superando la etapa más difícil que he afrontado en mi vida, algo de lo que no hablo con nadie... y por ahora tampoco pienso mencionarlo. En aquel entonces mi madre vivía en la India y no pudo viajar en todo el año, así que la tía Maggie vino a recogerme y me trajo con ella a Norteamérica. Era necesario que cambiara de ambiente y de estilo de vida. Mi tía se tomó como un asunto muy personal rescatar mi feminidad perdida, ocuparse de mi alimentación y enseñarme a cuidar de mí misma. Recuerdo que me gustaba ponerme sus perfumes y

vestirme con sus trajes para sentirme ella. La admiré, o la admiro, en muchos aspectos, aunque espero no terminar de ese modo. Ella es mi proveedora de vestuario. Mi armario siempre está abarrotado de prendas nuevas y de diseñador. Me gusta la sensación de un buen material en mi piel y eso es algo que aprendí de ella.

Y para hacerle el honor, me he puesto un maxivestido de seda de color turquesa, sandalias *nude*, cartera salmón y gafas oscuras. Mi cabello al viento, rímel y brillo de labios.

Deseo disfrutar de una tarde fresca de septiembre y del último soplo del verano. Así que dejo mi habitación para salir en busca de un voluntario dispuesto a llevarme a recorrer los alrededores y de ese modo librarme del claustro.

En la cocina me encuentro a Rebecca preparando pollo al coñac, y me informa de que Alan tuvo que salir a cumplir un encargo de la señora Thompson. Ese pollo huele tan bien que me animo a ayudarla con la ensalada para que esté listo muy pronto. Le pido que me acompañe a comer, mantenemos una charla entretenida y acalorada sobre los hombres y el sexo. Me encanta verla sonrojarse y palidecer con cada una de mis ocurrencias. Estoy por tocar de nuevo el tema de Alan cuando suena la puerta y entra el susodicho cargado de paquetes.

Rebecca se acerca a ayudarla con las bolsas y las dejan sobre el sofá. Alan me pide que me acerque y luego me dice que es un regalo de los Thompson.

¿Qué es?

Más ropa, mi adorada tía todo lo arregla con ropa. Es su modo de disculparse con mi madre por el abandono del hogar. ¡Ay, Maggie!

Doy algunos saltitos de felicidad. Tener lo último de las casas Chanel y Prada me hace sentir toda una *socialite*.

Enseguida les encuentro un lugar privilegiado en mi armario y prometo que muy pronto me pondré ese espectacular traje de noche lleno de cristalitos Swarovski. Vuelvo para encontrarme una escena de lo más *peculiar*. Aunque el par que me acompaña no se ha dado cuenta, yo sí los he visto compartiendo un par de caricias en las mejillas...

Lo mejor es llevármelos conmigo, no quiero que la cocina se incendie.

Me apetece con ansias locas un helado de pistacho. Vamos por mi pecado cremoso y luego pasamos a por algunos víveres que he añadido al menú. Nos acomodamos en Central Park y hablamos de la vida, de los hijos, el amor, el matrimonio; temas que están vetados para mí, aunque eso no significa que no disfrute escuchando preciosas historias de amor. Este plan tan familiar me hace estremecer. Pocos recuerdos tengo de una reunión en pleno de la familia Rocha y, bueno, aún menos idea de lo que es el amor de los padres. Gabriella y yo somos un par de témpanos de hielo, iguales al iceberg que hundió el Titanic, aunque mi madre empieza a reclamar afecto, porque se siente sola y también porque creo que necesita un amante. Sin embargo, ella es la otra cara de la moneda. Si Margarita busca a los hombres más acaudalados y ancianos, mi madre se pasea por las cunas de adolescentes púberes que sueñan con ser artistas y ven en ella a la musa de su inspiración y al trampolín de la fama. No me molesta su estilo de vida, pero, siendo franca, preferiría que hubiera intentado casarse alguna vez, o al menos tener a su lado a un tipo capaz de encajar en el papel del hombre de la familia. Y que el abuelo hubiese sido eso: un abuelo, alcahuete y bonachón. Es demasiado pedirle a la vida. Y estas reclamaciones me vienen a la cabeza precisamente ahora, mientras escucho a Rebecca y a Alan hablándome de sus hijos, de su familia, que afronta los problemas a pesar de las tempestades e intenta mantenerse a flote.

Es hora de volver. En mi soledad no hay espacio para la negra envidia.

Estamos de regreso casi a las seis, cuando el viento amenaza con elevarme por los aires. Me gusta sentirlo, es sinónimo de libertad, mi palabra favorita.

En cuanto entramos en el apartamento, les pido que se retiren. Lo lógico es que reserven los domingos para su descanso y yo me las arregle como pueda. No soy muy dada a la compañía constante, y menos cuando me apetece escribir. Esto es casi un milagro, digno de celebración: tres meses sin poder escribir una palabra es una vergüenza internacional para mí, que me hago llamar escritora e intento creérmelo. Instalo mi ordenador portátil en el estudio, que es tan acogedor y está tan lleno de libros y frases en *lettering* que me hacen sentir inspirada. Además, me he traído una copa de vino tinto.

Esta noche promete...

Reviso las redes sociales. Tengo varios mensajes, que respondo enseguida, y subo algunas fotografías en mi perfil. A punto de cerrar sesión, Johanne me escribe en el chat. Johanne es mi mejor amiga de la infancia.

Johanne:

¿Cuándo pensabas contarme lo de tu viaje a NY?

Lena:

¿No te lo dije?

Johanne:

No.

Lena:

Perdón, salí de un momento a otro.

Johanne:

Claro, míenteme, que yo te creo. Elena Rocha, en tu vida no hay nada improvisado.

Lena:

¿Cómo estás?

Johanne:

Bien, mañana, ¡por fin!, regreso a Colombia. Londres y Edward me colmaron la paciencia.

Lena:

¿Terminasteis? ¿Qué le hiciste?

Johanne:

¡Ush! Se me olvidaba que es el único hombre al que consideras perfecto.

Lena:

Lo es. Yo misma lo confirmé.

Johanne:

Sí, lo recuerdo bien, te habría matado si hubieras logrado lo que planeamos.

Lena:

¡Ey! Lo bitch no aplica con las amigas, ¿ok?

Johanne:

Sí, lo sé. Decidimos alejarnos un poco, además yo debo regresar y pensar en muchas cosas que luego te contaré. ¿Cuánto tiempo estarás en NY?

Lena:

Tres meses.

Johanne:

Entonces te veo allí en un mes, creo. Para el nacimiento de mi sobrino.

Lena:

¿Sobrino? ¿Qué sobrino?

Johanne:

El hijo de mi único hermano. Uno que, si no recuerdo mal, estuvo en tu lista.

No es una lista, es un manual de supervivencia.

No me recuperé tan fácil de esa ruptura. Brian tiene una lengua ¡maravillosa! Y debo reconocer que Johanne me quiere demasiado y su

fidelidad como amiga es a prueba de balas. Perdonar que le rompiera el corazón a su amado hermano me pudo costar la cabeza. Ni él, ni ella, ni nadie sabe que fue más un asunto de venganza para liberarme de un recuerdo doloroso.

Qué le vamos a hacer, esa soy yo.

Él encabezaba mi lista, esa que toda mujer hace algún día de su vida pensando en que si después de los treinta se encuentra sola y con un par de gatos, ese ex será la tabla de salvación ante la temible etiqueta de discriminación social más dolorosa que se le puede poner a una mujer: solterona.

Brian pudo ser el único ex con el que hubiera regresado. A pesar de todo, con él la vida fluía; las conversaciones, igual, y el sexo era como estar en el Olimpo.

Lena:

Dale mis felicitaciones.

Johanne:

No me hagas reír, mi hermano escucha tu nombre y su rostro se pone escarlata enseguida. Le dolió que le dejaras y nunca entendió el motivo. Bueno, ni él ni nadie.

Lena:

Eso es secreto de estado..., top secret.

Johanne:

¿Aún llevas el Te lo pierdes?

Lena:

¿Por qué lo dejaría?

Johanne:

Porque la cuenta de tus amantes ya no cabe ni en un libro tamaño biblia de expositor, jajaja.

Lena:

Mi Te lo pierdes es exclusivo para relaciones, no para una noche de una dama no tiene memoria. Además, es el método infalible para evitar un corazón roto. Si las mujeres del mundo lo llevaran, se ahorrarían los corazones rotos, el dolor de tener que vivir sin una razón, las vergüenzas por emborracharse y perder el control y hasta un herpes por abrirle las piernas a cualquiera en el baño de un bar de mala calaña.

Johanne:

Mira que te atreves a juzgar a esas pobres mártires soñadoras, tú, la que no tiene reparos en meterse con cualquiera en un baño, un pasillo oscuro, una escalera de un último piso... ¿Continúo?

Por la boca muere el pez.

Lena:

El punto es que mis relaciones están muy bien llevadas, tienen el beneficio de la duda y nadie sale perdiendo. Del todo.

Johanne:

¿Relaciones? ¿A ESO LO LLAMAS RELACIONES?

Lena:

Sí, pasan de un mes y no duran más de tres. Es lo mejor. Y no te creas Grey, que tus mayúsculas chillonas no me intimidan.

Johanne:

Mejor no hablemos de eso, que no quiero llegar a los reproches. Tengo que irme. En NY debatimos sobre el amo Grey, conozco a alguien al que le gustan esas prácticas. Y supongo que te interesa, ya que te encanta ser azotada.

Lena:

¡¡OMG!! ¿Y es guapo? No pierdas su contacto. Con este verano inclemente, cualquier charco es oasis.

Johanne:

¡Elena Rocha! Que boquisucia te has vuelto... El tipo no se parece a Jamie o a Charlie, pero puede ser más cercano a Matt. Te llamo desde Colombia.

Lena:

Ok.

Bueno, mi parte vulgar aflora con ella porque lo entiende, o al menos lo intenta. Lo cierto es que a mí eso de *follar duro* me mató. Y, sin reparos, acepto que de haber estado en el lugar de Anastasia[5] no lo habría pensado dos veces.

Pero... esa soy yo.

Y volviendo a la mención que hizo mi mejor amiga sobre mi preciado tesoro, lo llevaré hasta que me sienta preparada para dar el siguiente paso. Por ahora, que cumpla con su labor. Johanne jamás entenderá la razón de mis tres meses, nunca ha estado de acuerdo con *Te lo pierdes*, es más, es una romántica y cursi vainilla que prefiere soñar con el príncipe azul. Somos más que polos opuestos, un abismo interminable, y eso es precisamente lo que nos une. Ninguna interfiere en los asuntos ni intereses de la otra, salvo la única vez que he accedido a seducir a un hombre para comprobar su fidelidad. Edward, para mí, es el tipo perfecto, no cedió ante mis encantos por más que lo intenté. Y mira que batí pelo, mostré pechuga y monté pierna al mejor estilo del cabaret...

Luego, rendida a la situación, me presenté como la mejor amiga de

Johanne y me gané su desprecio eterno...
¡Ups!

Conociendo a Casilda Watts



Seis de la mañana. El despertador interrumpe mi sueño memorial con George, un británico que sabe usar sus dedos de forma excepcional...

El cielo está gris y anuncia la llegada de vientos a Nueva York.

¡Adiós, verano!

Salgo de la cama y voy al baño, me lavo la cara, me aplico un poco de crema hidratante y hago una coleta con mi cabello. Cepillo mis dientes y busco en el armario un pantalón de deporte y una sudadera. Escojo las Reebok azules, mi iPod y los auriculares. Una vez en la cocina, saco una botella de agua de la nevera.

Alan y Rebecca no han llegado aún.

Dejo el edificio en dirección a Riverside y selecciono mi *tracklist* especial para correr —así es, tengo listas de canciones para todo. En general, adoro hacer listas.

A Little Less Conversation me da el primer impulso y empiezo a correr. Un poco del rey del *rock and roll* para espantar la pereza. Voy hacia el norte y giro en dirección West 60th Street.

Ahora suena en mis oídos la voz de Rihanna: *Pour It Up*, con todo ese alarde de su dinero... y ya voy por West End Avenue.

Y ¡oh, mon Dieu! En unas cuantas calles he visto la mayor cantidad de tíos

buenorros que veré en toda mi vida, parece que salieran en masa de una fábrica. Me fascinan las vistas... ¡Amo Manhattan!

Corre una brisa fría y los árboles se mecen suavemente. Giro a la izquierda para tomar West 59st y durante esos diez minutos Rihanna ha acabado de cantar y la siguen Daft Punk con *Instant Crush*. El viento azota mi rostro y me impide abrir totalmente los ojos.

Pasados quince minutos de recorrido me encuentro en la entrada sur de Riverside. Hago un par de estiramientos y me quedo embelesada con la vista del inicio del día, a pesar de que predomina un paisaje gris. Siempre será mi momento favorito, me remueve un par de sensibilidades y filosofías sobre la vida.

La vibración del teléfono interrumpe mis reflexiones.

Es Alan.

—Señorita Roach, ¿dónde está? —Le oigo alarmado.

—Soy Lena, estoy en Riverside. ¿Qué sucede?

—Disculpe, es que me sorprendí al llegar y no encontrarla. ¿Quiere que vaya por usted?

—No te preocupes, estaré allí en un par de minutos. Dile a Rebecca que se me antojan huevos y beicon, por favor.

—Como usted diga. —Cuelga.

Pongo los ojos en blanco, eso de ser la *señora que da las órdenes* no me gusta nada. Tomo el camino de regreso apurando el trote mientras me pierdo en las notas de *November Rain*...

Ah, malditos recuerdos *pa'doler*.

En la portería de Sessanta me espera un frenético Alan que mira hacia los lados. ¡Por favor!

—¡Gracias a Dios que está aquí!

—No tienes que preocuparte tanto por mí, Alan. —Le tomo del brazo invitándole a entrar—. Me guie por el GPS de mi teléfono.

—Yo solo cumplo órdenes, señorita.

—Nada de señorita o tendré que quejarme a míster Thompson. Ven, subamos, que no quiero llegar tarde a mi primera clase.

Sonríe tranquilamente y yo me atrevo a apoyar mi cabeza en su hombro.

Algo me hace este hombre y no se parece en nada al amor, por si las dudas.

No me distraigo con el olor del beicon. Primero, una ducha que me prepare para el día que tendré. No tardo, y enseguida estoy frente al armario con mi dilema existencial de cada mañana, así que, como no hay lugar para dudar, literalmente saco el primer atuendo que encuentro. Bueno, tampoco he aclarado que cada semana preparo los atuendos en perchas, de modo que, como dijo Johanne, nada en mi vida es improvisado. Detesto las sorpresas.

El elegido es un *short* negro de talle alto sin pretina y con bolsillos, pantis, un jersey de ochos de color crema y botas de estilo motero. Incluyo una mochila de piel y flecos con lo necesario para tomar notas. No quiero asistir a la primera clase vestida de sastre solo por la reunión en BEAU. Ya veremos si me da tiempo a cambiarme; el teatro donde se dictará el curso queda a unas cuantas manzanas de aquí, lo mismo que Times Square, donde están las oficinas de la revista.

¡Qué maravilla es vivir en el corazón de Manhattan!

—Casilda Watts es mi nombre. ¿Edad? No les importa en absoluto. ¿Profesión? Supongo que lo saben, lo repetiré por si hay dudas. Me gradué en la Facultad de Derecho y enseguida colgué el título en la pared de mi estudio. Jamás me ha servido para nada y espero el día en que pueda meterlo en una hoguera.

Esa es la mujer a la que leo, ni una pizca de diferencia.

—¿Pasiones? Muchas. Soy una eterna apasionada, pero los detalles no les interesan. No vinieron a cotillear sobre mí. ¿Por qué escribo? Porque me da la real gana, ¿ustedes no lo hacen por lo mismo? —Tira al suelo las hojas que nos entregaron al entrar para formular una pregunta—. Me gusta lo que hago porque al parecer tengo público y porque ahora mismo gano bastante. ¿Hay preguntas realmente interesantes en esta sala?

De seguro la mía lo era, pero quedó en el suelo... y ha sido pisada por su costoso Louis Vuitton.

Silencio absoluto.

Eso creí.

—Bien, les hablaré de este taller. En primer lugar, esto no es la escuela y menos la universidad, por eso se ha seleccionado a los mejores. Aquí no se va a enseñar a escribir, aquí se va a tratar un género específico con personas que saben de él. Con escritores o, por lo visto —revisa con la mirada el auditorio—, escritoras, que de cualquier modo se han dado a conocer con sus historias. No entraré en detalles, no quieren saber la razón que me obliga a estar hoy aquí y ver sus rostros semana a semana durante tres eternos meses que, de poder elegir, los pasaría en un iglú en el Polo Norte antes que en este lugar. Así que Peggy, mi agente, no me hagas morros y caras para que cierre la boca y entre en lo mío. Espero que haya quedado claro, seré implacable. Esto no sucederá dos veces, no abriré una escuela. Empecemos con la acción. Por ejemplo, mmm..., veamos. Sí, ¿Anne Rivers?

—Soy yo. —Se levanta una mujer de más de treinta, vestida con vaqueros y cazadora, el cabello recogido y poco arreglada. Creo que le tiemblan las rodillas. Pobre.

—¿De dónde eres y cuántos títulos has publicado?

—Soy de Los Ángeles y he publicado cuatro libros.

Esta chica apenas si ha reunido fuerza para responder, y Casilda parece disfrutar del terror que infunde. Me recuerda a sor Emilia, ella y su bigote sí eran de temer. Tenerla cerca hacía que, literalmente, la agüita amarilla escurriera por las piernas. La mujer no tenía de santa ni un pelo del bigote. Su mirada era la del mismo diablo y la voz..., es que ni siquiera debía hablar. Su presencia lo ponía todo en orden.

Y mira lo oveja descarriada que le resulté..., la sor debe de estar revolcándose en la tumba... ¡Sorry!

—¿Rendimiento? —Eso es lo único que le interesa, qué mala es.

—Actualmente están en la lista de los cincuenta mejor vendidos del año.

—¿Traducciones?

—No han sido traducidos.

Manotea con desprecio como quien se quita una mota del traje. La pobre Anne se sienta en su silla y, por lo que veo, le encantaría que se abriera un

hueco en la tierra para meterse dentro.

—Lamento decirte que aún no eres nadie. No son nadie, y por eso están aquí. ¿O alguien de ustedes está en la plataforma internacional con alguna de sus obras?

¿Que no soy nadie? Hay que ver lo que se ha creído, ni que yo estuviera pintada en la pared. Internacional significa «fuera de mi país», y mis libros se leen fuera de mi país.

—Yo —intervengo, estirando el cuello como una jirafa para que me vea... muy bien vista...

—Y tú, ¿quién eres?

Esa miradita de desprecio no me cala. Entérate.

—Soy Lena Roach.

Me hace un análisis exhaustivo con sus ojos de águila en plena cacería, revisa su tableta y luego pregunta al público.

—¿Quién de las treinta mujeres de esta sala conoce o ha escuchado hablar de esta mujer?

Ese tonito me desarma. Qué buena es aplastando cabezas. Un silencio me quiebra la voluntad. ¡Qué estúpida! Aquí nadie me conoce..., pero Google se lo puede decir sin equivocarse. En muy poco tiempo seguro que hasta la Wikipedia me abre una página: «Elena Rocha, mejor conocida como Lena Roach, es una escritora colombiana...».

—Yo —responde una mujer que está detrás de mí y que me trae de vuelta a la realidad.

Bueno, uno ya cuenta. A ella se le suman otras cuantas. Giro para agradecerles con una sonrisa. ¿Cómo te ha quedado el ojo, Casilda?

—Bien, muy bien. —Casilda sonrío con malicia. Aquí viene su ataque, puedo advertirlo—. Al ser de Colombia, puedo suponer que escribes en español...

—Así es.

Y a mucha honra.

Pregunta la nacionalidad de las mujeres que aseguraron conocerme. México, Argentina, España, Chile... son sus respuestas. Se toma un momento para sopesar sus palabras y enseguida dicta su juicio.

—Eres conocida fuera de tu país, en gran parte, por vivir en un continente donde se habla español. Eso te hace popular, mas no internacional. Para llegar a ese escalón debes dar a conocer tus obras en otras lenguas. Un ejemplo que has de estudiar a fondo es el de Gabriel García Márquez. Su obra más representativa y la que le valió el Nobel ha sido traducida a muchos idiomas, yo misma la conocí en inglés y la disfruté. —Afirmo con la cabeza, ella camina sobre el escenario y se dirige al resto de la audiencia—. Con esto no quiero decir que esa sea una regla impuesta, pero sí una meta. Estoy segura de que no ganaré un Nobel, y a la larga no es algo que desee. Aunque eso volvería mudos a mis contrincantes. Con lo que he logrado hasta el momento me siento satisfecha. Soy, por decirlo de algún modo, una cabeza del género en el que destaco y mis obras se han traducido del inglés al español, francés, italiano, portugués y no sé cuántos idiomas más. Entonces, a quienes me han criticado puedo decirles que si mi «basura feminista» ha llegado tan lejos es, sencillamente, porque algo estoy haciendo bien. Y eso es lo que quiero sembrar en ustedes hoy e ir abonando estos meses, hasta recoger los frutos.

Baja y bordea las sillas principales. ¡Qué mujer, para hablar con tanta pasión!

—Quiero que amen lo que hacen, quiero que se enamoren de sus personajes y de sus historias, quiero que vivan en ese mundo para que asimismo se lo puedan transmitir a otros. De eso se trata en este arte, sea cual sea el género. Lo más importante es apoderarse de su imaginación y darle forma en las páginas impresas. No hay razón para pensar en los mal llamados bloqueos, eso no existe. Eso se llama excusas baratas. —Y su mirada gris y fría cae sobre la mía; no le he dicho que tengo un bloqueo, pero al parecer el letrero en mi cabeza no deja de brillar y cambiar el mensaje según sea el lugar—. Lo cierto es que lo ideal es ir escribiendo la historia y que ella misma dé sus giros y, cuando eso pasa, ¡es espléndido! Esas son las sorpresas que nos llevamos cuando la historia toma el mando y nos da un resultado que no esperábamos, pero es mejor que el que planeamos.

Vuelve hacia los escalones y sus ojos se cruzan de nuevo con los míos. Cree que me intimida, lo que desconoce es que yo puedo ser tan cabrona como ella sin sentir el más mínimo remordimiento. De miradas asesinas tengo

derechos registrados.

Se acomoda en una preciosa silla antigua, junta las piernas de un modo tan elegante que hasta parece una gran señora, una de sus manos coloca un mechón ondulado de su cabello que se soltó de la perfecta armonía de su corte y peinado Devachan.[6] Eleva la mirada, como si hablara a sus súbditos; ella adora el poder y ama ser... ¿cómo decirlo? ¿Venerada? Tras mirarnos a cada una como a un puñado de prendas viejas en un rastrillo, retoma su discurso.

—Pero la organización es importante. Hacer una sinopsis es primordial, porque es como el mapa que nos va llevando por ciertos límites que son más que necesarios. Debemos crear personajes con personalidad, con defectos y virtudes, con odios y temores. Que tengan piel y alma. Muchos dicen que los escritores nos creemos dioses engendrando seres a nuestro antojo, y tienen razón. Eso es lo que hacemos, dar vida a personajes que serán como nos gustaría que fueran algunas personas, como las conocemos o como no las quisiéramos. Por eso ellos son el alma de nuestros libros: nos toman de la mano y nos invitan a andar ese camino a su lado. Entonces, si quiero una mujer romántica y enamorada, tendré que llevarla al extremo: si sufre, que sea la que más sufre. Eso es dar carácter y envolver al lector, que en muchos casos terminará identificándose con alguno de ellos.

Acomoda sus gafas sobre el puente de la nariz. Es la sofisticación en pasta.

—Nuestro género literario lleva a la mujer a la independencia, a la libertad y al control de sí misma. Las mujeres son las protagonistas de sus vidas, pero eso no las hace felices ni realizadas; por el contrario, las llena de dudas, miedos, situaciones incómodas, agujeros negros... en fin. Se trata de hablarle al mundo de la tarea de ser mujer, de todo lo que pasa por nuestras mentes en un estúpido segundo. A mí me han llegado comentarios de lectores masculinos que dicen que leyendo mis historias han logrado comprender, aunque sea un poco, lo que es el pensamiento femenino y lo que representa luchar en un mundo anticuado regido por hombres donde aún prima el machismo. Esa lucha por la igualdad, o al menos por la aceptación, es lo que defiende en cada palabra.

Se levanta tan lentamente que hasta parece un efecto de cine la forma en

que la falda de su traje cae y los zapatos se afirman sobre la madera.

—Recuerden que el ideal de cualquier escritor es abrirle al lector el camino de la imaginación, esa misma que lo ha llevado a crear universos tan maravillosos, y luego soltarlo. Con esto no quiero decir que les cambiemos la forma de ver el mundo, no; les damos un punto de vista distinto. Sin imaginación la vida es una pérdida de tiempo, chicas. Y al parecer ya hemos gastado nuestras dos horas. Quiero que vean una película titulada *Corazón de tinta*, la comentaremos en la clase del miércoles. También deben traer el perfil de una mujer que ustedes no serían; por ejemplo, yo no sería monja. ¡Jamás! Hasta el miércoles.

El recinto estalla en aplausos. Esta mujer sonríe con timidez mal fingida y se retira. Las chicas comentan acerca de su discurso y de la motivación que esas palabras han creado en ellas. Es cierto, es agria, cortante y petulante, pero todas quisiéramos ser ella o, por lo menos, pensar de ese modo.

Es una diva literaria, no hay discusión.

El día en que el *dharma* y el karma se cruzaron



He venido a almorzar, me he dado una ducha y me he puesto un vestido negro a la rodilla de falda de lápiz y manga larga, un collar de piedras grandes en color púrpura y los pendientes a juego. Con el cabello me hice un recogido completo y en los pies llevo la seguridad y las armas: *black classic pumps*, de Prada.

Nunca había sido supersticiosa hasta que usé por primera vez estos zapatos el día que presenté mi primer libro en la editorial; en una semana me dieron respuesta positiva. Con ellos puestos gané la entrada como columnista en *BEAU* y, también con ellos, una tarde lluviosa me llamaron de la emisora *Mujer en línea* para proponerme hacer un programa con ellas. Asimismo, me han acompañado a firmas de libros, entrevistas y todo lo que encierra mi profesión. Hoy no puede ser la excepción.

Y como el tiempo no se hizo para desperdiciarse, le he pedido a Alan que me traiga a *BEAU* unos veinte minutos antes de la hora indicada. Mientras avanzamos por la calles de la convulsa Nueva York, mi cabeza va armando un millar de conjeturas respecto a la inminente reunión. Si quisieran despedirme, Fiorella lo sabría, y además, ella se hubiese encargado. Alan aparca frente a un inmenso edificio y me informa de que hemos llegado. Las manos se me colman de una ligerísima capa de sudor. Estoy de los nervios, para qué voy a

negarlo. Tendré que apretar muy bien las piernas allá arriba. Me obligo a dejar el coche y tranquilizarme. Mi adorado Alan me lleva del brazo hasta la entrada, abre la puerta para mí mientras me indica que estará cerca, porque no es posible estacionar mucho tiempo en el sitio donde ha dejado el coche. Le sonrío y él me devuelve una preciosa sonrisa llena de calma. Palmea suavemente mis manos aferradas a sus brazos y me desea suerte.

Algo como lo que hubiese hecho un padre el primer día de trabajo de su hija o en su entrevista más importante.

¡Yo qué sé de eso!

Alan no es mi padre, pero me alegra que esté aquí. Que sea él. Camino firme y decidida al vestíbulo y me presento, tan encantadora como lo pidió Fiorella.

—Hola, soy Lena Roach, tengo una cita.

—Un momento, por favor.

El vestíbulo principal de BEAU está decorado con inmensas fotografías de algunas de sus portadas. Son maravillosas, todas las mujeres que salen allí se ven preciosas y plásticas, la verdad sea dicha. Vende un concepto de belleza demasiado perfeccionista. Mi portada favorita es y será la de Chantelle Brown, la modelo con vitíligo. Sinceramente, mi personalidad y mi fortaleza no lo hubiesen soportado. Frente a la recepción se ubica un recibidor con sofás de cuero en color magenta y una mesa de centro negra, decorada con algunas revistas y plantas de hojas gruesas. Por no hablar del suelo, que parece un espejo.

—Tome el ascensor número tres hasta el piso quince, que la llevará al área de la dirección de contenidos.

—Gracias.

—Bienvenida. —Y me despide con una sonrisa que, si es impuesta, le sale muy natural.

Sigo el pasillo que conduce a los ascensores y subo al indicado. En menos de veinte segundos estoy en el quince, y mi cuerpo me pide revisar que el hígado no se haya quedado en otro piso. Al abrirse, las puertas me revelan un mostrador redondo con tres mujeres vestidas con americana negra y camisa blanca. Detrás de ellas hay un inmenso ventanal que sirve de división y de

pared. Más fotografías de portadas decoran los muros.

Una de las mujeres se levanta y dirige sus pasos hacia mí, echando un vistazo al lugar.

¡No me lo puedo creer!

—¿Lena Roach?

—Sí, soy yo. —Intento dar una respuesta profesional que no delate el nerviosismo que me recorre el cuerpo y se refleja en el sudor de mis manos.

¡Maldita sea!

Disimuladamente, las paso por la falda del vestido.

—Siga por aquí y espere en la oficina del fondo. —Me abre una puerta doble de madera oscura que está justo enfrente del mostrador.

Ante mí se extiende un amplio pasillo que termina en un ventanal con la vista de la calle. Es algo intimidante este lugar. Unos pasos más adelante encuentro un sofá solitario en medio de una sala rodeada de puertas de cristal con el nombre de la revista. Algunos se dan la vuelta para verme, sin mayor interés, y yo camino despacio en dirección a la oficina del final del pasillo.

Una puerta doble, de color dorado metalizado y con el nombre de la revista en relieve, me separa de mi cita. En la parte superior derecha está escrito «Dirección», en letras negras y delgadas. Intento mantener la calma. Desde niña aprendí que para evitar el miedo hay que usar la distracción y enfocar la mente en algo distinto. Pues esta vez me giro hacia el ventanal y me quedo observando el paisaje. Hay un edificio enfrente y se adivinan algunas personas tras los cristales; miro a la gente que camina por la calle, cada uno con un mundo distinto en su cabeza. Luego recuerdo que debo buscar la película que mencionó Casilda. ¿Por qué nos aconseja esas historias que no tienen nada que ver con el *chick lit*? Lo ideal es ver *chick flicks* y, si fuera mi clase, mis alumnas verían a verdaderas divas. La primera en la lista es *Breakfast at Tiffany's*,^[7] la perfección vestida de diamantes, el escalón a alcanzar para una chica. Y hablando de chicas, también debo pensar en qué tipo de mujer no quisiera ser.

De pronto, mis ojos enfocan mi reflejo en el ventanal y me quedo observando los detalles del rostro y el maquillaje. No estoy vestida para una portada, pero tampoco iría así a un funeral, ni siquiera a una cena de amigos.

¿A una de negocios? Es posible, me veo como una mujer de negocios.

¿Y me gustaría serlo?

¿Qué tipo de mujer no quisiera ser?

¿Y cuánto tiempo llevo aquí? ¿Diez minutos? ¿Quince?

Estos zapatos empiezan a cobrarme el impuesto de importación. La belleza cuesta, diría Maggie, pero mi refrán favorito lo dijo el abuelo: no hay atajo sin trabajo.

Me observo las manos, los dedos y las uñas, esas que ni una sola vez he pintado. No me gustan ni el rojo vagabunda ni el rosa princesita. Alguna vez leí que el color que llevamos en las manos define lo que queremos gritarle al mundo sobre nuestra personalidad, y a mí es mejor que me descifren. Yo no dejo pistas, no, señor. Esto me lleva a recordar a Hugo, el último chico que formó parte de *Te lo pierdes*. Era guapo, besaba bien, callado, sonrisa tímida, buen amante..., ojos azules...

¡Ojos azules! ¿De quién son esos ojos?

Me giro abruptamente. Frente a mí, un chico me observa divertido e intrigado.

¿Tengo sapos en la cara?

¡Por Dios! Casi me mata de un infarto...

—Un dólar por tus pensamientos...

¡Qué cliché! Digno de *chick flick*.

—¿Perdón? —respondo aturdida. El corazón me va a mil por hora.

—¡Oh! Lo siento, ¿te asusté?

¡No, idiota! Suele ocurrirme que cuando miro mi reflejo en un cristal me encuentro a alguien detrás.

—Eso parece, quedaste muda y estás pálida. Bueno, más... —Y sonrío, a medias.

E.—Responde algo, Lena.

L.—Es guapo, bueno..., demasiado guapo, y está muy cerca de mí.

—Y también parece que ya estás mejor, te volvió el color a las mejillas.

¡Mierda! Solo a ti se te ocurre mirar lo bueno que está después de que casi

se anota tu primer infarto.

L.—Calla, Elena.

—Sí, estoy bien —balbuceo, intentando girarme y volver la vista al ventanal.

E.—Cierra la boca o empezará a escurrirte la baba.

L.—Después me la pagas, batracia.

—Discúlpame si te asusté, es que estabas tan concentrada que pensé que veías algo interesante ahí afuera y me acerqué para saber qué era.

—No te preocupes, solo pensaba en algunas cosas que tengo que hacer.

La gran puerta dorada se abre y, para mi sorpresa, me encuentro con Julia White, la directora de BEAU España. Mira al *chico misterio y terror* para indicarle que continúe hasta la oficina siguiente.

Al verme, abre sus ojos de par en par y adopta una mueca de emoción. La peor actuación que he visto, aunque por mantenerla intacta cada vez que me ve ya se ha ganado el Óscar.

—¡Lena, querida! Qué bueno que estés aquí. —Intenta un abrazo que apenas llega a acercamiento y toque de hombros. Su olor a Chanel N.º 5 y esa impoluta cola de caballo rubia que siempre lleva hablan de lo aburrida que debe de ser su vida. Nunca, en tres años, la he visto diferente. Incluso debo agregar que viste invariablemente de blanco y negro, al mejor estilo Cruela de Vil.

—Julia, qué sorpresa. No sabía que estarías aquí, pensé que me reuniría con Hannah...

—No, nena, Hannah está de viaje, aunque estoy yo, que es casi lo mismo. Pero pasa, por favor. Aduénate del sillón que te plazca.

Entro en la oficina, amplia, pintada de blanco y magenta y con fotografías, muchas fotografías de distintos tipos y colores de ojos... Un escalofrío me recorre de nuevo.

Con esa mujer empiezo a perder la esperanza. Aquí no hay nada bueno

para mí, ella se ha negado a todos mis intentos por convertirme en editora.

—Te presentaré a Liz, ella será tu mano derecha.

Liz es una chica delgada y bajita, con el cabello castaño, ojos pardos y facciones delicadas. Se pone de pie y me saluda con un beso en la mejilla.

—¿Mi mano derecha? No entiendo.

A este cuento le falta un buen pedazo y creo que es el que está podrido.

—¿No lo sabes?

—No, Fiorella no me dijo nada.

—¡Qué mujer! Siempre tan reservada. Ven, siéntate conmigo.

¡Cómo que Fiorella lo sabe y me lo negó!

Nos acomodamos en un sofá negro en forma de *L*.

—Tráenos té, Liz.

La chica sale como una exhalación dejándome con el mismo demonio.

—¿Puedes decirme lo que pasa?

—Tranquila, cariño, no es nada del otro mundo. Es algo beneficioso para la revista y, lógicamente, para ti.

—¿Y qué es?

—Nos enteramos del motivo que te trajo a Nueva York y queremos que estrenes tu título de periodismo con nosotros.

Llega el té y Liz se sienta frente a mí. Me mira con una eterna sonrisa y aprisiona contra su pecho una carpeta.

Oh, oh...

—¿Casilda Watts? —pregunto, elevando una ceja, para disfrazar ese presentimiento hecho nudo en mi garganta.

Julia asiente con malicia en su mirada verdosa.

—Ella no concede entrevistas. —Intento librarme de la responsabilidad que no quiero asumir.

—Lo sabemos, por eso tú eres la persona indicada.

¡Ay, no! ¿Qué cree esta bruja, que soy tan retorcida como ella?

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Tenemos información que necesitamos verificar. Nos han dicho que su último libro está basado en una historia real; para ser más precisa, la protagonista está inspirada en ella misma y narra un suceso ocurrido hace

mucho tiempo atrás.

¡Esto es una gran estupidez! Casilda no haría algo semejante... Y, de ser cierto, tampoco lo admitiría.

—Aún no entiendo qué papel juego yo.

—Lena, te creía más inteligente... —Le da un sorbo a su té, el mío sigue en la mesita. Prefiero no correr el riesgo de una intoxicación—. Te lo diré más despacio, porque tal vez no me entiendes muy bien en inglés. Harás periodismo de investigación, te convertirás en su sombra, te ganarás su confianza y le sonsacarás la verdad. Simple...

L.—¿Qué? Yo no puedo hacer eso. Va en contra de mi moral. Aunque no lo parezca, tengo moral y no puedo hacerlo. A esa mujer la he admirado durante años, y si ella no quiere hablar, yo no puedo obligarla, es un juego sucio. No y ¡no!

E.—Y si es tan simple, ¿por qué no lo haces tú, bruja?

L.—Gracias por el apoyo, Elena.

—Lo siento, Julia, no puedo hacerlo.

Mi respuesta no le sorprende y sigue con su misma expresión.

—Mi querida Lena, no estás en condiciones de elegir. Tú le debes mucho a esta casa. ¿O no lo recuerdas?

—¿Disculpa? —La indignación emana por mis poros.

—Sí, cariño, la fama de tus libros no es gratuita, el nombre de esta casa vale su peso en oro y no creo que te hayas olvidado de toda la publicidad que se ha invertido en ti. —Cruza las piernas, encorva la espalda y se acerca a mí; me fijo en sus manos, que empiezan a revelar su edad. ¿Cuarenta y cinco? Sí, puede ser—. Eres buena, incluso me recuerdas a Casilda cuando se dio a conocer con su primer libro. —Me sobresalto. ¿La conoce de siempre?—. Tan llena de ilusiones y disfrutando de la fama y el reconocimiento..., creyéndose la reina del mundo. Pero ya sabes, querida, que llega un momento en que se debe pagar por los favores recibidos. Y a ti te ha llegado la hora.

—Esto va más allá de mis principios. No pueden obligarme a hacerlo. — Pierdo la compostura y me levanto del sofá.

—No te obligamos, Lena, estamos negociando contigo un precio justo y razonable. —También se pone de pie y me observa de pies a cabeza mientras habla—. Así como tú no escatimas en gastos para darte gusto con vestidos como el que llevas hoy..., un clásico de Armani..., y qué decir de tus zapatos Prada o la cartera de Yves Saint Laurent... Eso no se paga con las escasas ganancias por derechos de autor de los libros de una novata, ¿o sí?

—¡Mis finanzas no están en discusión! —Si no se calla de una vez, la agarro de ese pelo de mazorca y la arrastro por el edificio. Además, ¡no soy una novata!

—Claro que sí, porque si no aceptas la oferta, la novela en la que habitas no tendrá un final feliz. Perderás tu espacio en esta casa y los derechos de autor de tus historias. —Me mira con tanto desprecio que hasta miedo me da.

—Nadie puede quitarme los derechos de autor...

—Niña ingenua, ¿no te han enseñado a leer la letra pequeña? La editorial que te publica pertenece a esta revista. Al firmar el contrato, cediste los derechos.

—Pero...

—Pero nada. —Entorna los ojos y se acerca a mí, desafiante y altiva. Sabe que tiene el poder y que no puedo negarme—. Sin nuestro apoyo seguirías siendo la simplona de Elena Rocha, trabajarías en cualquier periódico y tu fama llegaría a la de mecanógrafa sensacionalista. Así que tú decides qué valor le das a tus adorados libros y qué grado de gratitud le debes a esta casa. —Se levanta en dirección a la puerta—. Ah, y no pienses en demandar. ¿Quién te creería? —Me señala la salida, como quien se deshace de un perro. ¡Que sea una pesadilla, por favor!

Recojo mi cartera, busco la dignidad que me quedó por el suelo y me pongo de pie. Camino despacio y un dolor generalizado se instala en mi cuerpo. Creo que me han dado la paliza de mi vida sin un solo roce.

—Quiero el primer informe para la próxima semana —añade, en ese insoportable tonito de suficiencia, y cierra la puerta.

¡La vida no es justa!

6

Un café



Salgo del edificio con el alma hecha un nudo, tengo ganas de llorar y de gritar. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan impotente, tan subordinada, tan manipulada...

¿Qué es lo que quieren que confirme?

El último libro de Casilda Watts es la novela desgarradora y estremecedora que nunca pensé llegar a leer de ella. Es posible creer que está basada en hechos reales, pero decir que Casilda asesinó a su madre...

¡Por Dios!

¿Qué voy a hacer?

¿Qué f*** diablos voy a hacer?

Fiorella no me puede ayudar, la muy traidora lo sabía y se hizo la tonta. ¡Que lujo de amiga, seguro que me la gané en una caja de cereales!

Tampoco puedo decírselo a nadie.

¡Arrrghh! Todo iba tan bien..., todo era un sueño.

¿Y perder mis derechos de autor? Eso sería el fin de mi sueño, el inicio de una pesadilla sin fin. No quiero hacer otra cosa en mi vida aparte de escribir. Es lo que amo. Lo único que amo sinceramente...

Mi carrera como escritora se irá por el desagüe. Quién sabe lo que inventarán para desacreditarme. Terminaré de editora de periodicuchos... o

pidiendo limosna en la calle. ¡Maldita sea mi suerte!

Que se abra la tierra y me trague. Ahora mismo puede llevarme un águila en sus garras hasta el pico más alto del mundo, que con gusto me haré ermitaña.

Salgo a toda prisa del edificio, no miro a nadie, ni a los lados. Solo quiero despertar de este mal sueño. Solo quiero correr hasta estar lo suficientemente lejos de tanta podredumbre...

¿Y Alan? ¿Dónde diablos se ha metido?

Espero en el lugar que me indicó. Me oculto ligeramente de los cristales apoyada en una farola, no quiero que la arpía me vea y disfrute con mi desgracia.

—¿Un café para pedir disculpas?

—¡Oh! ¡Jesús, perdona mis culpas, prometo portarme bien! —Me da un respingo el corazón.

L.—¡Son esos ojos azules en ese magnífico rostro!

E.—¡No, Lena! Nada de rollos, que ahora sí tienes problemas.

—No soy Jesús, bueno, alguna vez me dijeron Dios, pero ya sabes que las chicas excitadas sueltan incoherencias... Además, no hay nada que perdonarte.

Qué gracioso... Bueno, sí, me ha hecho gracia su apunte.

—¿He vuelto a dejarte sin habla? Me irá bien en Halloween, he perfeccionado mis sustos. —Sonríe a medias y a mí se me eriza la piel de la nuca... ¡Aquí vamos, Lena!

—¿Disculpa? —Me paso una mano por la frente, así que me hizo sudar frío, un susto más y terminaré en un hospital. Sé por qué lo digo.

—Que si podrías, por favor, aceptar una invitación a tomar un café y me disculpo por el susto que te causé en el edificio. Y de paso por este.

Tal parece que es experto en alterarme los nervios. Pero si soy realista, me ha tomado en un mal día. Eso es todo.

—No es necesario, estoy bien. Solo ha sido un día movido. —No creas que soy fácil, *baby*.

—Es un café...

E.—¡Sí, Lena, es un café, no una pedida de mano!

L.—Aun así...

—No puedo aceptarle esa invitación a una persona que no me ha dicho su nombre...

Eso es, nena, coquetea mientras puedas...

—Tienes razón... ¿Cómo te llamas?

Logra hacerme sonreír y él lo hace elevando muy poco las comisuras.

—¿No debería ser al revés? Tú me dices tu nombre, yo decido lo del café...

—No puedo invitar a un café a una persona que no me ha dicho su nombre... —Suelta una risa espontánea y sonora que se me clava en lo más profundo del corazón.

L.—¿Qué demonios me está pasando?

E.—Lena, tanto tío bueno te descontrola las hormonas. *Relax, baby.*

—Soy Len... Elena, Elena Rocha.

¡Empecé mal! Ya le di mi nombre real. Que alguien me dé un golpe en la cabeza.

—Stephan Bradley, encantado.

¿Stephan Bradley? ¿Dónde he oído ese nombre? No puede ser mi Stephan Bradley, aunque sus ojos se parecen un poco, sus labios..., no sé, con esa barba no sé en realidad cómo eran sus labios.

—¡Hola! ¿Adónde te fuiste? —dice, manoteando sobre mi rostro.

—Lo siento, tu nombre me resulta conocido, tal vez haya oído hablar de ti.

—Puedo ayudarte con eso, soy fotógrafo.

¡Dios! No puede ser, es él, es mi Stephan.

Se ve distinto..., incluso se ha quitado una buena cantidad de años y...

—¿Te cortaste el pelo?

Ladea la cabeza y levanta una ceja.

E.—Ay, Lena, qué elocuente estás.

L.—¡Conecta la cabeza y la lengua!

E.—Sinapsis, neuronas, por favor, sinapsis.

—No te reconocí porque tenía en la memoria a un fotógrafo con un *look* al estilo *Jesucristo Superstar*. —Intento salvar ese café.

Su sonrisa es más amplia esta vez.

—La magia del cambio de *look*. ¿Te tomarías un café con este fotógrafo?

—Claro que sí.

Me indica que avance por una calle y yo le sigo muy campante, es mi fotógrafo favorito y creo que mis Prada han vuelto a hacer su magia.

—¿Qué hacías por BEAU? —pregunta, rompiendo el silencio de mis monólogos mentales.

¡Oh, no! Por favor, no arruines el momento.

—Una reunión de trabajo.

Cómo cuesta decirlo.

—¿Eres modelo?

—Soy escritora.

—Pues yo te digo que no quedarías mal en alguna portada.

Ya estuve en varias, ahora me las están cobrando...

—No es lo mío, pero gracias por el cumplido.

—¿Qué es lo tuyo?

¡Ya te lo dije, chico! No me gusta repetir, apréndelo.

—Escribir, contar historias.

—¿Te harán un reportaje? ¿Ya eres número uno del *New York Times*?

—Nada de eso, resulta que también soy periodista. Y quieren que empiece mi carrera periodística con ellos haciendo un trabajo *especial*.

—¿Especial? Suena interesante. —Se lleva la mano al mentón—. Suerte con ello.

La necesitaré.

—Y tú, ¿qué hacías en BEAU? No eres fotógrafo de moda, hasta donde yo sé.

—Así que me conoces... —Me guiña un ojo y se me ponen las rodillas

flojitas, no es amor, es que necesito sexo y mi cuerpo acaba de descubrir con quién le apetece—. Estaba devolviendo un par de *regalos* y entregando en persona mi negativa a ser parte de su *staff*. Es demasiado superficial para mí. Perdona la franqueza.

Bien por ti, que puedes darte ese placer de negarte.

—No hay problema. —Me gustan su rebeldía y su sinceridad, aunque eso no lo sabe, tampoco que es mi fotografía favorito y que lo he seguido durante años.

Llegamos hasta lo que parece un callejón y suelta el seguro de una bicicleta, que juro sin riesgo a equivocarme que la heredó del abuelo de su abuelo. Junto las cejas y, por alguna razón, me dan ganas de correr.

Stephen sube a ella y me mira, expectante.

—No voy a asesinarte o violarte..., menos aún a robar tus órganos. Solo te invité a tomar café. El mejor de la ciudad.

—Muy bien, dame la dirección y llego allí en unos minutos...

Se ríe nuevamente y ya me encanta que lo haga.

—Sube a la barra, te llevaré.

¡¿Qué locura está diciendo?!

¿Subirme a la barra de su bicicleta?

¿Con mi Armani y mis Prada encima?

—No quiero incomodarte..., la bicicleta es para uno, dos ya es causa de una infracción de tránsito.

Cruza los brazos sobre su pecho y me mira de forma que no puedo descifrar. ¡Dios! No me mires así...

—Muy bien, si deseas caminar, iré a tu lado. Vamos hacia el puente de Manhattan.

¿Caminar por todo Manhattan en tacones?

¡Estás loco, *baby*!

—¿La barra o el suelo, Elena?

L.—Elena... Me encanta cómo lo dice.

E.—¡Aterriza de una vez!

L.—Al menos moriré viéndome glamurosa.

—La barra.

Eleva la ceja izquierda como diciendo: ¡lo sabía!

Me acomodo, si comodidad es la palabra, claro..., y mis manos se aferran a los tubos frontales como si se tratara de apretar o morir.

Stephen maniobra con torpeza y no sé si lo hace a propósito o en realidad no logra estabilidad. Al fin lo consigue y avanzamos por Manhattan en lo que será la mayor vergüenza internacional de mi vida.

¿Qué pensaría Audrey si me viera ahora?

—Si quieres pasar desapercibida, no intentes esconderte.

Asiento. No quiero hablar, solo espero llegar, y pronto.

Mientras avanzamos hacia el puente, Stephan va silbando y cantando como si se tratase de la escena de alguna comedia romántica. Pero adoro esa canción, bueno, en realidad adoro a Elvis, lástima que no es a mí a quien Stephan le pide otra oportunidad...

E.—¡Te lo advierto, aterriza de una vez o el golpe será desastroso!

L.—Calla, nadie te ha dicho que puedes opinar.

Celebro la vista cercana del dichoso puente, supongo que conoce algún café en ese lugar.

¡Pues no!

¡Se mete de lleno en el puente!

—¿Adónde me llevas?

Estoy perdiendo el control y prefiero rasparme las rodillas antes de terminar quién sabe cómo.

E.—¿Qué tal que sea un sádico?

L.—¡Riiico!

E.—¡Lena! ¿Y si es un psicótico?

L.—No, prefiero sexo y no llantos y gritos y traumas de la infancia.

E.—Lena, deja de leer tantas novelas policiacas.

—A mi casa.

—¿Qué demonios vamos a hacer a tu casa? Frena de una vez.

Lo hace.

—El mejor café de la ciudad es el que hago en casa, orgánico y saludable. No lo hallarás en ningún lugar. —Y lo dice tan convencido que hasta le creería, pero yo, yo...

Me acomodo el vestido y la cartera en el hombro. Me paso las manos por la coleta y camino, no, corro de regreso a Manhattan.

—¡Ey, espera! —grita, y yo no me doy la vuelta, solo intento correr más deprisa.

Hasta que me alcanza.

—¡Por favor! Es un café.

—Mira, imbécil —clavo mi índice en su hombro mientras rebusco en mi cartera—, yo me sé de memoria esos discursos. El café es la excusa para llevarme a tu casa e intentar meterme en tu cama. Y aunque no niego que podrías ser candidato a *fuck buddy*, ahora mismo me pareces un completo idiota.

Continúo mi camino. Y vuelve a estar cerca. Saco la mano del bolso y le apunto con el gas pimienta.

—Sé usarlo, y muy bien. Estás advertido, déjame ir de una buena vez.

Levanta las manos, midiendo sus movimientos y calculando los míos. No se atreve a hablar.

Sigo andando, vuelvo a sentirlo cerca y cumplo mi amenaza, acciono el espray y emprendo la huida.

Se queja y empiezo a sentirme mal; sin embargo, insiste.

Llega a mi lado en su bicicleta, que apenas si puede maniobrar. Sus ojos lagrimean, están enrojecidos y no logra abrirlos bien. Y yo ya no puedo correr más, correr en tacones debería considerarse un superpoder.

—Puedo jurarte sobre la Torá que mis intenciones se limitaban al café... ¡Arrrrgggh! Cómo arde... —Deja la bicicleta y se tira al suelo, creo que hasta ha pensado en arrojarse por el puente.

L.—Ay, Elena, la cagaste....

—¿Eres judío? —pregunto mientras me acerco despacio a él; aún desconfío, no puedo evitarlo.

Asiente.

—Los judíos no pueden jurar...

—Eso te hace imaginar que podría quebrantar las leyes solo por darte mi palabra.

Tengo un buen concepto de los judíos.

—¿Solo el café? —Supongo que debo ser buena.

Levanta su diestra y asiente.

Bajo los hombros. Saco una botella de agua de mi cartera y me acerco para lavarle el rostro. Es como ver al sediento bebiendo en un oasis, empapa desesperadamente la zona y poco a poco los abre, sus preciosos ojos.

—¿Estás mejor?

—Bueno, no quedaré ciego, que era lo que me preocupaba al verlo todo borroso, aunque bajo esta bruma sigues siendo preciosa.

¡Oh, vamos, Bradley!

—Fue tu culpa, recuerda no perseguir a una chica de ciudad, pocas veces no están armadas.

Le dejo la botella y me doy la vuelta para irme a casa.

—¡Eh! ¿Adónde vas? No me has dicho si nos tomaremos el café.

Es persistente este chico.

—Está bien. —Llego hasta él y le ofrezco mi mano para levantarse—, pero si el café no es bueno, lo escupiré en tu cara.

—Puedo arriesgarme, seguro que no va a ser tan doloroso como el gas pimienta. —Se encoge de hombros, sonrío y me invita a subir nuevamente a la barra.

Dharma encendido



Y aquí estoy, en medio de un salón totalmente desprovisto de sillas. En el suelo hay cojines de todas las formas, colores y estampados, y en las paredes algunas fotografías de naturaleza. Las ventanas están abiertas y una solitaria planta adorna un rincón.

—¿Todo está en orden o te robaron mientras fuiste a Manhattan y dejaste la ventana abierta?

Stephan me mira desde el otro lado de la barra de la cocina. Termina de poner un artefacto extraño en el que vierte el café molido y el agua caliente.

—No me hace falta nada, de hecho, me sobran un par de fotografías que no he vendido...

Sale hacia el fondo del *loft* y yo recibo una llamada de Alan.

—Señorita, ¿está bien? Por favor, discúlpeme, tuve que volver al departamento y me entretuve con otras cosas... ¿Dónde se encuentra? Voy enseguida.

—Tranquilo, Alan, no ha pasado nada. Estoy en Brooklyn.

—¿Qué hace usted en Brooklyn? ¿Se ha perdido?

No puedo evitar sonreír, la preocupación de este hombre debe de asemejarse a la de un padre. El abuelo nunca fue así.

—Estoy con un amigo, volveré en un rato. Iré en un taxi.

—No olvide tomar el número de matrícula y enviármelo en un mensaje.

¡Qué paranoico está todo el mundo!

—Así lo haré.

Stephan regresa trayendo un par de sillas altas y las deja junto a la barra de la cocina.

—Las tenía haciendo de trípodes.

Se encoge de hombros y vuelve a su extraña máquina, que ni siquiera usa electricidad.

Me acomodo en una de las sillas y le observo mover una palanca y un engranaje. Tiene una espalda ancha y, por lo que deja ver su suéter, los brazos firmes. Es una buena vista trasera...

Busca en las alacenas vacías y halla unas tazas, sirve el café en ellas y me entrega una.

Rodea la barra y se sienta frente a mí, lleva su taza a los labios y espera que lo imite. La agarro y la acerco, no es de buena educación oler la comida, pero me siento obligada a hacerlo.

Huele muy bien.

Pruebo y sabe mejor.

—Delicioso, ¿verdad?

—Sí, sabe bastante bien.

—Es *kopi luwak*.^[8]

No puedo evitar escupirlo al instante.

Stephan apenas puede retirarse.

—¡Estás loco! —vocifero, al tiempo que me acerco al lavabo—. ¿Cómo se te ocurre darle a una chica un café que se hace con el excremento de un animal?

Me lavo frenéticamente la boca.

—No es para tanto, es un café *gourmet*.

—Creíste que no sabía lo que era. —Le acuso con el índice—. Pues yo vi *The Bucket List*^[9] y juré que nunca tomaría tal cosa.

Tomo mi cartera y camino hacia la puerta. Siento náuseas, y mi estómago se revuelca de dolor. Creo que perderé los intestinos...

—¿Adónde vas? —Su maldita cara de diversión... Me dan ganas de tirarle

su costoso café encima.

—A un hospital, tengo que hacerme un lavado del aparato digestivo antes de que lo pierda.

Se acerca corriendo a mí, lo veo como en cámara lenta y doble o triple... Son como quinientos Stephan deliciosamente sexis...

—¿Estás bien?

Lo escucho como en una radio mal sintonizada.

Me toma por los brazos y me carga. Sé que mi cuerpo se resiste, y aun así no logro moverme o patalear. Llego hasta el baño y apenas le doy tiempo de recoger mi cabello. Su café, el filete de salmón y los huevos con beicon salen disparados de mi boca. Vomitar me devuelve a la realidad.

Una asquerosa realidad.

—¿Estás mejor?

Sé que lo fulmino con la mirada.

—Seguro, acabo de comer *crème brûlée*^[10] y lo tiré por el desagüe porque así soy yo.

Le oigo reír.

¡Imbécil!

—Ya no tienes que hacerte ese lavado...

¡Maldito seas, Bradley! ¡Tú y tu café! ¡Y esa risa que quisiera borrarte y que a la vez me encanta!

—Necesito pasar este momento a solas..., ya sabes. Limpiarme y recuperar mi dignidad.

—Sí, tienes razón. Tras el espejo hay enjuague y esas cosas.

Se levanta y me tiende la mano para ayudarme. Niego con la cabeza, baja la mirada y sale. Me abrazo al inodoro y pongo la cabeza entre los brazos.

E.—Mírate dónde estás, Lena, en el baño de un chico guapo, después de que te haya visto devolver la comida de un día, vestida de diseñador y abrazando un inodoro... Nada más antiseductor que eso, adiós a la noche de locura salvaje que estaba rondando mi cabeza...

Me levanto y en el espejo me saluda una mujer que lleva el rímel corrido y

los labios pálidos.

Por eso odio el maquillaje.

Me tomo el tiempo necesario para volver a ser yo y salgo. Justo tras la puerta está Stephan, mirando por una ventana.

—¿Puedes conseguirme un taxi?

—Opino que es mejor que te recuestes e intentes descansar.

Me tiende la mano y lo pienso dos veces..., tres.

No la tomo. Estoy llena de remilgos, no puedo evitarlo.

Deja caer su mano y se encoge de hombros, es manía, ya lo noté.

Abre la puerta y entra en una habitación con las paredes de ladrillo; hay libros apilados a un lado y una tienda de campaña instalada frente a una inmensa cortina, un armario empotrado cerrado y olor a canela.

—Puedes dormir allí. —Me señala la tienda.

—¿Duermes ahí?

Asiente, orgulloso.

—¿Todas las noches?

—Desde que me mudé a Nueva York, es decir, hace ocho meses.

Me cruzo de brazos y rodeo la tienda...

—¿Tus padres no te llevaron de campamento o quisiste ser niño explorador y no pudiste?

Se carcajea y niega con la cabeza.

—Ninguna de las dos... Fui mil veces de campamento y por eso adoro dormir en tiendas. Y por mi profesión también suelo llevar una. Está justo aquí, frente a una gran ventana que me muestra el firmamento en la noche y me lleva a ese lugar feliz...

¡Una cursilada!

Noto que se pierde en un recuerdo que le causa nostalgia.

Regresa y me invita...

Bueno, ya he montado en bicicleta por Manhattan, usé por primera vez el gas pimienta con él, he tomado café de estiércol, lo devolví..., una tienda de campaña es algo inofensivo. Si se deshace, no me matará...

E.—A menos que no puedas salir y te quedes sin aire...

L.—¡Cállate, Elena! Vuelve al rincón.

Me siento frente a él, es muy amplia y parece una casa dentro de una casa. Tiene varias almohadas y sábanas blancas dobladas y puestas a un lado.

Con un gesto de su cabeza me indica que me recueste.

Finjo sorpresa y me niego.

—Anda, descansa un poco. Es lo mínimo que puedo hacer.

Acepto, no hay opción. Me recuesto. Palmeo con mi mano la almohada de al lado. No se niega, es como si esperara que le invitara.

Estamos frente a frente y sus ojos son más hermosos ahora.

—Te ves más joven sin esa barba.

Eleva una ceja.

E.—Lena y esa bocota.

—Lo siento.

—No pasa nada, fue una época de rebeldía mientras viajaba por el mundo...

—¿Ya no lo haces?

—Hace algunos meses que mi contrato terminó, así que me gano la vida haciendo estudios fotográficos para matrimonios y en la agencia no les gustaba mi aspecto... salvaje.

L.—¿Seré muy impertinente si pregunto por el dinero de sus exposiciones?

E.—¡Sí!

L.—¡Que te calles, Elena!

—¿Te gusta lo que haces ahora?

—Es interesante capturar el rostro de las personas en su día más feliz, cuando juraron amarse. Así, al cabo de los años, cuando vuelvan a verse recordarán cuánto se amaban entonces.

¡Oh, oh! ¿Romántico a la vista?

Esto sí debo preguntarlo.

—¿Quién tomará las tuyas? —Junta las cejas—. Cuando te cases, ¿quién será el fotógrafo?

Exhala un hondo suspiro, aun así no deja de mirarme.

—Primero debo encontrar a la chica...

¡Es un vainilla!

Nos quedamos en esa posición, solo mirándonos a los ojos.

Eres un chico misterio, algo te causa dolor y no puedes esconderlo...

Me apetece acariciar sus cejas, son tan... varoniles.

—Perdón... —dice—, supongo que el *kopi luwak* no es lo ideal para la primera cita.

¡No lo hagas, Stephan!

Detente ahora y no te arrepentirás...

Está a unos cinco centímetros de mis labios y puedo sentir su respiración sobre mi cara.

—Que te sirva de experiencia. —Algo de crudeza para alejarle.

—Asumo que eso ha hecho que pierda la oportunidad de invitarte a cenar...

¡Santo cielo!

Ya me siento en el cine. Me pido ser Audrey o Grace.

—Puedo darte una oportunidad más... Solo evita llevarme a lugares de comida oriental; no soportaría comer perro o gato.

Sonríe tal y como ya me gusta que lo haga.

—Prometo que será un restaurante occidental.

Sonreímos, extiende su mano para retirar un mechón de cabello que cae sobre mi nariz. Su roce es delicado...

Su boca está casi casi sobre la mía y es hora de parar esto.

—Debo volver ahora, consígueme un taxi, por favor...

Veo la decepción pintarse en su rostro.

Eres muy sexi, Bradley, deseable al extremo, pero hay una alarma que me indica que es mejor que me vaya ahora. No quiero hacerte daño, no a ti, que eras como un imposible para mí.

Sale de su tienda y yo aprieto la cara contra la almohada y me doy golpes en ella.

E.—¡Eres una completa idiota!

L.—¿Por qué no puedo ser una chica normal?

Tú serías un buen candidato para empezar mi rehabilitación amorosa..., solo que no quiero que pases por la primera fase, será dolorosa.

E.—Te vas a arrepentir...

L.—¡Elena, te toca mordaza!

—¡Elena! —grita desde el salón.

Salgo y camino hasta él.

—¿Sí?

—El taxi está al llegar.

—Muy bien —me acerco para depositar un beso en su mejilla—, gracias por esta tarde tan... peculiar.

Sonríe. Abre la puerta y me permite salir. Espera para cerrarla hasta que me pierdo en el pasillo. Y yo me tomo un minuto para recargarme en la pared y mirar su pórtico. Es como si quisiera grabarme este lugar para siempre. Como si dejara allí algo muy valioso.

Tengo una tara. Algo en mis genes de laboratorio quedó defectuoso.

Y a pesar de que es extraño, la tristeza me acusa. Me doy la vuelta para irme y bajo los escalones a la velocidad que me permiten mis Prada. El taxi debe de estar a punto de irse.

Salgo y el hombre me abre la puerta. Le sonrío, y antes de entrar escucho la voz de Stephan.

—¿Cómo te localizo?

Vive en un piso octavo y desde allí me grita, esto ya empieza a ser digno de novela.

Le miro, sonrío y llevo las manos alrededor de mis labios para improvisar un megáfono.

—¡Sorpréndeme! —grito, y me meto en el coche.

Me encanta hacerme la difícil.

Malditos y encantadores hombres



Volver a Manhattan me confirma el diagnóstico de Johanne: cuando sé que no podré manejarlo, huyo y me escondo.

Stephan Bradley y su sonrisa me tienen desvelada, he visto *Corazón de tinta* dos veces y ya redacté mi ensayo sobre la mujer que no quiero ser: una protagonista de novela romántica.

Sigo sin hallar a un profesor de yoga que pida menos de cien dólares por clase, así que no podré limpiarme el aura y destapar los *chakras*, y por más que he intentado escribir no me fluyen las palabras. Tengo un megabloqueo, y si no lo elimino con meditación es porque lo que necesito es sexo.

Sexo...

Y sé exactamente con quién deseo quitarme esta abstinencia...

Los deliciosos pensamientos pecaminosos que me cruzan por la mente incrementan mi ansiedad.

Sacudo la cabeza y me la agarro a dos manos.

Puedes contenerte, puedes contenerte, puedes...

¡Al demonio!

Nunca he podido si se trata de hombres y ahora mismo necesito escribir sobre él.

Busco en el fondo de uno de los cajones del escritorio mi *Te lo pierdes*.

Verlo me genera siempre una especie de escepticismo y respeto. Es un tesoro. Un diario secreto sobre mis amantes.

Acaricio sus tapas de piel a rayas blancas y negras y las letras doradas en relieve de su nombre. Al principio creí que doscientas hojas serían demasiado; ahora comprendo que son muy pocas para los tres meses que cada chico ha permanecido inmortalizado allí, y en realidad no tengo ni idea de lo que haré en cuanto acabe el espacio disponible.

¿Será la llegada de mi *one and only*?

Me dan escalofríos solo de pensarlo, guardo la agenda sin abrirla y apago el portátil. Debo obligarme a dormir y dejar de pensar en hombres..., ese es mi verdadero karma.

Malditos y encantadores hombres...

* * *

Cinco y media de la mañana y ya estoy de pie. Tengo tanta energía por consumir que me está afectando el temperamento. Ya no me soporta ni la ropa e irremediamente soy como Grey, necesito sexo.

Salgo del apartamento y presiono el botón del ascensor que me lleva al primer piso. Espero, y al abrirse las puertas aparece frente a mí un adonis sacado de la misma Fenicia. Se me seca la garganta y hasta olvido lo que voy a hacer. Nuestras miradas se encuentran y puedo disfrutar de la hermosa combinación de verdes y azules que componen los preciosos iris de sus ojos.

—¿Bajas? —pregunta, trayéndome de golpe a la realidad.

E.—Cierra la boca, Lena...

Asiento, y en dos pasos estoy dentro y junto a él.

El silencio se hace extraño y su presencia me abrumba, debe de rondar los dos metros de altura y por encima del abrigo que lo cubre imagino un exquisito paisaje compuesto por bíceps, tríceps marcados y un abdomen de infarto...

¡Qué calor hace!

Y se supone que ha empezado la época de los vientos.

—¿Eres nueva en el edificio?

Así me gusta, esa curiosidad demuestra que he despertado su interés.

—Sí, llegué hace un par de días.

—No sabía que Truman estuviera vendiendo.

Me doy la vuelta para verle mientras junto las cejas.

¿Quién es Truman?

—Vivo en el apartamento de Theodore Thompson, es mi tío.

Su expresión de asombro me inquieta.

Es un viejito querido..., ¿no?

Las puertas se abren y salimos en silencio, llegamos a la recepción y en unos pasos más ya estamos fuera. Giro de camino a Riverside, me pongo los auriculares y dejo que el ritmo de Avicii marque el de mis pasos. No espero que el adonis me siga, pero si es lo que quiere, por mí está bien. Mi trote se intensifica y no tardo en llegar a mi destino. Allí hago algunos estiramientos y recorro algunos senderos. De regreso a la salida que me lleva a casa, el chico de Sessanta está esperando.

L.—¿Por mí?

E.—No seas tan ilusa.

L.—¿Tan temprano despierta, Elena? Vuelve al rincón.

Sigo de largo sin darme cuenta de que el semáforo ha cambiado, la mano que apresa mi brazo me sobresalta y giro para ver cómo me lleva hasta él, a su pectoral que parece de hierro y en el que rebota mi mejilla.

—¿Suéltame! —Forcejeo con él.

—Estuviste a punto de ser arrollada por tres coches, debes tener más cuidado.

Bufo y espero a que pueda cruzar por el paso de cebra.

—Lo siento —me dice mientras se acerca.

—No vuelvas a tirar de mí de ese modo, ¿entiendes? —Asiente. Detesto que lo hagan.

L.—¡Desagradecida, te ha salvado la vida!

E.—¡Que te calles de una buena vez!

—Soy Evan, Evan Humprey. —Sonríe y me tiende la mano.

¡Venerable Dior!

¿Cómo no he reconocido ese rostro?

Bueno, últimamente los chicos barba la están dejando.

L.—Elena Rocha, estás necesitando hacer una visita urgente a un optometrista. Tampoco supiste quién era y has visto todas sus películas.

Sé que me he quedado parada en mitad de la calle y con la bocota bien abierta.

Pero, pero...

¡Es Evan Humprey! El actor de Hollywood, famoso, millonario, sexi y... uff!

—¿Hola? —dice, mientras mueve sus manos frente a mis ojos. Me obligo a reaccionar.

—Lo siento, por un momento creí que me decías que eras Evan Humprey, el guapo y talentoso actor de Hollywood..., solo que no eres tan guapo como él. —Espera a ver cómo gira esto, Elena. Sabes que el comentario lo obligará a demostrarlo.

—Soy Evan Humprey y sí, soy actor de cine... de Hollywood.

—Humm... —Entrecierro los ojos y aprieto los labios.

Empiezo a andar. Él, él viene detrás de mí. Que alguien asegure que mi nube aguantará un rato más.

—¿Quieres que te lo demuestre? ¿Es eso? Dime lo que debo hacer.

Me quedo viéndole de nuevo, vamos a picarle un poco más.

—Tus ojos no son tan azules y tu cabello se ve más oscuro... Podrías ser su doble, ¿te has presentado ya a alguna audición?

Camino de nuevo, él se queda atrás y así llegamos hasta el edificio. Tomamos juntos el ascensor. Sé que está ligeramente cabreado porque no creo que sea quien dice ser. *Claro* que le creo. He notado que vive un piso más arriba, entonces bajaré primero. Las puertas se abren y me dispongo a dejar el

ascensor en el más divertido de los silencios. He hecho el tonto con una celebridad, no le he adulado ni pedido una foto o un autógrafo, y eso, de seguro, no le pasa a menudo.

Bloquea las puertas y se pone frente a mí.

—¿Cómo puedo confirmar que soy Evan Humprey?

Frunzo los labios y la Elena que tengo atada en un rincón intenta pedir piedad por él. No por ahora. Esto lo pienso disfrutar...

—No lo sé... —le miro, seductora e inocente a la vez. Con delicadeza le aparto los brazos y cruzo el umbral—, ya sabes dónde vivo, ¡sorpréndeme! — Y me alejo contoneando mis caderas.

¡Soy mala y me encanta!

No quiero vivir en una novela



—Parece que han captado el mensaje fundamental de esta historia. *Corazón de tinta* se dirige al público infantil-juvenil, pero eso no le resta enseñanzas valiosas. Espero que recuerden el apodo de Mo: lengua de brujo..., es perfecto. Eso somos al crear un personaje: lo que les sucede a los poseedores del don al leer en voz alta es lo que nos ocurre a nosotros cuando nuestros dedos tocan el teclado o toman la pluma y dan vida a una increíble historia.

Casilda, no sé si aplaudir o llorar. La peli es entretenida, pero ¿educativa?..., no sé.

—Lo que buscaba en ustedes era que se sensibilicen un poco, que nunca olviden cuál es el propósito fundamental de nuestra amada profesión, nuestra vocación. No hablo de sentimentalismo, sino de emociones verdaderas. Así como las experimentamos en nuestro día a día, así debemos trasladarlas a nuestras historias.

De nuevo una lluvia de aplausos; esta mujer tiene un increíble discurso.

—Ahora hablaremos de ese tipo de mujer que no quieren ser. Empecemos con nuestra celebridad latina...

Siento miradas sobre mí y, al enfocarme en Casilda, entiendo que la celebridad soy yo, este cuerpecito caribeño...

¿Celebridad?

Si ella supiera...

Me levanto de mi lugar, aliso los pliegues de mi pantalón y busco el manuscrito. Subo un par de escalones y me detiene. Toma el manuscrito y lee hasta hallar el final, me observa maliciosa y añade en un susurro: «Esto es bueno...».

—Necesito todos los manuscritos aquí y ahora.

Los folios llegan hasta ella y lee por encima solo lo que le interesa, no llega a sorprenderse y en su lugar parece estar cabreándose.

Tira las hojas al suelo y prácticamente espeta:

—¿Qué basura es todo esto?! —Camina en medio de las filas de sillas con su paso elegante y hasta arrogante, luciendo a la perfección el traje inglés que usa—. Amas de casa sometidas, una sumisa sexual, una prostituta, una beata, una mujer de la calle... ¡Por favor, mujeres! ¿Dónde ha quedado su imaginación? Es lógico que no deseemos ser algo como eso, a nadie le gusta el fango, sino la gloria.

Regresa y me mira, está a punto de echar fuego, me reta con la mirada y habla:

—Más te vale que el argumento sea bueno...

A Elena le tiemblan las piernas, Lena sabe lo que tiene y no le importa si a la gran Casilda Watts no llega a gustarle.

No me molesto en tomar mis hojas, lo que escribí es la filosofía de vida que me define, tal cual.

—Soy Lena Roach y nunca desearía ser la protagonista de una novela romántica.

Los ojos de todas las chicas están sobre mí; algunas hacen una mueca de sorpresa y otras se acomodan para oír. No se lo esperaban, lo sé.

—Las mujeres de las novelas siempre están esperando un hombre que las rescate, que las haga sentir hermosas, les cure sus temores, les dé seguridad y les entregue un cuento de hadas. Como cliché ya sabemos de sobra que debe ser un tío guapo, perdón, extremadamente guapo. Que sea la gran cosa, que aunque vista de traje hecho a medida y tenga un perfecto corte de pelo, un aroma costoso y un cuerpo de infarto como muchos otros, él y solo él sea el

amo del universo y hasta los otros hombres le tengan envidia. Por ende, la chica será de clase media alta, o baja. Hermosa, pero quizá mal vestida; inteligente, pero ingenua; tímida, pero locuaz. Manipulable, pero con carácter, y si es virgen, pues ya es la leche. Así que este argumento nos adelanta que él es posesivo, pero adorable; que tiene todo el trabajo del mundo, pero que, al ser dueño de su empresa, maneja su tiempo a su antojo y llega a ella donde, cuando y como sea. En las novelas está bien, las leo, me divierto un poco con lo predecible de la situación y espero siempre a que aparezca la villana para aguar la fiesta. Esa sí quisiera ser yo, la mala de la historia. La que tiene el picante, una personalidad que le da para hacer lo que quiera aunque se gane el odio de la humanidad entera. Nunca he deseado una historia de novela porque sé que no existen, tampoco es que no crea en el amor..., sencillamente amo ser libre y enamorarme más de una vez, porque los hombres son mi mayor debilidad.

El silencio se instala en el lugar. Casilda me observa sin una expresión que pueda leer. La verdad es que no sé qué debo pensar. He revelado lo zorra que soy sin pudor ni pena.

E.—*Okey*, que empiecen a llegar las piedras...

Regreso a mi lugar mientras nuestra mentora se coloca en el que acabo de dejar. Me acomodo en el asiento y espero alguna palabra, una mueca, cualquier cosa.

E.—¡Piedras!

L.—¡Calla, Elena, no es momento!

Tarda más de un minuto en juntar sus manos y emitir un corto aplauso.

—No sé qué te traje a mi clase, Lena, conoces a la perfección la esencia del *chick lit* y lo vives. Tú ya eres la protagonista de tu propia novela y lo mejor es que la escribes a tu antojo y manera.

Sonríó levemente, es lo mejor que me han dicho. Creo que esta reseña me la han hecho a mí y no a mis palabritas.

Casilda nos despide con una nueva tarea y, antes de que abandone el teatro, se acerca para hablarme.

—¿Trabajas últimamente en alguna historia?

—Lo hago, aunque todavía no hallo el norte.

Eleva las cejas mirando a lo alto. Sé lo que piensa, que es ridículo.

—¿Quieres una opinión sincera? —Asiento—. Almorcemos juntas y revisemos lo que tienes.

—Está en español... —adviento.

—Y yo lo aprendí muy bien de un amante que tuve.

Me guiña un ojo y avanza hacia la salida, donde Alan aguarda.

—¿Vamos? —pregunta Casilda al verme frente a Alan. Ella espera subir a un taxi.

—Por supuesto, ven conmigo.

Curva su ceja izquierda recorriendo a Alan de la cabeza a los pies y luego al Mercedes que permanece aparcado. Sube, y yo la imito.

—A mí me han puesto un taxi y tú tienes un chófer... Creo que estoy frente a una *it girl*.

¿Hace falta alguna reverencia?

Me carcajeo disfrutando del momento. Le indico a Alan que nos lleve a un buen restaurante y me relajo en mi lugar.

¡Te adoro, tía Maggie!

Casilda es una mujer risueña, desparpajada, que dice lo que siente y no teme a la crítica. Es tan ella y tan única que dan ganas de copiarla. Pero yo, Lena Roach, también tengo lo mío.

En un recorrido corto llegamos a un elegante lugar y solo tengo que decir que soy sobrina de Theodore Thompson para que me asignen una mesa. Mi tía lo ha arreglado todo, como siempre.

—Así que eres familia de un magnate... —Casilda se acomoda las gafas sobre el puente de la nariz para escrutar la carta.

—Soy sobrina de su esposa.

—Ya veo... —Esboza una sonrisa socarrona y se pierde en las letras.

Hacemos el pedido y volvemos a la conversación que quedó pendiente en el coche.

—¿Quién te rompió el corazón? —Esta vez lo dice totalmente seria.

—¿Por qué me romperían el corazón?

Bebe de su copa y, sin dejar de mirarme, responde:

—Porque para llegar a las conclusiones que has dado hoy se necesita haber pasado por un corazón roto, mil relaciones fallidas y un centenar de camas.

Ahora soy yo la que eleva las cejas... ¿Me ha llamado zorra?

—No te hagas, querida. Te leí desde la primera vez. Tú no eres cualquier chica soñadora esperando al amor de su vida subido en un corcel blanco, tú eres una destroza hombres, los usas, los disfrutas y los descartas. Y eso sucede cuando se ha renunciado al amor y se busca venganza. Ahora dime, ¿quién te rompió el corazón?

—¿Destroza hombres? Puede que lo sea, pero eso no quiere decir que me esté vengando porque alguno me rompió el corazón. En ese caso me haría lesbiana.

Junta las cejas, inquisidora.

—Y te dolió tanto que te niegas a reconocerlo —concluye mientras da el primer bocado a su plato.

No se trata del dolor, sino de lo que me enseñó.

—No soy eso que estás pensando. Simplemente, disfruto del momento.

—Humm..., por supuesto, querida, a mí no tienes que engañarme. Pero si es lo que deseas, yo te guardo el secreto. Por cierto, el camarero no ha dejado de mirarte...

Me carcajeo y bebo de mi copa. Busco esa mirada de interés y encanto para observar al chico que no me quita los ojos de encima.

—Es un niño, Casilda.

—Así que eres selectiva.

—Si se trata de salvarme de la cárcel por violación o corrupción de menores, prefiero seguir apañándomelas con Rodolfo.

—¿Rodolfo? —Por primera vez despierto su curiosidad, parece que no se las sabe todas.

—Mi vibrador.

Y estalla en su boca una carcajada estridente que sobresalta al resto de los

comensales.

—¡No puedo creerlo! —Bebe un trago de agua y luego me observa, un tanto compasiva—. ¡Niña, ni fea que fueras! Se te puede mirar a la cara sin morir de asco.

—¿En qué siglo vives? Un hombre no puede ser la única fuente de felicidad de una mujer. Y yo soy tan independiente que puedo buscar mi placer a mi ritmo y a mi gusto.

—Mira, puede que tengas razón. Pero Lena, si tienes la puta oportunidad de meterte en la cama con un tío, con kilos de piel y músculo, un pene que funcione y manos para acariciarte, y gozar del exquisito placer de sentir su peso sobre el tuyo, de que te haga jadear y te bese de modo que te sientas tan deseada como una diosa, y de ver cómo el tío se viene muerto del placer que le causas..., anda, que prefiero comprarme el lubricante y los preservativos y disfrutar del momento aunque no pueda sentarme en una semana.

—Si no los has probado, puedo conseguirte el mejor. A mí me va de maravilla.

—Y es por eso que puedo leerte el «desesperada por sexo» que tienes en la frente, ¿verdad? El plástico no da satisfacción, quizá alergias. Yo paso de eso, prefiero un cuerpo tibio, no *eso*.

Esto ya pasó de castaño a oscuro, mi Rodolfo es lo máximo, bueno, no habiendo más realmente.

La conversación se torna en una reunión llena de consejos sobre cómo ligar y saber elegir a los mejores amantes.

—No puedo irme de buenas a primeras con el primero que me toque una rodilla. Mis *ocasionales* tienen que cumplir ciertos requisitos.

—¡Tonterías! Si no estás buscando marido, solo un amante, lo primero y único que debes mirarle es los zapatos y las manos. Si los lleva sucios y tiene un anillo en la zurda, es descartable enseguida. Tener como amante a un hombre casado puede terminar en círculo vicioso. Pero si el tío lleva los zapatos lustrados y la marca del anillo, mas no el anillo, quiere decir que es divorciado y está buscando diversión sin compromiso, o que es casado pero astuto, esconde el anillo y aquí no ha pasado nada. Te aseguro que son los mejores amantes...

—Sí, y al día siguiente ya tienes a un séquito de esposas indignadas unidas, detrás de ti, rayando tu auto con un *ZORRA*, en mayúsculas, o tirándote de los pelos en plena calle. Un casado no es buena idea en ningún lugar del planeta. Las esposas tienen sus radares.

—¿Cuántos casados te han tocado?

—¡Ninguno!

—Entonces no lo sabes; sí es cierto que al descubrirlo las esposas son el mismo diablo, pero suele ser divertido.

Casilda es el colmo del descarado, no tiene reparos y yo sí, no lo había notado.

Y ya hemos pasado unos minutos en las mesas exteriores bebiendo té y hablando del borrador de mi nueva novela, que no pasa de los cinco capítulos aunque hace tres meses que la empecé.

—Esta chica no es otra cosa que una copia tuya, Lena. Es una bocazas y cree que en cuanto al amor se las sabe todas.

¿Disculpa? ¿Es que solo yo soy de ese modo?

—Juliet no tiene nada que ver conmigo, ella odia al género masculino.

Eleva sus cejas, ya empiezo a detestarlo. Casilda no acepta reproches... ¿O soy yo la que no los acepta?

—Ego de escritor, un mal que no tiene cura... —Me devuelve el iPad, mira a la calle y toma su bolsa—. Por eso no te voy a condenar, querida, solo te recomiendo que trabajes un poco más en ella. Si siente ese desprecio visceral hacia los hombres debes hacer que a su vida llegue un tío que la lleve a caminar parejo...

Me da un beso en la mejilla y, antes de ponerse las gafas oscuras, me guiña un ojo...

—Así como el que llegó de repente a tu vida y te la puso de cabeza.

¡Qué!

¿Acaso es una gitana que me lee el futuro?

—Espero que no te moleste que me lleve a tu chófer.

Le hago la señal a Alan de que está bien y me quedo leyendo un par de anotaciones que le dejó a mi manuscrito. Quiere que cree un protagonista que rompa con los esquemas.

Eso no es tan difícil... Lo será que llegue alguno a mi vida que me ponga a temblar el ombligo.

Porque no ha llegado, ¿verdad?

Y así, con el orgullo y la rebeldía que me caracterizan, recupero mi aplomo y busco la salida. Me apetece una pequeña caminata por Times Square y quizá un par de deslizamientos de tarjeta.

Ser Elena Rocha



Muy campante voy por la Quinta Avenida, cargada de paquetes y escurriendo las babas en las vitrinas de Tiffany & Co. El ruido desesperante de los coches pitando me hace elevar la mirada. Las personas se agolpan en torno a algo o alguien e impiden que el tráfico fluya. Me acerco para saber lo que sucede, pregunto y un chico muy entusiasmado me responde: «Un artista en pleno momento de éxtasis».

Un loco.

¿Qué hace que parece fascinar a los transeúntes?

Me abro paso entre la multitud y mi sorpresa no puede ser mayor.

¡Es Stephan!

¡Stephan Bradley acostado en el suelo, en el asfalto, sosteniendo su cámara en alto y haciendo tomas por doquier!

Se mueve como serpiente y fotografía los pies de una mujer, luego se sienta y captura la imagen de un perro. Se arrodilla y enfoca los coches y así...

¡Está muy loco!

E.—Y adoras su locura...

L.—¡Calla, Elena!

El silbato de un policía se oye a lo lejos y la gente empieza a dispersarse.

—Este tío tendrá problemas. ¡Se ha metido en una grande! —comenta el joven, y se aleja con la multitud.

Apenas si puedo ver cómo los agentes lo toman por el cuello y se lo llevan a empellones contra una pared, le cachean el cuerpo entero, tal vez buscando drogas. No está drogado, estoy segura.

¡Es ese asqueroso café el que lo ha vuelto loco!, me dan ganas de decir.

No hallan nada más que instrumentos de fotografía, y ya que ha desatado el caos en pleno Manhattan, se lo llevan en el coche patrulla.

¡Deberías hacer algo por él, Lena!, parece gritarme la Elena bonachona.

¿Qué puedo hacer? Bradley se metió solito en ese embrollo.

Pierdo el interés por ir a Broadway, así que busco un taxi y regreso a casa.

* * *

Me he pasado la tarde entera metida en internet, buscando noticias del loco fotógrafo que fue arrestado. Solo sé por alguno de sus seguidores que está en un calabozo y que pasará unas cuantas noches allí.

Bien, se lo ha buscado.

Busco una distracción, el baño de espuma ya no hace el mismo efecto y la ansiedad me tiene comiendo *macarons*.^[11] Mi vecino del piso de arriba debe de estar dando una fiesta y parece que ya no le interesa demostrarme que es el famoso actor de cine. Si antes estuve a punto de no creerle, ahora estoy segura de que es él, pues Alan me ha dicho que se ha topado con Adam Sandler y Kate Hudson en el ascensor.

¡Qué cutre es mi vida!

No conozco a nadie más en esta ciudad y detesto quedarme encerrada. Alan y Rebecca se han ido temprano para resolver unos asuntos importantes que surgieron en el último momento...

Saldo: sola como un champiñón.

Las revoluciones me suben por el cuerpo como si otra alma me poseyera. Me visto unos vaqueros rotos, un suéter de punto y unas zapatillas, busco una parka y me guardo las llaves, el móvil y la billetera en los bolsillos. Salgo en

dirección al lugar que me exigen los pies, el cuerpo y la piel...

El Departamento de Policía.

«Lena, tú nunca harías esto...», me grita la conciencia.

L.—Lo sé, es Elena la que camina ahora por Manhattan buscando un taxi. Porque para Stephan soy Elena y debo actuar como ella. Fin de la discusión.

Y aquí está Elena Rocha, vestida como una chica simple, lejana al glamur y el lujo, esperando para poder ver al loco que ha parado el tránsito en la Quinta Avenida y ha hecho que los medios hablen de él como «el chico que sacó de la rutina a la gente de Manhattan».

Este chico podría armar una revolución sin necesidad de armas, hay que ver la forma en la que vive, lo que bebe y cómo se gana la vida.

Lo peor es que empieza a gustarme...

¡Maldito Murphy!

—Ya les dije que no tienen que pagar la fianza, pasar dos noches aquí no me hará mejor ni peor persona.

Su sorpresa es total al verme allí sentada.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí?

Me pongo de pie y me acerco un poco para asegurarme de que se encuentra bien.

—Ví las noticias..., algo me hizo pensar que debía venir.

Me toma de las manos, que por cierto están heladas, y me mira con esa expresión de *no tenías que hacerlo, pero agradezco que vinieras*.

El iceberg está a punto de derretirse...

—Lamento lo sucedido, yo solo quería hacer unas tomas naturales... Ya no hay espacio para el arte en esta ciudad.

Inclino la cabeza levemente y sonrío.

—Y si hicieras arte desde..., no sé, el mirador del World Trade Center, el Empire State...

—Todo el que viene a Nueva York hace fotografías desde allí, no tiene esencia ni realismo. Mis obras siempre hablarán de la visión desde el primer plano.

—Y por eso te tiraste al suelo a fotografiar rascacielos...

—Quiero hacerle un regalo a esta ciudad.

Enarco las cejas. ¿Qué quiso decir con *regalo*? ¿Cuál?

—Quiero que admiren sus calles y su gente, eso que la compone. Las tomas aéreas carecen de detalles. Las tomas cercanas te estremecen la poca o mucha humanidad que tengas...

Y yo que decía que Casilda tenía discurso...

Le tomo del brazo y le concedo la razón con mi mirada de indulgencia.

—¿Quieres salir de aquí o prefieres este hotel?

—Elena, no habrás...

Le tomo de la mano y le arrastro por los pasillos hasta que estamos a la espera de sus pertenencias.

Toma mi rostro en sus manos y vuelve a mirarme... *bonito*.

—No tenías que hacer esto.

—Eres un amigo en desgracia, es mi buena obra del año. No arruines mi regalo de Navidad.

Intento restarle importancia. Y así debe ser, no interesa si fue mucho o poco el dinero que di por su fianza, lo que vale es que me he dado cuenta de que ha tocado mi humanidad...

Bueno, la de Elena, que está encantada con él.

Disfrútalo mientras puedas, cariño, mañana regresa la camisa de fuerza.

—Te lo pagaré —afirma.

Recoge su cámara, un maletín y otras pertenencias.

—Ya veremos.

—No, Elena, yo te pagaré cada dólar.

Sonríó y le arrastro a la salida, no me gustan estos lugares para nada.

Salimos del Departamento de Policía y andamos unas cuantas calles en silencio.

—¿Quieres cenar? Creo que te mereces una buena comida por ser mi rescatadora.

Detengo mis pasos y le miro. Asiento con la cabeza.

¡Qué más da!

Se arriesga a acercarse y pasarme el brazo por los hombros.

Me gusta ese lugar, se siente... *calentito*.

* * *

Tomamos un taxi para que nos llevara a un restaurante griego un poco escondido, y pedimos algo ligero. Al menos yo solo tomé una ensalada. Stephan debía de llevar el día entero sin comer, porque devoró más de tres platos de succulenta comida y le quedó espacio para el postre.

—¿Satisfecho? —pregunto, al ver que termina la ración de tarta.

—Sí, perdona por parecer un caníbal hambriento.

Manoteo, restando importancia. Se disculpa y va a la caja. Me tomo dos minutos para ser Lena y me miro en el espejo de la pared, acomodo un par de mechones que se escapan de mi coleta y paso los índices por mis cejas.

—¿Vamos?

—Sí, por favor.

Vuelve a enredarme a él con su brazo y caminamos hablando de cuándo hará la siguiente exposición.

—Este es un trabajo largo, he de hacer otras tomas, lo ideal es construir un contraste en varias zonas de la ciudad. Luego elegiré las que puedan venderse y se las enviaré al agente; después viene un proceso de edición para algunas, que requieren otro efecto, y finalmente la publicidad, llevar las obras a las galerías...

—Entiendo a la perfección, mi madre tarda casi un año con cada nuevo proyecto.

Deja de caminar.

—¿Tu madre es fotógrafa?

Recuerdo la imagen reciente que me quedó de Gabriella y tuerzo la boca.

—Peor aún, es artista plástica.

Se carcajea.

—Sé que es extenuante vivir cerca de un artista. Mejor, vivir *de cerca* a un artista. Somos un mundo totalmente aparte.

—No estamos *cerca*, cada una vive en su lugar con media ciudad de espacio para respirar, pero cuando debo verla —me invita a sentarnos en un

banco— puede ser un espectáculo digno de fotografiar.

Junta sus cejas.

—¿Se encierra como en una ermita?

—Al contrario —bufo—, ella lo llama «ponerse en situación». Se inspira en las distintas épocas que han marcado la historia, así que la he visto vestida como una cavernícola, como un repollo inglés de la época victoriana, de *geisha* y de esquimal..., en fin. Acabo de dejarla en plenos sesenta, vestida como un indigente *hippie*.

—Eso suena increíble, debe retratarse para la posteridad.

—Tiene quien lo haga por ella... Las revistas adoran su estilo tan desinhibido.

—Debes mostrarme sus obras, puede que la conozca por alguna de ellas.

—Tal vez Gabriella Rocha no sea el nombre que escuche y reconozca el mundo, firma como *Lepidóptera*.

Su rostro se ilumina como si le hablara de Madonna o de la reencarnación de Cleopatra. Solo es mi madre...

—He comprado algunas de sus creaciones, en París adquirí el *Picasso del Mesolítico* y la *Venus posmodernista*. Adoro cómo se mofa de la historia del arte. Es una señora artista... ¿Tienes alguna fotografía suya?

Y así es como me desvanezco frente a la magnífica Gabriella, no importa cuánto me cueste conseguir mi brillo, ella lo opaca con la constelación que la rodea.

—Sí, claro que sí...

—Perdona mi entusiasmo, nunca pensé que conocería a su hija. Sin duda tienes vena de artista. Debes de ser una gran escritora.

—Bueno, supongo que estoy en ascenso.

Le enseño las fotografías de mi madre y me gusta que también se burle de sus atuendos. De pronto se queda en silencio y escucho su respiración muy cerca de mi oído derecho.

¡Oh, por favor!

Me quedo de piedra y se supone que sé sortear estas situaciones, pero no entiendo por qué mi maldito cuerpo no es capaz de moverse.

¡Ah, claro! Porque soy la cursi Elena.

Las alarmas suenan y resuenan y yo estoy inmóvil.

Sus labios tocan mi oreja y el calor me envuelve el rostro.

No gires, no gires, no...

¡En honor a todos los *chick flicks* que he visto, ninguno se compara con esto!

Tengo los dedos encogidos, las manos heladas y sudorosas y en mi estómago un revoloteo de mariposas.

L.—¡Elena, detente!

E.—No puedo..., me encanta.

L.—¡Nos encanta!

Sus labios son suaves y se mueven delicadamente sobre los míos, su nariz roza la mía y me estremece el cuerpo, y yo necesito que su lengua roce mi lengua para sentirme en el paraíso.

Y lo hace...

¡Oh, oh!

¿El paraíso se siente como quedarse sin aire?

—¡Elena! ¡Elena! ¿Qué te sucede? Respira, por favor, respira.

No puedo ni hablar, siento cerradas las vías aéreas y el rostro incendiado. Mi lengua ha desaparecido o triplicó su tamaño...

¡No puedo respirar!

—Elena, no me hagas esto. Por favor, hálame. ¡Oh, diablos! ¡Taaaaaaxi!

Y la sensación de estar sobre las nubes es la que asemejan sus brazos cargándome dentro del coche.

Perdiendo la cabeza



Stephan me habla, me zarandea, discute con el taxista y me pide paciencia porque, según él, estamos cerca de un hospital. Yo estoy ahogada, es como si cada vez que intentara hacerme la respiración boca a boca me apretara el cuello.

¡Oh, por favor, era nuestro primer beso!

Y parece que después de tantos gritos llegamos a un hospital. Me entrega a una de las enfermeras mientras paga el taxi. Me ingresan en una camilla y pronto me ponen oxígeno.

¡Es gratificante!

Todo va muy bien, de maravilla, hasta que llega el médico que se hará cargo de mi caso.

¡Que alguien me haga quedar inconsciente!

Esto no quiero vivirlo, no, no, no...

—Buenas noches, soy el doctor... ¿Elena? Elena, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Gracias a la mascarilla no puedo hablar, tan solo asentir.

—¿Quién te trajo?

Y tras el biombo aparece Stephan.

¡*Mon Dieu*, piedad!

—¿Está bien, doctor? ¿Qué le ha pasado?

Brian. ¡Brian, el hermano de mi mejor amiga frunce las cejas y nos observa a ambos!

—Ha sufrido una reacción alérgica. Sabes de sobra, Elena Rocha, que no debes comer nada que contenga almendras o nueces. Son mortales para ti.

Me está dando la regañina y más parece una venganza.

—Cenamos en un restaurante griego, pero su ensalada no llevaba almendras. Además, la reacción no fue inmediata...

Brian eleva una de las cejas.

—¿En qué momento sucedió? —inquire, realmente molesto.

Stephan me mira y yo abro los ojos tanto como puedo y muevo la cabeza hacia los lados, intentando detenerlo.

¡No se lo digas, por favor, no se lo digas!

—Me acerqué para besarla.

—¡Qué! —Brian está echando humo, no entiendo la razón, pero es lo que hace—. Así que mientras metías tu lengua en su garganta ella se asfixiaba... ¡Las cosas que uno tiene que vivir en Urgencias!

Sale del pequeño cubículo y mi fotografía favorito se acerca a hablarme.

—Lo lamento, de verdad, no lo sabía.

Niego para restarle importancia.

—¿Estás mejor?

Afirmo.

—El médico se ha cabreado y parece que te conoce muy bien, ¿sois amigos?

Con una de mis manos le indico que sí, un poco.

Si supieras...

—Iré a limpiarme muy bien la boca —se ve un poco apenado, pobre—, volveré pronto. Mis datos los tiene la enfermera.

Sale, y en cuanto lo hace entra Brian.

El karma me persigue.

—Entiendo que salgas con un chico, Elena. Que te enamores o lo que sea que hagas..., pero él fue arrestado hoy, es un loco. Lo vi en las noticias.

—¡No es un loco! —Apenas saco fuerzas para hablar tras retirarme la

máscara.

—Y mira..., casi te mata.

Le muestro mi expresión de *estás exagerando*.

Su móvil empieza a sonar, responde, dice un par de frases en español y me lo pasa.

—Es tu madre...

Lo que me faltaba...

—¿Hija? ¿Elena?

Contesto con un ruido de garganta.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? La llamada de Johanne me ha alarmado.

Reúno todo el aire que puedo y retiro la mascarilla de oxígeno.

—Salí con un chico que me besó y resulta que había comido almendras. Me quedé sin aire y me trajó al hospital. Ahora estoy mejor, madre.

Brian me quita el teléfono para decirle a mi madre quién es el personaje con quien salía esa noche.

¡Eh, nene, para en primera que me mando sola! ¡Eres el hermano mayor de mi mejor amiga y sobre mí no tienes derechos!

Cuelga y se marcha.

Empiezas a salir de mi lista de afectos, Brian Nichols.

Stephan tarda más de una hora en regresar y para ese momento ya me siento de maravilla.

—Hola... —Entra trayendo un ramo de margaritas.

—Hola —respondo, mientras me visto la parka.

—Traje estas..., me han dicho que pocas personas son alérgicas, pero puedo tirarlas antes de que las tomes.

¡Eres tan dulce, Bradley, que te comería!

Sonríó y me acerco para tomarlas, las huelo y luego enredo mis brazos en su cuello.

—Soy alérgica a tus besos, debe de ser una señal de alarma.

Me aprieta por la cintura y me mira... *lindo*.

—Nunca volveré a comer nueces, pero no me niegues tus labios.

¡Oh, *mon Dieu!* ¡Me siento tan Julia Roberts en *Pretty Woman!*

Quiero comerte a besos, solo que este hospital está vetado para ambos.
Tomo mis cosas y mis margaritas y salimos juntos.

—¡Elena!

—¿Sí, Brian?

—¿Te sientes mejor? ¿En serio? Puedes quedarte esta noche para controlar tu evolución.

Me acerco, le acaricio la cara y sé que tiembla. Le beso en la mejilla y se desarma.

—Gracias a ti, estoy perfectamente.

Y así es como se agradece a un ex y se pasa el colorcito elevado de las mejillas.

Mi teléfono suena y me alejo para atender la llamada. En unas cuantas palabras, Alan me dice que él y Rebecca deben ausentarse un par de días de la ciudad.

Apuesto mis tetas a que este par tienen sus enredos.

—¿Tu madre?

—No, con ella hablé en el hospital.

Apresa mis manos en las suyas y deposita un beso en ellas.

—Tuve miedo, Elena..., te veías realmente mal y...

Acuno su rostro y rozo la punta de mi nariz con la suya.

—Ya pasó, Bradley. Si me besas otra vez puede que te perdone.

Sonríe sobre mis labios y me besa, amo esto, ¡me encanta!

Y soy consciente de que, poco a poco... voy perdiendo la cabeza.

Estoy en apuros



Dos días he pasado en cama, ya que después de una reacción alérgica como la que tuve me sobrevienen estornudos por casi todo lo que huelo y las plaquetas se me quedan por el suelo. Por suerte, Rebecca regresó un día antes para cuidar de mí. Aunque puedo notar por su aspecto que no ha podido dormir muy bien; luce cansada y me preocupa no poder ayudarla. Quizá podría llamar a la tía Maggie para solucionarlo.

Tomo el móvil y en ese momento entra Rebecca para indicarme que tengo visita.

¿Stephan?

Sé que es imposible, pero me llego a ilusionar.

Salgo y me encuentro a Evan junto a un inmenso, ¡INMENSO!, ramo de rosas y girasoles.

—Hola, linda..., me enteré de que enfermaste y quise pasar a saber de ti. He extrañado verte correr por Riverside.

Me acerco para saludarlo con un beso en la mejilla.

—Gracias —digo—. No debiste molestarte. —Señalo las flores.

—¿Esto? No es nada. —Y su gesto de *fue como quitarle un pelo a un gato* me molesta al extremo—. Me preocupaba que pudieras estar realmente mal.

Le invito a sentarse y pido té para ambos.

—¿Cómo estuvo tu fiesta?

—Bien, era por el primer día de rodaje de una comedia que empecé a grabar... Vinieron desde el director hasta De Niro, que hace de mi padre. Quise invitarte, pero ya sabes cómo es el asunto de la seguridad con las celebridades y...

—Tampoco hubiese podido asistir, tuve una cita esa noche.

¡Golpe donde te duele, fanfarrón!

—¿Ah, sí?

Ja, ja, ja, y no fue contigo, noto un poco de celos en esos ojos de mar.

—Sí, desde que llegué no me faltan las invitaciones a cenar o a algún lugar de la ciudad.

E.—*Touché*, Lena. Sí que mientes facilito...

L.—Calla, batracia.

—Bueno, pues si te sientes mejor, hoy puedes acompañarme a una fiesta que ofrece la productora. Es en un prestigioso bar de la ciudad..., puedo darte la dirección y allí nos vemos.

¡STOP!

¿Me estás sacando de la miseria?

Y además..., ¿me invitas y no pasas por mí, viviendo en el piso de arriba?

Es hora de enseñarte una pequeña lección, capullito.

—Me encantaría acompañarte, pero hoy llegó esto. —Le muestro la invitación de lujo que he recibido, gracias a Maggie y a Theodore Thompson, para que asista en su nombre a una magnífica gala en el Palace con lo más selecto de la ciudad. ¡Chúpate esa!—. Comprenderás que no puedo negarme, y tengo un par de horas para conseguir un acompañante.

Intenta hablar, me pongo de pie y le indico que debe irse, porque mi estilista está a punto de llegar.

Cuando al fin le doy con la puerta en la nariz, respiro tranquila.

No pienso ir al dichoso evento, aunque me hubiera dado un estatus nivel *Gossip Girl*. Y ni hablar de Evan, pudo quedar mejor plantado al asistir a una gala de beneficencia que a una noche de copas y libertinaje.

¡Mejor suerte para la próxima!

Regreso al estudio y paso un par de horas más escribiendo. Al fin la musa ha regresado, y gracias a los besos de Stephan está desbordada.

Rebecca se va antes de las seis y vuelvo a estar sola, no entiendo este temorcillo que me entra al quedarme entre mis cuatro paredes solitarias. En Bogotá era lo mejor de lo mejor, aquí no lo quiero ni un minuto. Pongo un poco de Adam Levine, *Energizer*, para subirme el ánimo. Y mientras entono a viva voz *This Love*, un mensaje llega a mi teléfono justo a la siete:

Casilda:

Trae tu trasero y todo tu glamur ahora mismo al Palace, tengo un perfecto candidato a fuck buddy para ti. Casilda

Parece que sí llevo un letrero en la frente que dice: «Necesito sexo ¡urgente!».

A ella no debo negarme, se ha portado de maravilla e incluso me da clases personalizadas. Es lo más cercano a una amiga que he logrado conseguir en Nueva York.

Busco entre los vestidos que envió la tía Maggie desde París alguno que no grite: «Desesperada». Me decanto por uno compuesto de colores otoñales que se adapta a la perfección a mis curvas. Una hora después estoy saliendo en una limusina amarilla, porque Alan no está y no me arriesgo a conducir el coche en esta inmensa ciudad.

Una alarma lejana me avisa de que regrese por donde vine; en realidad no logro reconocer el presentimiento. O sí, el de enamorarme, que es lo que evito a toda costa. No tardo en llegar al Palace, doy mi nombre y puedo entrar. El salón es realmente una obra de arte, las lámparas de araña, las columnas, el estilo neoclásico, las alfombras...

¡Oh, *my Dior!*

—¡Lena!

Y me giro para verla descender, vestida con un precioso traje inglés; he notado que son sus favoritos. Dos guapos chicos la acompañan llevándola del brazo. Me recuerda a Meryl Streep en *The Devil Wears Prada*.

Y sí que es el diablo..., ¡qué mujer!

—Querida —me saluda con un par de besos en las mejillas—, elige, derecha o izquierda.

Junto las cejas.

Sus ojos van de un chico al otro.

—Sabes, es mejor que...

—¡Niña, no tengo toda la noche para ti!

Así no es como funciona, este par parecen sacados de un catálogo y yo me siento muy capaz de conseguir atención sin tener que pagar por ella.

Le pido un minuto y me la llevo a otro sitio.

—En realidad, un buen amante me hace falta..., pero no estoy tan desesperada como para pagar por él.

—No pagas tú, lo hago yo. Es mi regalo de graduación.

—¿Graduación? ¿De qué me he graduado?

—De mí, no me necesitas para ser grande, ya lo eres...

—En realidad te lo agradezco...

¡Oh, maldito karma!

Intento llevarla a otro lugar, como el mirador; el verdadero demonio se acerca y puedo jurar que sí viste de Prada...

Ninguna de las triquiñuelas que se me ocurren funciona y ella ya está aquí, mirándome con esa malicia que me asusta. Es como Medusa..., me deja petrificada.

—¡Qué sorpresa! Elena, ¿qué haces aquí?

—Hola, Julia. —Mi voz es temblorosa y Casilda lo capta. Se gira para verla y las miradas de ambas echan chispas.

—Viene conmigo. —Me toma del brazo y bajamos las escaleras.

—¡Dime de dónde y cómo conoces a esa arpía!

¡Oh, no, no, no, no!

La observo de reojo, sus dedos van a sus ojos y enseguida me señalan...

¡Me tiene en la mira!

—Yo..., este...

¡Elena, debes desaparecer! Deja que Lena se encargue...

—¡Habla ya!

—Escribo una columna para BEAU Latinoamérica. La he visto un par de

veces en algunos eventos.

—¿Nada más?

—Nada más.

Exhala un suspiro y la expresión de su rostro muestra alivio. Eso hace que también me relaje.

—Esa mujer lleva años intentando destruirme..., no soportó que su esposo la dejara por vivir una aventurilla conmigo.

¡OMG! Eso lo explica todo...

—¿Cómo te destruiría? No entiendo.

Necesito saberlo.

—Llegando a algunos secretos que guardo celosamente..., y no es que a mi edad sea algo que me importe, pero no quiero que se dé el gusto de regodearse regalándole comidilla a la prensa. Cualquiera menos esa mujer.

Bajamos buscando la salida, ha perdido el entusiasmo de un trío con los chicos de catálogo y ahora le apetece una copa en un lugar libre del veneno de Julia White... Yo quiero lo mismo.

Bordeamos la manzana y hallamos un lugar a la medida de dos mujeres solteras y solitarias con ansias de alcohol en la sangre. Pedimos dos mojitos y así empieza nuestra noche.

Casilda ha coqueteado con cualquier chico que ha pasado por su lado, tiene encantados a un grupillo de jóvenes a los que habla de sexo y creo que ya ha elegido a quién demostrarle que su experiencia entre sábanas no es solo de palabra...

Yo también intento seguirla, algunos me han invitado a una copa, me han dejado su teléfono y han intentado rozar más abajo del escote trasero de mi vestido.

Esta noche no será..., o por lo menos no con ninguno de ellos. Tengo necesidad de unos labios que me han dejado antojada...

Regreso del baño en el momento en que Casilda sale del bar con un chico muy guapo. Imagino la noche que pasarán mientras yo sigo aquí, sentada en la barra, hablándole al barman de mí, contándole que quiero ver a un chico y que ni siquiera tengo su teléfono.

—¿Tienes su nombre? Conozco a mucha gente en esta ciudad.

—No creo que haya pasado ni una sola vez por este bar, es rebelde y vive la vida a su modo... en Brooklyn, y hasta sus besos me causan alergia.

Sonríe y unas arruguitas se marcan en la parte alta de sus pómulos.

—Pues es en Brooklyn donde tengo la mayor parte de mis amistades. Apuesto a que si no he escuchado su nombre, por lo menos alguno de mis amigos puede encontrarlo.

—No estoy así de desesperada... ojitos lindos.

Creo que se ha sonrojado. El alcohol me está desatando la lengua.

—Bueno, entonces te aviso de que cerramos en una hora, puedo buscarte un taxi o acompañarte de regreso a tu casa...

—No, no, no —digo, mientras muevo mi índice derecho de lado a lado—, eres un tipazo..., estás buenísimo y sé que no la pasaríamos mal.

¿Pero qué, Lena?

Debería darme golpes en la frente contra esta columna en concreto para ver si de ese modo se me quita la estupidez.

No debo incluirlo en *Te lo pierdes*, es un amante de ocasión...

—Si tan solo recordara cómo llegar a casa de Stephan Bradley —musito, mientras me apoyo en la columna.

Es hora de buscar un taxi, irme a casa y darme una ducha helada.

De algún modo me bajará la calentura.

—¿Hablas del fotógrafo? —La voz del chico guapo me trae de vuelta—. Conozco a Stephan, vive...

¿Lo dije en voz alta?

—Puedo llevarte o enviarte en un taxi...

De seguro que ya salió el letrero en mi frente: este chico ha notado que necesito una buena noche de sexo y se ha ofrecido a solucionarlo antes de que acabe con quién sabe quién en un baño o en un callejón oscuro.

No lo sé... ¿Y si Stephan no quiere verme?

Además, no tendremos sexo en una tienda de campaña... ¡No! Me voy a mi casa y que Rodolfo haga lo suyo.

Me levanto y enseguida me tambaleo. Debo permanecer sentada un rato más, hablándole a mis pies, para que resistan y me lleven hasta la calle.

Hace tanto que no arrastraba tanta miseria...

Tomo mi bolsa, dejo un par de dólares e intento salir.

—¿Adónde vas? —El chico guapo llega a tiempo para tomarme de los brazos y sentarme en una silla. Me ha salvado de caer y romperme una pierna.

—A casa...

Vuelvo a intentar ponerme de pie, y entonces creo alucinar al ver a Stephan entrar por la puerta.

—Deja que te busque un taxi...

—Yo me encargo, Dave.

Es su voz, es él..., y de nuevo me tambaleo.

Me abraza por la cintura.

—Hola... —susurra cerca de mi oído y deposita un beso en mi mejilla.

—Hola.

—¿Puedes caminar hasta la puerta?

Esto es una vergüenza, nunca un chico que me gusta tanto como él debió verme en este estado.

Asiento.

Doy tres pasos tomada de su mano y trastabillo.

—Muy bien, esto es lo que haremos...

Me toma por la cintura y las piernas y me alza. Salimos y buscamos un taxi. Al subir, me quita los zapatos, pone su abrigo en mis hombros y me da un beso en la mejilla.

—¿Adónde? —pregunta el conductor del taxi.

—A mi casa.

Stephan sonríe.

¡Qué estúpida soy! Si no estoy con Alan...

—La dirección es... —Y lo he olvidado por completo—. El edificio Sessanta.

—Señorita, no puedo llevarla sin una dirección. Sessanta no es un lugar que conozca, no es como decir el nombre de un hotel o una plaza.

Okey, okey.

—Está en el Upper West Side, cerca de Riverside.

El taxista bufá, esto no me ha pasado antes...

—Iremos a mi casa —dice Stephan en mi oído, y las piernas me tiemblan.

¿Al fin tendré sexo esta noche?

* * *

Me dormí en sus brazos y desperté al momento de tocar las sábanas de su cama.

—Descansa —dice en un murmullo, y me deja allí, mientras mis ojos se cierran lentamente.

¡Estoy maldita!

¡Oh, sí! Stephan está sobre mí y me hace estallar en orgasmos cada vez más increíbles. Jadeo, grito y aprieto mis dedos contra su espalda. Su boca es increíblemente inquieta y me tiene a punto de un nuevo desbordamiento.

—¡Elena! Elena...

Eso es, grita mi nombre...

—¡Elena!

Y de repente abro los ojos. Él está frente a mí, completamente vestido y ligeramente sonriente. Me observo: tengo la falda del vestido arremolinada en la cintura y una de mis manos...

¡OH, DIOS!

Enseguida retiro mi mano de *allí* y me cubro el rostro.

—¡Me hubiese encantado despertarme a tu lado, escuchando cómo jadeabas mi nombre y te tocabas...! ¿Fue un buen sueño?

¡Maldita sea!

Entierro mi rostro en la almohada, intentando esconder mi vergüenza. Ahora, Stephan sabe que necesito sexo y que lo quiero con él.

¡Que la tierra me trague!

—No es para tanto... —Me toca y yo me aparto. ¡No quiero tu lástima, Bradley!—. Elena, no seas tan infantil; si te reconforta saberlo, yo también he

deseado que mis sueños trasciendan a la realidad.

¿Cómo me reconforta eso?

El sexo, sexo es, y pocas veces te detienes y dices: «No, mejor espero a que me guste otro tío para acostarme con él».

Quieres hacerlo conmigo y yo contigo, me has visto jadear tu nombre y tocarme, lo que pone en evidencia mi desesperación.

¡Tengo que irme de aquí!

Junto la poca vergüenza que me queda y me doy la vuelta, recojo la falda de mi vestido e intento abrirme paso por su lado sin tener que hacer contacto visual. Lo logro, revoloteo por el lugar intentando localizar mis zapatos, el móvil y algún rastro de decencia para poder salir sin sentirme tan *¿indecorosa?*

No encuentro lo que busco y eso me frustra.

—¿Qué es lo que no encuentras? Puedo saber dónde está...

Claro que lo sabes, y si fueras un caballero me lo entregarías en silencio y me dejarías partir sin deshojarme más.

—Elena...

—¡Mis malditos zapatos y el *clutch!* —Levanto los brazos para que se note lo cabreada que estoy, pero el karma todavía no ha acabado conmigo. El corpiño cae hasta mi torso mostrando mis senos completamente desnudos.

¡Demonios!

Me acomodo como sea el maldito vestido y emprendo la huida.

¡Esto no me puede estar pasando a mí!

Llego hasta la puerta, no me importa nada más. Puedo comprarme otros zapatos y otro móvil.

¡Necesito irme!

La puerta no se abre y mis endebles fuerzas no pueden derribarla.

Me dejo caer en medio de lágrimas de..., no sé...

¿Vergüenza?

¿Ira?

¿Impotencia?

Siento los brazos de Stephan rodeando la madeja de miseria que soy en ese momento.

—¡Suéltame! —Forcejeo.

No me sueltes...

—Calma —susurra—. Un mal día lo tiene cualquiera.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué me hiciste?

Ríe, y ese sonido me bloquea los pensamientos. Intenta levantarme el rostro para que lo vea y, aunque permito que lo haga, mis ojos no verán los suyos, ¡nunca más!

—Te traje aquí después de que un amigo del bar en el que estabas me pidiera hacerlo. Dijo que yo era algo así como la única persona que conocías en Nueva York y que estabas pasada de copas. Al subir al taxi no supiste la dirección de tu casa...

¡Estoy maldita!

—Claro que sé dónde vivo... —intento defenderme.

—Pero con alcohol en tu sistema se te borra la información, *dulzura*. —
Toca mi nariz con la punta de su índice.

¡Te odio, Bradley!

—Necesito irme de aquí, ¡por favor!

Me levanta y me lleva hasta el baño.

—Puedes darte una ducha y buscar en mi armario cualquier cosa que te sirva, ya que tu vestido se rasgó... Es mejor que no me preguntes cómo sucedió. —Intenta que lo mire, eso no pasará hoy—. Estaré preparando el desayuno.

Me besa en la mejilla y yo entro para sentarme en el inodoro y casi arrancarme los pelos.

* * *

Diez minutos de ducha me han dado la suficiente fortaleza para enfrentarme a la persona que me ha visto pasar la mayor vergüenza de mi existencia terrenal. Salgo envuelta en la toalla y puedo oír voces en la sala. Alguien ha llegado. Un nerviosismo me recorre desde los pies hasta la cabeza pasando por mi espina dorsal. Me meto de una vez en la habitación y no tengo la delicadeza de cerrar la puerta suavemente, sino que se me va de las manos y

suena en todo el lugar. Me dan ganas de golpearme la cabeza con la pared. Como parece que mi falta de delicadeza no se ha notado, abro las puertas del armario de la habitación de Stephan. En él todo huele a madera, y no por su perfume o por el aroma del suavizante de telas. Se nota que no es algo que le preocupe. Además, tiene un millar de vaqueros y tan solo dos trajes elegantes. Y qué decir de las franelas, son como su obsesión; uso la más pequeña que encuentro y le hago un nudo a un lado. Sus pantalones son un desafío, me pierdo en ellos, por lo que opto por utilizar uno de deporte y arremangar las mangas hasta mis rodillas. Mis zapatos han aparecido y supongo que no quedaré tan mal con ellos. Lo que me tiene al borde del colapso es que no encuentro la secadora en ningún lugar, y ese *sí* que es un problema.

Me acerco para abrir la puerta y escucho el repiqueteo de unos tacones en la moqueta. De un respingo me meto en el armario, sintiendo que el corazón me va a salir por la boca.

E.—¿Y si es su esposa, novia, amante de turno? ¿Qué dirás cuando te descubra: «Hola, soy la chica del armario?».

L.—¡Cállate, Elena, no es momento!

Sé que la puerta se abre, y hasta puedo jurar que reconozco la voz que inunda la habitación.

¡No, ella no!

Stephan también habla, le dice que la ventana abierta causó el sonido, que está «completamente solo».

E.—Te metiste con un casado...

L.—¡Ay, Elena, creo que tienes razón!

E.—Pero ¿casado con ella?

L.—La vida es tan injusta...

No sé si pasan diez minutos o diez siglos, permanezco inmóvil mientras mi cabeza es un torbellino. Era ella, y no me lo puede negar.

E.—No puedes reclamarle nada.

L.—¡Claro que puedo! Me besó..., me besó.

E.—Eres una adolescente enamorada, no falta nada para que empieces a escribir su nombre en tu cuaderno.

L.—Ni una palabra más, Elena.

Su voz colma la habitación. Me llama, bueno, a Elena, la desquiciada de la camisa de fuerza.

—Elena, ¿dónde te has metido?

Tengo tantas ganas de quedarme a vivir aquí...

Abro las puertas y lo veo mirando por la ventana.

—Aquí estoy —digo. Vuelve la cabeza hacia la habitación y me sonrío con una expresión de alivio en su rostro.

—Lamento que tuvieras que esconderte, es más, no debiste hacerlo.

Sí debí, después me lo agradeces.

—No disimules, sé de esos momentos incómodos. Solo te he hecho un favor.

Le guiño un ojo, pero ya su cabeza no está con mis palabritas, sus ojitos se han quedado observando lo que llevo.

—Necesito la secadora... —digo, para traerlo de regreso.

—No volveré a ver las prendas de mi armario de la misma manera... —Me rodea y se acerca a mi nuca, desde donde habla de nuevo—. Primero se dibujará en mi cabeza tu figura con ellas puestas.

Y es así como me han aflojado las rodillas...

—La sss... secadora... —digo, después de carraspear.

Sale del cuarto camino de la cocina y me hace seguirlo. ¡Qué lujo se da!

—No tengo.

¿Qué es lo que acabas de decir?

—¿Disculpa?

—Elena, los únicos aparatos eléctricos que uso son el cargador del móvil y los de mis herramientas de trabajo. Aquí, de noche, enciendo algunas velas o linternas amigables con el ambiente.

—¿Eres de Greenpeace?

Se carcajea.

—No, hago la lucha activista conmigo mismo. —Me mira elevando una ceja y sonriendo ampliamente. Está muy orgulloso de ello, por lo que puedo notar—. El desayuno está listo —anuncia, y deja un par de platos sobre la mesa que contienen huevos y panceta frita, un vaso de zumo de naranja para mí y su *café* para él.

Me siento, y antes de dar el primer bocado me obligo a preguntar:

—¿Son huevos orgánicos, la panceta es de esas que sacan los vegetarianos, como el Carve,[12] y las naranjas son naturales o zumo con conservantes?

Junta las cejas.

—¿Qué crees que soy?

—¿Vegano?

Toma su café con tanto agrado que se me retuerce el estómago. Sonríe un poco, niega y vuelve a beber.

—No del todo, tampoco llevo la dieta judía. Como lo que me gusta, en eso se resume mi alimentación. Sin embargo —*lo sabía*—, los huevos los compro en el supermercado y las naranjas en un mercadillo local, y las exprimo con un exprimidor manual. La panceta es del refrigerador de la tienda de mi amigo Joe, al igual que la leche sin lactosa y los cereales. El pan, prefiero untarlo con queso en vez de mantequilla. Tomo una manzana cada día, almuerzo un *hot dog* o una hamburguesa... Todo depende del lugar en el que me encuentre. El yogur se lo compro a la novia de un chico que conozco y me lo traen cada semana, cuesta unos cinco dólares y son casi dos litros. Voy a la carnicería a por mis bistecs para el fin de semana, y también al barrio chino, a comprar algunas raíces...

—Ya entendí, no tienes que explicarte tanto.

—Supuse que querías estar segura, ya sabes... —Me señala su taza con *kopi luwak*.

Asiento y me termino en silencio la panceta.

Reñimos un poco, porque lo correcto es que yo lave los platos... Le doy un par de argumentos y cede.

He terminado, y vuelve para decirme que hay un taxi afuera que va a llevarme a casa. Agradezco sonriente y voy a la habitación a recoger mis

cosas. Envuelvo en mi brazo el vestido, reviso que tenga dinero y salgo. Stephan cierra la puerta en cuanto me ve.

—Debo irme...

—No te irás con mi toalla favorita en tu cabeza.

¡Oh, *no!*

—Prometo que te la traeré o la enviaré con alguien.

Se cruza de brazos.

—No saldrás a la calle así, sé de sobra que tu personalidad no da para tanto.

No me conoces, cariño. Prefiero la toalla a la melena de león indomable.

El sonido insistente de la bocina del taxi me llama.

—Debo irme o perderé mi taxi.

—¿Sabes cuántos de esos hay en esta ciudad?

¡Oh, Bradley, no te pongas pesado!

—Si no me la prestas, no volveremos a vernos nunca más.

Tengo que usar el chantaje, es lo que me queda.

—Puedo correr el riesgo... —Me desafía con esa ceja impertinente que se eleva por encima de lo normal—. Y has vuelto a mirarme. —¡*Mierda!*—. Sé que escondes algo maravilloso y quiero ver de qué se trata.

—Tampoco volverás a ver tu ropa...

—Puedo vivir sin ella.

—Y yo puedo acusarte de secuestro.

—Aún me quedan cerca de sesenta horas antes de que empiecen a buscarte, y en ese tiempo sé que cederás. Tú decides, la toalla o la libertad.

¡Arrrgh!

—¿Qué tiene esa toalla que no tiene la ropa? —No responde—. Bien, vamos a hacer lo siguiente, si cierras los ojos...

No me permite negociar, literalmente la arranca de mi cabeza y la melena de león cae sobre mis hombros... Ya puedo notar cómo se esponja a su antojo y manera...

—Abre la puerta, por favor...

Solo una vergüenza más a mi lista del día.

Se acerca, acuna mi rostro en sus manos y me mira... *bonito*. Como sabe

hacerlo.

—Eres preciosa, Elena. No debes acomplejarte porque tengas el cabello rizado, es un *must*.

¿Eso es un cumplido?

—No me gusta.

—Es hermoso, te cambia totalmente el rostro, te hace parecer... distinta, radiante, juvenil, alegre.

—Ay, por favor. No nades en mi miseria.

—¿Qué miseria? Mírate en un espejo.

Y me arrastra hasta el baño; esto es algo que no quiero hacer...

No lo sabes, tampoco lo entenderías.

Rompo a llorar como una niñita en brazos de papá... Bueno, no lo sé, nunca antes he llorado en brazos de un hombre, salvo en los de mi ¿padre?

—¿Qué es lo que pasa? Elena..., por favor.

—No lo entenderías —digo, en medio de sollozos.

Limpia mis lágrimas y me sonrío con expresión de ternura. Esto es tan nuevo...

—Haremos algo para que recuperes la confianza si prometes que me contarás, aunque sea un poco, lo que te llena de desconfianza.

Dudo...

—Cruzando la calle está el salón de una chica que me corta el cabello. Sé que dejará el tuyo muy bien.

Y esas palabritas me hacen sonreír.

Permite que me ponga de nuevo la toalla en la cabeza y me toma de la mano para llevarme a mi Disneyland. No dice nada, y tampoco hay nadie que se detenga a observarme detenidamente o que crea que es ridículo que salga así a la calle.

Empuja la puerta y entramos en un colorido local lleno de chicas morenas con cabellos de colores encendidos y pósteres de chicos sin camisa.

—Claire, necesito tu ayuda. Es una emergencia.

Una chica de piel oscura y el cabello más rizado que un resorte y pintado de rojo sale de un cuartito y sonrío al verlo.

—¿Traes a una chica aquí? Supongo que al fin tendrás una cama decente

para hacer..., bueno, ya sabes lo que haces en tu cama.

No puedo evitar sonreír. Al igual que él.

—¿Dormir?

—No vas solo a dormir con esta belleza de chica, bombón.

—Vuelvo por ella en una hora...

Sale, y Claire me toma de la mano para llevarme hasta una silla. Pone una toalla sobre mis hombros y retira la que tengo en la cabeza.

—Así que..., ¿qué quieres que hagamos?

—Si pudieras alisarlo un poco...

—¡Oh, cariño! No sabes el nivel de liso que puedo lograr aquí... ¿Asiático estaría bien?

Afirmo, y me preparo para recuperar la confianza.

Dulzura, culpa a las hormonas



Y he quedado sencillamente ¡perfecta!

Cuando Stephan regresa recupera su toalla y se ofrece a pagar por el trabajo impecable de Claire.

Nada de eso, yo pago por mis necesidades.

—Has quedado muy bien —me dice, mientras toma mi mano para cruzar la calle.

—No pareces tan convencido.

Asiente.

—Después de haber visto tu verdadera esencia..., tu verdadera belleza, Elena, nada será igual.

Algo me apretuja el corazón.

No seas tan dulce, Bradley.

—No lo entenderás.

—Me estoy cansando de oírlo, sé que lo entenderé si te arriesgas a confiar en mí y contármelo. No soy tan complicado como quieres creer.

Guardo silencio, subimos a su piso y recupero mi vestido.

Descendemos las escaleras, estamos muy callados y sé que piensa que no confío en él lo suficiente como para revelarles mi gran secreto. Es cierto que no ha resultado un violador o un psicópata. Ha sido respetuoso, y a pesar de

verme desnuda no se ha abalanzado sobre mí.

Eres más que una cara bonita, chico, y eso me hace sentir a gusto.

Ha detenido un taxi para mí, abre la puerta y espera a que suba.

—Gracias, Stephan, después de todo te has comportado como un caballero.

Beso su mejilla y la caballerosidad se le olvida por completo. Me aprieta sobre su cadera, reposando sus fuertes brazos en mi cintura, y me besa con todas la ganas que parece tener guardadas no sé de cuánto tiempo. Respondo a la petición, dejándome llevar por el deseo que me sube en forma de cosquilleo desde los pies hasta... *bueno*.

Me deja sin aliento.

Explora mi boca mejor que el dentista y juega con su lengua de una forma increíble. Se obliga a separarse y dejar entrar el aire en los pulmones de ambos.

—¿Puedo verte mañana en una cita normal?

Eh..., ¿podrías definir cita? A esta chica le gusta estar segura del tipo de cita...

¡Elena!

Sacudo la cabeza y afirmo. Se lo ha ganado.

—¿Dónde?

—En Riverside, por lo que pude oír vives cerca de allí.

—Muy bien, te veo allá...

—Al mediodía, puedes llevar el almuerzo.

Y me da un beso más para despedirme.

Necesito bajar de esta nube, y pronto.

* * *

Elena:

¿Quieres calmarte, Johanne? Yo no tengo la culpa de que Stephan me llevara justo a ese hospital.

Johanne:

Ese tipo fue arrestado. ¿Tan bajo has caído, Elena? Pensé que sabías escoger mejor a tus amantes.

Elena:

¡No me he acostado con él! Por lo menos, en la cruel realidad no lo he hecho.
Johanne:

Agradécele a la vida que aún no te ha pegado una venérea.

Elena:

¡Johanne!

Johanne:

Mañana mismo viajo a NY, no puedes estar sola, porque pierdes la cordura.

Elena:

¿Quieres no ser tan exagerada? Es un fotógrafo...

Johanne:

No me interesa nada más que recuperarte, amiga. Mi hermano no podía estar exagerando.

Elena:

¡Claro que lo hizo!

Y mi mejor amiga me ha colgado el teléfono.

¿Qué le pasa a todo el mundo con él?

No es un mal tipo, es agradable, guapo, interesante. No es peligroso, me gustan su sonrisa, el color de sus ojos.

E.—¡Oh, oh! Tantas cualidades juntas anuncian tormenta, Lena. Recuerda que es una cualidad por chico..., siempre ha sido así.

L. —Vuelves a tener razón, Elena.

Necesito el *Te lo pierdes* ahora mismo.

No tengo una fotografía de Stephan y tampoco es tan difícil conseguir una en la web.

E.—Sabes cómo se soluciona esto, Lena. Una ficha y sabrás tus límites.

Abro mi preciado tesoro, no está de más leer las reglas para asegurarme de cumplirlas:

♥ Máxima duración: tres meses.

♥ ¿Sexo? Opcional.

♥ No romance, no declaraciones de amor.

♥ Ante el más mínimo síntoma de enamoramiento de cualquiera de las partes: darle fin.

♥ *Te lo pierdes* no aplica para encuentros de una noche.

Muy bien, todo en orden.

Miro cada una de las hojas y me encuentro con cada chico que ha pasado por aquí. No me detengo a contar, solo a admirar y recordar...

Llego al final, a Hugo y su magnífica manera de besar. Es guapo, y logró que me olvidara del tiempo mientras me engatusaba con su guitarra..., pero no podía pasar al siguiente nivel, no era para él, y salió a volar.

Imprimo la fotografía de Stephan, la que se filtró de su reciente arresto. La pongo al lado izquierdo de la hoja y empiezo a rellenar sus datos:

- Nombre: Stephan Bradley.
- Profesión: Fotógrafo.
- Edad: 34 años.
- Intereses: Fotografía, comida *gourmet*, activismo ecológico...
- Cualidad destacable:

¿Una sola? Muy bien... ¿Qué te parece si digo que eres un testarudo incorregible? Esa es tu mayor virtud. Eres impredecible.

- Cualidad destacable: Impredecible.
- Cualidades de seducción: Mirada apacible, indescifrable. Sonrisa encantadora, abrazos cómodos y besos ¿? (por definir).
- Defectos que causarían una ruptura: Su asqueroso café; que se compruebe que es un mal tipo, como dicen *mis amigos*; enamorarme de él...

Y en eso me quedo pensando, en que puedo enamorarme de Bradley y no me gusta la idea. Mejor sigo escribiendo su ficha.

- Primera cita: En su piso, me dio a beber *kopi luwak*.
- Segunda cita: Le saqué del Departamento de Policía y comimos en un restaurante griego.
- Primer beso: Después de la cena, sus besos me generaron alergia porque su boca tenía residuos de almendras; terminé ingresada en un hospital por un

par de horas.

– Tercera cita: Me rescató de un bar, estaba ebria y al despertar pasé la vergüenza más grande de mi existencia (prefiero no comentar).

– Días transcurridos desde el primer encuentro: Cinco.

– Días restantes posibles: Ochenta y cinco.

– Nivel de riesgo: ¡Oh, Dios! Creo que puedo enamorarme.

El móvil empieza a sonar y termina mi momento sagrado, cierro mi agenda y la dejo en lo más profundo de los cajones.

—Hola, Fiore.

—¿Cómo estás, Lena? Me quedé esperando que llamas para contarme lo sucedido en la casa BEAU.

Traidora, ¿te envió la arpía a supervisarme?

—Quieren que le haga una entrevista a Casilda, pero esa mujer es impenetrable. No le he caído muy bien.

—No me digas... Verás que en mis manos están las fotografías que quieren adjuntar a esta edición y son de anoche, en el prestigioso hotel Palace. Se ven..., ¿cómo decirlo? ¿Fraternas?

—Bueno, debo intentar acercamientos para lograr mi objetivo.

—Nada imposible de lograr para ti, eres su clon y lo sabes. Llevas años creando tu estilo a partir de ella.

—Tenerla cerca es otro asunto. ¿Llamas solo por eso?

—No, llamo porque me ha dicho que sales con un tipo que sacaste de la cárcel.

¡Pero qué es lo que...! *Fu**ing everything.*

—Mira, Fiorella, te lo digo a ti y si quieres transmitírselo a los demás, pues me ahorrarás el trabajo de hacerlo. Yo, Elena Rocha, decido cómo, cuándo y con quién salgo, me beso y me acuesto, ¿entendido?

—Ya no te reconozco, ese tipo es un convicto. Hasta tatuado como un lagarto debe de ser, andará en moto y vivirá en una pocilga llena de ratas...

—¡Fiorella Wilson! Stephan Bradley es el tipo más decente y diferente con el que he salido en toda mi vida. Y no te permito, ni a nadie más, que intentes

gobernar ¡MI VIDA!

Solo faltaba...

—¿Stephan Bradley, el famoso fotógrafo?

—Stephan, *mi* Stephan. El que Nueva York ha decidido hacer coincidir conmigo y, para tu información, pretendo disfrutar cada segundo que pase a su lado porque sí..., porque me apetece y porque ya estoy muy crecida como para saber con quién quiero o no tirarme de cabeza al abismo.

Ahora he sido yo la que he colgado el teléfono.

¿Qué se está creyendo toda esa gente?

No entiendo qué los tiene tan alarmados con respecto a Stephan.

¿O es contigo, Lena *nunca me enamoro*?

Puede que intenten detener una caída que no veo venir...

¡Patrañas!

Mejor me relajo en mi mullida y cómoda cama, en la que espero tener de nuevo ese sueño delicioso que Stephan irrumpió esta mañana.

* * *

La alarma me salva de morir en otro terrible sueño donde Stephan es un monstruo de dos cabezas al que quieren incinerar todos los que dicen quererme.

¡Mon Dieu!

Así no es como se supone que empieza un buen domingo, y por eso es mi *hate weekday*, porque un día como hoy, una princesa —que es lo que soy—, por el simple hecho de serlo, debe amanecer desnuda, con la cabeza descansando sobre un fuerte pectoral y sus piernas enredadas a otras piernas, como las de Brad Pitt en *Troya*.

¡Riico!

Buenos días, Elena...

Para hacerlo más claro, una mujer merece despertar en brazos de un dios del Olimpo y disfrutar de buen sexo mañanero..., nada más.

Me pongo de pie, porque la vida es tan cruel que lo único inteligente y de figura estilizada que despierta a mi lado es mi móvil. Al menos Apple me hace

sentir importante, o quizá es la *app* que tengo instalada, que cada mañana me pregunta cómo he despertado, si tengo erupciones, dolores de cabeza o de vientre y demás síntomas del síndrome premenstrual.

¡Eureka!

Mi estado de enamoramiento por el fotógrafo solo era efecto de las hormonas en plena revolución. Lo que significa que, por un par de días más, estaré en atolondramiento; no es amor.

¡Falsa alarma, que nadie se preocupe!

Cuando termino mi ducha y me he puesto las mil y una lociones capilares y tratamientos *antifrizz* y las cremas para evitar la piel de naranja, el exfoliante del rostro y la nutritiva..., me enfrento al terrible dilema de ser mujer en una *primera cita formal*.

¿Qué voy a ponerme?

Y lo que sigue es la histeria de sacar todas las prendas del armario y armar tantas combinaciones como sean posibles..., nada me convence.

Es peor, porque es una salida al parque, un simple pícnic, lo que debería ser lo más fácil del mundo.

Pero ¡es una cita!

Y antes muerta que sencilla.

Una verdadera cita



Supongo que lo he solucionado: unos vaqueros, un suéter, una cazadora y unos botines.

E.—¡No necesitas más, Lena!

L.—Gracias, desquiciada.

He preparado el almuerzo... ¡Bueno! Digamos que algunos bocadillos sencillos, la ensalada, que no me puede faltar, y una tarta de arándanos que me ha dejado Rebecca. Llevo un par de sodas, agua con y sin gas y una botella de vino.

El reloj marca las once de la mañana y un mensaje me ha entrado al WhatsApp.

Lian:

¿Te he dicho que eres mi love coach favorita? No sabes quién no ha podido resistirse a este amo.

No puedo evitar soltar una carcajada. Mi querido Lian me envía una foto amaneciendo con su chica: al fin lo ha conseguido.

El bichito de la envidia me corroe...

Elena:

Agradécele al amo Grey, él se lleva los honores.

Me envía un guiño y sé que ha terminado la conversación.

Me acerco al ventanal para deleitarme con la vista de Riverside y no puedo evitar imaginarme allí con él.

¿Cómo nos veremos desde aquí?

El sonido de un nuevo mensaje me saca de mis fantasías.

Fiorella:

Sé que estás enojada con el mundo que dejaste aquí, pero en este momento soy tu jefa y te recuerdo que tienes dos días para enviarme la columna de este mes.

¡Mierda! Lo olvidé por completo...

Supongo que, mientras llega la hora de mi cita, puedo escribir un pequeño borrador.

Sentada frente al portátil, reposo los dedos en el teclado esperando decir este mes a miles de lectoras latinas e hispanas algo realmente bueno.

Espero...

Espero un poco más...

Mis ojos no se apartan del reloj, que me dice que en un par de minutos debo irme.

Abro la carpeta donde guardo los artículos y leo los títulos. El más reciente habla de cómo he llegado a ser una muralla a la que no le cala ni el más dulce y puro amor...

No de un hombre, no. Hablaba de que no pude cuidar de un perro y lo di en adopción.

Soy un iceberg, como diría Johanne..., una isla.

¿Johanne? ¡Oh, karma, si me quieres un poco, haz que no encuentre vuelo ni en un mes, porfi!

Demasiado tarde, princesa. El karma está de puntería contigo.

Johanne:

Elena, estoy en México, llego a las seis a NY. Serás una dama y me recibirás, ¿verdad?

¡Oh, no!

¡Oh, no!

He dejado su mensaje en visto, por tanto sabe que lo he leído.

No quiero a ese *policía* tras mis pasos día y noche, sé cómo es y no me dejará verme con Stephan.

¡Algo me tendré que inventar!

Además, es nuestra tarde, nuestra cita, que no puede salir mal. No, señor.

Regreso a la cocina a por mi canasta de pícnic y enseguida recibo una llamada de Alan.

—Señorita, buen día. ¿Necesita salir a algún lugar de la ciudad?

—Buen día, Alan. Solo estaré en Riverside pasando la tarde con un amigo. No debes preocuparte.

—Entonces, ¿la veo mañana?

—Sí, Alan, creo que puedes tomarte el día... ¡Espera!

—¿Qué sucede?

—Necesito que me hagas un inmenso favor.

—Por supuesto.

—Mi mejor amiga llega de Colombia, te enviaré los datos para que vayas por ella y la traigas a casa. Que se instale y coma algo. Yo estaré de vuelta por la noche. No sé la hora.

—¿Ella lo sabe?

—¡No! Y no le digas dónde estoy. Dile que estoy fuera, en Nueva Jersey, con Casilda Watts.

—Sí, señorita. ¿Algo más?

—Nada más, Alan. Gracias.

¡Ufff!

No me gusta mentir, y menos a mi mejor amiga, o hacer que alguien lo haga por mí, pero...

E.—Creo que empiezan a tener razón, Stephan saca lo peor de ti.

L.—¡Nosotras, Elena! Estamos juntas en esto.

E.—¿Será...?

Miro la canasta, la hora, mi atuendo...

¡Me importa un comino, me voy a mi pícnic!

E.—Lena Roach, tienes las piernas como una gelatina, estás ansiosa, aprietas los dedos de los pies y un ligero sudor colma tus manos... Te falta que empieces a temblar.

Estoy andando y llego justo a 91st Street Garden, justo en el lugar del beso en *You've Got Mail*. ¿Le pediré demasiado a la vida si deseo que Stephan y yo reemplacemos a Meg Ryan y Tom Hanks?

Chasqueo de dedos. Despierta, tonta, despierta.

Me pierdo en la vista del Hudson y en el paisaje que me ofrece un chico muy guapo que hace flexiones de pecho en el suelo.

Sus brazos se doblan haciendo tensar sus músculos, y su trasero es...

¡Qué calor hace aquí!

Espanto las malas intenciones —de momento— y sigo mi camino. Me encuentro con cada personaje... Un chico viste *blazer* y camisa con corbata y en la otra mitad de su cuerpo unos pantalones cortos, cuyas mangas ha sustituido por calcetines largos de colores vivos, uno distinto del otro. Más adelante hay una pareja haciendo una sesión de fotos, los dos vestidos con trajes de boda, y es inevitable imaginar a Stephan en el papel de fotógrafo. Mi marcha no cesa, y luego pasan un par de jovencitas que llevan una docena de perros unidos a la misma traílla.

E.—Qué lindo paseo estás dando, Lena. ¿Ya has mirado la hora?

L.—Supongo que no ha pasado mucho tiempo, Elena.

Son las dos de la tarde. ¡Las dos! Hace un par de horas que doy vueltas, como la más estúpida de las plantadas, con una canasta en la mano

E.—¡Tal cual Caperucita del bosque!

L.—Elena... ¿Dónde demonios se ha metido Stephan?

E.—¿Desde cuándo tú esperas a un imbécil más de quince minutos?

Me dan ganas de tirar la canasta a la basura o al río. Sin embargo, las palabras del abuelo me retumban en la cabeza. Miro a todos lados y entonces veo a un par de jóvenes que tocan *jazz*. A ellos me dirijo, escucho su canción, aplaudo y dejo un par de dólares en un sombrero. Acto seguido les ofrezco mi cesta llena de comida y busco el camino de regreso a mi templo de la soledad.

Después de todo, el destino me recuerda el valor de la amistad y Johanne está de camino a Nueva York solo por mí.

Aunque, por más que lo quiera esconder, un vestigio de desilusión cruza por mi corazón blindado. Todo lo que creí que era ese fotógrafo y todo lo que le ayudé a ser al idealizarlo me recuerdan la razón por la que me convertí en Lena Roach.

A todos los hombres de mi vida



«No hace mucho entendí por qué en este momento de mi vida ningún hombre ha llegado ni siquiera a verme despertar despeinada a su lado. Por qué ninguno ha seguido este camino, me ha hecho sonreír bonito, con los dientes destemplados de amor, y llorar de miedo al confesarle que no quiero perderle nunca. Nadie se ha acercado ni un poco a lo que sería un amor eterno, de pasión insaciable, que me diera motivos para desear la eternidad a su lado. Si bien he tenido amantes de todo tipo y he disfrutado tanto como no lo he hecho, ninguno está hoy aquí por una sencilla razón: ni ellos eran lo que decían ser ni yo era lo que ellos querían que fuera.

»Tampoco es que haya tenido un momento de revelación y descubierto enseguida el verdadero motivo de mi soltería precoz. Fue difícil, fue doloroso y en ocasiones no quise aceptarlo. Porque una vez, o quizá dos o tres, llegué a creer que alguno de ellos era mi *one and only*, que sería tan valiente como para superar la muralla que soy y se quedaría, y que yo sería capaz de hacer que se quedara. Que era digno de ser recordado y archivado como una opción para este momento de infinita desolación del corazón. Tanto fue lo que lloré y juré que no lo volvería a hacer, tantas veces me desvié de la ruta para llegar *por sorpresa y coincidencia* al lugar donde sabía que le encontraría para que, al verme, me recordara y de algún modo perpetuarme en su alma. Tantas

botellas de vino y margaritas o mojitos bebí en su nombre con el firme propósito de olvidarle... Tanto, que hoy pierde el sentido y me da hasta vergüenza recordarme tan débil.

»Sin sentido para el pasado y con todo el sentido para el presente, porque al recordarlos uno a uno y ver cómo se pasean por mis recuerdos, de repente llega alguien y me habla de ellos, de lo que ha pasado en sus vidas, de sus intereses, de que algunos se casaron y fue un fracaso y de que otros siguen buscando en quién encontrarme... Todos y cada uno de ellos en su presente ya no encajarían con la que soy. Con la que en este preciso momento intenta recuperar la cordura que le dejó un momento de efervescencia y calor, que por culpa de las hormonas creyó que el final de su búsqueda había llegado. Pero esa historia, esa historia es mejor pasarla por el fuego y que no quede ni la ceniza.

»Y es que, ahora más que nunca, me he convencido de que la Elena que disfrutó cada uno en cada etapa era la que le correspondía tener, conocer y amar. Sin embargo, a ti, que puedes estar leyéndome, que tuviste a la quinceañera sin restricciones que moría por ti, que escapaba a medianoche para verte, que no tenía límites y que no se autoflagelaba tanto como ahora, a ti te digo que te tocó la mejor de todas porque te amó, ella te amó agradecida de que sacaras lo mejor de ella y le hicieras ver lo que significaba para ti por encima de aquello que le causaba dolor.

»A ti te tocó un corazón con heridas leves, y de haberte quedado otra sería la historia...

»Sin embargo, los demás también se han llevado partes de mí —las que he querido darles—. Con todos sufrí de algún modo, me rasgué las vestiduras, me tiré en la cama por días enteros y escribí para sacarlos y dejarlos ir, y en cada uno dejé una virtud, un recuerdo bonito que los hace inmortales.

»A pesar de que muchas veces quise que se quedaran un poco más, y de que me cruzaba la idea de que con los años que tengo iba a ser más difícil encontrar a quien quisiera quedarse, porque con la edad llegan las manías y esa comodidad de ser quien se es, ya que la soltería amaña y forja una personalidad que pocas veces se puede domar.

»Y les aseguro que se han quedado el tiempo justo para evitar que empiece

a tener dudas y miedos y a hacerme líos porque tardan más de lo necesario en responder a mis mensajes. Que vivo en una burbuja, todos llegaron a la misma conclusión, y es la verdad, cruda y sin censura. Me niego a romper mi comodidad por ellos, y al final han sido ellos quienes me han demostrado que se acomodan a mí, a mis reglas y a mi filosofía de *amar*.

»Así que, discúlpenme, taconeras, si me he desviado y dedicado mis palabras a los hombres de mi vida, a mis acompañantes entre sábanas. Al llegar a este punto, les aseguro que ni ellos ni yo somos culpables de mi presente. El que ha de ser ES y los que fueron no eran, y los que no son NO SON.

»No suframos por tanto idiota que se atreve a dejarnos plantadas como si fueran amos del tiempo.

»En el amor hay que saber nadar para no hundirse.

»Lena Roach»

El secreto del *chico misterio*



Media hora me ha llevado escribir mi artículo, revisarlo y enviárselo a Fiorella para que la muy maja se atreva decir que esperaba algo más romántico de mi estado de amante suicida.

Quizá yo también considerara que la siguiente columna sería una oda al amor, pero para quien me lee y me conoce esa dulzura sería el final de la mujer que se gana la vida destrozando la reputación de los engendros masculinos que le hacen perder la cordura...

No me disculpo, estoy dolida con Bradley y con el mundo, y conmigo, por ser tan idiota y dejarme llevar al punto de romperme en dos.

Todo se devuelve, todo lo que haces lo pagas dos veces.

Eso me dijo Casilda cuando la llamé para saber de su noche y le conté de la mía, e incluso mencioné que jugaría un poco para probar la resistencia e interés de SB.

Tal parece que me han pasado la factura, solo que por este camino ya anduve una vez y aprendí lo que debía aprender.

L.—Elena Rocha, no volverás a dejar la camisa de fuerza ¡jamás!

E.—Pero, si no he hecho nada...

L.—¡Al rincón!

* * *

La mitad de la tarde transcurre en el más siniestro de los silencios. Sentada, mirando un punto en la pared, intento reconocer el estado emocional que me gobierna y no lo conecto a nada. Es como flotar en el limbo, como si algo me doliera y a la vez me hiciera estar tranquila. Como ser consciente del final y seguir esperando una continuación. No he podido leer, ni escribir o tan siquiera ver uno de mis adorados *chick flicks*. Un vacío visceral parecido a la sensación de estar hambrienta es lo único que puedo definir. En Colombia podría estar pasando la tarde con algún chico, con una amiga..., incluso con mi desatornillada madre.

Un malestar de garganta anuncia la presencia de nostalgia y lágrimas, extraño mi vida. La que no giraba en torno a una necesidad afectiva. Busco el móvil y marco el teléfono de Gabriella..., me manda enseguida al buzón de mensajes.

El interfono suena y me levanto para responder:

—¿Diga?

Escucho entonces el sonido de una melodía, y la voz de Adam Levine me dice que ya no encuentra felicidad en esta ciudad, que se siente incompleto y que solo yo lo llevo fuera de este mundo.

¿Me están dedicando una canción?

Esto no me pasaba desde la adolescencia.

Seguro que se han equivocado.

La canción termina, ya he logrado reconocerla: pertenece a una película en donde mi eterno amor, Mark Ruffalo, actúa junto a Keira Knightley. Es una de las bandas sonoras del cine que más me han gustado.

La voz de Stephan corta la magia.

—¿Elena? Elena, dime si eres tú.

—¿Qué quieres, Bradley?

Esta indecisión entre rudeza y compasión no permite que mi tono sea neutral.

—¡Gracias al cielo! Le he dado serenata a todo el edificio.

—¿Qué le hiciste al portero?

—Es uno de mis amigos...

¡Por supuesto! Tiene amigos en todas partes...

—Estoy ocupada. ¿Qué es lo que quieres?

—Necesito hablarte, explicarte por qué no pude llegar a tiempo a Riverside...

—No es importante, ¿sabes? Solo estuve unos quince minutos allí. No tengo tanto tiempo disponible como puedes estar creyendo.

Ni creas que voy a mostrarme interesada, Bradley, me perdiste.

—Soy muy puntual, te lo aseguro. Dame un minuto, ¡por favor!

L.—¡Oh, cielos!

E.—¿Qué vas a decirle?

L.—Sí...

E.—No...

L.—Sí...

E.—No...

L.—Sí...

—¿Elena?

—Cinco minutos, Bradley, y empiezan a contar.

Cuelgo, y ya me sudan las manos como a una colegiala cuando ve al chico que le gusta.

E.—¡No puedes perder el control! ¡Ni que se te enrede la lengua! ¡Mordaz! ¡Irónica! ¡Como un francotirador!

Suena el timbre, me paso las manos por los vaqueros, acomodo mi cabello.

Respiro.

Uno...

Dos...

Tres...

Giro el pestillo.

¡Adorable Jacobs! ¡Se ha vestido de pantalón sastre y camisa!

—Elena —jadea—, me quedé tres minutos y no sé por dónde empezar.

Me hace sonreír, está agitado y habla tan rápido como puede.

—Pasa y respira un poco. Puedo darte un minuto más.

E.—¡¡Que buena eres, Lena!

Me voy a la cocina y es él quien me sigue ahora.

—Gracias —dice, al recibir un vaso de agua—, el ascensor tardaba demasiado.

—¿Estabas trabajando? —señalo su atuendo.

—¿Esto? —Asiento—. Para hoy no acepté nada, era nuestra tarde y quise verme *decente...*, solo que se me presentó un asunto familiar de último momento.

—¿Lo solucionaste?

—De momento...

Deja el vaso sobre la encimera de granito y se acerca para acunar mi rostro en sus manos.

¡Quieto, mundo!

—Lo lamento, lo lamento muchísimo..., contaba hasta los segundos, esta mañana desperté pensando en todo lo que haríamos. Quería...

Y yo misma rompo la muralla y me atrevo a juntar mis labios con los suyos.

L.—¡He encontrado mi paraíso!

E.—Perdiste la chaveta, Lena.

Y así mismo lo pierdo, porque su teléfono suena, lo ignora, deja de sonar y vuelve a repicar.

—Debo responder —dice sobre mi boca.

Se aleja hacia el ventanal y yo me dejo caer en el sofá, le miro y admiro su parte trasera... Ese pantalón me tiene en pecado mortal.

No entiendo todo lo que dice, habla muy bajo. Se gira y solo comprendo que debe irse inmediatamente.

—Lo lamento, parece que no lo solucioné.

Está realmente preocupado, sus ojitos no pueden esconderlo.

—¿Puedo ayudarte?

Me besa rápidamente y de un brinco ya está en la puerta.

—No lo creo, en verdad deseo quedarme, pero esto no puedo dejarlo pasar...

—¿Voy contigo?

Se detiene y me mira, lo piensa. Su rostro parece denotar confusión.

Duda...

¿Qué puede ser tan complicado?

—Bien, ven conmigo. Puedes esperarme un momento mientras lo soluciono y luego cenaremos.

Salgo corriendo a buscar mi abrigo y mi bolsa. No tardo ni cinco minutos y ya vamos bajando las escaleras casi de dos en dos.

El cardio que no hice en tres días...

¡Y me lleva de la mano!

—No me digas que iremos en tu bicicleta...

Eleva las comisuras de sus labios, los hace resonar en un silbido y un taxi se detiene. Da una dirección que nos llevará hasta un lugar que no conozco de nada. El taxista le mira fijamente, junta las cejas, le advierte que le costará un ojo de la cara llevarnos hasta allí. Stephan se altera, saca su billetera, le muestra el contenido y le dice que espera que sepa hacer cuentas, porque tendrá que aguardar para traernos de regreso. El hombre le desafía:

—No creo que encuentre pasajeros en ese montón de ruinas.

Stephan bufá y él pone el motor en marcha. Me dedico a mirar por la ventana, no quiero preguntar, porque temo una reacción como la que ha tenido con el conductor; y, sobre todo, está preocupado por lo que sucede en el lugar del que vino para verme.

Su mano toma la mía y me giro para observarle. Está contrariado y empieza a afectarme no poder ayudar. Acaricio su mejilla con la mano que tengo libre y él deja reposar su cabeza en mi hombro...

¿En qué me estoy metiendo?

Cruzamos Manhattan y veo el letrero que indica que estamos entrando al Verrazano Narrows Bridge. Jamás he estado en esta zona de Nueva York, es más, ni a la Estatua de la Libertad me he atrevido a asomarme.

E.—Eres una pésima turista...

L.—La curiosidad es algo que sé controlar cuando se trata de cuidarme el pellejo.

Mi móvil suena, anunciándome la entrada de un wasap. Lo dejo estar, no quiero que mi mente se aleje de donde estoy. Además, mi *policía* no llega hasta las seis.

Stephan recibe otra llamada, suena terriblemente asustado y le ordena al hombre que conduce ir a la máxima velocidad que le sea posible.

El hombre le obedece, también nota su preocupación. Creo que llega a los ciento ochenta y esquiva todo lo que pasa por su lado, debe de creer que es un piloto de la F1 o que juega al Crazy Taxi.

Y soy la única en preocuparse. Stephan y el taxista solo desean llegar de una buena vez. Al acercarnos al final del puente reduce la velocidad y Stephan se yergue para darle nuevas indicaciones al conductor. Mis ojos van al anuncio del fuerte holandés llamado *Fort Wadsworth* y, al recorrer un par de calles de Staten Island, me parece que puede ser un buen lugar para escaparse del bullicio y la agitación de la gran ciudad. Es una zona residencial colmada de acogedoras casas con antejardines y abetos, cercas de madera, la vista al océano y la Estatua de la Libertad.

E.—¿Qué hacemos aquí?

El auto se detiene frente a un parque de bomberos. Stephan abre enseguida la puerta y sale como un rayo, a la velocidad de la luz. Lo observo alejarse y un debate comienza en mi cabeza:

¿Le sigo?

¿Me quedo?

¿Voy?

¿Le espero?

Entonces recuerdo sus expresas palabras: «Puedes esperarme un momento mientras lo soluciono».

Supongo que esperaré.

El conductor busca una zona para aparcar y, tras hacerlo, estira los pies sobre el mando, cruza los brazos en su abdomen y cierra los ojos.

¡Perfecto!

Yo me doy una vuelta por mis redes sociales, converso con algunos conocidos y tomo algunas fotografías desde la ventana. Al cabo de cuarenta minutos tengo las piernas entumecidas y el adorable conductor ronca como un elefante. Dejo el taxi y camino hasta la casa en la que entró Stephan. Escucho algunos gritos y llantos, más cercanos a medida que me voy aproximando a la entrada principal.

Un letrero enterrado en el césped me da una idea: «Abba, hogar de reposo».

¿Reposo?

La puerta del cercado que conduce a la parte posterior de la casa está abierta. Sigo un camino de plantaciones de jardín y llego a un parque infantil y una piscina totalmente cubierta por un plástico oscuro. Al fondo puedo divisar a un grupo de jóvenes sentados en torno a una mujer que les habla. Los gritos de una chica los sobresalta a todos y sus rostros van hacia la casa. La mujer lucha por captar de nuevo su atención y, lentamente, los recupera. Decido subir los escalones y acceder a la casa por la entrada trasera.

Dentro, las paredes están repletas de fotografías y mensajes positivos pintados a mano, como en esa tendencia actual del *lettering*.

—¿En qué puedo servirle? —La voz de una mujer anciana me sobresalta, una de mis manos va hasta mi pecho y la otra a mi boca.

—Lo siento —digo—, vengo con Stephan.

—Entiendo —se sienta nuevamente y toma su tejido—, Susan ha estado un poco inquieta..., parece que ha perdido la emoción con la que llegó a este lugar. —La anciana está resignada y acongojada.

¿Quién es Susan?

Guardo silencio, no sé qué decir para obtener más información.

—Siéntese, por favor. Esto puede tardar un poco.

Me ofrece café y lo rechazo.

Ya no me gusta el café.

—Ese joven es el único capaz de tranquilizarla. Vino a las once, cuando ocurrió el primer incidente. Tardó un par de horas en convencerla de que bajara de la ventana, le dimos un sedante y se durmió. Creímos que estaría tranquila. Él no quería irse, pero dijo que era importante, tanto como Susie.

¡Santo cielo!

—Pero no fue así —prosigue—, despertó tan alterada, gritaba cosas horribles y buscaba con desesperación algún elemento contundente para hacerse daño... —La mujer empieza a sollozar—. Se golpeaba con la pared, con la cama..., tuvimos que atarla y esperar a que su hermano llegara.

¿Su hermano?

Esto que me recorre el pecho se confunde con un sabor amargo y una angustia infinita.

Stephan me está confiando su secreto, eso que lo entristece, eso que le causa dolor es su hermana enferma.

Ya no eres el *chico misterio*.

—Lárgate de una buena vez. —Son los gritos de ella, creo.

La voz de Stephan no se eleva, sé que es pacífico.

Suena una puerta y no estoy segura de si debo irme, no quiero que se moleste al ver que no me quedé en el coche.

Cabizbajo y derrotado, baja uno a uno los escalones. La vida le pesa, le duele el alma y me duele...

¡Me duele!

¡Me afecta verlo así!

Eleva el rostro, me mira y sus ojos vacilan. Sus pupilas tiemblan, se ve tan vulnerable...

Me levanto y voy hasta él, se derrumba en mis brazos, llora sobre mis hombros como un niño indefenso, gime y aprieta sus manos en las mías. Sé que le gustaría darle un par de golpes a la pared para sacarse la frustración que lo invade..., he pasado por ahí.

Sigo sin saber qué decir, temo que alguna de mis palabras le hiera y que se ponga peor. Necesita mi apoyo y lo tiene, mi hombro para que lo inunde de sus lágrimas, mis manos para que las apriete y mi cuerpo para sostenerse.

¡Qué cursi me he vuelto!

—Gracias, Eva —murmura.

La mujer que ya está junto a nosotros le pasa las manos por la espalda y Stephan busca la salida. Me toma de la mano y caminamos hasta un banco cerca del océano. El viento corre por la calles llevando una brisa helada. Y choca con el mar rompiendo las olas. El clima refleja el interior de Stephan, *mi Stephan*.

Nos sentamos, y en medio del silencio lo único que puedo hacer es apretar su mano. No es correcto hacer preguntas, aunque siento que se me van a salir por los codos y las orejas.

—Mi hermana está ingresada aquí desde hace unos tres meses —habla lento y sus palabras se cortan—, la he llevado a los mejores centros de Nueva York para que logre recuperarse, pero lo consigue apenas dos meses y vuelve a caer.

¿Drogas?

—Hace ocho meses que llegué aquí, ¿recuerdas que te lo dije? —Afirmo con la cabeza, estoy atenta—. La traje de Los Ángeles, ese lugar la estaba hundiendo y mis padres no podían estar con ella todo el tiempo. Yo me encontraba en Taipéi haciendo mi trabajo de fotógrafo documentalista, era el trabajo de mis sueños. La primera alarma llegó con un desmayo, los médicos la revisaron y dijeron que sufría trastornos alimentarios y que era el momento de tratarlos. Como la paga era excelente, hice que mis padres la llevaran al mejor lugar del país. Seis meses después me obligué a volver; había perdido veinte kilos y ya se le marcaban los huesos... —Hace una pausa para limpiarse las lágrimas—. Después de verla comprendí que alguien debía hacerse cargo. Mis padres habían perdido todo por pagar tratamientos alternativos, costosos psicólogos y medicamentos milagrosos. No tuvieron otra opción que empezar a aceptar cualquier empleo que a su edad les dieran..., yo me haría cargo y renuncié a la agencia que patrocinaba mis viajes. Conseguí un lugar en Brooklyn de acuerdo a mis posibilidades y la ingresé en cada sitio que me

recomendaron. El hogar Abba ha sido mejor que cualquier otro, porque no están aislados y las cuidadoras son muy maternales... —Se agarra la cabeza y hunde su rostro entre sus brazos—. Ella está decidida a morir. No quiere comer ni que nadie la vea. Y ya no sé qué más hacer, Elena...

Su voz se rompe, al igual que las lágrimas que guardaban sus preciosos ojos. Lo abrazo y me encuentro totalmente conmovida, como si ese dolor también fuera mío.

Y lo es, él no lo sabe, pero yo conozco en carne propia cada una de las sensaciones que Susie está viviendo.

Lena, la cabrona



Una hora después regresamos a Manhattan. Ninguno deseaba cenar, y por más que le supliqué a Stephan que se quedara en la habitación de huéspedes, no aceptó.

Son las nueve de la noche y acabo de ser consciente de la existencia de Johanne, debo llamarla.

Mi teléfono tiene más de cien llamadas de ella y de Alan. También mensajes de Johanne, cabreadísima porque llegó dos horas antes, pues no tuvo que esperar la conexión como le habían dicho. Primero llamaré a Alan, luego me encargaré de la fiera.

¡Son exagerados!

—Señorita Elena, por fin aparece. La he llamado durante horas. El vuelo llegó dos horas antes y cuando aparecí la señorita Nichols ya se había ido. No he podido encontrarla en ningún hotel de la ciudad.

—Lo lamento, Alan, a mi amigo se le presentó un inconveniente familiar y tuve que acompañarle. Y tampoco vi los mensajes de Johanne avisando de su llegada temprana.

—No se preocupe por mí, señorita. ¿Ya habló con ella?

—No, aún. Pero si no lo hago esta noche, de seguro que a primera hora del día estarán aquí.

—¿Estarán? ¿Quiénes?

—Ella y su hermano, que es culpable de que ese *policia* esté en la ciudad. Seguramente Brian la tiene en su casa.

—¿Dejo de buscar?

—Sí, Alan, por favor. Disculpa mi despiste. Te veo mañana.

—Sí, señorita, que tenga una buena noche.

—Eso espero. Buenas noches.

Exhalo un hondo suspiro, me levanto del sillón de la sala y me llevo mi copa de vino al baño. La dejo en una repisa encima de la bañera y preparo la espuma y las esencias. Cuando estoy lista me desnudo y entro en el agua. Ha sido un día larguísimo y necesito estar totalmente relajada para la semana, o *semanas*, que me esperan.

Me bebo mi copa y casi me quedo dormida... El endemoniado timbre me saca de mi nirvana.

¿Quién puede ser a esta hora?

¡Johanne!

¡Pero... la mato! Se pasa de intensa.

Me visto la bata de baño, seco rápidamente mis pies y salgo a abrir la puerta... ¡Me van a oír!

—¡Me parece el colmo de los colmos que tu sobreprotección llegue hasta...!

¡OMG!

Se me va a caer la mandíbula...

—Siento molestarte, Lena.

—Eh..., este...

Cierra la boca y conecta, por favor.

—¿Puedo pasar?

Muevo la cabeza, afirmando, y dejo que entre.

Aprieto los dientes en mi labio inferior, casi a punto de sangrar.

¡Es un capullo, pero está buenísimo!

—¿Quieres tomar algo?

Necesito no tener contacto visual...

Mi pecho se eleva.

Sube.

Baja.

E.—¡Lena, mujer, contrólate! Es solo un tío bueno en la fábrica de tíos buenos, ¿ok?

—Agua, por favor.

Muevo frenéticamente mi cabeza y paso a la cocina. Sirvo el agua y noto que las manos me tiemblan y me sudan.

Pero ¿cómo se le ocurre venir a visitarme, prácticamente desnudo?

Porque puede tener pantalón de yoga, pero es como si no tuviera nada y esos brazos..., ¡esos brazos!

¡Se me acumulan las babas, cierra antes de que escurran!

Si fuera Henry Cavill ya estaba encima de él...

—Toma.

—¿Es mineral?

¡Ahh! Ya olvidé lo capullito que es.

—Sí, de las mejores.

La bebe sin complicaciones.

Debí darle de la del grifo.

Bueno, no.

—¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí?

—Dejé las llaves dentro. Salí a la clase de yoga casi a la hora. Ni el móvil lo traigo encima.

Y yo, ¿qué pinto aquí?

—Supongo que ya conseguiste a alguien para que lo solucione.

—Hasta el mediodía no viene el cerrajero... ¿Te molestaría que me quedara? —Pone su expresión de *no encuentro mi lugar en el mundo*, y creo que así hasta me daría pena que se partiera una uña.

Lo recorro con la mirada...

Semejante escultura de mármol va a estar durmiendo en la habitación contigua, y yo resignándome a Rodolfo.

Supongo que seguiré haciendo obras de caridad.

—Puedes quedarte.

Se levanta y me mete entre sus brazos de hierro.

—No es para tanto, Evan.

Me besa las mejillas frenéticamente y hasta parece dar saltitos de alegría.

Le indico cuál será su habitación y el baño que puede usar si lo necesita.

Al final del día sí durmió un hombre en casa.

* * *

Son las cinco de la mañana y estoy en pie, uso un pijama corto de tirantes y camino como un zombi hacia el baño. Los lunes siempre me cuestan el doble de esfuerzo. Intento atinar con la pasta dental en el cepillo, porque los ojos se me cierran.

¿Por qué me despierto a esta hora?

Siempre me hago la misma pregunta los lunes.

Porque hay que mantener la figura..., nada más.

A lo lejos, y como en un sueño, creo que el timbre ha sonado. Meto el cepillo en mi boca y suena de nuevo. Es mejor asomarse.

Salgo de mi habitación dando tumbos y me encuentro el trasero desnudo de Evan con intenciones de abrir la puerta.

¡Qué le pasa por la cabeza!

Bueno, a esta hora, creo que nada.

—¡Eh, eh!

Intento no verle el paquete y lo mando al sillón tirándole un cojín encima.

Abro y entra el huracán Johanne, que acaba de tocar tierra.

Suena la campanilla de error.

El huracán Nichols, son los dos.

—¡Elena Rocha! Pensé que te habían secuestrado, que el delincuente ese ya estaba negociando tus riñones.

¿Puede haber alguien más exagerado en el mundo?

—Lo lamento, Johanne, toda la tarde estuve en Nueva Jersey con Casilda y en la noche...

—Hola. —Aparece Evan, cubriendo su vergüenza con el cojín.

A Johanne le falta poco para perder el maxilar inferior. Y ni que decir de la carita que ha puesto Brian.

Como diría Sheldon Cooper: ¡Zas! ¡En toda la boca!

—Hola. —Mi mejor amiga apenas si es capaz de articular en inglés para responder.

—Soy Evan...

—Humphrey —completa Brian, extendiendo su mano para saludarle.

Me acerco a su oído:

—¿Por qué no vas a mi habitación y buscas una bata de baño?

Sonríe a todos y, caminando hacia atrás, busca volver a la habitación.

Me dirijo a la cocina y empiezo a partir naranjas por la mitad para ponerlas en el exprimidor.

—¿No pretendes darme una explicación?

—Ya te dije que estaba fuera de la ciudad. Además, llegas y ni me saludas. Hace un año que no nos vemos y para ti es como si durmiéramos en la misma cama.

—Hablo de Evan Humphrey, aquí, desnudo..., es otro el que duerme en tu cama.

—No duermo con él, se ha quedado porque dejó las llaves dentro y no tenía otro lugar.

Pone los brazos en jarra y me desafía con su mirada de incredulidad. Sé lo que viene y será una lucha de argumentos. Yo no le diré lo que espera oír, aunque eso me elevaría el ego. En mi lista no estaba una celebridad y si puedo elegir no será Evan, no, no, no.

—Mírame estos —me muestra sus dientes—, hace rato que no son de leche.

Niego con la cabeza y sirvo el zumo en cuatro vasos.

Le entrego a Brian el suyo, está muy callado y eso es muy raro. Johanne me lo quita de las manos y se acomoda en una silla tras la isla para, de ese modo, exigirme que hable.

—Las cinco de la mañana te pareció muy tarde para venir, ¿verdad?

—Sé que siempre despiertas a esta hora, era justo el momento. Ayer no te encontré.

Lo dicho, es un policía.

—Te dije que estaba...

—Sí, sí, con Casilda —dice, haciendo la señal de comillas con sus dedos.

—Estaba con ella y punto. Yo no te debo explicaciones, ni a ti ni a nadie.

Me bebo la mitad del líquido y entretanto Evan regresa para hablar con Brian. Parece muy cómodo con las visitas y a mí, simplemente, me han alterado la rutina.

Todo sería tan distinto con Stephan aquí...

E.—¡Por supuesto! Le estarían sacando los ojos.

L.—Faltabas tú, Elena...

Y poco a poco Johanne se va metiendo en la conversación y yo me escabullo hasta mi habitación para darme un baño y sentirme persona.

* * *

Tardo media hora, no creo que sea más. Salgo después de organizar el cuarto y vestirme para el día.

El glamur por delante.

Y la sonrisa se me desvanece al encontrarme a *mi mano derecha* esperando con el resto de los intrusos que me atosigan este lunes gris de mitad de octubre.

Llevo una semana aquí y parece un siglo.

—Y... ¿tú eres?

Jugaré un poco con el policía que me puso Julia.

—Liz, de BEAU.

—¿Y quién la autorizó a pasar? ¡Esta es mi casa! Qué es lo que se está creyendo todo el mundo, si es que no tengo quince años, tengo veintiocho, ¡veintiocho! No tengo que soportar vecinos en apuros, amigos que irrumpen en mi sueño en la madrugada, y una... ¡arrggh! ¡Fuera, fuera todo el mundo!

La cara de todos es un poema, no dan crédito.

¿Me desafían?

Abro la puerta y tomo el interfono.

—Hay personas en mi departamento cuya entrada no he autorizado, ¿debo quejarme a la administración? ¿O molesto al señor Thompson en su luna de miel?

Liz es la primera en salir y dejarme su mensaje.

—Julia necesita un informe del reportaje... hoy mismo.

—L A R G O —artículo encima de su cabeza. Es una chica *petite*.

Brian sale del mismo modo en que entró. Callado, diría que mudo. Conmigo, eso sí. ¡Como si me afectara!

—¿Se te olvida quién soy en tu vida? Nos conocemos desde que nos cambiaban los pañales. ¡¿Cómo eres capaz?!

Elevo una ceja y, con el pulgar derecho, le indico la salida.

Evan se levanta, de hecho él sí estaba autorizado por mí. Intenta quitarse la bata.

—Tú puedes quedarte.

Y cierro la puerta.

Me dejo caer en el sofá. No ha salido aún el sol y ya estoy rendida.

—Puedo irme...

—No, Evan, a ti te autoricé, en cuanto soluciones tu problema te irás.

Me agarro la cabeza con las manos, me dan ganas de irme a casa de Stephan. Con él todo es tan fácil, tan simple...

—Estaré en el estudio, tengo que trabajar. Puedes ver la tele o comer lo que te apetezca. Incluso dormir, si es necesario.

Me siento en la ergonómica silla que me han puesto, es tan cómoda, y sería muy fácil que me fluyeran las ideas en un lugar tan iluminado y con una vista así de preciosa..., pero la mención de Julia White aquí me hace verlo todo gris.

¡Qué voy a hacer!

Tecleo una introducción sobre quién es la Casilda que yo he descubierto en estos días. Ahora que no me acepta en su clase, no tengo muchos más recursos. Casi a las siete, Evan aparece tras la puerta para decirme que se marcha, el cerrajero ya ha llegado.

Me levanto para despedirlo en la puerta y me encuentro a Liz sentada en

los escalones de la salida de emergencia.

—Te dije que te fueras.

—Lo sé, pero mi trabajo depende de que esté aquí. Quieren el artículo para la edición de noviembre.

—¿Qué? ¡Imposible! Eso no pasará, hace una semana que conozco a esa mujer y quedan dos más para que salga la revista. Además, hoy cierra la junta de redacción.

—Por eso debo quedarme, me pidieron que llevara un avance para esta tarde. La junta es a las tres.

Estoy exhausta, no tengo duda.

Alan y Rebecca llegan, y al fin me siento completa. Ese par y su compañía me hacen sentir en casa.

—Buen día, señorita —dicen al unísono.

Nada tienen de buenos.

—Buen día.

Sonrío para ellos e intento entrar de nuevo, el remordimiento me invade.

—Esto es lo que haremos. ¿Liz? —asiente—. Vete a un Starbucks, una biblioteca..., no sé. Pasa tiempo contigo —la miro de arriba abajo—, que te hace falta. Y a las dos y media te encuentro una calle antes del edificio BEAU, ¿bien?

Su cara es de total terror. ¿Qué fue lo que dije de malo?

—¡No! Ya le dije que...

—Tu trabajo depende de bla, bla, bla..., tienes esa opción o la de sentarte en la escalera.

Cierro la puerta y vuelvo directamente al estudio.

Julia cree que puede ser muy mala, lo que olvida es que yo soy escritora y capaz de engatusar un poco a su morbo.

Rodolfo, marihuana y los cinco nombres



Veremos si se lo creen, aunque apuesto mis hermosos Jimmy Choo a que sí.

Johanne me ha enviado miles de mensajes y todos los he dejado en visto.

¡De mí no sabrá hoy!

Voy de regreso a casa con Alan. Aunque en realidad quisiera saber de Stephan, me preocupa su estado emocional con respecto a la situación de Susie. Está desesperado y yo me siento impotente.

Mi teléfono suena y sé que no es él, porque le he asignado de tono la canción que me puso para que escuchara. Bueno, a mí y al edificio entero.

Pero, sobre todo, adoro esa frase de la segunda estrofa: *That's the dream to sing the perfect girl the perfect song.*

Es Casilda...

—Querida, la clase acabó y me encantaría que me acompañaras de compras, ¿es mucho pedir?

—Supongo que no lo es, tengo la tarde más aburrida de mi vida.

—Consíguete un amante y el aburrimiento se desvanecerá.

—Con Rodolfo tengo, por ahora.

Se carcajea.

—Parece que tendré que enseñarte a conquistar a un chico, o por lo menos,

llevártelo a la cama.

—No hace falta, ya lo sé y creí que aquí desataría Sodoma, que mis frustraciones acabarían y, bueno..., no ha sido así.

—¡No más drama, que me traumatizas! Te envío la dirección.

Llego a un lugar en Queens que parece sacado de un libro de historia. No sé si *cultural* puede ser la palabra para definirlo. No es un museo o galería. Un pedacito del Ganges pintado en la pared y monumentos por doquier a su cultura, un hombre vestido de indio y con rasgos muy cercanos me invita a pasar. Intento hablar, pero no me lo permite.

¿Qué puede comprar Casilda aquí?

Me piden vestir un sari y quitarme los zapatos.

Esto no me gusta.

Sigo al hombre y me lleva hasta una habitación donde veo a Casilda vestida como yo y a otros más sentados frente a una pipa de agua.

¿Casilda fuma hierba?

—¡Querida, ven! —Manotea, poco coordinada. ¿Está colocada?

—Paso, gracias.

Me giro para irme y el hombre me agarra de los brazos obligándome a que me siente junto a los demás locos.

—¿Qué haces aquí? —le susurro al oído.

—Estoy en una terapia espiritual.

Me agarro la cabeza a dos manos y debo esperar una hora hasta que termina la *terapia*. Casilda solo necesitaba a alguien que pudiera llevarla a su hotel después de semejante... *tratamiento*.

Con las endebles fuerzas que tengo la saco de allí, y Alan me ayuda a meterla en el coche. Regreso para recuperar nuestras pertenencias y la encuentro cantando a viva voz una vieja canción de Cindy Lauper.

—Vamos, Alan, de regreso a Manhattan.

Forcejeo con ella para acomodarla en el asiento.

—Chica lista. —Apenas le entiendo, con su lengua enredada—. Parece que al fin encuentro a alguien en quien confiar.

—Mira, mejor intenta cerrar los ojos y recuperarte. Te llevaremos al hotel y allí podrás...

—¡No! Al hotel no. —Abre los ojos totalmente desorbitados y me señala —. Me han puesto un *paparazzi* y sé que fue esa alimaña de Julia White.

—Exageras...

—También sé que hay alguien que escribirá sobre mí y un oscuro secreto. —¡Maldición!—. Y está en mi grupo de clase. —Se enerva—. ¡Espera a que descubra a esa pérfida!

—¿Qué le harás? —pregunto temerosa.

—La aplastaré como a un insecto. —Junta índice y pulgar de ambas manos y entorna los ojos.

¡Pobre de mí!

En mi defensa he de decir que lo único que he escrito sobre ella es un personaje ficticio. No la conozco lo suficiente.

Vuelve a entonar, creyéndose Cindy Lauper:

That's all they really want

Some fun

When the working day is done

Oh, girls they want to have fun

Oh, girls just want to have fun.

—¿Podrías quedarte quieta, tranquila y tratar de descansar?

—¡Qué fácil es para ti vivir, *princesita!* —eleva la voz y me increpa con el índice derecho, su perfecta uña pintada de rojo se clava en uno de mis hombros—. Tu vida es tan perfecta como la has querido, ni un cabello por fuera, ni una ceja imperfecta, ni siquiera necesitas maquillarte, y esos labios... ¡Creador injusto! Mientras yo lucho por hacerlos ver más voluptuosos los tuyos invitan a besarlos, a morderlos.

—Casilda...

—Vistes de lo mejor, vives un sueño en lo mejor de esta ciudad... No sabes lo que es ser una mujer frustrada y fracasada. ¿Cómo podrías comprender a una escritora en descenso que lucha por vivir a través de sus personajes, ya que su vida real es un verdadero drama..., una simple mortal que se viste de frialdad para que nadie sepa que intenta ganarle la batalla a un

maldito cáncer que por cerca de quince años la ha dejado mutilada, sin ovarios ni útero? Una cavidad hostil, un simple cuerpo vacío que no logró cumplir su propósito en la vida...

¿Habla Casilda Watts? ¿La gran escritora, polémica, arrogante, pisacabezas?

—Te quedas callada... Es fuerte, lo sé muy bien. —Parece recobrar la lucidez—. Esa soy yo, la mujer que admiras es solo un disfraz. Una coraza. Y quizá no tenías que soportar semejante confesión ni el peso del silencio que conlleva. Pero es que me veo tan reflejada en ti, que temo porque repitas la historia. —Me pasa una mano por el cabello e intenta poner una expresión de dulzura en su mirada gris—. Amar y ser amado es lo mejor que puedes llevarte de este mundo, querida. Yo he disfrutado del amor en todas sus gamas y por eso sigo buscando sentirme como aquella vez en que alguien me amó sinceramente. Ahora, simplemente, salto de cama en cama intentado llenar mis vacíos con un cuerpo nuevo cada vez. Nada volverá a ser como fue...

Hemos llegado, y Alan se ofrece para ayudarla a bajar. Me quedo ensimismada en aquellas palabras. Creo escuchar a la tía Maggie y a la vez me veo a la vuelta de los años, sola y vacía.

En el ascensor ninguna emite una frase, mi cabeza es un torbellino de preguntas sin respuestas. De idas y regresos sobre la mujer que tengo enfrente.

La dejamos descansando en mi cama, despido a Alan y a Rebecca y me sirvo una taza de té. Una sensación extraña me recorre el estómago. Me relajo en una silla frente a la vista de Riverside y allí se desata un doloroso recuerdo. Ese momento oscuro de mi vida que tenía bajo un candado de siete llaves, esa situación que puso a prueba mi fortaleza, que me hizo enfrentarme por encima de mi dolor y batallar la más difícil de las guerras..., eso que por poco acaba conmigo.

—¿Tienes una taza para mí?

Me sobresalto y agradezco a Casilda que me saque de ese pozo oscuro. Ella no lo sabe, mi vida es lo menos parecido a un cuento de hadas y cada día me esfuerzo por escribir un capítulo mejor que el anterior.

Limpio mis lágrimas y me levanto, evito mirarla. Sirvo la bebida y por un momento cruza por mi cabeza la idea de decírselo...

¿Para qué?

No es a quien debería decírselo, juré que solo lo revelaría a alguien a quien pudiera servirle de ayuda. Regreso, le entrego la taza y coloco una silla junto a ella, que ha ocupado mi lugar.

—Nueva York es el lugar donde todos los sueños se hacen realidad... —
Creo oírla suspirar mientras bebe—. Aquí me hice *best seller*, pero no hubiese sido posible sin él...

—¿Él?

—Frank, mi único gran amor..., un chico sencillo de New Bern que se acercó a ayudarme con mi equipaje y me llevó a una modesta residencia en Queens. Ese día conducía el taxi de un amigo y la casualidad nos encontró. Nunca más se presentó esa oportunidad de conducir el taxi, así que ambos creímos que el destino se confabuló para juntarnos. —Vuelve a beber y se mira las uñas—. Yo tenía escasos veinte años y después de enfrentar la dolorosa muerte de mi madre me obligué a buscar un cambio y una nueva vida. Y América se me hizo el mejor lugar. Llegué con una maleta llena de sueños y menos de doscientos dólares en el bolsillo. Frank siempre me llevaba a cenar y me encontró un trabajo en una fábrica textil. Luego logré algunas apariciones como extra en películas y gané el dinero suficiente para conseguir un sitio mejor. Al comentárselo, Frank me propuso irnos a vivir juntos y casarnos. Estaba completamente enamorada, loca por él. Era guapo, no puedo negar que su atractivo ayudó, pero más que eso, era sensible, fuerte, luchador..., lo hicimos. Tuvimos distintos empleos hasta que consiguió un puesto fijo en una imprenta. Me traía libros a escondidas para leerlos en una noche o un fin de semana. Siempre éramos los primeros lectores de lo que se convertiría en éxito. Yo tenía un cuaderno con borradores de una historia. Al quedarme embarazada, Frank me obligó a permanecer en casa y de ese modo fue como la terminé. Uno de sus amigos, que era profesor de literatura, hizo las correcciones. Frank recorrió la ciudad y llevó la novela a algunas editoriales; todas la rechazaron. Así que se atrevió a imprimir algunos ejemplares de su bolsillo y, con ayuda de sus compañeros de trabajo, duplicó la cantidad. La presentó en una librería del viejo Broadway y se vendieron todos los libros. Una editora quiso comprar los derechos, y quedamos en que una noche de

enero cenaríamos y concretaríamos el contrato. Pero esa noche hubo un incendio en la imprenta y Frank nunca regresó...

¡Oh, Dios santo!

—Lo lamento muchísimo...

—Luego perdí a mi bebé, la editorial no se comunicó y mi vida tuvo que volver a escribirse. Nunca lo superé, solo me convertí en una zorra oportunista. Ningún hombre se comparaba a Frank y poco a poco perdí la esperanza de enamorarme nuevamente. Una década después me convertí en la gran Casilda Watts, una abogada respetable que dejó los estrados para hacerse escritora.

—¿Cómo se llamó ese libro?

—*La mujer de los cinco nombres.*

¡No puede ser!

—Ese es el nombre...

—De mi última novela. Sí, tuve que esperar veinte años para reeditarla. Aún guardo esa primera edición y es mi tesoro máspreciado.

—Entonces, alguien de esa editorial debe recordar tu nombre.

—No, querida, porque esa edición la firmaba Madelaine Grace Stuart. Ella era la poseedora de esa historia que hasta Frank creyó que denotaba mi altísimo talento para el suspense. Se equivocó, nada de lo que se narra allí es ficción. Es la verdadera historia de mi vida.

—Pero ¿la muerte de tu madre? ¿Y cómo te cambiaste el nombre?

Sonríe, lacónica.

—Mi madre no murió de mi mano, pero vi quién lo hizo y callé. Eso me hizo considerar que fue mi culpa. En cuanto al nombre, Madelaine murió en ese incendio junto a su esposo. No hay nada que conecte con mi pasado. Y como dice el título, soy la mujer de los cinco nombres.

Estoy totalmente en *shock*..., no sé qué decir y me niego a pensar en algo.

—Y... ¿esos cinco nombres son?

—Ya conoces dos de ellos. Pero a la sombra soy autora del más oscuro y retorcido erotismo. Supongo que has escuchado de Madame Red Velvet.

—¡No es cierto! —Asiente—. Eres como el marqués de Sade, pero en mujer.

Sonríe, maliciosa.

—Escribo romance de época y firmo como Greta Simons.

—¡Esto es una locura!

—Compito mano a mano con Stephen King en su género oscuro..., publico bajo el seudónimo de Angela Dark.

—Eres todas mis autoras favoritas en una sola mujer... ¡No puedo creerlo! ¡Eres extraordinaria, Casilda!

—Nada de eso, soy una mujer que necesita sacar todo lo que la consume. Escribir es la mejor terapia que conozco y solo cuando me pongo frente a un teclado encuentro mi verdadero lugar en el mundo. Sé que Frank lo hizo todo porque mi nombre fuera reconocido y no puedo decepcionarlo. Juré que escribiría hasta el último de mis días. Y es lo que hago.

Me entrega la taza, se pone de pie y recoge el abrigo de mi sofá. Lo viste y se dirige a la puerta. Antes de irse vuelve a lanzarme una de sus predicciones.

—Ese chico de Brooklyn me recuerda a Frank, solo que se ha cruzado en tu camino, Lena. Aunque presiento que en este momento de tu vida, Cupido te la pondrá más difícil. Has sido una gran desagradecida con el amor.

Cierra, y me deja acompañada de mi conciencia.

Te confesaste delante de la persona equivocada, Casilda.

Un secreto salvavidas



No logro entender la razón que la hizo sincerarse de tal forma conmigo. Apenas si nos hemos visto, y aunque es cierto que podemos parecernos, esa mujer es totalmente impresionante. Inimitable...

He revisado sus ventas, siempre es número uno durante meses y aun más sorprendente es el hecho de que con cada uno de los nombres de autor que usa publica dos o tres libros por año. Y el dilema, ese misterio que rodea lo que para el mundo es un enigma. El rostro de esas autoras. Algunos se han atrevido a afirmar que es la misma persona y otros que se trata de un hombre. Lo cierto es que no sé cómo lo hace, pero nadie logra conectar con ella y de seguro se formaría la gran revolución.

La noche ha caído y veo mecerse los arboles de Riverside, corre una brisa helada, por lo que puedo suponer. Aun así, necesito caminar. Ha sido un día largo y cargado de revelaciones que me tienen los nervios de punta. Ahora que conozco sus secretos no me creo capaz de diferenciar a mi personaje de ella. Y temo que de algún modo mi boca se abra y todo acabe muy mal para ambas...

Me abrigo tanto como puedo y salgo. Los árboles se mecen, el viento silba y recorre cada rincón levantando lo que encuentra a su paso. Este es el día en que se podría decir que nada está oculto por mucho tiempo. Y yo también

estoy necesitando hacer una confesión, pero Johanne debe de estar enojada y hasta que no la calme no podrá servirme de soporte. Camino sin rumbo y pronto me veo en la entrada al puente que me llevaría con Stephan, es como si el clima y la ciudad, hasta mi subconsciente, se confabularan para conducirme a él. Y sí, Stephan podría entenderlo, sería esa persona que lo comprendería porque lo ha vivido de cerca... Sin embargo, no es tan simple como tocar a su puerta y empezar a hablar de la razón que me obliga a no enamorarme, de todos los complejos que aquejan a Elena Rocha y que dieron pie a que Lena Roach apareciera y se apoderara de mi vida.

Es mejor regresar...

Pero *necesito* llamarle. Escuchar su voz, su risa. Eso es todo, con eso puedo conformarme y sobrevivir. Además, quiero que me diga que está bien y que Susie empezó la semana con ganas de luchar por su vida.

Al cuarto tono, casi al llegar al buzón, responde.

—Elena —se le oye preocupado—, no tengo mucho tiempo. Disculpa, pero estoy esperando que Eva me llame y me diga que Susie está tranquila.

—¿Tiene otra crisis?

Suspira, derrotado.

—Ha sido peor que ayer y yo estoy en Boston. Regreso a medianoche.

—¿Tus padres?

—Susie no puede verlos, parece detestarlos. Ahora también a mí...

Su voz se quiebra.

¡No, por favor!

—Es Eva, debo colgar.

Mi pobre Stephan.

Supongo que ha llegado la hora de intentar un último recurso. Una terapia de choque.

Detengo un taxi y le digo adónde debe llevarme. El GPS de mi móvil guarda los lugares en los que he estado, así que no hay margen de error.

Para lo que voy a hacer debo prepararme tanto física como psicológicamente. Permitir que cada recuerdo regrese y sirva para sanar e intentar que el dolor se haga a un lado y no me derrumbe.

La recuerdo a ella, que sí perdió la batalla, y también recuerdo la promesa

de vivir por las dos. Creo que hasta hoy no lo he hecho tan mal. He cumplido nuestros sueños... uno a uno. Solo me falta el de casarme con un chico muy guapo.

Quizá..., quizá.

Llego, y el vecindario está conmocionado, las luces encendidas, personas en los pórticos. Los bomberos haciendo un cerco y sosteniendo un colchón inflable. Entro en la casa, Eva me saluda con un abrazo, se ve tan cansada y resignada.

—¿Qué es lo que sucede?

—Ha sido un día difícil, muy difícil. Stephan vino temprano y Susie dormía. Creímos que estaría bien y se marchó a su trabajo. Pero desde el mediodía estuvo subida en el techo, amenazando con tirarse. Hace un par de minutos se encerró en su cuarto y aprovechamos para poner las rejas en su ventana y un cerrojo por fuera. Así no podrá salir. Pero llora, grita y dice que quiere que la dejen morir en paz.

Aprieto los ojos para que las lágrimas se alejen.

—¿Crees que puedo pasar?

Me mira realmente espantada.

—¡No! Stephan dijo que no te conoce, y no sabemos cómo reaccionará.

—Eva... —Tomo sus manos y la miro a los ojos, llevo sus manos a mi zona abdominal. Al palpar mis costillas, sus ojos se abren de par en par—. Sobreviví, ella podrá hacerlo si me ve y me escucha.

Asiente en silencio, está conmocionada y a la vez esperanzada. Me pide que suba la escalera y quita el cerrojo de la puerta. Un chirrido me estremece la piel, la habitación tiene la luz apagada y todo son penumbras. Eva cierra de nuevo y pone el cerrojo.

Depende de mí...

—¿Quién está ahí? —Su voz suena a dolor, a desesperación y desprecio.

No digo nada, espero su siguiente movimiento.

—Muy bien, Stephan. Parece que juegas al mudo, pero sé que eres tú y te advierto que nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Acepta de una buena vez que he decidido morirme.

Stephan tiene razón para estar destrozado, son las palabras más crueles

que puede oír.

—¿Sabes lo que sentirás cuando ese momento llegue?

—¿Quién demonios es?

Está asustada, esa es buena señal. Bajaré la guardia ante lo desconocido.

—No podrás hablar, ni caminar. Te dolerá el cuerpo y respirar será cada vez más difícil. Será agónico, tu vida se apagará como la de una vela y aunque puedas creer que te sentirás mejor, quienes se quedan sufrirán las consecuencias de tu derrota.

Solloza, sabe de lo que hablo. De seguro ya sufre dolor en los huesos.

—¿Quién es?

Es hora, Elena Rocha.

Me desnudo tan rápido como el temblor de mis manos me lo permite. Hace tanto que ni me permito a mí misma verme en el espejo...

—Enciende la luz y lo sabrás.

Algunas sombras me indican que se mueve con torpeza. La luz se enciende y me armo de valor para lo que sea que suceda.

Me encuentro con sus ojos, azules y grandes como los de Stephan, un cabello que se ha perdido, pero que aún muestra su rubio natural. Su rostro de aspecto angelical, a pesar de que los huesos se marcan de forma tortuosa. He de suponer que no tiene más de veinte años.

Es tan parecida a ella...

—¿Quién eres?

Su mirada me escruta, plagada de incertidumbre.

—Soy Elena, sobreviví a la muerte y soy amiga de tu hermano.

—¿Te contrató para darme una charla de autocompasión?

—Baja la guardia. Stephan no sabe que estoy aquí y no quiero que se entere.

—¿Qué es lo que quieres?

—Mostrarte que todavía puedes luchar y retomar tu vida..., tus sueños.

Su mirada se viste de una nube oscura. Duda, y es normal que lo haga.

Es hora de evidenciarlo.

Me quito el sostén y los pantis. Sus ojos se explayan.

—Llegué a pesar treinta kilos, y como ves mido un metro setenta. Pero así

no es como va esta historia, Susie. Esta historia comenzó cuando cumplí trece años y me gustó un chico de la escuela. Yo era la chica larga y delgada sin pechos ni gracia que tenía el pelo ensortijado y labios que provocaban todo tipo de burlas. Una de mis amigas era la más popular de la clase, lista también. Muy lista. Todos los chicos querían salir con ella, menos el que a mí me gustaba, porque era su hermano —una mínima sonrisa se pinta en sus labios—. Él iba un año por delante y era capitán del equipo de fútbol, otro popular. Lauren lo notó y empezó a ayudarme a cambiar mi aspecto. Hicimos de todo, hasta que él mismo dijo que yo era demasiado plana y escuálida para su gusto. Me dolió, tanto que empecé a comer como una desesperada y también a engordar. Mi peso normal se convirtió en sobrepeso, y las burlas no paraban. Entonces Lauren me confió el secreto que la ayudaba a mantener su figura: vomitarlo todo. No lo dudé, empecé a hacerlo y luego, juntas, íbamos al baño e investigábamos nuevos métodos para que vomitar fuera muy fácil. Cedimos ante los laxantes y todo ese mundo oscuro que debes de conocer muy bien.

Afirma con la cabeza. Está atenta y receptiva, se ha sentado sobre la cama a escucharme.

—Funcionó, y mi peso regresó a la normalidad. Incluso ya tenía un poco más de carnes en las piernas y mis senos empezaban a crecer. La vida siguió en esa rutina, y con cada decepción amorosa con aquel chico, yo caía y me levantaba del mismo modo. Cuando cumplí quince años conocí a alguien que me cambió la vida. Llegó ese año a mi curso, y de algún modo extraño se enamoró de mí y yo de él. Todo estuvo de maravilla, hasta que al año siguiente no regresó, y nunca más supe de él. Entonces dejé de comer y empecé a oír las voces en mi cabeza que me decían que estaba gorda y debía solucionarlo. Que nadie se fijaría en una cerda llena de grasa como yo. Lauren sufría exactamente lo mismo, y pudimos ingeniar un modo de comprar pastillitas mágicas. Lo que no advertimos fue que uno de sus componentes era un potencial veneno. Ella consumía una dosis muy alta, y eso hizo que el cambio se le notara antes que a mí. Sus padres intentaron ayudarla, hicieron de todo, pero ella aún siguió tomándolas. El veneno hizo su trabajo y Lauren empezó a morir lentamente. Antes de irse, me hizo jurar que no le diría a nadie todo lo que hacíamos y que, en su lugar, yo debía ser todo aquello que nos prometimos

ser de adultas. Y que si alguna vez conocía a alguien a quien su historia pudiera ayudarle, no dudara en contársela.

—¿Qué pasó después?

—Lauren murió, y un mes después empezó mi batalla. Yo no tomaba dosis tan altas, así que pude ganar. Pero lo que vino en adelante fue peor que rogarle a mis pulmones cumplir con su trabajo. Comer era una pesadilla, no dejaba de sentirme culpable por cada bocado que llevaba a mi boca, escuchaba esas voces exigiéndome que me deshiciera de tantas calorías. Desde ese día hasta hoy han transcurrido doce años. Nunca lo he hablado con nadie que no sean mi familia o mi mejor amiga, Johanne. Y a pesar de todo lo que he cambiado, de la responsabilidad que significa comer sano y sentirme bien con mi cuerpo..., no puedo verme desnuda ante un espejo sin que me cause dolor y me recuerde todo lo sucedido. Cada una de estas cicatrices que han quedado en mi piel son la marca indeleble de que sobreviví y de que, a la vez, perdí por no detenerme a pensar en las consecuencias.

Susie se levanta y se retira la ropa. Me muestra su vientre hundido y la curva elevada de su columna. Sus senos han desaparecido, al igual que su trasero, y se marcan las estrías que el abrupto cambio de peso tatúa en la piel.

Me abraza y llora conmigo.

—Hay un chico, lo conocí hace poco. Se recuperaba del uso de drogas. Todo fue muy bien hasta que vio mi cuerpo. Él dijo cosas horribles y eso me deprimió. Por eso me niego a seguir adelante. Sé que después de esto ningún hombre va querer amarme.

Ay, Susie..., no puedo decirte que en eso puedes tener razón. A mí me ronda la misma idea.

—Seguro que sí, eres una chica preciosa y llegará un hombre maravilloso que te amará con todo y tus cicatrices... del cuerpo y del alma. Además, ¿no has visto a chicas poco agraciadas con chicos divinos? —Sonríe—. Si ellas pueden, tú y yo también.

—Y... ¿el tuyo es mi hermano?

Mente en blanco...

—Solo somos amigos.

Frunce el ceño.

—No te hubiese traído aquí o hablado de mí si no te considerara una mujer importante para su vida y su futuro. Él mismo me lo dijo. Que la mujer a quien le confiara sus secretos y miedos sería aquella que eligiera su corazón desde el primer momento.

Lo sé, Susie. Pero yo no soy esa mujer para él.

Sonríó a medias y vuelvo a abrazarla. Nos vestimos y nos quedamos hablando de temas de chicas. De la música que más le gusta y de que lo intentará con todas sus fuerzas, porque espera llegar a ser una grandiosa economista.

Antes de que llegue la medianoche, se ha dormido, pero ya ha tomado leche y galletas. Le he dejado mi número para que me llame en el momento en que se sienta en un agujero negro sin salida. Pido a Eva que avise a Stephan de que se ha calmado, para que pueda llegar a casa y descansar, y le imploro que no le hable de mi visita.

Vuelvo a Manhattan con la sensación de que he hecho las cosas bien y de que, al fin, he cumplido con mi promesa.

Mala farsante, mojitos, *francofiasco* y el perfecto idiota



La mañana empezó maravillosamente. La voz alegre de Stephan, diciendo que Susie deseaba verlo y que le había prometido luchar con todo su ser para empezar otra vez, fue algo renovador para ambos. Ese rayito de luz me dio la fuerza suficiente para enfrentarme a la ira de Julia White. Parece que, después de todo, no soy tan buena escritora. Espero detrás de la gran puerta dorada a que me indiquen pasar para despellejarme.

—Adelante —dice Liz, que hasta parece esbozar una sonrisa de maldad.

De las aguas mansas...

Mis piernas pueden estar temblando, pero ni en sueños pienso mostrar vulnerabilidad ante esa arpía.

Julia está sentada en el que es el escritorio de la ausente Hannah. Me mira por encima de sus lentes y frunce los labios. Me quedo de pie, como mecanismo de defensa, aunque sé que no puedo medir fuerzas con ella; me propongo mostrarme segura.

Se levanta de la silla cubierta de piel blanca y mueve la cabeza haciendo que la perfecta coleta que recoge su cabellera se agite al son de sus pasos lentos y pesados. Parece que se acerca un tanque que quiere aplastarme. Su expresión no demuestra ninguna emoción y su maquillaje, perfectamente distribuido por el rostro, indica que no existe problema en el planeta que

pueda arruinarlo.

—Muy bueno tu guion, Elena Rocha, ¿preparas una novela?

Hora de actuar, que se abra el telón.

—¿De qué guion hablas?

—Del que enviaste a la junta.

—Es la introducción al artículo completo.

Eleva la ceja izquierda.

—¿Estás segura?

—No lo diría si no fuera de ese modo.

Recoge una carpeta del escritorio y la abre, busca entre el par de hojas y lee:

—«Si Casilda Watts está implicada en la muerte de su madre, ¿cómo explicar que existe una mujer en Londres que recibe los beneficios de su seguro, y que en la base de datos de la compañía se indica que es su madre? *La mujer de los cinco nombres* trata sobre una mujer con trastorno de personalidad múltiple. ¿Es Casilda Watts poseedora de una mente macabra y siniestra?»

—Un artículo se basa en conjeturas que, poco a poco, se van resolviendo...

—No me digas..., porque si le paso este borrador a un autor de novela negra, de seguro que saca el mejor *thriller* de la historia.

—Bueno, es todo lo que he podido armar. Han pasado dos semanas desde mi llegada a Nueva York...

Sorteemos los ánimos...

Julia deja la carpeta en su sitio, se retira las gafas y apoya las manos en la madera. Creo que empezará a emanar humo.

—Conmigo no sirven los caramelos. La junta pudo mostrarse interesada, pero yo, Elena, yo sé de sobra lo que estás haciendo.

—Me gustaría estar presente en la siguiente junta y, de ser posible, hablar directamente con Hannah.

—¿Algo más, *princesita*? —Camina hacia mí y clava su mirada fría y oscura en mis ojos—. Entérate de una vez de que Hannah no volverá en algunos meses y de que yo estoy al cargo. Te entenderás conmigo y bajo mis términos. ¿Está claro?

Dos cosas: la primera, a mí nadie me pone condiciones. La segunda: no seré yo quien te ayude a acabar con Casilda.

—No, no está claro.

Abre sus ojos tanto como puede.

—¿Esperas que te recuerde lo que puedes perder?

—¡A mí no me amenazas! Si lo que quieres es destruir a Casilda, mete tus huesudas manos en el fango. Yo no haré el trabajo sucio por ti.

—¡Elena! Es tu carrera la que está en juego...

—Me importa un comino, prefiero perderlo todo antes que parecerme a un ser tan retorcido como tú.

Recojo mi cartera y me dirijo a la puerta. La muy víbora me alcanza para tomarme del brazo.

—Lo sabes, descubriste su secreto y prefieres callarte.

—No he descubierto nada.

—Habla de una vez antes de que acabe contigo.

—¡Haz lo que te apetezca! No te tengo miedo.

—Me has dado los motivos suficientes para aplastarte...

No quiero escucharla más, avanzo por el pasillo y salgo del edificio sin mirar a nadie.

La valentía me llega hasta que entro en el coche. Allí empiezo a llorar como si fuera el fin del mundo. Y es que lo es, he terminado con mi carrera. Yo solita lo he hecho.

Esto supone ser un adulto..., tomar decisiones difíciles que no afecten a los que queremos.

Necesito a mamá.

Alan me deja llorar en solitario. Se preocupa, pero él menos que nadie puede hacer algo por mí. Llamó a mamá y su voz me hace sentirme vulnerable. Nunca la extrañé tanto como ahora.

—¿Elena?

No respondo, sollozo para calmarme.

—Hija, ¿qué es lo que pasa?

—Tengo miedo, mamá.

—¡Oh, cariño! ¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien? ¿Es ese chico?

—Es todo, mamá. Es mi vida que se convirtió en una pesadilla sin fin.

—Elena, no es cierto. Tú eres una mujer admirable. Mira todo lo que has logrado. Sabes que no tengo que recordártelo...

—Pero ahora el mundo se confabula en mí contra. Acabo de desatar el que será mi final como escritora.

—¿Y qué hiciste?

—Me negué a hacer un artículo revelando los secretos personales de Casilda Watts.

—Hiciste lo correcto. Esos periodistas cotillas son detestables.

—Lo que sucede es que no podía negarme. Porque estaban en juego los derechos de mis libros, mi nombre..., van a aplastarme como a una cucaracha.

—Lo siento muchísimo, hija. Pero lo más importante en una persona es su dignidad y la tranquilidad de la conciencia.

—¿Podrías venir? Sé que estás en proceso creativo y que...

—Claro que sí, hija, viajaré en cuanto pueda.

—Gracias, mamá.

Es hora de volver al mundo real. Tengo que advertir a Casilda y necesito que Johanne venga a rescatarme. Que, por favor, no me deje sola.

El móvil de la gran escritora manda al buzón y el de Johanne no suena. Supongo que no ha activado el *roaming*.

Le indico a Alan que puede subir y que me lleve a casa.

—¿Se encuentra bien, Lena? —dice, mientras sube a mi lado en el coche.

—No, Alan, no puedo estar bien. Tengo miedo y ganas de desaparecer, como Harry Potter con su capa de invisibilidad.

—¿Puedo ayudarla de algún modo?

—No lo sé, Alan. Creo que necesito un abogado y a Dios para que me haga un milagro.

Pasa su mano por mi cabeza en una caricia que me sabe a vacío.

—No soy abogado, tampoco Dios..., pero puedo escucharla y atreverme a darle un consejo.

Elevo el rostro para sonreírle, él me devuelve el gesto a la espera de mi confesión.

Una a una, las palabras van saliendo de mi boca, y a pesar de que me

causa angustia repetirlo, por las dimensiones que aún no calculo, hablar de ello me hace sentir mejor. Liberada y con la cabeza un poco más fría.

—Hizo lo correcto, y no debe sentirse mal por ello.

—Pero perderé todo lo que he logrado, nunca volveré a...

Toma mis manos entre las tuyas, eso me enmudece, y a la vez me reconforta la tibieza de su contacto fraterno.

—Puede perder ahora, pero la vida es caer y levantarse. Usted podrá tardar un tiempo en volver a este nivel, pero le aseguro que lo logrará. Además, ¿para qué existen los pseudónimos?

Me hace sonreír e, instintivamente, me lanzo a sus brazos. Alan me aprieta contra su pecho y no puedo evitar sentir que nada puede ser tan terrible.

¿Dónde estás, *papá*?

Y, sin embargo, la llegada de la notificación de mi despido me baja la moral al suelo. Dos días he pasado metida entre las sábanas de mi cama. He visto *Jerry Maguire* y ese «*You complete me*» me hizo llorar como la más abandonada. Luego vino *Nothing Hill*, otro desbordamiento de lágrimas: «Recuerda que soy solo una chica, delante de un chico, pidiéndole que la ame».

E.—Bueno, llegué a creer que eso le dirías al dulce Bradley.

L.—Sí, Elena, pude decírselo, pero ahora mis problemas son un agujero negro y Stephan solo sería uno más.

Y puedo enumerar otras cuantas, como *Pretty Woman*, *Titanic*, *Fried Green Tomatoes*, *Love Actually*, *Sweet Home Alabama*, *About Last Night*. Puedo enumerar un centenar y más. Solo en los *chick flicks* encuentro una fuga, allí me permito soñar con el amor. Con el príncipe azul que soluciona la vida y me da mi propio cuento de hadas. Alan y Rebecca intentan que coma algo distinto a los tres tarros de helado que devoré. Pronto estaré con dolor de estómago. Stephan me ha llamado y no sospecha mi estado, prometió venir a verme en cuanto regrese de la agreste Texas, parece que está retomando su carrera de documentalista. Johanne ha venido a sacarme de la cama y a saber el motivo que me ha deprimido. No se lo he dicho, no quiero que sea un

secreto a voces. Solo espero por la bomba, su estallido y el radio de acción. Mi madre llegará el fin de semana y Casilda se ha esfumado de mi vida. Supongo que se está reponiendo de la confesión.

Alan entra en la habitación sin siquiera llamar a la puerta. Va directamente a la ventana, corre las persianas para hacer que entren la luz y el aire.

—¿Qué se supone que haces, Alan?

Se pone frente a mí y me observa, desafiante. Enseguida habla:

—No sé qué le sucedió después de nuestra conversación, ni por qué se ha atrincherado aquí como si hubiese matado a alguien. Pero ni Rebecca ni yo vamos a permitir que se hunda. No tiene que decirnos nada, solo deseamos recuperar a la señorita risueña que cantaba el día entero, que iba por la vida como la dueña del mundo y que con una mirada de dulzura lograba todo lo que se proponía. Levántese, por favor, o nos veremos obligados a llamar a la señora Thompson.

¡Lo que me faltaba, un chantaje más!

—Alan...

—Permiso, señorita.

Y ya, así, me deja. Con una advertencia en el aire a ver qué hago con ella.

* * *

Me levanté, sí. Me di una ducha y me vestí como una persona decente. Comí muy bien y salí con Alan a caminar por Riverside. Cada día se comporta más como un padre que como un empleado. Me habló de algunos problemas con sus hijos y de las veces que también se ha sentido derrotado y sin camino. La tarde se nos pasó con sus historias, y ya en la noche me encuentro con fuerzas para enfrentarme a lo que venga. Llamo a Johanne para que salgamos juntas, y como si el karma quisiera relegarme a la soledad, mi mejor amiga está en el hospital a la espera de que el hijo de Brian nazca.

Necesito hablar con alguien y no se me ocurre nada mejor que visitar aquel bar donde un chico de preciosos ojos atiende la barra. Camino hasta allí, esta vez recordaré la dirección y, por las dudas, también hice una foto a la numeración puesta en la pared de la entrada. Al entrar, sus ojos me encuentran

y sonrío negando con la cabeza.

—Regresaste.

—Es un lugar confiable. O al menos me sirve de escape...

—¿De quién huyes? ¿Stephan?

—De mi vida —confieso, desanimada—. Y Stephan está fuera de la ciudad. Pero no vine solo a hablar de mis desgracias. Necesito un mojito, *por favor*. —Guiño un ojo y sonrío con picardía, saco un par de dólares y los pongo en la mesa.

—El primero va por cuenta de la casa. —Me devuelve el guiño y yo recojo mi dinero, esto siempre funciona—. ¡Sale mojito! —anuncia.

Me entrega la bebida, atiende a otros clientes y regresa.

—¿Por qué tan triste?

—Porque no sé tu nombre... —Le echo mi mirada de niña mimada.

Coquetea mientras puedas, eso te mantiene viva.

—Soy Dave. —Me ofrece su mano y la estrecho. Lentamente, nos soltamos mientras de nuestros ojos parecen salir chispas.

—Lena, Lena Roach. ¿Y tu acento de dónde es?

—Francia.

Interesante..., he dado con un franchute muy guapo.

Debe alejarse de nuevo, por señas me suplica que le espere.

No tengo intención de ir a otro lugar, dulzura.

Flirteo con otros guapos que llegan en masa y como enviados por el cielo para hacerme sonreír y sentirme *deseada*. Dave regresa, espanta a los moscones y vuelve al coqueteo. Entre una mirada y otra va en aumento eso que se traduce como atracción sexual. Nos hemos soltado a hablar de sexo y nos lanzamos alguna que otra insinuación.

Llevo siete mojitos y es hora de que pase por el baño. Debo esperar en la fila. Dave aparece y me toma de la mano, me lleva por la salida de emergencia posterior hasta el baño para empleados.

Es bueno tener amigos en todas partes.

Nunca ha sido tan difícil atinar con el cierre trasero de la falda, y es que se ajusta tanto a mis piernas que temo que se rompa si la subo. Salgo para pedir ayuda, y es su pectoral el que me impide el paso. Sus manos van directamente

a mi cintura y descienden a mi trasero. ¡Oh, oh! Sus ojos me traducen lujuria y supongo que es lo que queremos. Nos besamos y es como combustible para mi zona en congelamiento, revolución de hormonas, grita mi piel erizada. Me arrincona a unas escaleras oscuras y aprovecha para bajarme la cremallera y subirme la falda hasta la parte baja de mis senos. Posa sus manos en mi trasero para levantarme y pegarme a su cadera. Se baja la cremallera del pantalón y aparta el borde de mis pantis.

Bien, esto será rápido.

—El condón, cariño.

E.—¿Stephan dónde ha quedado, Lena?

L.—Calla y disfruta, Elena. ¿Desde cuándo cuestionas mis horas de fuego? Sabes que lo necesito y al fin va a pasar...

Me lo enseña como si se tratara de un trofeo. No se cómo lo hace, pero no me baja y aun así viste el preservativo en su miembro. Estoy caliente y lista para un poco de acción. Poco a poco entra por mi cavidad...

Aquí vamos.

Me agarro de sus hombros y Dave empuja con ganas. Se siente muy bien. Aumenta la intensidad de las acometidas y mis dedos se enredan en su cabello. Me besa el cuello, mejor, lo devora, y a mí la electricidad me sube desde los pies, parece que han pasado años en lugar de meses desde mi última vez.

Quiero más, necesito más.

¡No! Dice el karma. El chico, simplemente, ya ha terminado.

¡Qué!

—Lo siento, esto no me pasa...

Seguro que no, soy yo y mi maldición.

—¡*Francofiasco!* —espeto, totalmente furibunda, me lo quito de encima, acomodo mi falda y le miro como si se tratara del depredador a punto de atacar a su víctima.

Intenta acariciarme el cabello, como si yo necesitara su compasión, el problema es suyo. Sacudo las manos, hago una mueca de desinterés y me acomodo la dignidad, digo la falda.

Es hora de irse.

Recupero mi bolsa y huyo de ese lugar. Camino de regreso, pasa de la medianoche y el frío de la ciudad mezclado con los mojitos me produce dolor de cabeza.

Tomo el ascensor y espero poder llegar y tumbarme en mi cama. Al abrirse las puertas, me encuentro con el perfecto imbécil más guapo del edificio. Sé que no escondo el descaro al recorrerlo de la cabeza a los pies. He quedado iniciada y las ganas no se me han pasado a pesar del fiasco. El recuerdo de su cuerpo desnudo me enciende un lugar que debería estar a temperaturas bajo cero cuando del perfecto idiota se trata.

—Hoy no puedo darte posada, lo lamento. Todo está ocupado por mi mala suerte. —Paso por su lado trastabillando y agarrándome a la pared.

Sonríe, y me agarra de los brazos antes de precipitarme al suelo. Quedo prendada de los botones de su camisa y lo que toco es agradable..., ¡mucho!

Nota mental: no llevar tacones a una noche de copas.

—Solo quería compartir una copa con alguien interesante.

¡Oh! Y trae el Merlot que más me gusta.

—Me adelanté como en ocho mojitos.

Intento abrir mi puerta. No atino ni introduciendo la llave, así que Evan lo hace por mí. Esto es horrible. Mis oídos parecen estar tapados, escucho muy lejano y mis ojos poco a poco pierden el enfoque.

Seguimos, me acompaña llevándome del brazo hasta la cama, me siento y él se encarga de los zapatos. Me deshago del abrigo y, con su ayuda, me meto bajo las sábanas.

Empiezas a parecerte a un caballero, musculitos.

Sonríe.

¿Acaso me lee los pensamientos?

Toma el libro que tengo en la cómoda.

—¿Te gustan sus historias?

Asiento.

—Trabajo en la adaptación de una de ellas.

—Ahora eres productor.

—Me gusta su estilo y considero que ninguna de las adaptaciones que han

hecho de sus novelas llegan a dar la talla.

Mira tú, esto se pone bueno.

—¿Cuál es tu historia favorita?

Se lo piensa... Aquí pruebo tu verdadera afición.

—Bueno, no me decido entre *Olvídate de meterme en tu cama* o *Analogía de un sapo convertido en príncipe*.

—¡No puedo creerlo! Son justo las más mordaces y, por ende, mis favoritas.

—Aunque debo confesar que el libro más reciente es una cosa de locos. No sé cómo pueden decir que se trata de una historia real.

Como la vida misma.

—Sí, es ilógico creer algo así. —Me remuevo entre las sábanas—. Oye, necesito dormir y no quiero empezar a divagar entre la realidad y el sueño, es un poco tortuoso, sabes.

—No te preocupes, otra vez será.

Muevo la cabeza de arriba abajo y lentamente me voy quedando dormida. Lo último que recuerdo es su boca besando mi frente y musitando: perdóname.

Ya divago, seguro.

Casete borrado, amiga al rescate, mi primera disculpa



Un olor a hombre me inunda los sentidos, incluso puedo palpar las protuberancias de su marcado abdomen y, si bajo un poco más...

¡Oh, por todos los dioses del Olimpo!

Estoy soñando, eso es..., disfrutemos de los escasos momentos de placer que mi tortuosa vida me permita.

Creo escuchar el timbre, ese aparato me odia, ya lo he comprobado. Me aparto con la intención de ponerme de pie y reconozco, un poco difusa, una voz diciendo que se hará cargo.

Esa voz...

¿Evan?

Ya se metió en mi sueño el perfecto imbécil.

Me estiro en la cama, una mezcla entre realidad y ficción me nubla los pensamientos. Abro un poco los ojos y un maravilloso trasero blanco me saluda...

Wao...

—No tardo, ama.

¿Ama?

Me muestra una fusta. ¡Mi fusta!

¿Qué es lo que está pasando aquí?

Me levanto de un brinco y un dolor de cabeza que me rompe el cráneo es la respuesta a mi pregunta.

Los mojitos...

Salto de la cama y, entonces, estoy desnuda. ¡Totalmente desnuda!

¡Oh, no!

¿Qué hice anoche?

¿Qué demonios hice anoche?

Enredo las sábanas en mi cuerpo y salgo de la habitación. Lo primero que me encuentro es mi enterizo de piel, enseguida el corsé y, al llegar a la sala, mis Louboutin.

¿En que momento pasó todo esto?

Me inclino a recoger las botas y, al levantarme, tengo frente a mí a Stephan.

Ábrete, tierra. ¡Por favor, ábrete!

Eleva una de sus cejas, espera por una respuesta.

—Estaré en la habitación, *dulzura*. —Recibo un beso y el roce de la rasposa barbilla de Evan.

Me tiemblan las rodillas, pero de terror.

¡No puedo cargar tanta desgracia encima!

—¿En qué puedo servirte, Stephan?

E.—Eso, Lena, disimula, que no te queda más.

Su rostro se contrae.

—Fuiste tú quien me envió un mensaje, a las seis de la mañana, diciendo que necesitabas verme con urgencia.

—¿Que yo hice qué? Estás loco, si me acabo de despertar...

—Sí, eso ya lo noté. —Frunce los labios.

¡Oh, no! ¡Ya la fastidié!

—Se trata de un error, puede que el remitente fuese otro..., yo no lo envíe.

—¿Tu vecino del piso de arriba?

Adiós a mis ilusiones de meterte en mi cama...

—¿Qué es lo que me reclamas, Stephan?

Intenta chistar, buscar un argumento...

—Tienes razón, tú y yo no somos nada. Quizá solo necesitabas un tercero para seguir jugando a la *dominatrix*.

Se gira envuelto en ira y sale dando un portazo.

¿Qué es lo que estoy pagando?

Me dejo caer en el sofá y me agarro la cabeza a dos manos. No, no, no...

E.—¿Y vas a dejarlo ir así como así? Anda, corre y explícale.

L.—¿Qué le voy a explicar, Elena? ¿Que pasé la noche con Evan y ni siquiera me acuerdo? Le confirmaré lo zorra que soy.

Sin embargo, me asomo a la ventana para verlo salir deprisa, quisiera correr cuando cruza la calle, recoge su bicicleta y tira algo a la basura. Se aleja, y con él se va también lo único bueno que encontré en Nueva York.

Me meto en el baño de servicio y la primera imagen que me da el espejo me hace saltar de susto. Tengo copete como el de una urraca, moretones en el cuello y un tremendo pegote de rímel bajo las pestañas inferiores.

¿A qué hora pasó todo esto? ¿Y cómo es que amanezco con ese tío en mi cama?

Nunca me pasa, jamás me quedo a retozar el amanecer.

Una hora de agua tibia y jabones desinfectantes más tarde...

La mente lúcida, recuerdos a fotogramas de lo sucedido la noche anterior, el fiasco con el chico del bar, el regreso a casa, Evan esperando afuera. Luego me meto en la cama...

¡No recuerdo nada en adelante!

¡Me emborraché!

¡Maldita sea, me emborraché y metí la pata hasta el fondo!

Salgo como si fuese yo la intrusa en casa, el olor a café y tostadas me revuelven el estómago. Supongo que Rebecca se esmera con el desayuno. Intento disimular mi avergonzado rostro y camino a la cocina.

¡Es Evan!

¿Por qué no se ha ido?

¿Es que no conoce la regla más importante de la primera noche?

Intento huir sin que lo note...

Ya me ha visto, ¡mierda!

—Ama, ¿tienes hambre?

¡Deja de llamarme así!

—Evan, creo que es hora de que te vayas...

Su carita de perro regañado otra vez..., ¡no!

Se acerca para abrazarme y darme un beso.

Muy bien, esto ya ha llegado demasiado lejos.

—Vamos a dejar claro lo siguiente: me acosté contigo, o eso parece, y no me acuerdo de nada, N A D A. Esto no quiere decir que seamos una pareja y que podamos compartir el desayuno como si se tratara de la primera mañana del resto de nuestros días. Y, ¡por favor!, nunca más vuelvas a llamarme *ama*. ¿Entiendes?

—Lena..., vivimos en el mismo edificio. No puedes negar lo que fluye entre nosotros.

¡Este chico tiene agua en el cerebro en lugar de neuronas!

—Evan —imito su tono dramático—, eres el sueño de media humanidad. De seguro que me envidiarían todas las mujeres que conozco y algunos hombres también; apuesto que la noche fue estupenda..., pero así funciona, una sola noche y nada más. No tengo intención de citas, romance, chocolates y vida pública. Dime que lo captas.

Otra cosa sería si fueras Channing o Zac.

Deja la taza sobre la encimera y juro que le creo, que esto le afecta. Es muy buen actor o en realidad se armó toda una película en la cabeza.

—Lo entiendo, Lena. —Se acerca y acaricia mi mejilla—. Pero no me pidas que olvide cómo te veías con ese traje y esa fusta..., ni la marca de tus tacones en mi espalda. —¡Cállate! —. ¡Eres increíble, esa boca...!

—Lo capto. Intenta que sea un recuerdo personal.

Apenas si puedo tocarle el brazo y llevarle hasta la salida. Me tiro en el sofá con la cabeza metida entre las piernas.

Así no era como pensaba usar mi traje de *dominatrix*...

Y menos con Evan.

—Ese hedor a macho llega hasta el final de la calle, Elena. Parece que acabaste con el verano.

—Johanne, por favor...

—¿Cómo es posible que recuerdes el fiasco con el chico del bar y no puedas recordar el mejor sexo de tu vida con una celebridad hollywoodiense? No puedo creerte, Elena. Seguro que te sacó todas las telarañas y...

—¡Johanne!

—¡Eh! Sí que estás irritable, ni que tener sexo para ti fuera como cuando se usaba la sábana de huequito.[13]

Mi amiga se carcajea y yo no puedo más con la culpa.

—Hablemos de que Stephan vino para verlo todo. Yo no envié el mensaje, pero en mi móvil está.

—Admito que ahora que me lo has aclarado todo, siento un poco de pena por él. Además, ¿de qué te extrañas? Esa eres tú, siempre lo haces de ese modo. La culpa no es un peso que cargues ni en el monedero.

—El asunto es que yo quería ir más a fondo con él.

—¿Con o sin sábana de huequito?

—¿Quieres parar de burlarte de mi desgracia, por favor?

—Vale, me pongo seria. —Eleva la diestra para prometerlo—. ¿Para él era el traje, *Mrs. Robinson*?

Nos carcajearnos, con ella no se puede. De hecho recordamos cuál era el objetivo de mi traje.

—Dime lo que pasó con Edward, no lo has mencionado ni una sola vez.

—No hay nada que decir, nos cansamos el uno del otro. Ya eran muchos años.

Tuerce la boca y evita mirarme. Sabe que no la creo y que buscaré sonsacarle la verdad ¡como sea!

—Ahora cuéntame una de vaqueros.

—¡Elena!

—No te creo nada, Johanne, nada. Tú eres la más creyente del amor eterno, del *happy ending*.

—Ahora me he pasado al lado oscuro, *tu lado oscuro*.

—¡Mientes con todos los dientes! Edward era perfecto, ¡perfecto! Nada

podía salir mal, si hasta yo me habría enamorado.

—La perfección no existe. Díselo a un pene que deja de funcionar correctamente.

—No me digas... ¿qué?

—¿Que soporté cinco años de insatisfacción sexual? Pues sí.

Me levanto para traer más *macarons* y el suero de la verdad. Falta algo más...

—Habla de una vez o me obligarás a usar esto...

Se carcajea.

—¿Tu suero de la verdad es una botella de tequila? Pensé que después de tu laguna lo dejarías.

—En casa estoy segura.

—No estés tan *segura*. Tu santo pecado vive arriba —afirma, señalando al techo.

Es cierto, pero no es ni santo ni pecado. Es más, mis hormonas no se aflojan cuando lo veo. Algo se me averió en Nueva York.

De nuevo el timbre. ¿Ahora quién? Mamá llega mañana por la noche. Casilda anda de chequeos médicos en Londres. Alan y Rebecca tienen llaves y Stephan no aparecerá nunca más por aquí. Nunca...

Dejo que Johanne se encargue mientras devuelvo la botella a su lugar. La escucho hablar y reír. Me decido a acercarme a la puerta.

¿Ahora qué te faltó en casa, Evan? ¿Una tacita de azúcar?

—Siento molestar —no lo parece—, el otro día dejé mi cinturón y me gustaría recuperarlo. Es un regalo de mi abuelo.

—¿Dónde lo dejaste? —cuestiono en tono neutral.

—¿Puedo pasar?

¡No!

—Claro, por favor. Adelante, estás en tu casa.

Evan acepta la invitación y, como si nada, cruza el salón hacia el lugar donde «perdió su cinturón».

—¡Johanne! —reclamo entre dientes.

—Déjalo estar. No te prives de un paisaje inigualable.

—No seas cateta. El edificio está lleno de tíos buenorros. Vístete de niña

exploradora, ofrece galletitas y amplías tu horizonte.

Evan regresa con el dichoso cinturón en la mano. No es de otro mundo, solo tiene una gruesa y exorbitante hebilla de vaquero.

—Espero que recuerdes cómo...

—Adiós, Evan.

Me mira con tristeza. ¡Qué patético!

—Adiós. —Mira a mi amiga, que está a punto de hacerse pis encima—. Señorita... —dice, haciendo una inclinación de cabeza a Johanne. Y ella se atreve a besarle la mejilla.

—Vuelve cuando quieras.

Cierra y se queda tras la puerta, suspirando y exhalando corazones.

Le dedico mi mirada de desaprobación.

—Ve al baño y te cambias las bragas húmedas, colegiala.

Me responde con una estocada en las costillas.

—Es un dios. Me cuesta controlarme.

—Sí, eso justifica el agitado de pelo y la sonrisita atontada. Solo te faltó el lazo y envolverte en papel de regalo.

—¡Oye! Regalada nunca.

—Díselo a mi dedo.

Le enseño el medio.

—¡Elena Rocha! Eres el diablo.

* * *

Pasamos la tarde entera viendo películas, ambas necesitamos una dosis de romance para afilar los dardos y seguir por la vida como un par de cabronas. Se ha empeñado con la idea de convertirse en una destrozacorazones y se niega a decirme lo que sucedió con el *lord inglés*, además de la fallita. Pequeñísimo detalle que cómo jode... La idea de irnos de mojitos queda descartada porque las consecuencias pueden ser desagradables. Navegamos por las aguas de Netflix dispuestas a cuadrarnos los ojos con alguna serie. Y entonces se me ocurre una idea.

—Levanta el trasero, no vamos a quedarnos un viernes por la noche aquí,

como si fuéramos un par de fracasadas.

—No me gusta esa intención oculta.

—Es algo que vi en *Begin Again*, te gustará.

—No recuerdo haber visto algo con ese nombre.

—Eso es porque en Londres perdiste la noción del cine. Mi eterno amor actúa ahí.

—¿Adam Levine?

—¿Quién si no?

Se levanta, se ajusta sus pantalones y peina su cabello en una coleta. Ambas nos calzamos un par de botas militares, nos abrigamos y salimos de Sessanta sin un rumbo definido.

—¿Ahora qué? —pregunta, mientras decidimos si ir hacia el norte o el sur.

Saco mi iPod y un divisor con una sola entrada y salida para dos auriculares.

Esto quise hacerlo con Stephan.

—Vamos a caminar por la ciudad escuchando la música que el reproductor aleatorio nos entregue.

—¿Cuánto tiempo durará la aventura?

—Si te cansas, paramos.

Me sonrío y pone los auriculares en sus orejas. Lo primero que el azar nos regala es a Paul McCartney y esa increíble canción de *La casa del lago*.

Ese es un golpe bajo.

Recorremos varias calles, Rihanna, Katy Perry, Coldplay, Frank Sinatra.

—¿Tomamos el metro?

Afirma justo cuando Madonna entona *Lucky Star*. Nos acomodamos en un vagón vacío y cantamos a todo pulmón. La fiesta continúa con Garbaje y Lilly Allen.

Nos quedamos en Brooklyn y colmamos la estación con nuestras voces: *Abrázame, estreméceme, bésame, mátame*. ¡Mil veces vería *Batman Forever* solo por esa canción!

Y por la calles la rebeldía nos acompaña al ritmo que nos impone *Fashion*, de David Bowie.

Cansadas de caminar, nos sentamos en un banco cercano al mirador del

Hudson. Manhattan brilla como la joya de la corona.

—No me imaginé que podríamos hacer algo como esto.

—Es un *antinosotras*. Pero sienta bien.

Se apoya sobre mi hombro, algo me quiere decir.

—Me alegra que seas mi amiga y admiro lo fuerte que has sido... siempre.

—Alguien debe ser el hombre de esta relación.

Se carcajea.

—Te quiero, no lo olvides nunca.

—Y yo a ti.

A Higher Place empieza a sonar y una punzada de dolor se clava en mi pecho.

Un suspiro se escapa de mis labios.

—¿A quién le pertenece ese suspiro? —pregunta, buscando mi rostro.

—Al chico que acaba de encender la luz en el último piso del edificio de enfrente.

Su rostro va hasta aquel lugar.

—¿Stephan?

Afirmo con la cabeza.

—Te enamoraste, Elena.

—No digas tonterías —rebato enseguida.

Alza los brazos como diciendo *soy inocente*.

—Los hombres siempre serán el eterno dolor de cabeza de las mujeres. Son una tortura que aceptamos con gusto. Amar a un hombre es la más excitante sensación de vida.

—Eres una cursi... Mi vida ha sido espléndida sin tener que perder el corazón en el camino.

Me abraza.

—Eres un corazón de piedra, pero sabes de sobra que no siempre fue así. Hasta el más malo ama y el más bueno odia.

—Vamos...

Deja caer los hombros y con la boca me hace una mueca desaprobatoria.

—¿Qué?

—Ve, estamos cerca.

—Estás demente.

—Anda, deja el orgullo.

Se levanta y toma mis manos intentando levantarme.

—No es orgullo, si lo que siento es vergüenza. Además, esa soy yo. No se perdió nada extraordinario.

Se da por vencida. Sabe que tengo razón.

—Quema ese libro y empieza de cero. Si él te *lleva a otro mundo...*

—Ese libro es toda mi vida. Sin él acabaría en pedacitos.

—¿Por qué temes enamorarte como una cría?

Me pongo de pie y enfilo hacia el puente, en busca de un taxi, y la invito a seguirme. Medito mi respuesta. Lo cierto es que no recuerdo lo que es el amor ni cómo se ve, pero nunca olvidaré cómo se siente.

—Ve y habláis un poco, seguro que lo entiende.

—Sabes que está herido, no querrá escucharme.

—Elena, inténtalo, que nada pierdes. Le debes, si no una disculpa, una explicación.

Lo medito de nuevo, miro hacia la ventana, es extraño que tenga una bombilla encendida cuando habló de usar linternas amigables.

E.—¿Qué puedes perder?

L.—La dignidad, Elena.

E.—Esa, tarde o temprano, regresa.

L.—Estás filosófica, ¿tomaste tu medicación?

E.—Cada una de ellas. Stephan obra milagros.

L.—Dime que recuerdas lo que pasó con Evan.

E.—No, a esa hora estaba profundamente dormida. Recuerda que no me permites dormirme tarde.

—¡Ey! —Johanne chasquea sus dedos frente a mi rostro—. ¿Hablando con tu Elena interior?

—Ni más ni menos.

—¿Y qué dice?

—Que no estaba cuando pasó lo de Evan.

Johanne se carcajea y aprovecha para arrastrarme hasta el otro lado de la calle, a la entrada del edificio donde está Stephan, *mi Stephan*.

Fuera hay aparcada una limusina con las luces apagadas; debe de llevar tiempo esperando allí.

—¿Entras?

—No lo sé.

Johanne me agarra con más fuerza y me lleva adentro.

—¿Cuál es el piso?

—El último.

—Pues a caminar se ha dicho.

Cada piso superado incrementa mi miedo y el sudor en mis manos. Al llegar al octavo, el corazón ya estaba en mi boca. Ella llamó a la puerta y al abrirse, me quedé helada, literalmente helada.

—¿Elena?

—Ste... Stephan —carraspeo, e inevitablemente recorro su abdomen desnudo.

L.—¡Por todos los cielos!

E.—¡Sinapsis, sinapsis!

Me obligo a cerrar la boca. Johanne se aparta en un rincón para cederme espacio, lo cierto es que también está babeando.

Stephan mira adentro y cierra la puerta suavemente.

—¿Qué sucede? —pregunta con un tono que no sabría definir; parece enojado y alerta a la vez. Algo está pasando.

—Vine a..., lo que pasa es que..., Stephan, yo...

—Habla de una buena vez. ¿Mataste a alguien? ¿Qué es tan difícil?

—Yo, yo lo... —Lo del sudor ya pasó a ser superficial, ahora escurro agua por los laterales de mi rostro, el cuello, bajo mis senos, mi espalda. ¡Esto es tan difícil!

—¿Tú qué?

—Lo siento —musito, él junta las cejas, me señala sus oídos, no lo escuchó. *No te aproveches*—. Lo lamento, Stephan, lo cierto es que no

recuerdo lo que pasó anoche, estuve en el bar y...

—Y algo pasó con Dave.

¡OMG!

—¿Cómo... cómo?

—Me pidió tu teléfono. Y lo mencionó.

Sus venas del cuello se marcan. ¿Está enfadado?

—¿Tampoco lo recuerdas?

—Stephan... —La voz de una mujer, de *esa mujer*.

Doy un brinco al otro lado para ponerme junto a Johanne. Mis ojos revelan que he escuchado cerca al demonio. Ella se pone al frente, como barrera protectora.

—Cariño, ¿quién ha...? ¡Elena!

¡Maldito karma! ¡Maldito karma!

¿Qué hace esa mujer medio desnuda?

E.—Ay, no, lo perdimos.

L.—Nunca ha sido nuestro, por lo que creo, Elena.

—Estoy contigo en un momento, Julia.

—¿Qué haces aquí?

Me odia, su tono no deja lugar a las dudas.

Me quedo muda, no digo nada. Creo que hasta tiemblo.

—Me ha traído —dice Johanne—. Soy seguidora del trabajo de Stephan y quise conocerlo.

—¿A medianoche?

Johanne asiente frenéticamente.

—Regreso a Londres en un par de horas.

—Julia, entra, por favor.

Ella me mira, mal, muy mal. Me lo advierte o qué se yo lo que quiere decir, solo es odio y uno visceral. Contonea su huesudo trasero hasta él, acaricia su mejilla y luego lo besa.

Aprieto con mis manos las de mi amiga para no dejarme caer. Ahora mismo soy lágrimas y deseos de morirme.

* * *

Que Julia White me odia es un hecho plenamente confirmado.

¿Que si tiene motivos?

Pues sí, los tiene. No sé si justificables, pero los tiene.

Todo sucedió hace un par de años. Mi columna en *BEAU* era un éxito, al igual que mis novelas, y eso me valió una nominación a la mejor columna en habla hispana del año. Yo estaba de lanzamiento, mi tercera novela salía a la luz bajo el sello editorial de la revista y a Fiorella y a mí nos pareció que podríamos aprovechar para hacer una firma de libros allí, después de la gala. Yo emanaba purpurina con la idea de un galardón tan importante, pero tampoco me ilusionaba; tenía tres contrincantes que me llevaban años de experiencia y prestigio. Una de ellas era una sexóloga mexicana que me encanta; la segunda, una argentina, psicóloga experta en relaciones de pareja, y la tercera, una española, periodista, experta en SEO, *blogger* de emprendimiento y posicionamiento en la web, que ya llevaba varios galardones encima y que, curiosamente, es prima de la huesuda. Pero en ese momento yo no tenía ni idea de los alcances de Julia White, apenas la había visto un par de veces, así que no me empañó la ilusión. Estaba que no cabía en la ropa de la felicidad cuando pisé suelo español, nunca vi tan bonita la ciudad ni reparé en detalles como los árboles, las flores y en lo bien que a Madrid le sienta la primavera.

Para esa tarde, Fiorella contrató a una estilista que se esmeró con el maquillaje y el peinado, yo usé un vestidito blanco de cóctel de la colección más reciente de Chanel y me mentalicé de que, pasara lo que pasara, ya era una ganadora.

En el salón se respiraba un ambiente animado. Fiorella me presentó a un montón de gente y le di el número a un par de chicos guapos. Todo normal, disfrutaba de la noche muy sonriente hasta que apareció Hannah Drew — editora en jefe de la revista *BEAU* Norteamérica—. Entonces me volví un manojo de nervios, era como tener a Anna Wintour[14] a diez pasos de mí.

La música cesó y un hombre trajeado tomó el micrófono, dio los

respectivos saludos e inició la entrega de premios. Uno a uno, periodistas y columnistas subieron a por sus respectivos galardones. Hasta que llegó mi categoría. El sudor me colmó el rostro y las piernas me temblaban. Eso sí, sonreía mejor que en los catálogos de pasta de dientes. No supe que había ganado hasta que Fiorella me zarandéo para que reaccionara y me moviera. Y sintiendo que andaba sobre nubes y que en algún momento iba a darme de bruces con la realidad, me aproximé al escenario para recibir mi preciosa y dorada B de manos de Hannah.

Uno de los momentos más felices de mi vida, hasta hoy... Porque Lena Roach se ha llevado el galardón por escribir sobre «cómo ser una cabrona según los libros de Casilda Watts».

Sí, ahora entiendo que esa mujer me detestara desde el primer momento. Luego vinieron sus mil negativas para que fuese editora de alguna de las secciones y me dio un rotundo NO cuando propuse una nueva sección. Yo deseaba hacer más, aprovechar ese espacio, convertirme en un referente, dejar huella. Pero no, Cruela de Vil se negó a cada una de las propuestas, siempre acompañada de su pésima mueca de emoción y dulzura. Julia White es conocida por ser polémica, por destapar los secretos mejor guardados de los famosos, sin contemplación ni medida. Así que no tengo que dudarlo, esa mujer me hará picadillo.

* * *

Al irse la arpía, Johanne me arrastra hasta el inicio de la escalera. Es obvio que no hay nada más que hacer ni decir en este lugar. Y sé que es lo mejor, antes de que le plante un bofetón o le clave la navaja que siempre lleva entre los calcetines.

—Elena... —Stephan toma mi brazo con suavidad y firmeza, su tono también ha cambiado. Compartimos un sentimiento de culpa.

—No, Stephan... —Tengo que verlo, al menos una vez más.

—Ella no es...

—Tú, Stephan, se trata de que tú eres la manzana del edén que no puedo ni debo morder.

Estoy resignada a mi suerte, un último cruce de miradas antes de despedirme de *mi sueño*. Así como llega, así se va lo bueno de mi vida. No quiero que Voldemort le haga daño por mi culpa.

Lentamente su mano me suelta, él también sabe que es el adiós. Y que nos queda el anhelo de lo que pudo ser...

Después de todo, sí llegué a enamorarme. No dolería de no ser así.

No sé quién soy



L.—¿Por qué tuvo que ser ella, Elena? ¿No encontró a nadie más para vengarse de mí? Porque es venganza, seamos claros.

E.—Imagino que Cupido necesitaba darte un bofetón para que reaccionaras y sentaras cabeza, y bueno, la huesuda fue buena jugada.

L.—Se supone que la sensata, de las dos, soy yo.

E.—Se supone que la que no se enamora, de las dos, eres tú.

No sé qué sensación extraña me invade el cuerpo, porque me duele todo, desde dentro hacia afuera. Estoy despierta, sentada frente a la ventana de mi cuarto mirando hacia Brooklyn. Johanne duerme y yo me atraganto con las lágrimas que no logro derramar. Porque para Lena Roach llorar no está permitido, para la mujer que siempre planea al detalle cada situación de su vida llorar es la alerta roja, la llamada de auxilio, la señal de que todo está por derrumbarse... Y no, no quiero volver a esos días.

Pero tampoco puedo evitar sentirme miserable y culpable a la vez. No tengo ni idea de cómo llegó Stephan a coincidir con ella de ese modo, o cómo le puede gustar esa furcia, pero me ha dado una verdadera patada en el culo al elegirla justamente ahora. Y es que me duele el hígado de tanto aguantarme las ganas de ir a buscarla, fregar el suelo con su immaculado pelo de mazorca y

decirle que se meta con lo que quiera menos con mi Stephan.

E.—¿Celópata compulsiva, Lena? Eso no te lo conocía y, siendo sincera, nunca lo creería de ti.

L.—Ahora mismo no sé quién soy, Elena. Y eso me aterra.

Sí, esta inestabilidad es nueva y asusta. No puedo permitirme sufrir un amor que no viví, extrañar a alguien a quien apenas besé y desearle disfunción eréctil al tipo de mis sueños solo porque imaginarlo en folle de venganza con Julia White me causa escozor.

E.—Si no estás enamorada de Stephan, ¿cómo explicas esta soledad que nos arde en el pecho?

L.—Es decepción. De mí, de él, que creí que sería perfecto. De mi vida, que empieza a caer en picado.

Las malas decisiones que he tomado me están cobrando con intereses.

—¿Elena? —Es la voz ronca de Johanne, que se ha percatado de que estoy fuera de la cama.

—Aquí. —Levanto la mano desde mi lugar—. No puedo dormir.

La escucho moverse mientras mis ojos siguen fijos en algún punto de Brooklyn. Unos segundos después me está arrojando con una manta y poniéndose frente a mí sobre el muro que sostiene la ventana.

—¿Quieres hablarlo? He pasado por relaciones y corazones rotos.

Me obligo a mirarla, a actuar.

—¿Quién te ha dicho que tengo el corazón roto? Lo que me preocupa es mi futuro.

Johanne junta las cejas y sonrío, burlona.

—No intentes engañarme.

Suspiro y vuelvo la vista a la ciudad.

—¿Cómo puedo estar sufriendo por alguien a quien besé un par de veces? Ni que con eso supiera que es el amor de mi vida. Olvídate, más se perdió en la guerra.

—Coleccionas sus fotografías, tienes esa exposición completa...

—Admiro a Stephan Bradley, el fotógrafo. Punto. Adoro a Adam Levine, pero necesitaré más que besos y buen sexo para estar segura de que quiero dejar de ser una soltera VIP.

Hasta yo sé que miento muy mal.

—¿Puedo confiar en que no tendré que rescatarte de un bar o de la bañera?

Lo dice a modo de burla, pero sé que le preocupa que eso suceda. Ella lo sabe, ya me rescató un millón de veces, ya me vio llorar por el único imbécil por él que lloraré en toda mi vida y ya me vio convertirme en piedra.

—¿Con quién crees que tratas? No estoy en edad de eso. —Me levanto ligeramente molesta—. Volvamos a la cama. Gabriella llega mañana.

Johanne se une a mí y se queda mirándome.

—¿Canción de Maroon 5 que te pasa ahora mismo por la cabeza?

—Johanne...

—Dilo.

—*Nothing Lasts Forever* —respondo resignada.

—Entonces sí es por él. ¡No puedo creerlo! —bufa y se remueve entre las mantas.

—Es más por lo que dice el título, Johanne, no te preocupes por mí. Estoy bien, solo pienso en que necesito un abogado que me solucione el lío con los derechos de mis libros.

Y me arde la garganta con solo decir que estoy bien, por eso me doy la vuelta; luego mi mejor amiga se acerca y me abraza.

—Estuve a punto de enterrarle la navaja en ese maldito abdomen de infarto que tiene. —Sonríó un poco—. No debí obligarte a ir, ha sido la peor de mis ideas.

—Fue lo mejor, ahora Stephan y yo estamos en paz y sin espacio para el reproche. Lo que no me encaja en la ecuación es esa mujer.

—Si dijiste que él estaba en el edificio de BEAU y que ella le indicó que pasara a otra oficina es porque ya se conocían.

—También estuvo en su piso... La que se metió en la ecuación fui yo.

E.—Un motivo más para que Cruela de Vil te odie; hiciste lo mismo que

Casilda con su esposo.

L.—Ay, Elena, me hubiese encantado llegar a tercera base, así no tendría tanto sinsabor en los labios y la piel.

—¿No es muy grande para él? Digo, Stephan no llega a los cuarenta, tú tienes veintiocho, y a esa mujer, por más que el bisturí sea milagroso, se le nota que se acerca a los cincuenta.

—Stephan busca estabilidad, Johanne. Y yo no puedo dársela.

Y se me encoge el estómago, porque necesitaba tiempo para prepararme, para hacer el intento de vivir una relación, pero no pudo ser... Tengo un cable averiado que me hace estar en el lugar y momento equivocados. Yo lo perdí cuando decidí irme de mojitos, montármelo con el francés y amanecer con una celebridad en la cama.

Ya ni llorar es bueno, diría el abuelo. Tengo que levantarme, suspirar por los rincones cuando ya no pueda seguir aparentando fuerza y solucionar mi vida, que, en definitiva, es todo lo que me queda.

Temblor de piernas, soy un bicho raro



Mi madre llega a Nueva York la noche del sábado. Alan, Johanne y yo nos encargamos de ir por ella. Mi mejor amiga no se separa de mí, y supongo que es porque teme que caiga en depresión. Aunque lo que más me creo es que no quiere volver con su chalado hermano y el llanto insoportable de su sobrino. Ambas somos el paradigma de la juventud actual: solitarias, ensimismadas y con un letrero en la frente que grita «¡libertad!».

Pasamos la noche con charla de chicas, nos falta la tía Maggie, y yo sumaría a Casilda a nuestro grupo. Mi madre viene con un nuevo corte y el cabello cada vez más rubio. Lo que no deja de usar son esas camisas de indigente. Aunque Johanne diga que son el último grito de la moda, a mí no me cuadran, y es porque jamás me he puesto un estampado. Me aterran.

Se nos hace de madrugada hablando de los planes que trae mi madre para Nueva York. Del amante sueco que consiguió en el avión y con el que se verá en algunos días y de la propuesta del Museo de Arte Moderno de la ciudad para que exponga su obra.

Al menos alguna de las dos no pierde su brillo.

Estamos acomodando las almohadas en la cama. Después de muchos años volvemos a compartir colchón y resulta emocionante.

—Volver al MoMA es aún más increíble que la primera vez. No puedo

creer que me hayan considerado para el homenaje a Picasso.

—Es algo grandioso, pero no increíble, madre. Eres una de las artistas plásticas más influyentes de tu generación. En unos años pasarás a ser una leyenda viva.

Tuerce la boca, detesta que le recuerde su edad.

—¿Qué pasó después de renunciar a la revista?

Y me devuelve el golpe.

—Nada, no ha pasado nada. Ni tan siquiera una llamada de Fiorella.

—Eso es bueno, ¿no?

Nos metemos bajo los edredones y apagamos las lámparas de mesa.

—No lo es, sé que Julia trama algo en mi contra y no será cualquier cosa.

—¿Qué puede ser tan grave?

—Desacreditar mi nombre es algo que, sin duda, me afectaría, pero como artista sabes que un pseudónimo podría ser mi tabla de salvación.

—No leo lo que intentas mostrarme...

—Que espero algo verdaderamente horrible y no sé lo que es. Intento estar tranquila y, sin embargo, cada vez que pienso en ello el miedo me recorre el cuerpo como un escalofrío.

—Ven aquí —dice, ofreciéndome sus brazos—. Tu madre estará a tu lado, esta vez, suceda lo que suceda.

Ojalá siempre lo hubieras hecho de este modo, Gabriella Rocha.

* * *

La semana se nos ha pasado completa del día a la noche con los preparativos de la exposición de mi madre. Se le ha ocurrido que dejará algunas obras en el salón que le asignaron en el museo y otras en los lugares más emblemáticos de la ciudad. Y hacia uno de esos lugares vamos Johanne y yo escoltando la obra más aclamada de Lepidóptera: *El David viste a la moda*.

Cinco metros de altura y cinco mil kilos de mármol estarán todo el día en la entrada a la biblioteca de Nueva York. Mi madre pone demasiada responsabilidad sobre mis hombros, aunque tampoco es una pieza que se

pueda robar tan fácilmente.

Justo a las nueve de la mañana empezamos a repartir volantes a todo el que pasa. Algunos preguntan por la obra y otros la reconocen. Hacemos la exposición, les indicamos los lugares donde encontrarán más obras de la misma artista e incluso servimos de fotógrafas. Nos tomamos un pequeño descanso para comer un bocadillo. El encargado de seguridad cuida del *David* de mi madre mientras Johanne y yo nos acomodamos en las escaleras bajas y abrimos los emparedados. Estoy muy cansada y aún me queda toda la tarde por delante; se me ocurrió la brillante idea de ponerme los preciosos Manolo Blahnik que envió la tía Maggie para pasarme el día entero de pie. ¡Qué más da! Carrie Bradshaw caminaba con ellos por Time Square y no se quejaba.

—Tu madre es una celebridad. ¿Has visto cómo reconocen su *David* casi de inmediato?

—Y qué me dices de su estrategia —me retiro los zapatos para estirar los dedos—, sabía que este lugar atraería a todo tipo de público y de aquí llegarían directo al MoMA si su curiosidad estaba lo bastante hambrienta.

Johanne asiente mientras da otro mordisco a su emparedado. El encargado de seguridad llega hasta donde estamos.

—Disculpe, un hombre pregunta cómo puede contactar con la artista.

Frunzo las cejas. ¡Es mi hora de almuerzo!

—Yo voy —se ofrece Johanne.

Se levanta y mira hacia el lugar donde espera el hombre. Luego me mira y noto su expresión de confusión.

—¿Qué pasa?

—Mejor no te des la vuelta para mirar...

Error, ya me picaste la curiosidad.

También me levanto y, ¡oh, karma!, Stephan es el hombre que pregunta por mi madre. Y me ha visto.

E.—Temblor de piernas confirmado, Lena.

—¡Ladrón! —grita Johanne, y reacciono para ver cómo un hombre alto y delgado huye cruzando la calle con mis zapatos en la mano.

¡Estas cosas solo me suceden a mí!

El vigilante le persigue y Stephan salta sobre los escalones, es más rápido, y se pierden entre la multitud en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo es posible que te roben los zapatos? Hasta dónde ha llegado el mundo...

—Lo que es imposible de creer es que te los pongas para diario, Elena. ¡Son zapatos con incrustaciones de diamante!

—Sabes la escasa vida social que tengo, no voy a llevarlos a mi funeral.

Se carcajea y decidimos volver a nuestro trabajo antes de que alguno intente llevarse al hombre de mamá.

A los diez minutos regresa el vigilante, sudando a mares y con la lengua de corbata. Se deja caer en el asiento intentando recuperar el aire.

Hemos atendido a tres potenciales compradores, les he dado el contacto del agente de mamá. Lo que todos desconocen es que ese mármol será la obra jamás vendida de Lepidóptera. También he notado que les causa extrema curiosidad que esté descalza.

El día casi termina, el viento corre con fuerza por la ciudad y, rendidas de cansancio, nos sentamos a esperar que los encargados del museo recojan el mármol. Alan no trabaja los fines de semana, así que no pude pedirle que me trajera otros zapatos. Con Johanne planeamos tomar un taxi y regresar a casa. Siempre echaré en falta esos zapatos, eran los primeros que usaba de ese diseñador y una réplica de los que llevó Sarah Jessica Parker.

Todo en orden. A partir de ahora la exhibición se adelantará en el museo. Mi madre ha logrado generar expectativa y hacer que la gente se detenga a admirar su arte. Me apetece invitarlas a cenar y olvidarnos de mi día de mala suerte.

Nos hemos reído de mi desgracia contándole a mi madre lo sucedido con mis zapatos. Es un hecho insólito, pero si estoy yo en el medio solo es karma. Estoy pagando los pecados de una antepasada. Sigo descalza, mi madre me obligó a venir al museo para que conociera no sé a quién. Y soy más atractiva que los cuadros, incluso hay quienes consideran que soy la artista y me felicitan.

—Hija, ven. —Me giro para ver a mi madre y entonces lo veo a él, junto a

ella, vestido de traje.

¡Oh, oh!

E.—Amenaza de nuevo temblor de piernas.

Camino lento, sopeso mis pasos y cada una de las palabras que diré.

Actuar como una perfecta desconocida, o fingir cordialidad. Es la cuestión.

Cuando llego a ellos, los ojos de Stephan se fijan en los míos. Sé que espera por mi intervención.

Mi madre me abraza.

—Ella es mi adorada niña, Elena. —Se cubre los labios, sé que duda por el nombre que ha dado.

Le hago un gesto para indicar que está bien.

—Cariño, él es...

—Sé quién es, mamá.

La mirada de Stephan se ilumina de repente.

—¡Claro que lo sabes, cariño! Lo adoras, te pasas las horas enteras viendo sus exposiciones. Dices que cada fotografía está cargada de una sensibilidad profunda, de miles de palabras que no se dicen pero se sienten. Tu apartamento solo lo adornan sus obras. Llegaste a creer que podría ser el hombre perfecto, que veía más allá de la realidad. —¡Basta, mamá! Siento el calor en mi rostro—. ¿No es como si tu sueño se hiciera realidad?

Llegaste tarde, el sueño ya acabó.

Stephan sonrío y de paso me salva de la vergüenza.

—Mucho gusto, señorita. Stephan Bradley. —Me ofrece su mano y yo extendiendo la mía, esa calidez me recorre como electricidad. Pero no rompe el contacto, une la izquierda colocándola sobre la mía. ¡Eres una dulzura!—. Me halaga que pueda definir de una forma tan sublime mi trabajo. Parece que usted ha logrado descifrar lo que mi corazón siente en cada captura. Todo lo que soy y todo en lo que creo se resume en ellas.

Me deja sin palabras. Lo que me dice guarda un mensaje subliminal que leo entre letras.

—Les daré un momento —dice mi madre, y se aleja al otro lado del gran salón.

—Stephan...

—No me lo agradezcas. Era evidente que no le habías hablado de mí. No pensaba hacerte quedar mal.

¡No, Stephan, no pienses eso, por favor!

—No es como... ¡hip! —y empiezo a hipar—, yo solo ¡hip! ¡Demonios! Stephan sonrío.

No es tan divertido, no sabes lo que viene ahora.

—Por cierto, recuperaré esto. —Y saca de su maletín mis preciosos zapatos.

—Gracias ¡hip!

Y se hace más fuerte y continuo. No puedo detenerlo.

—¡Elena! ¿Estás bien?

Asiento.

—Te estás poniendo azul...

Y caigo en sus brazos.

Despierto de nuevo en emergencias, con Brian.

¡¿Es que no hay más médicos en esta ciudad?!

—Hola, Elena.

—Ho... —La máscara de oxígeno no me permite hablar.

—Ese chico te enferma. ¿Lo has notado? Cada vez que lo ves, algo catastrófico te sucede.

¿Por qué en el hospital te crees con derecho de regañarme y en casa ni me hablas?

—Por fortuna, solo necesitabas un cortisol y un poco de oxígeno para recuperarte.

Afirmo con la cabeza. ¿Qué más me queda?

—¿Sientes que puedo retirar el oxígeno?

Vuelvo a afirmar. Lo retira y justo entran mi madre, Johanne y Stephan.

—Hija, cariño. ¡Lo olvidamos por completo!

—¿Qué olvidaron? Ah, sí, el hecho de que soy el resultado de un experimento científico y que tengo las alergias más estúpidas del mundo. Mi

sistema inmune es una vergüenza.

Mamá se sonroja, siempre lo hace cada vez que le menciono el método que usó para traerme al mundo.

—No seas tan dura con tu madre...

—Mira, Brian, es cierto que no tuve padre, pero eso no significa que te comportes como tal. Mi abuelo fue más de lo que esperaba. Además, ella sabe que no miento. Soy lo que eligió en el catálogo antes de abrir las piernas a la probeta.

Mi madre sale, Brian la acompaña.

—Y a mí, ¿qué me dirás? —desafía Johanne.

Sonrío.

—Que de ser una excelente amiga me habrías cedido tus zapatos.

Bufa y sale dejándome a solas con Stephan.

—Parece que tu médico tiene razón, soy nocivo para ti.

Es al revés, bombón.

—Tú no lo sabías y yo me descuidé. No tiene nada que ver contigo. Soy yo y mi defectuoso ADN.

Me mira con desaprobación.

—La autocompasión te queda fatal.

—No creas que me estoy inventando una historia para que sientas lástima por mí. Es mi verdad, la razón que explicaría por qué tengo un pie más largo que el otro, una parte del cabello muy rizada y la otra lacia, un ojo más pequeño y una uña que no se desarrolló por completo y de la que apenas tengo muestra.

Se carcajea, su sonrisa es señal de que estamos bien.

Bueno, libres del humo nocivo de la huesuda *Devil*.

—Yo también tengo algunos defectos físicos. Nadie es perfecto, ni con la otra mitad exacta, como pensaba Da Vinci, con su mal llamada *proporción áurea*.

—No lo comprendes. Al menos tú puedes asociarlo a tu padre o tu madre, pero si no lo has notado, mi madre y yo no nos parecemos en absolutamente nada. No tengo un solo rasgo para asociar con los Rocha. Todos eran rubios, de piel cálida y ojos claros. Yo tengo el cabello como un resorte, los labios

muy gruesos y una boca que parece un buzón. Además...

Y me ha sabido callar con un beso.

—¡Qué testaruda eres! Y a pesar de eso, eres perfecta.

¡El paraíso existe!

Brian llega en ese preciso instante. No sé si estaba espiando tras el biombo o es que tiene un radar para arruinar momentos.

—Veo que te recuperas muy bien, ya puedes irte a casa —dice, muy serio—. Y por favor, Elena, enloquece como quieras, pero no atentes contra tu salud.

—Lo tendré en cuenta.

Stephan me hace una mueca señalando a Brian. Es mejor que no sepa las razones que le hacen tratarme como si yo le importara mucho y las de su evidente cabreo debido a su presencia.

—Espero no tenerte por aquí en mucho tiempo.

Y sale sin mirarme a mí, aunque sí a Stephan, como si le advirtiera, como si lo retara.

Es raro, y no quiero pensar en si se trata de cariño fraternal o son celos.

Stephan se acerca nuevamente con la intención de besarme y yo, claro, también muero por hacerlo. Pero hay un tema, un pequeño detalle que me hace girar el rostro.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé —se queja sobre mi hombro, luego se acomoda frente a mí en la cama—. Me enteré de la exposición de tu madre y de que estarías con su *David* en la biblioteca. Cuando pregunté por ella en realidad lo hacía por ti.

Su ojos brillan, esperanzados y sinceros.

¡No seas tan dulce!

—¿Qué querías decirme?

Stephan baja la mirada y se concentra en entrelazar sus dedos con los míos. Siento sus manos un poco frías y me gusta pensar en que es porque está nervioso.

—Lo primero es que no quiero que pienses mal de mí. Es decir, llegaste, me encontraste sin camisa y luego salió Julia semidesnuda...

—Creo que blanco es, gallina lo pone, Stephan. No quedó mucho a la

imaginación en esa escena.

—Yo... —Atrapa mi rostro entre sus manos—. Te juro por Susan que esa noche no estaba pasando nada y mucho menos pasó después. Julia quería unas fotografías, es todo.

A otro perro con ese hueso...

Me cuesta creerlo, por eso se me elevan las cejas.

—Y tu camisa, ¿qué papel jugaba en las fotos?

—Ella acababa de llegar y yo salía de la ducha. Luego, cuando sonó el timbre y pasé por la sala, ya estaba casi desnuda, no me dio tiempo.

¡Ay, bendito! ¿Le creo?

—¿Por qué me das explicaciones?

—Porque viste algo que no debiste ver, porque no fui capaz de reaccionar a ese beso y me sentí culpable. Pero después le pedí a Julia que mantuviera la distancia.

—Vale, es que esa mujer...

—Elena —pide que deje de pensar y escuche lo que va a decirme—, olvídate de Julia y yo me olvido de lo sucedido en el bar y del trasero de tu vecino.

E.—Bueno, Lena, es tu turno de abrir esa boquita y salvarte un poco la reputación.

L.—Decirle que no me acuerdo de nada no me salva la reputación ni un poco, Elena.

La tuya tal vez no, pero la mía se lo merece.

E.—*Okey...*

—Hablando de eso...

—Shhh —sisea junto a mis labios—. No tienes que darme detalles.

—Solo uno, y es importante. Y te pido, por favor, que no pienses mal de mí.

—¿Lo que dirás es verdad? —pregunta con dulzura, y se le marcan unos

pliegues en las comisuras de los ojos que me hacen querer colmarlo de besos.

—La única que tengo clara.

—Pues adelante.

Exhalo despacio, porque si es complicado para mí creerlo, imagino que para él será peor.

—Lo del chico del bar es de lo único que me acuerdo. —Trago saliva e intento no mirarlo—. Luego llegué a casa, cabreada por un detalle que es mejor que no te revele, y allí estaba el idiota con intención de invitarme a una copa. Pero ya iba alcoholizada, con algunos mojitos de más. Entramos, me ayudó a meterme en la cama y le dije adiós... Te juro por mis discos de Maroon 5 que no me acuerdo de nada más hasta que sonó el timbre y vi su trasero desnudo encaminarse a la puerta.

El silencio reina por algunos segundos, eternos y pesados. Me imagino que estará pensando que soy una zorra de las baratas, pero es la purita verdad. No me acuerdo, no me viene un recuerdo, no es como cuando hay lagunas y poco a poco aparecen fotogramas. No. Yo tengo el casete totalmente borrado.

—¿De nada? Ni un beso...

—No, nada, nadita, nada.

Vuelve a callar. Es la primera vez que doy este tipo de explicaciones, en otro momento de mi vida hasta lo habría dejado pasar sin pena ni gloria, pero con él todo son descubrimientos, todo es sentir de nuevo o por primera vez, no lo sé. Con él no quiero ser la chica ruda, ni que se entere de mi pasado, me aterra que eso lo aleje, que piense que voy a jugar con él cuando desde el principio le he cedido mucho terreno sin que lo sepa.

—Te creo, dulzura. Intenta que no pase de nuevo.

Asiento y luego noto su respiración cerca de mi mejilla.

—¿Me concederías una no-cita?

—Una no-cita —vocalizo despacio pensando en lo que eso significa—. ¿Quieres ser más claro?

Stephan toca mi nariz con uno de sus índices y sonrío. Pero no es cualquier sonrisa, es de esas que quieres grabar eternamente en tu memoria para usarlas cuando necesitas recordar lo bonita que se ve la vida a través de ellas.

—Quiero que tengamos momentos que desafíen a la casualidad, Elena.

Porque no permitiré que seas un simple choque accidental de miradas que tienes en el tren con alguien a quien nunca vuelves a ver. Quiero conocer mucho sobre ti, no pienso quedarme con poco y no sé cómo suena esto para ti, pero quiero más. Todo lo que puedas darme.

E.—¿Hola? ¿Estás ahí, Lena? ¿Oíste a este chico? ¡Ya lo amo!

L.—Deja de brincar y piensa en qué es todo lo que puedo darle a Stephan.

E.—¡No! No pienses en incluirlo allí, a él no puedes meterlo en ese endemoniado cuaderno.

L.—Sin ese cuaderno no vivo, no sabría qué hacer.

E.—¿Solo tres meses?

L.—Es tiempo suficiente.

E.—¿Para qué? ¿Enamorarlo y tirarlo como a otro más de la lista?

L.—O para que la lista termine en él y sea mi excepción, mi *one and only*.

E.—Es arriesgado.

L.—¿Lo tomas o lo dejas?

E.—¿Por qué soy yo la que debe decidir?

L.—Porque yo soy la razón y tú el corazón, y si no hay acuerdo no hay firma. Anda, decide, que empieza a preocuparle tanto silencio.

E.—Lo tomo, pero intenta que funcione. Me gusta Stephan como ningún otro de tu lista.

L.—No tanto como a mí. Y ese es el problema.

—¿Cuándo y dónde?

—Te enviaré un mensaje. Y recuerda que no importa lo que estés haciendo, debes ir. ¿Vale?

Entorno los ojos y frunzo los labios.

—Eres tan raro...

—Si por raro puedo entender que soy diferente, me gusta que me lo digas.

Sonrío de forma perversa.

—Eres una caja de sorpresas, Bradley.

—*I can be whatever you want.*

¡Oh, por Dios, este chico me va a matar!

—Te veo mañana. —Y se despide con un beso cercano a mis labios.
También le gusta hacerse el difícil.

Esto no es una cita



Abro los ojos cuando escucho sonar el móvil. Miro primero hacia el lado donde se supone que Gabriella debería estar durmiendo, pero no, mi madre no tocó esta cama y creo que no debo preocuparme mucho por ese detalle. La vi muy animada con un chico en el museo. Luego tomo el aparato para responder. Es Stephan.

—Buen día, dulzura.

—Hola —digo con voz ronca—. ¿Qué hora es?

—Siete treinta.

Me remuevo entre las sábanas.

—Deberías estar aquí...

—¿Ah, sí? ¿Haciendo qué?

Y ese tono seductor me hace sonrojar. No te imaginas lo que estarías haciendo, Bradley.

—Mi desayuno —digo, muy digna.

Él se carcajea, ya me lo imagino. Sus ojos apretados, los pliegues en las mejillas, los dientes...

¡Dios! Debo controlarme.

—Levántate, que tenemos nuestra primera no-cita. Te dejaré indicaciones por WhatsApp.

Y cuelga, así de sencillo. No ha dicho «¿puedes hoy?, ¿te parece si salimos?». No. «Tenemos nuestra primera no-cita.»

L.—Que no crea que conmigo es tan fácil, estoy un poco vulnerable por las expectativas que me genera, pero nada más.

E.—¿Y por eso te brinca el corazoncito de ese modo?

L.—¡Calla y vuelve a la cama, tú que puedes, Elena!

Tardo unos quince minutos en salir, no he podido hacer mayor énfasis en mi aspecto porque Stephan no ha parado de presionarme.

Le envío un mensaje.

Elena:

¿Adónde se supone que debo ir?

Stephan:

Aquí.

Y me adjunta una fotografía.

Es Manhattan Bridge Lower Roadway. Un perfecto enfoque al arco de la entrada inferior del puente. Mi chico está en Manhattan.

A toda prisa bajo y busco un taxi que me lleve hasta Little Italy. Según la aplicación del mapa, tardaré cerca de media hora en llegar. Imagino que por eso me despertó temprano.

El taxista me dice que debe tomar por la décima avenida, ya que por la NY 9A N se presenta un accidente de tráfico. Se lo comunico a Stephan en un mensaje y responde.

Stephan:

Debiste tomar el metro.

Yo no tomo el metro nunca, pero eso no se lo digo. Me preocupo por ponerme un poco más de *BB cream*, porque hoy se me notan mucho las pecas, y otra capa de bálsamo en los labios.

Casi me quedo dormida, siempre me siento muy débil después de un ataque de alergia.

Llegamos, pago y me sitúo en una esquina donde hay una sucursal de East West Bank, dispuesta a llamarle, pero entra un mensaje de WhatsApp.

Stephan:

Te ves hermosa hoy.

Adjunta una foto hecha desde la acera de enfrente.

Elena:

¿Dónde estás?

Unos cinco minutos después me responde.

Stephan:

Aquí.

Y la imagen que adjunta esta vez ha sido tomada desde el suelo. Se ven tres edificios; en el de la derecha hay una especie de barca que baja, como en los cruceros, y alcanzo a leer las calles que aparecen en una señal de tráfico: Bowery/Prince St.

Esto es como jugar al gato y al ratón. Pero divertido.

Estoy en la 77 de Bowery, así que preguntó a una anciana cómo llegar a Prince St., y me dice que avance cerca de cinco minutos hasta encontrarme con el New Museum. Y es lo que hago, aunque me paro de vez en cuando para deleitarme con los murales de arte urbano que voy encontrando y que me obligan a usar la cámara del móvil. Al llegar al museo me apetece entrar, pero llega otro mensaje de Stephan con una fotografía. Me la ha hecho frente al museo. Levanto la vista y busco en todos lados, pero el tráfico y las personas me impiden distinguirlo.

Stephan:

Me gusta que disfrutes de la ciudad.

Unos segundos después, otra imagen me muestra el anuncio de una tienda de ropa llamada Tatyana; junto a las letras, el dibujo de una chica con un

sombrero de gran ala que le cubre el rostro, muy chic, en realidad. Y en el reflejo de los cristales de la tienda aparece él. Lleva una cámara colgada al cuello mientras hace la toma con el móvil.

Stephan es un loco.

Y me lo empieza a poner difícil, porque no tengo ni idea de dónde está esa tienda de ropa. Opto por llegar al cruce de la segunda avenida y le escribo.

Elena:

Estoy en la 2nd av. No sé adónde ir.

Stephan:

Pregunta.

Empiezan a entrarme ganas de torcerle el cuello. Después de besarlo, claro está.

Y pregunto a un par de chicas, porque en esos lugares nosotras nos fijamos.

Debo cruzar y seguir todo recto, por la misma calle. El olor a café y a pan tostado me hacen rugir el estómago. Se me cruza el pensamiento de que puedo parar por algún *snack*, pero llega la siguiente foto y he pasado de largo por el dichoso almacén.

Stephan:

¿Qué te distrae?

Elena:

El hambre.

Stephan:

Estás cerca.

Adjunta una imagen más de un mural. Es un homenaje a Ramones, está tomado desde la acera de enfrente y hay dos bicicletas aseguradas a unos andamios. A la izquierda se lee: *Saxon + Parole*.

Bufo un tanto irritada. Aparte de que ando sola como una turista perdida, tengo hambre.

Avanzo una calle más y justo en la esquina de enfrente leo el anuncio en lo que el mapa dice que es la 316 con Bowery. Pero el mural no se ve desde aquí, así que espero a que el semáforo se ponga en rojo para cruzar. Llego a la

esquina que llevaría a 2 Bleecker St. y ahí está el mural. Sonrío como si acabara de ganar el gordo de la lotería al encontrarme una margarita sobre una de las bicicletas.

Entra otro mensaje.

Stephan:

Eres una gran compañera de tomas.

No entiendo a lo que se refiere, pero se nota que la imagen que me envía la hizo desde dentro de un sitio, y ese sitio...

Sí, me doy la vuelta y allí, a través del cristal, me saluda su sonrisa y, con un café en la mano, me hace señas para que me acerque.

Cruzo de nuevo la calle hacia un lugar llamado Think Coffee. En un tablero a la entrada hay una frase de David Lynch bastante oportuna: «Incluso un mal café es mejor que no tener café». Que no sé si es una excusa o la justificación de que su café puede ser malo, y conociendo los gustos de Stephan, nada de raro tendrá. Al entrar, el olor a café me hace sentir en éxtasis, aunque me pensaré dos veces pedir una taza. Stephan se levanta y yo me dirijo a su mesa. Está para comérselo y no dejar ni los huesos.

E.—¡Lena! ¿Qué son esos modales?

L.—Con Stephan se me olvidan, batracia. Vuelve al rincón.

Lleva una de sus simples franelas, es blanca con un estampado de una zapatilla de la marca de la estrella, y unos vaqueros que si no vieron mejores épocas están muy rotos y le imprimen ese toque de chico malo que me enloquece. Y un abrigo abierto de lana. Todavía no hace demasiado frío.

Me da un beso en la mejilla antes de correr la silla y apenas soy consciente de que contengo la respiración. Estoy nerviosa, no solo por él, sino porque lo está controlando todo y eso es nuevo para Lena Roach, que es quien suele elegir los lugares de las citas.

—¿Qué tal el paseo?

—Bueno para mi salud —respondo, muy puestecita en mi lugar, reposando

las manos sobre la mesa. Y así es, no sé cómo se me ocurrió ponerme deportivas y vaqueros hoy, pero ha sido mi mejor acierto.

—Pues este es el receso, aquí nos encontramos, pero más adelante no iré contigo.

—¿Te avergüenzo?

Stephan se burla.

—Así funciona esto, estamos juntos, pero no lo estamos. Casi todo el tiempo estuve en la acera de enfrente.

—No me parece una buena idea.

—Estoy trabajando en las tomas cercanas de las que te hablé ¿Recuerdas?

—Asiento. ¡Cómo olvidarlo! Tuve que rescatarlo de la cárcel—. Mientras yo me dirijo a lo que sé que quiero fotografiar, tú lo vives, lo descubres. ¿No soy un ingenioso guía turístico?

Elevo las cejas y afirmo frenéticamente con la cabeza.

Lo confirmo una vez más, Stephan está muy loco. A mí lo inesperado y casual no me gusta y espero que no le dure mucho ese ataque.

—Y ¿qué tomas? El café aquí es excelente.

—No soy muy de café, sabes. Prefiero té, un batido...

Stephan ladea la cabeza.

—No hay *kopi luwak*. —Es como si tratara de convencer a un niño de que al zumo no le han puesto la medicina—. Es café de calidad, cultivado en México, Etiopía, Nicaragua. De marca propia.

—Stephan...

—El barista es amigo mío.

—Bien, algo suave y sin azúcar, por favor.

Sonríe satisfecho y me aprieta la mano antes de irse al mostrador.

Yo me toco el estómago, intento pedirle que se prepare para lo que sea.

Johanne me envía un texto. Parece que mi madre acaba de volver a casa y lo ha hecho sin pantalones. ¡Grandioso! Menos mal que no tuve que presenciarlo. Gabriella se quedó en su veinte.

—Te pedí *bagels*, los hornean aquí mismo. ¿Hueles eso? Son delirantes.

Son panes con un hueco en el centro. Pero si tú lo dices, cariño...

—Gracias. Y ¿qué hacemos aquí?

—Estoy en esta zona de Manhattan, que me gusta mucho, porque es más urbana. Quiero capturar el arte callejero de toda la ciudad. Ya lo hice en Brooklyn y Queens.

—Voy a querer ver el resultado, seguro que me gustará.

—Espero que sí, según me dijo tu madre no te has perdido ninguna de mis exposiciones. ¿Hay alguna razón en especial?

Se me cierra la garganta.

Mi madre ya me desnudó delante de él cuando le dijo que lo consideraba el hombre perfecto. ¿Qué más puedo decirle?

—Transmites en tus fotografías, me hacen sentir que estoy justo allí, en el momento en que apretaste el obturador. No son simples imágenes documentales, son como un portal.

Stephan me mira intensamente, no sonrío ni junta las cejas. Solo son esos zafiros tan azules y brillantes que me traspasan.

El café llega para salvarme de la vergüenza, creo que hablé de más.

Doy las gracias al camarero y me sorprende con la taza, en primer lugar porque es muy, ¿cómo llamarlo?, artesanal. Estrecha abajo y amplia arriba, como un embudo, y elaborada con algo que parece cerámica o granito. Y con la palabra *Think* rodeándola. Pero no es solo eso, el platito también es muy *cuqui* y en el café hay un detalle que imagino que es obra de Stephan: una E, preciosa, con rizos y ondulada; es el arte *latte* que han hecho.

¡Es tan bonita! No quiero probar porque enseguida se borraría.

Saco el móvil y le hago una foto. Antes de que pueda guardarlo de nuevo, Stephan toma mi mano libre y la imagen a través de la lente es preciosa; siempre que veo manos unidas en fotos observo las mías y no imagino cómo sería su complementaria. Creo que acabo de hallarla. Lo miro como pidiendo concesión y él asiente, está sonriendo. Hago la toma en ráfaga y trago el nudo que se me formó en la garganta mientras devuelvo el móvil al bolsillo de la sudadera.

No quiero soltarle la mano, pero tampoco que piense que deseo quedármela. Intento tomar la taza y es allí cuando él deja la mía y empieza a partir el *bagel* por la mitad.

—El café es realmente bueno —admito tras el primer sorbo—. Pero me

temo que no has probado el de mi país.

—Lo he probado —dice mientras muerde el pan—. Es delicioso, pero prefiero algo más fuerte para enfrentar el día.

Pruebo el *bagel*, que permanece calentito, y mi estómago lo agradece.

Empieza a sonar una canción de Elvis. Stephan y yo nos miramos y sí, es inevitable recordar ese paseo en el puente, yo en la barra de su bicicleta y él silbando *Always on My Mind*. Una verdad que ya se me ha grabado a fuego en la memoria y en el corazón. Stephan es *mi* inolvidable.

Salimos del café directos al mural; allí está su bicicleta asegurada al andamio.

Antes de cruzar la calle me toma de la mano y tira de mí para llevarme contra su pecho. Stephan es alto, como unos diez centímetros más que yo, así que mis ojos quedan justo sobre su boca, que se convierte en una preciosa sonrisa.

—Mira detrás de ti —dice, pero primero besa mi nariz.

Me giro curiosa y veo lo que él vio. En una de las columnas metálicas que forman el marco de las ventanas hay pintados con *spray* seis corazones que van de menor a mayor tamaño. El amor nos persigue.

Su boca asciende por mi cuello imprimiendo en él besos chiquitos, y al llegar al oído me susurra:

—Ven conmigo.

Suspiro y me giro despacito, casi derritiéndome.

—No puedes vivir sin mí —alardeo, porque necesito una barrera.

Sonríe sobre mis labios y me besa, despacio, tierno, juntando primero su boca con la mía, para que sea sonoro, y luego succiona mi labio inferior. Lo repite varias veces, es como si quisiera acrecentarme las ansias y después dejarme con ellas al borde del abismo.

Es tan sexi... Y tan adictivo que moriría besándole. Aunque este haya sido un beso lejano a las ganas, su boca ya es mi vicio.

—Ya no podría vivir sin ti.

¡Oh, oh! Los jinetes del Apocalipsis se acercan, esto es el principio del fin del reinado de Lena Roach.

Me grita mi verdadera conciencia, y aunque suenen las trompetas, estoy

completamente decidida a ignorarlas.

* * *

El resto de la mañana se nos fue con sus *tomas callejeras* y fue la experiencia más exquisita de ver: Stephan en acción es dinamita y pasión. Luego me dejó en casa a las dos porque quería ver a Susan.

Subí como en una nube al piso; si no emanaba corazones, sí que los suspiraba.

Dentro, Johanne preparaba un almuerzo tardío para ella, escuchando a su amado Robbie Williams y cantando con más melancolía que entusiasmo. Sé que extraña a su guiri y que el problema con su amiguito no es todo lo que le pasa. Cinco años soportándolo y ahora se viene a quejar, estaba cómoda, sarna con gusto no pica. Algo más pasa y no quiere hablarlo, porque le toco el tema y enseguida se evade o saca las garras como un gato.

—He vuelto. —Y da un brinco que seguro que le purgó los pecados.

—¡Elena!

—¿Tan negra tienes la conciencia? —me burlo, y camino hasta ella para sentarme en una de las sillas altas de la cocina.

—Por lo menos yo aún la tengo —refunfuña, y se gira para seguir con lo suyo—. ¿Almorzaste o te dedicaste a follar como conejo?

—Por lo menos yo follo...

Se gira cuchillo en mano y yo me obligo a elevar los brazos en señal de rendición.

—Estuvimos andando por Little Italy. Así que si quieres invitarme no tengo problema.

—Despierta a tu madre, ya sale el pescado del horno.

—*Okey*. Pero cambia de música o tendré que suicidarme.

* * *

Son las cinco y media de un martes más aburrido que un documental sobre apareamiento animal. ¡Qué, vamos! ¿A quién le importan esas cosas? No he

salido en todo el día porque intento conseguir la solución al asunto de mis derechos de autor. Johanne está ayudando a mi madre en el museo y Stephan debe trabajar.

El teléfono suena.

Es él y de inmediato la sonrisa se me pinta en los labios.

—Hola, tú.

—Hola, dulzura, ¿Qué haces?

—No mucho.

Nada en realidad, estoy en pijama y no me he bañado. Pero es demasiada información personal.

—A las ocho, en las coordenadas que te dejaré en WhatsApp.

—Como ordene.

Se carcajea.

—Debo irme, ya estoy por terminar la sesión de fotos de hoy. Luego te cuento. Un beso.

—Otro para ti.

Soy la tonta de los suspiros.

A las siete y veinte estoy vestida decentemente. El tiempo está bastante fresco, así que me esmero un poco. Elijo un pantalón pitillo negro que tiene un detalle de cremalleras metálicas en la zona de los bolsillos delanteros, una camisa de tirantes de color vino y un suéter abierto de lana color crema. Botines de tacón mínimo y una bolsa de Chanel que amo por su tamaño perfecto.

Reviso los mensajes y ya tengo las indicaciones. Sus coordenadas me indican que es un lugar cercano a la Quinta Avenida. El taxista, que debe de ser de los que conocen muy bien la zona, descifra mejor que yo la fachada del lugar y dice de inmediato que es un hotel.

Se me hielan las piernas, porque no hay que ser adivino para saber lo que se hace en un hotel cuando tienes casa y cama propias, ¿verdad?

E.—Te habrás depilado, Lena.

L.—Dos cosas, desquiciada. La primera: siempre estoy depilada y lista para lo que pueda suceder.

E.—La segunda... muero por oírla.

L.—No me lo pienso zampar en cuanto cruce la puerta.

E.—¡Anda! No sería la primera vez que lo haces, ¿por qué tan mojigata?

L.—Porque no me apetece hoy.

E.—Permite que me carcajee un poco. A ti no te apetece en los días rojos del mes y porque los dolores abdominales te quiebran. Pero ganas te sobran, maja, y tampoco es que bastante sea mucho para ti.

—Es aquí. —Y esas palabras me suben las revoluciones, que se traducen en un corazón desbocado por el susto. ¿De verdad quiero que pase así? ¿Aquí?

Si es que no hemos tenido siquiera roces, nada de toqueteos atrevidos, aunque ya me vio las tetas no tiene que imaginarse mucho, y sí, la cachonda soy yo, él pudo comprobarlo.

Pago, bajo y miro a ambos lados de la calle. Luego la hora en el móvil. He llegado siete minutos antes, no se puede quejar porque sea impuntual. Aunque no tengo ni idea de lo que hago aquí.

Stephan:

Estoy en la entrada de un hotel llamado Pod.

El portero me observa con desconfianza. Así que me muevo junto a un hidrante y me concentro en el móvil esperando por la respuesta.

Stephan:

Entra, di que vas a la azotea, das tu nombre y tomas el ascensor.

¿Una azotea?

¿Ahora qué se le habrá ocurrido?

Cumplo cada una de las indicaciones y llego a un lugar de ensueño. Aunque está repleto de gente, lo que veo en cuanto cruzo la puerta me deja sin aliento. Hay pasacalles de luces que conectan a paredes de arcos y columnas en ladrillos y un predominante color rojizo. Arbustos que trepan por las cornisas y pequeñas mesas. Un minibar y unos escalones que llevan a una zona interior. Pero lo mejor de todo es la vista de 360° de la ciudad. Tengo el

edificio Chrysler enfrente, las luces del Memorial, el Empire State. ¡Dios, qué lugar tan increíble! Creo que no he dicho que es un restaurante, pero es que estoy alucinada, hasta creo que puedo tocar la luna.

Unos brazos me atrapan la cintura por detrás, es él, ya lo sé. Aunque no use una fragancia por la que pueda reconocerle, huele a Stephan, a suavizante y madera.

—Hola —susurra en mi oído—. ¿Tienes mesa?

Sonríó como la más boba, y es que estoy a punto de escurrir la baba al girarme y verlo de traje azul noche, sin corbata, camisa blanca y esa barba de tres días que... ¡Qué calor hace de repente!

—Hola —digo coqueta—. Al parecer hice reserva hace un par de semanas.

Ríe, desenfadado, y me toma de la mano para que lo siga.

—Soy amigo del barman y me debía un favor.

—Ya empiezo a creer que debes de tener amigos hasta en la Casa Blanca y que, si te deben algún favor, te lo cobras con una visita guiada.

—No me des ideas —me guiña un ojo.

L.—¡Temblor de piernas!

E.—¡Yo lo sentí como terremoto!

L.—¡Calla o te mando a dormir!

E.—¡Egoísta!

Llegamos hasta uno de los arcos laterales, donde nos queda la vista del edificio Chrysler.

—¡Steph! —Un chico moreno lo saluda con un abrazo—. Ya tengo lo que pediste, Nick llega en un rato, tenía un asunto.

—Gracias, Nate, te presento a Elena.

Y yo sonríó un poco antes de estirar la mano.

—Ahora todo tiene sentido. —Lo mira, burlón—. Encantado. —Y aprieta mi mano—. Estas son sus mesas, espero que no les incomode compartirlas.

—En absoluto.

Y nos sentamos en los bancos. Saludo a mis compañeros de mesa y me

giro para ver a Stephan.

—¿No podían hacernos hueco a ambos en la misma mesa?

—No, esto no es una cita. —Y me guiña de nuevo el ojo—. Solo hemos coincidido aquí.

No sé si quiero matarlo o besarlo. Mejor lo beso primero y luego le clavo un tenedor.

Pero ya que Roma no se hizo en un día y Lena Roach sabe lo suficiente de relaciones públicas, es hora de leerle la cartilla a Bradley.

—¿Y qué más, chicos? ¿Estáis celebrando? —Busco conversación.

Son tres chicos que no pasarán de los treinta, guapos, no para morirse, pero hay uno con unos ojitos dulces que no caería mal.

E.—¡Lena Roach! ¿Es que no puedes contenerte?

L.—¿A quién le amarga un dulce?

—Sí, es el cumpleaños de Joe —responde el de los ojos dulces y señala al chico del centro.

—¡Enhorabuena, Joe! ¿Cuántos son?

—Veintitrés —responde el rubito; no está mal, pero tampoco es mi tipo.

—¿Y tú eres? —Voy a por el tercero, que parece bastante tímido.

—Luke. —Y es el único que me tiende la mano y me planta un beso en ella.

¡Todo un caballero!

—Yo soy Ken. —Interesante nombre para esos ojos.

—Yo soy Lena. —Tiembla, Stephan, porque he invocado a la demoledora —. Si no tenéis problema, celebremos juntos.

Luke llama al camarero y pide mojitos; ya sabemos de mi historial con los mojitos, pero sencillamente no puedo negarme. Me ofrecen nachos y guacamole y entablamos una conversación que empieza con una competición de comer picante y avanza por los caminos de «la rubia de la izquierda tiene buenas tetas» o «lo que le haría Ken a la morena que tiene cara de amargura porque el tío con el que está prefiere usar el móvil».

Un toque en mi hombro me obliga a darme vuelta.

—¿Sí, guapo?

—¿Qué vas a cenar? —Parece que no le ha disgustado que esté en pleno desmadre con el trío que parece sacado de Yale.

—Un taco. —Y le hago un guiño.

Al volver mi atención a la mesa, los chicos me miran con cara de interrogación. Luke pregunta.

—¿Le conoces?

—Sí —respondo, y le doy un sorbo al mojito.

—¿Por qué no estáis cenando juntos? Podemos incluirlo en la mesa, aunque quedemos como sardinas enlatadas —ofrece Joe.

—No vinimos juntos, es complicado. No querréis tener mis años, mis mañas ni mi suerte.

Los tres estallan en risas y yo me como otro nacho. Me hacía falta esto, así lo hacía en Bogotá cuando estaba de *cacería*.

—De ti, guapa, yo lo querría todo, así dure solo una noche.

¡Olé!

Y Luke me ha apretado el muslo. Elevo una ceja y lo observo, expectante. Su mano empieza a subir, se la atrapo al instante, finjo sonreír y trato de hacerla volver por donde ha venido. Pero el chico se pone muy cerca y susurra:

—¿No querrías demostrarme un poco de todo eso que sabes?

Intento responder con una fresca para quitármelo de encima, pero Stephan se me adelanta, porque le escuchó perfectamente y ya lo tiene del cuello de la camisa y casi sobre la mesa.

—¡Stephan!

Encima le cae Joe y Ken intenta conciliar.

—¡Chicos, por favor!

—¿Qué le has dicho a mi novia, imbécil? —Se le marcan las venas de la frente y el cuello y se ha puesto rojo.

¡¿Novia?!

—Si fuera tu novia no habrías permitido que se sentara con tres tíos en lugar de contigo.

—¡Suéltalo ya! —le pido llena de vergüenza.

Stephan me mira, observa alrededor. Nate se acerca con cara de pocos amigos y creo que eso lo hace soltarle. Se gira para recoger su abrigo y me toma de la mano.

—¡Si no eres capaz con ella, encantado te ayudo! —le grita, se nota que este chico pierde el miedo cuando bebe y busca líos.

Hemos avanzado tres pasos cuando Stephan lo escucha. Me suelta, se da la vuelta y le reacomoda el tabique con un puñetazo.

—¡Stephan, por Dios! —Lo agarro del brazo y a empujones intento sacarlo, tiene los músculos rígidos y no se mueve.

—Debes irte ahora si no quieres que la policía te lleve —advierte Nate.

¡Genial!

Eso le obliga a moverse, porque no hace mucho estuvo allí. Salimos, al fin. Stephan no habla y no me mira. Mientras bajamos veo que aprieta los puños, sigue enojado y yo también, porque he pasado una enorme vergüenza con su ataque de machote celoso.

Estamos en la calle, se me ocurre llamar a un taxi e irme, porque temo que al abrir la boca termine diciendo que por andar de lista la noche acabó mal.

E.—¿No es la verdad?

L.—Es hora de que te vayas a la cama.

Y me giro en dirección a la Tercera Avenida. Avanzo a paso presuroso, siento que debo desaparecer, odio estas cosas, esos imprevistos, que un tipo se rompa la nariz con otro porque cree que la chica necesita que alguien la haga respetar cuando lo que les jode es que les toquen los cojones.

Voy llegando a la esquina. Hay una oficina de FedEx justo allí, pero antes de que pueda colocarme para parar un taxi, un fuerte agarre me detiene y el cuerpo de Stephan me acorrala contra un rincón, en el que hay una estructura verde metálica y un montón de andamios. El perfecto rincón oscuro para que nadie note lo que pasa.

—¿Me sueltas, por favor?

—Elena —dice con dificultad—, fui un imbécil. Pero es que ese tío...

—Tú reaccionaste violento, pude callarlo, ponerle los puntos sobre las

íes, pero te pareció mejor armar un espectáculo de mal gusto y estropearnos la noche.

—Lo lamento —pone su frente contra la mía—, no volverá a pasar. No quería que hoy acabase de este modo.

—Admite que eres víctima de tu propio invento.

—No del todo, pero tampoco puedo confiarme y dejarte sola, porque cualquiera quiere echarle mano.

—Vale, déjalo ya.

—Enojada te ves más hermosa.

¡Ay, no, esa frase no!

—¿Podrías darme un poco de espacio? Necesito aire.

Sonríe, lobuno. Acaricia mis mejillas y sus labios recorren la línea de mi nariz hasta llegar a los míos. Eso me ha erizado la piel entera. Se detiene, a solo unos mínimos centímetros está su boca, pero yo me fijo en sus ojos, en esa forma de mirarme, de traspasarme, de bajarme las defensas y ponerme a su merced. Sus manos ya no me apresan los brazos, sino que se cuelan hasta mi cintura, y él empuja mi espalda para que la cadera quede pegada a su pelvis. Sube los brazos y toma mi cabeza, la respiración se me agita y ya siento las bragas húmedas. Creo que empezaré a temblar de excitación. Retira mi cabello y se acerca para besarme el cuello, algo le pasa con mi cuello que siempre prefiere besarme primero allí.

—Yo solo quiero el aire que compartimos. No necesito más.

Este chico me deshace con cada frase que se le ocurre.

Se separa para mirarme y sonríe, ya no está enojado, su rostro ya se ha relajado, o mejor, se le ha transformado en lujuria. No puedo soportar todo lo que me hace sentir con solo mirarme, es como si el corazón no me cupiera en el pecho, como si en realidad perdiera el aire y lo recuperara con su boca. Llevo mis manos a sus orejas, las acaricio y sonrío por lo bonito que se siente no tener el control, no pensar cada movimiento. Es contradictorio y me abisma el temor a que esto me parta en dos y me haga más daño que bien. Pero, por hoy y por este momento, quiero creer que el amor no duele, que no acaba, que no se cansa, que resiste, que es suficiente. Aunque tampoco sé si esto es amor o ganas embadurnadas en purpurina o alguna droga que me estoy tomando.

Y él se acerca, despacio, así como estoy a tope de verlo en pelis. Los labios me tiemblan y de pronto tengo sed, la boca se me hace agua y el estómago se encoge. No sé si revolotean mariposas o es el efecto del picante, pero siento un vacío, una angustia, y todo sucede a cámara lenta. Sus labios tocan suavemente los míos y enseguida aprieto los dedos de los pies. Están húmedos y resbalan en una alucinante caricia que me obliga a abrirlos como si me urgiera aspirar una bocanada de aire vital. Sus manos me toman el rostro y su cabeza se inclina a la derecha; la mía a la izquierda, y allí es cuando su lengua se mueve inquieta por las comisuras de mi boca buscando la entrada, hasta que choca con la mía y el juego termina, porque ahora comienza una batalla de toma y dame. Gimo de gusto y me pego más a él, sus manos bajan por mi espalda y me atrapan el culo con tantas ganas que mis dedos se clavan en sus hombros. Él me aprieta contra su pelvis y el bulto en sus pantalones me avisa de que cierto amiguito se está despertando muy animado. Las ansias crecen y el beso es salvaje, hambriento, estoy segura de que no podría estar más mojada.

E.—¿Solo con un beso?

L.—Algo anda mal en mí.

Parece que nos hemos puesto de acuerdo, porque nos separamos al mismo tiempo para tomar un respiro. Y rematamos con besos pequeños muy húmedos. Si me estaba quejando de que no habíamos tenido ataques de fuego y toqueteo, pues acaba de ser, sí, señor. ¡Que empiecen los juegos!

—¿Qué es lo que me haces? —dice sonriente.

—Te beso con ganas.

Al fin se mueve y volvemos al mundo real, donde hay una avenida concurrida a unos cuantos pasos, una zona de hoteles y restaurantes y gente que pudo vernos en plan calentura descontrolada. Y nosotros tan campantes. Debo agradecer que pasa de las once y hasta el tráfico se redujo.

—Voy a necesitarte pronto en mi cama. —Vuelve a besarme antes de tomarme de la mano para caminar hacia la avenida.

—Tendrás que ganártelo.

—Te gusta ser mala, ¿eh? —Eleva las cejas.

Puedo ser peor.

—¿Te sientes un chico malo? —Llevo mi mano hasta su entrepierna para darle un ligero apretón. Él gime y tira de mi mano.

—Vas a matarme.

Sonríó satisfecha y levanto el brazo para detener un taxi.

—¿Adónde vas? —Su expresión es lo que esperaba. Porque, por más que lo quiera, no pasará hoy.

—Las chicas malas también debemos regresar a las doce.

Y antes de que pueda acorralarme contra otra pared y empiece el manoseo, me escabullo dentro del taxi.

Perdiendo a mi mejor amiga



Llego a casa en una nube cada vez más alta, lo que indica que, si me caigo, el golpazo será épico. Y con todo y esa profecía, no puedo evitar cantar.

—*All this time I've been living it up. And every night I'd be falling in love. But I'm finally seeing the light. Falling in love with you every night. Yeah!*[15]

—¡Oh, oh! ¿Elena Rocha enamorada? No creí volver a ver esto y creo que me aterra.

—¡Johanne! ¿Qué haces a oscuras y en la sala?

Y entonces lo escucho, fuerte y claro.

—¿Esa ha sido mi madre? —Johanne asiente con cara de pesadumbre—. Pero ¿qué coño le pasa por la cabeza?

—Ahora mismo tiene la cabeza en el coño, así que no le pidas mucha cordura.

Empiezo a moverme en dirección a mi cuarto, de donde provienen los gemidos. Johanne me alcanza.

—Elena, es la intimidad de tu madre.

—No es intimidad cuando jadea de esa manera. ¿Qué dirán los vecinos? —Y entonces se le une un chico y ya me preocupo, porque en lugar de placer parece que estuvieran muriendo.

—¿Los vecinos o el idiota?

—Al idiota que se lo coma un tigre.

—Así llevan más de una hora, desde que llegué. Pero tu madre se fue del museo sobre las cuatro, así que ni idea de lo que estaría haciendo antes.

Okey, esto debe acabar.

Doy tres golpes en la puerta.

—¡Mamá! ¿Recuerdas por qué vivimos solas? Hazme el jodido favor de buscarte un hotel, pero antes mete las sábanas en la lavadora y ponle mucho desinfectante. Que, cuando regrese, *mi* casa haya recuperado su aura limpia.

Me giro y tomo a Johanne de la mano para que salga conmigo.

—Cámbiale la pila a tu Rodolfo. ¡Aguafiestas!

Aprieto los puños, inhalo profundo y agarro la manta sobre el sofá.

Tomamos el ascensor y llegamos hasta el vestíbulo, nos acomodamos en un sillón y de reajo me parece ver a la *minion* ayudante de Julia, solo que al girarme para comprobarlo solo veo a Evan entrar en el edificio. Me hago la desentendida y me concentro en Johanne.

—Hola, chicas.

¡No!

—Hola —responde mi amiga con las mejillas coloradas. ¡Colegiala!—. ¿Llegas?

—Sí —dice un poco reservado y evitando mirarnos—. ¿Qué hacéis aquí?

Johanne me mira.

—Esperamos a alguien —respondo tan indiferente como puedo, y parece que lo capta.

—¡Oh, lo siento! No quiero importunar. Buenas noches.

—Adiós. —Tuerzo el gesto, porque no puedo evitar que me duela la cabeza tratando de recordar si pasó o no pasó lo que en apariencia pasó.

—¿Por qué eres tan dura con él?

—Porque hay algo en él que no me inspira confianza.

—Eso no te impidió meterlo en tu cama.

—Shhh..., ya te dije que no lo recuerdo, por tanto no sucedió, ¿vale?

Johanne suspira y se acomoda sobre mis piernas.

—¿Qué es lo que te pasa? No quieres hablar y eso nunca nos pasa.

—No es nada, *bitch*. Mejor cuéntame dónde estuviste hoy con tu no-cita. No pregunto si follasteis porque has llegado temprano.

—Estuvimos en una terraza restaurante, la cosa más alucinante. Tenemos que ir algún día, aunque no sé si me dejarán volver. Y es con reserva, porque se llena.

—¿Por qué no puedes volver? No habrás hecho de las tuyas en los baños...

—Neee, Stephan se fue a las manos con un tío que se estaba pasando de listo conmigo.

Se sienta de golpe.

—¡Qué macarra!

Tuerzo la boca.

—Sabes que no soporto el ridículo.

—¿Por eso llegaste pronto?

—No en realidad, después de salir terminamos morreándonos en un rincón y casi me voy con él, pero no sé qué me pasa que no quiero que ocurra tan pronto.

—Es porque no lo has incluido en *Te lo pierdes*, estás sin tus reglas y eso te frena. Lo sabes.

—Llegué a poner algunos datos, lo sucedido antes de mi noche de mojitos. Le prometí a la Elena desquiciada que no lo incluiría y que olvidaría reglas y el límite de tiempo.

Johanne me mira, alza las cejas y aprieta los labios. A veces siento que intenta decirme algo, pero no se atreve.

—¿Es él?

—¿Cómo él?

—La razón para afeitarte las piernas todos los días. —E inclina la cabeza socarronamente.

Vale, debo reconocer que tuve una época en la que me afeitaba cada mes. No había razones y tampoco me interesaba mucho mi aspecto. El primer chico de mi diario, David, fue el primero que reparó en mí cuando empecé la universidad. Cabello oscuro, piel clara y ojos pardos, dueño de una sonrisa matadora y muy inteligente, eso fue lo que más me atrajo. Estaba en el tercer semestre de ingeniería industrial. Nos vimos en un café y allí compartimos

mesa porque no había sitio. Hablamos poco, mi confianza no era muy alta por esos días, apenas empezaba a convencerme de tener un *alter ego* que me salvara la vida. Luego nos fuimos viendo cada vez con más frecuencia y al comentárselo a Johanne concluimos que yo le gustaba. Y la cobarde que tengo dentro se acojonó y empezó a esconderse de él, no tenía ni idea de cómo afrontar esa situación con tantas inseguridades encima. Una tarde leí en una revista para adolescentes algo sobre reglas para salir con un chico y evitar romperse el corazón. Y la idea surgió: llevar un diario e intentar leer sus intenciones para prevenir un despecho innecesario. Y por él empecé a depilarme más a menudo, comencé una rutina de cuidados y a ocuparme de mí. No duramos mucho, no hubo sexo y es el chico al que dediqué más páginas de defectos que de virtudes. Y también con él apareció completamente Lena Roach, que ha permanecido por ocho largos años. El nombre del diario me lo inspiró el abuelo, que cada vez que me ofrecía algo y yo me negaba respondía diciendo: «Te lo pierdes».

Por eso soy yo la que deja, porque el que deja nunca vuelve.

—Creo que sería la razón por la que volvería a misa los domingos.

—¡Joder! —Nos carcajamos hasta que nos duele la barriga. Porque ninguna se imagina a la otra yendo a misa, si cuando estábamos con las monjas nos salíamos a la mitad y volvíamos al final para que no quedara duda de nuestra asistencia.

La risa acaba cuando vemos salir a mi madre. Siento que se me desencaja la mandíbula, porque el madurito que la acompaña está para morir y resucitar. Si ese es el sueco, ¡madre mía! Entiendo completamente el escándalo de mi madre.

—Odio a tu madre —dice Johanne entre dientes.

—Yo la odio más.

* * *

Este viernes me he reunido con Kane, el abogado que consiguió Johanne para ayudarme con mis derechos. El asunto es que al firmar un contrato yo cedí los derechos al editor por el periodo que quedó estipulado en las

cláusulas. Por lo tanto, debo esperar a que ese periodo termine, porque ni ellos ni yo hemos incumplido y solo tengo una amenaza verbal que no justificaría un pleito.

Lo mismo me dijo Johanne y no me quitó doscientos dólares del bolsillo.

Estoy demasiado frustrada con este asunto. Nadie ha llamado para decir nada, lo cual me asusta. Y Fiorella se ha hecho la loca. No soy capaz de escribir ni media palabra sin que sienta que también me las van a quitar. Stephan ha viajado a Boston y apenas he tenido llamadas suyas en dos días.

Así que Johanne y yo estamos yendo a un cine, porque necesitamos desconectar del mundo y conectar con nosotras. La única condición es que no sea un peli de amor porque, según ha dicho, estaría en desventaja respecto a mí.

Llegando al cine en Lincoln Square recibo una llamada de Stephan.

—Hola, tú.

—Hola, ¿me has echado de menos?

—No mucho, he estado ocupada conquistando universitarios.

—No me hace mucha gracia. Acabo de llegar y tengo noticias. ¿Podemos vernos?

—Estoy con Johanne y vamos a entrar en el cine.

—Dime dónde y allí nos vemos.

—El AMC Loews de Broadway, Lincoln Square 13.

—Estoy cerca, ya te veo.

Johanne se ha adelantado, así que a mí me toca pagar el taxi. Cuando entro la veo posando con las Tortugas Ninja mientras un chico la fotografía con su móvil.

—No me digas que elegiste ya.

—No, pero no me pude resistir. Se ven muy reales. Subamos.

—Esperemos a Stephan, viene de camino.

Me mira, socarrona.

—Puedo irme, hacerme en las sillas de delante...

—¡Guarra!

—No te hagas la inocente conmigo.

Me doy la vuelta hacia la puerta y lo veo entrar. Lleva un abrigo largo y

las solapas del cuello levantado.

¡Dios! No es sano lo que me da cuando lo veo.

—¡Hola! —Me atrapa en sus brazos y me planta un beso pequeñito en los labios.

—Hola, Stephan —dice Johanne, bastante seria.

—Me alegra verte otra vez. ¿Ya tenéis las entradas?

—No, queremos ver lo que ponen en la cartelera para decidir.

Tomamos las escaleras hacia el segundo nivel. Y allí buscamos, nos decidimos por *El juez* y Johanne propone encargarse ella de las entradas y nosotros de las chuches.

Tras reunirnos nos dirigimos a la sala que Johanne indica. Pero en la entrada nos damos cuenta de que la muy tonta pagó por ver a las tortugas mutantes.

—¡Johanne!

—Lo siento, voy a conseguir otras.

—Ya están entrando.

—Calma, tranquilas —dice Stephan—. Vamos

Y nos lleva a la entrada de la sala donde empieza *El juez*.

—No me dirás que aquí también tienes amigos.

—No, aquí no.

Nos empuja con un grupo de chicos que van entrando. El encargado no se percató de que pasamos primero. Yo me congelé, estupefacta, y Johanne me tira a la parte más alta de la sala. Luego llega Stephan con las golosinas y me obligan a sentarme y ver la película.

Pasados diez minutos me relajé, porque nadie vino a sacarnos y la trama empieza a interesarme. Johanne me susurra al oído que al fin he dado con el macarra que me haría temblar el ombligo y soltarme el pelo, y que por eso empieza a caerle bien.

Pero a la mitad de la película mi macarra recibe un mensaje y me dice que debe irse.

Su voz suena extraña, no sé lo que le sucede, pero imagino que, si no tiene que ver con Susan, será algo de su trabajo.

La película ha sido buena, sobre todo me ha servido para no pensar en

otras cosas y no molestar a mi tinterilla picapleitos, porque, sí, va de un abogado.

* * *

Estoy acostada boca arriba en mi cama, desinfectada y vacía. Johanne recibió una llamada y salió como alma que lleva el diablo. No me quiere decir lo que le pasa, pero la mayor parte del tiempo se muestra distante, y cuando recibe mensajes es como si viera un fantasma y palidece. Hasta le ha puesto clave a su teléfono. Tendré que preguntárselo a Brian, aunque ninguno de los dos queramos vernos la cara.

Intento concentrarme en un libro de Clara Sánchez, una trama intrigante que me metería de cabeza entre sus páginas si no tuviera tanto en lo que pensar.

Suena el móvil.

Stephan:

No es muy tarde, ¿puedes bajar?

Le llamo enseguida.

—¿Estás bien? Sube, no hay nadie.

—Baja, por favor. Solo quiero darte un beso.

¿Debería preocuparme?

Busco un abrigo largo y me lo pongo mientras salgo de casa. En el vestíbulo se siente la temperatura muy baja, así que no podré estar mucho tiempo fuera. Lo veo sentado en los escalones de un antiguo edificio que está cruzando la calle. Se abraza las rodillas y mira hacia otro lado.

—Stephan, ¿estás bien? —digo cuando ya he cruzado, y me acerco.

Él parece salir de su ensimismamiento y sonrío con un gesto lejano a la felicidad.

—Sí, es que quería disculparme por dejarte en el cine. Surgió un problema.

—¿Susie está bien? ¡Dios! ¿Le pasó algo?

—¡No! Ella está bien, tranquila. Es otro asunto, pero no quiero que nos

afecte.

Me estoy asustando.

—Sube, hace mucho frío.

—Es una noche perfecta.

Y entonces saca una cámara de su maletín y se acuesta sobre la acera cubierta de hojas secas. Aprieta sin descanso el obturador, pero no se mueve, solo sonrío y lo hace con un deje de nostalgia en sus labios.

—Estás loco.

—Entonces enloquece conmigo. —Y me tiende la mano invitándome a ponerme a su lado.

Miro a todos lados, no hay nadie y apenas pasan unos cuantos coches.

—¿Por qué no puedo decirte que no?

—Porque en el fondo no quieres negarte.

Es adivino, lo que me faltaba.

Me tumbo a su lado y enseguida mi piel reacciona, el suelo está demasiado frío.

Stephan extiende uno de sus brazos para rodearme y yo me acomodo sobre su pecho.

—Mira lo que ven mis ojos. —Me ofrece la cámara y la coloca de forma que pueda tener el mismo ángulo.

Y sí, es una noche hermosa. Hay una luna brillante y rellena acompañada de millones de estrellas que le hacen corte. Ha movido la lente, y ahora los edificios se ven más pequeños y el cielo como cayendo sobre nosotros, casi puedo tocarlo. Ojo de pez, creo que llaman al efecto. Elevo mi mano y simulo juntar los dedos, como si quisiera atrapar la luna. Noto las manos de Stephan asegurando el enfoque y luego escucho el clic.

—Siempre lo veo en tus exposiciones.

Me besa en la frente.

—Lo sé. Eres tú. Y sería un sueño poder llevarte conmigo a cada lugar que me queda por descubrir.

Sí que lo sería, pero yo soy una chica de ciudad, así que no resistiría mucho.

—¿Vas a decirme lo que te pasa?

Suspira y gira para verme, también me giro.

—He recuperado el trabajo de mis sueños y me han pedido recorrer algunas zonas del país. Debo irme la próxima semana.

El corazón me brinca y la garganta se me cierra. Me alegra la noticia, porque sé que es lo que ama hacer, y ahora que Susie está mejor puede permitírselo. Pero no me hace particular ilusión que esté lejos de mí.

—Es maravilloso, debes de estar muy contento.

—No quiero dejarte, ya no es solo Susan quien me detiene en esta ciudad. También tú.

Le acaricio las mejillas y sonrío.

—No seré yo quien te corte las alas. Ve y vive tu sueño, que yo estaré aquí.

—Vuelvo en un par de semanas y luego salgo de nuevo.

—Está bien, pero me dejarás elegir un par de fotografías para mi colección personal.

—Lo que quieras.

Sonríe, y esa sonrisa sí es sincera, de las que me traspasan y hacen que mi mundo tiemble. Le sonrío de nuevo y me toma el rostro, pasa un pulgar sobre mis labios y me mira por entre las pestañas; es tan sexi y estremecedor ese gesto que me obliga a contener la respiración. Mis dedos aprietan un poco la tela de su abrigo como antesala a la unión de nuestras bocas. Mordisquea suavemente mis labios y creo que voy perdiendo la cordura y el aliento. Suspiro y me abandono a esa delirante caricia, húmeda y lenta.

Al separarnos siento las mejillas sonrojadas y los labios me arden un poco, pero es un dolor placentero.

—No me importa quién dijo esa frase, pero acabo de confirmarla.

—¿Qué frase? —pregunto confusa.

—Que tú, Elena Rocha, sabes a no querer vivir nunca en otro lugar.

Una oleada de frío me pone la piel de gallina.

—¿Te parece si nos vemos mañana para despedirnos? —Sí, me obligo a evadir diplomáticamente el tema porque nunca sé qué decir tras una declaración.

Soy un bicho raro. Ya está más que comprobado.

—Debo hacer unas fotos a mediodía, para un matrimonio. ¿Podrías verme en Brooklyn como a las dos?

—¿Cerca de tu piso?

—Sí, en el parque que está a dos pasos. Y comemos allí.

—*Okey*, te veo mañana.

Me incorporo y mi espalda se resiente. Stephan se levanta primero y luego me ayuda a ponerme de pie. Nos tomamos de la mano y caminamos hasta la entrada del edificio. Me entretengo tanto con él y nuestro beso de despedida que no noto quién ha llegado en taxi: Johanne. Literalmente brinca del susto.

—Elena, ¿qué haces en pijama y en la calle?

—Creo que mejor no preguntas, o yo también iniciaré un interrogatorio.

—Salgo con alguien y no diré más.

Tomamos el ascensor en silencio.

—¿Está casado? ¿Es famoso? ¿De la mafia?

—No te diré una sola palabra.

Creo que estoy perdiendo a mi mejor amiga.

¡Que no acabe nunca!



Desperté a las ocho con la espalda destrozada. Quise meterme en la cama de Johanne y pedirle un masaje, pero la muy tonta le puso seguro al cuarto. Ni que estuviera escondiendo un cadáver dentro.

Como Alan y Rebecca no trabajan los fines de semana, tengo que apañármelas como pueda en la cocina. Aunque tampoco es tan difícil para mí cocer un huevo, tostar el pan y picar fruta. Primero me voy a la bañera y me sumerjo en un baño de espuma con olor a vainilla y canela y me mimo un poco. La noche anterior había lavado y secado mi cabello, así que solo le doy un masaje con aceite hidratante y me pongo unos grandes rulos para formar ondas. Salgo hacia la cocina con mi *look* de rulos, mascarilla de algas y bata de baño. Pasa de las nueve. Saco los huevos y busco las frutas en la nevera.

—Hola, Elena.

—Buenos días, misterio.

—¿Misterio, el villano de *Spiderman*?

—No sé, ¿te sientes villana por algo?

—¡Que te den, Elena!

—Y ahora, ¿a quién maté?

Y cuando me giro la veo dar un portazo.

L.—Deben de ser las hormonas y la falta de sexo.

E.—Concuerdo, te pones igual.

L.—Hace mucho que no tengo sexo... de verdad. Y mantengo la amabilidad.

E.—Estás volando en tu nube.

L.—Mejor ayúdame a pensar en lo que voy a ponerme hoy.

Desayuno leyendo en el *New York Times* un artículo sobre un estudio que califica la violencia contra la mujer como una epidemia. Una vez conocí a una chica cuyo novio la golpeaba y luego le pedía disculpas con regalos. Cierta día tuvieron una discusión muy fuerte, él la atacó con una arma, la hirió, y ella, en defensa propia, le disparó en la cabeza. El tipo murió enseguida. Cuando se recuperó de las heridas fue procesada por asesinato y permanece en la cárcel.

Nunca entenderé lo que los hombres llamamos *justicia*. Pero cuando leo cosas como esta, siento que debo ayudar a otras chicas, no se me ocurre cómo, pero me gustaría hacerlo.

Como a las once, después de ponerme al día con *The Big Bang Theory*, recuerdo que tengo madre y decido llamarla.

—Hola, Elena —responde. Está enojada o algo le pasa, porque pocas veces me dice *Elena* con ese tono.

—Hola, madre, ¿cómo, dónde y con quién estás?

—Han pasado tres días desde que me echaste de la casa de mi hermana y no has llamado hasta ahora.

—Johanne dijo que estabas bien.

—Lo estoy, pero quizá por andar de amores con el italiano que conoció en el MoMA no recordó decirte que cogí mi mármol y me vine a Canadá; después iré a Japón.

—Eso es genial, te felicito, madre.

—El resto de las respuestas a tus preguntas son: estoy bien, acompañada de Lars, el sueco. Y muy feliz.

—Me alegra un montón. Tengo una cita, así que luego me cuentas más detalles.

—Lleva lubricante y muchos preservativos.

—¡Gabriella Rocha!

Mi madre es detestablemente insoportable. La quiero..., pero lejos de mí.

Lo bueno es que me ha soltado el secreto de Johanne, ya suponía yo que no podía estar tan rara si no se trataba de un ligue. Y debe de ser algún macarra, o qué se yo, con ella nunca se sabe. Pero tengo que descubrir quién es el italiano que la tiene en la cuerda floja.

Me voy al armario y desde allí escucho *A Higher Place*. Es Stephan, así que corro en bragas y toples hacia el cuarto, pero mi motricidad coordina a mi tobillo con el borde de una cómoda y un corrientazo me cruza la pierna haciéndome ver estrellitas de colores.

¡Joooooooooder!

Seguro que han escuchado mi grito hasta en Queens.

—Hola —digo, apenas con voz.

¡Como duele, mi Dios!

—¿Estás bien?

—Sí —digo entre dientes; tengo los ojos llenos de agua.

—¿Elena?

—No es nada, me golpeé el tobillo con la cómoda.

—Auch, lo siento. Espero que no haya sido por mi culpa.

—Lo es y no lo es. ¿Cómo estás?

—Un poco estresado, pero a punto de terminar.

—*Okey*, acabo de arreglarme y te veo en Brooklyn.

—Estoy más cerca de Manhattan. ¿Te parece si tomas el metro en 59 St., Columbus Circle Station?

—¿Cómo?

—La ruta azul, la A o la C te sirven. Te alcanzo en Times Square, ¿vale?

—Pero es que...

—En cuarenta minutos te veo, un beso.

¡Cómo amo mi suerte!

Un taxi me ahorraría tanto lío.

¡No sabes lo que te detesto ahora mismo, Stephan Bradley!

Me doy una vuelta por la aplicación del tiempo y, según el pronóstico, lloverá esta tarde. Así que acudo al armario, y ya que el metro no es el sitio

más glamuroso de la ciudad, me decanto por unos vaqueros oscuros un tanto lavados, un suéter de punto color humo y una cazadora. En los pies, unas deportivas blancas, una mochila de flecos y listo. Elena Rocha puede enfrentarse al metro.

* * *

Y me enfrenté, primero porque casi no di con la entrada a la estación y me quedé mirando a todos lados frente a Central Park, en el lugar que indicaba el mapa de mi móvil. Luego el cielo tuvo piedad de mí y vi el anuncio de *Subway*. Compré la tarjeta que me permite viajar por el mismo precio por dos horas y tuve que preguntar por la ruta azul y las líneas que mencionó Stephan.

Y aquí voy, camino de encontrarlo en Times Square. Pero tengo que decir que no me habría perdido nada, las estaciones son pequeñas y agobiantes, antiguas, y la limpieza deja mucho que desear.

El vagón va casi vacío, pero yo me niego a sentarme, no es que huela precisamente a flores. Y para agarrarme a la barra utilizo un par de toallas de papel. No me importa lo que digan, estos lugares son un verdadero criadero de infecciones y bacterias. Ya tengo la genética demasiado defectuosa como para sumarle algún *mutanteviruscocos*.

No le presto mayor atención a las paradas, solo miro el móvil en la aplicación de localización para asegurarme de que voy hacia Brooklyn.

—¡Arriba la manos!

Y el grito que emito me sale del alma.

—¡Tarado! —le grito cuando le veo tronchándose de risa.

—Aún te altero los nervios.

Lo que me altera es la vida. Me la pone de cabeza.

—No lo vuelvas a hacer. —La voz me tiembla.

—¡Oh, Elena! —Y me abraza por los hombros. Se apoya en la pared del vagón y yo escondo el rostro en su pecho—. Perdona, soy un imbécil.

Muevo la cabeza, afirmando. Y aunque ya me ha pasado el susto, no quiero apartarme de ese lugar.

—¿No me vas a dar un beso?

Niego.

—Después de esto no te mereces nada de mí.

Su barbilla rasposa me toca la frente y se va abriendo camino por un lado de mi cara. Me hace cosquillas y hasta duele. Le cosquilleo en el abdomen, porque sé lo que intenta. Pero esa técnica no me funciona, parece que no es cosquilloso. Ejerce más presión para que aparte el rostro, y como no lo consigue opta por el ataque: muerde mi oreja de un modo tan delicioso que enseguida me afloja las rodillas. Y me relajo, olvido que estaba enfurruñada en el mismo segundo en que sus labios tocan los míos. Puede que nunca más use el metro, pero jamás olvidaré este beso.

—No eres tan difícil.

—Tú eres un tramposo.

Nos reímos, luego sube un chico con una trompeta y empieza a tocar *jazz*. Stephan mueve los hombros rítmicamente y me invita a seguirle el paso. Declino, porque no sé bailar *jazz* y tengo pocas ganas de hacer el ridículo.

—Anda, no seas cobarde.

—No sé bailar *jazz*.

—Yo tampoco.

Me río y acepto sus manos, me toma por la cintura y nos movemos al ritmo de la música. Luego nos separamos, junto las rodillas y bajo un poco haciendo ondas con la cadera. Giramos juntos y luego yo sola, unos pasos de acercamiento y me toma por la cintura, yo me dejo ir hacia atrás y lentamente me incorporo. Me suelto y giro tomada de su mano para terminar enrollándome en sus brazos. La melodía termina y nosotros nos miramos fijamente, nos damos un casto beso y recibimos algunos aplausos. Stephan y yo nos acercamos a dejar un par de dólares en el estuche de la trompeta del músico y nos preparamos para salir. Hemos llegado a la estación de High Street, que nos deja en DUMBO, donde vive Stephan.

—Sobreviví al viaje.

—Te dije que era sencillo. —Me abraza por los hombros y avanzamos hacia su casa.

Hablamos de la boda en la que estuvo hoy, le cuento de la nueva personalidad de Johanne y su amor secreto y me dice que exagero, porque

estoy segura de que es algún heredero de la mafia siciliana.

—¿Tienes hambre?

—Solo un poco.

Y en lugar de girar a la derecha, lo hace a la izquierda y entramos en el parque del puente de Brooklyn. Caminamos por los senderos hasta llegar a una gran estructura cuadrada que alberga un tiovivo.

—¿Y esto? —expreso entusiasmada. Casi doy saltitos. Adoro estas atracciones.

—Te dije que Manhattan es muy aburrida. ¿Quieres subir?

—Sí, por favor.

Stephan me sube y me besa.

¡Que no acabe nunca, porfi!

Subimos la primera vez después de esperar cuarenta y cinco minutos. Tiempo suficiente para hablar de nuestras vidas y para que le mintiera sobre mi estado laboral actual. Lo único bueno de estos días es que me estoy animando a escribir y terminar de una buena vez la historia de Juliet.

—Comamos algo antes de subir de nuevo, ¿te parece?

—Por favor, muerdo de hambre.

—Te gustarán los *bark hot dogs*.

—Eh, para ahí. ¿*Hot dog*? No, cariño, no quiero perder el hígado, paso.

Stephan junta las cejas y se cruza de brazos.

—No seas tan cobarde. Yo los como casi a diario y aquí estoy.

Niego con la cabeza.

—No cederé con esto, es por mi salud.

Me toma de las manos.

—Dime, ¿eres alérgica a alguno de sus componentes?

—No, pero...

—No hay pero que valga, pruébalos y si no te gustan puedes vengarte como quieras.

—Stephan..., ¿sabes cuán peligroso es comer alimentos preparados en la calle?

—No seas tan catastrófica, una vez al año no hace daño.

El estómago me ruge de hambre.

—Vale, pero el más saludable que haya.

Stephan se carcajea.

—Si no le pones todos los aderezos, no vale.

Y termino cediendo. En verdad están para morirse. Las coberturas son caseras y hechas a la parrilla. No me comí dos para no parecer una tragaldabas.

—Ven, subamos una vez más, ¿te apetece?

Como un millón de veces y no me canso. Y no miento, el abuelo me llevaba cada domingo por la tarde a estas ferias increíbles y me subía en todas las atracciones mecánicas cuantas veces quisiera. Hasta que anochecía y regresaba rendida a casa, me metía en la cama y me daba un beso. En lugares como estos siempre seré una cría.

Ya empieza a oscurecer cuando bajamos por tercera vez.

—Se me antoja un algodón de azúcar.

Y me acerco al puesto donde los hacen.

—A mí me apetece café caliente, una manta y tú entre mis piernas.

—Nunca pares de soñar —respondo, y me como un gran trozo de algodón. Amo cómo se deshace en mi boca, un suspiro es más largo, pero no así de dulce.

Un resplandor ilumina el cielo sobre el río Hudson y enseguida se oye el trueno.

—Va a llover.

Y no ha terminado de decirlo cuando empiezan a caer gotas grandes y pesadas.

Stephan me toma de la mano y empezamos a correr en busca de un lugar para refugiarnos. La lluvia arrecia y todavía estamos muy lejos de la calle. Su casa queda cerca, pero no lo suficiente, y llegamos empapados.

—¡Para, joder! —me quejo jadeante—. No puedo más, prefiero mojarme.

—Dame tu chaqueta, cubro el maletín para que no se mojen las cámaras y así podremos caminar.

No es que me apetezca mucho, pero terminaré igual de empapada con o sin ella. Me la quito, y Stephan la usa para cubrir la parte superior del maletín, junta las mangas a los tirantes y vuelve a ponerlo sobre sus hombros.

Hallamos la salida y a él se le ocurre saltar sobre un charco. El agua me cae hasta en los ojos. Sin mencionar que mi cabello ya es un desastre, aunque ahora mismo no me importa. Le empujo hasta que queda bajo unos chorros que se han formado en el mirador de un edificio.

Niega con la cabeza y tira de mi brazo para meterme allí también, me abraza fuertemente y me besa. Logro zafarme e intento una carrerilla, pero me alcanza en mitad de la calle y me levanta mientras giramos.

—No me sueltes.

—Nunca.

Me baja y le invito a bailar.

—¿Qué quieres que bailemos? —inquire curioso. Apenas si podemos abrir los ojos, cae un tremendo chaparrón con relámpagos y viento incluidos.

—Imagina que estamos en Ibiza, en la playa, y toca Calvin Harris, algo así...

—*Yellow diamonds in the light. And we're standing side by side.* [16]

Me ha quitado las palabras de la boca, justo he pensado en esa canción de Rihanna.

—*It's the way I'm feeling, I just can't deny.*

Me acerco para besarlo, para decirle que sí, que me siento muy bien con él, que a pesar del miedo quiero intentarlo. Que aunque termine rota, prefiero disfrutarlo mientras dure, cada segundo, cada respiro, cada beso, cada caricia. Porque lo encontré, porque estoy viviendo mi sueño imposible, porque quiero ser masoquista y entregarle el corazón. A riesgo de todo, entregárselo a esta dulce nada que somos. Me quiero enamorar como nunca de Stephan Bradley.

—Ven aquí. —Me levanta para cargarme sobre sus hombros y conducirme hasta su casa. En la puerta del edificio me lleva contra la pared, que es de ladrillos rojizos, y juntamos nuestras bocas de un modo violento y placentero a la vez. Nos apretamos los labios, como peleándonos para ver quién lograr abrir primero los del otro. Sonríe sobre mi boca y me pellizca el culo.

—¡Tramposo!

Pero apenas lo digo su lengua entra de lleno en mi boca y una oleada de calor me sube desde los pies hasta el cerebro, haciendo desaparecer todo el frío que tenía. Entierro los dedos en su pelo y lo atraigo un poco tirando de un

par de mechones; mi cabeza está a punto de atravesar la pared, por lo pegado que tengo a Stephan. Ya me duele donde los bordes de los ladrillos me tocan. Una de sus manos baja por mi cuello y me soba un pecho, jadeo después del estremecimiento.

—Aquí no, por favor —digo casi sin aliento.

Se separa, me agarra de la mano y entramos sin mirar a nadie, escurriendo agua por todos lados —aunque yo tengo húmedos otros lugares que la lluvia no alcanzó— y andado a buen paso porque nos han entrado las prisas. Ya no es importante si no he puesto velas y flores, esencia de violetas y un par de copas de vino. Cuando llega la urgencia, lo demás estorba, empezando por la ropa.

—Joder, son ocho pisos.

Me da la risa, es matador saber que lo quiere tanto como yo. Prácticamente me arrastra y ya me duele la mano de la presión que ejerce. No sé en qué momento subimos los ocho pisos, y está oscuro, apenas un poco de claridad que no sirve para mucho más que distinguir formas.

—¡Coño! No veo la cerradura —se queja frustrado—. Y la luz del pasillo no se enciende.

Busco mi móvil y le alumbro con la luz del *flash*. Abre, tira de mí y vuelve a llevarme contra la pared. En el piso, la luz de la calle entra por algunas de las ventanas. Me gusta que sea tenue.

—Gracias —dice sobre mis labios, y sin más obstáculos empezamos a besarnos como si se nos fuera la vida, como si el mundo fuese a terminar en unas horas. Me agarra los muslos y los enredo en su cadera. Stephan me masajea el trasero y mete sus manos por mi suéter mojado, que pesa más que mi conciencia. Mi piel reacciona al sentir su tacto helado. Me lleva hasta la barra de la cocina y me deja allí para quitarse la camisa. La iluminación es casi nula en ese punto, pero recuerdo perfectamente lo que esconde tras sus franelas y con ese simple pensamiento me estorban las bragas. Sus manos alcanzan el borde del suéter y yo subo los brazos para terminar de quitármelo y dejarlo en cualquier parte.

Se acerca, nos besamos ferozmente, mi lengua se aventura a lamerle las comisuras de forma juguetona mientras sus manos luchan con el cierre de mi sujetador.

—Tu piel es tan suave como lo imaginé.

Me besa la línea de los hombros y yo tiemblo, es una caricia que me vuelve agua. Me zafa de las deportivas y enredo las piernas de nuevo en su cadera para atraerlo.

—Tú eres tan tú que me aterrera.

Stephan ríe y vuelve a levantarme para llevarme a su cuarto, donde no hay cama, sino aquella tienda de campaña. No sé si es muy fuerte o hace muchas pesas y sentadillas, pero es capaz de transportarme en sus brazos y depositarme sobre el colchón de la tienda sin que le tiemblen ni los labios. Escala por mis piernas hasta hallar la pretina y me quita lentamente los pantalones; debimos hacerlo antes de entrar, porque vamos a empapararlo todo.

Sí que lo haremos.

Ambos luchamos por casi arrancarlos de mi piel, él lucha menos con los suyos, y tras dejarlo todo fuera regresa para tenderse sobre mí. Busco su boca y él la mía y nos besamos, pero la prisa se ha calmado, ahora lo hacemos con detenimiento, como saboreándonos, y a la vez con una necesidad surrealista. No es como si quisiera comerme de un bocado, y para nada se puede comparar a los anteriores tíos con los que compartí sábanas, porque no exige. Me acaricia dulcemente las mejillas y se pone a mi lado, estamos frente a frente, abrazados y con las piernas enredadas buscando calor.

—Aún no me lo puedo creer —susurra sobre mi boca, y su aliento me eriza cada centímetro de la piel.

—Cree, por favor —le digo como en una súplica, porque necesito que él confíe en nosotros. Necesito que Stephan, que parece conocer el amor y cree en él, me llene de su fe para que yo también crea y sienta menos miedo y pueda cerrar los ojos y no pensar en que nada dura para siempre.

De nuevo me besa, besos húmedos, dulces, con amor, porque sí, así besaba yo cuando me enamoré de Michael y acabo de recordar lo que es un beso lleno de promesas y no de sexo.

Le abrazo, porque necesito sentirlo cerca, tatuármelo en la piel y saber que es real, que está pasando. Que mi sueño de amor imposible fue posible sin proponérmelo. Que no me lo merezco pero quiero merecérmelo. Que borraría por él ocho años de malas decisiones.

Stephan también me abraza y me acaricia la espalda con sus dedos y a veces con sus uñas. Me permito explorar su pectoral y tocarle como si le dibujara. Llego al vientre bajo y paso mis uñas por allí, es alucinante lo firme que es. Gimo cuando atrapa mis pechos con sus manos y pierdo levemente la pasividad para besarle más intensamente recorriéndole la boca entera con mi lengua. Cuando noto que quiere bajar por mi vientre, me apresuro a tomar su erección para desviar su atención. Stephan gruñe y separamos las bocas, luego exhala bruscamente. Meto mi mano por debajo de su ropa interior y al tocarle la punta del pene gruñe un *joder*, esta vez cerca de mi oído. Su mano también toca el borde de mis braguitas de encaje y el sexo se me contrae. Los dedos de mis pies se encogen y las piernas tiemblan. Porque es él quien me toca, y porque hace mucho que no tengo sexo de verdad. Me acaricia y yo le acaricio, gemimos, nos besamos, nos lamemos y las vibraciones se incrementan y las caricias se aceleran. Tiro de su ropa interior y nos damos un momento para desnudarnos por completo. Arrodillados en su tienda, nos abrazamos; no sé por qué lo hacemos, pero parece oportuno. Su boca muerde delicadamente el lóbulo de mi oreja y me retuerzo un poco, pegamos nuestro cuerpos y mis manos tocan su espalda, las suyas me imitan y al final somos como uno solo. Por mi cabeza cruza la idea que esta sería una bonita foto, y que la guardaría como un tesoro, pero no me atrevo a decírselo porque no quiero estropear el momento.

—No me preguntes por qué, pero ya eres como uno de mis brazos. Eres quien se ha llevado mi soledad y mis miedos.

—Stephan..., no me pongas tanto encima. Puedo hacerte daño, tanto como no imaginas.

—No me importa, Elena. Hazme daño, pero nunca te vayas. Nunca.

Se me encoge el corazón, no me siento capaz de cumplir con sus expectativas porque me conozco bien, pero tampoco quiero decepcionarle ni decepcionarme. El amor verdadero sucede una sola vez en la vida.

Busco su boca, necesito decirle a besos que no me iré, que aunque esté lejos no lo estoy. Que aunque todo un mundo nos separe, esa misma distancia nos une.

Caemos sobre el colchón, él sobre mí, y nuestras bocas unidas. Nos

seguimos acariciando, rozándonos y estremeciéndonos. Sus manos se enredan en mi cabello y yo tomo su pene y me acaricio el clítoris con él, ambos pronunciamos un *ah* y nos tensionamos. Stephan se mueve sinuosamente ayudando a que mis revoluciones se aceleren y lo siento cerca; comienzan el calor y ese tornado que acaba como en la explosión de una supernova. El golpe de placer me lleva del ardor al frío en una oleada placentera. Totalmente entregada a mis sensaciones, apenas soy consciente de que Stephan me recorre el cuello y los pechos con besos húmedos y lametones. Le acaricio el vientre y atrapo de nuevo su pene para masturbarlo. Lleva la cabeza hacia atrás y apoya sus manos en el colchón. Se ve mucho mejor la vista desde abajo.

—Para, que me corro...

Obedezco y Stephan se incorpora, me mira y el brillo de sus ojos me traspasa, es como el recordatorio de una promesa. Nos besamos, porque en sus labios lo puedo todo, y abro las piernas para indicarle que necesito recibirle. Le siento buscar detrás de mi cabeza. Y luego se pone un condón. Baja por mi pecho, apenas acariciando mi vientre, y me tensó, pero por fortuna no se detiene, sino que avanza y me abre las piernas un poco más. Me acaricia por el vértice y en los labios. Su aliento cala primero mi zona más sensible y tiemblo. Luego es su lengua la que me recorre lentamente, a veces en círculos o entrando por los pliegues. Atrapo un par de mechones de su cabeza y tiro un poco con cada crispación, ahora usa sus dedos y la descarga de humedad es inmediata.

—Déjate ir —susurra, y yo gimo lastimeramente cuando se desata un nuevo orgasmo.

Casi de inmediato se cuela dentro de mí, sin empujar demasiado. Vuelve a colarse un poco más profundo y mi interior tira para dilatarse. Me quejo un poco y abro más las piernas, Stephan lo intenta de nuevo y mi cavidad termina de expandirse para acostumbrarse a él. Jadeamos juntos, él se mueve en un balanceo lento y sale casi por completo de mí, pero vuelve a entrar casi a tope y mi garganta emite un sonido gutural que nos eriza la piel. Stephan agarra mis manos e intensifica sus embates, sin ser desmedido. Recuerdo los beneficios de los ejercicios vaginales y tiro hacia dentro tan fuerte como puedo, lo sostengo de modo que el pene de Stephan se sienta más apretado. Él gruñe con

voz ronca y lleva la cabeza hacia atrás. Suelto y remuevo un poco mis caderas para acompasarnos. Él me penetra una, dos, tres veces. Entra y sale de mí, nos aceleramos, la respiración se me entrecorta. Busco rozarme un poco. Stephan me levanta y me pone sobre sus piernas, y así abrazados volvemos a hallar el ritmo, a besarnos con hambre y a la vez con calma. Nos miramos y sonreímos, yo hundo la nariz en el hueco de su cuello y le beso desde allí hasta su oído, también ahí lamo, muerdo y beso. Su piel vibra y yo sonrío sobre ella.

—Bésame, Elena —me pide. Ha sonado tan íntimo, tan nuestro. Soy Elena, de nuevo soy Elena y no hay otra boca de la que quiera escuchar mi nombre cuando hacemos el amor. Sí, eso es lo que hacemos, aquí no hay sexo, aquí hay amor o se le parece mucho. Y le beso, me entrego, me dejo ir.

—No imaginas lo que eres para mí —confieso a medias, y él aumenta el ritmo, estoy cerca otra vez y por sus gemidos sé que también lo está.

—Te quiero, Elena. Ya sé que te quiero.

Y después nos tensamos, yo grito y le clavo los dedos en la espalda, siento que el corazón me palpita en todo el cuerpo y ese mismo cuerpo se rinde a las emociones que lo recorren, al abismo de su ternura, al azul de sus ojos, a la humedad de sus labios. Estoy ida. Como en cámara lenta, caigo sobre el colchón mientras Stephan empuja un poco más y se desborda dentro de mí. Se tensa dos veces, gruñe sobre mi cuello y aprieta mis hombros, luego se relaja. Lo abrazo y le acaricio la cabeza. Sonrió porque me siento distinta, porque es él, porque soy yo y porque es todo tan nuevo que hasta siento colmados mis vacíos.

Me da un beso en el cuello y se separa para mirarme. Aun con la poca luz sé que sonrío igual que yo. Sale de dentro de mí y escucho que se ha quitado el condón. Se tumba a mi lado y me recuesto sobre su pecho, me abraza y nos quedamos en silencio. Me deleito con el sonido de su corazón, que va cambiando de ritmo a medida que recupera el aliento. Me gusta, porque sé que late así por mí y esa es la mejor canción que podré escuchar jamás. Su corazón hablándome de amor y de todo lo que siente.

Pero vuelve a sorprenderme.

—*You take me to another space in time. You take me to a higher place...*

Le beso el pecho y reconozco que sí, es cierto, me lleva a otro espacio, a

otro tiempo, a un lugar más alto.

—¿Qué pasa? —Aparta un poco mi cabello, que debe de parecer la melena de un león, y busca que le mire.

—Siento algo raro aquí. —Y llevo su mano adonde palpita mi corazón.

—Puede ser algo parecido al amor. O, si estoy de suerte, es amor.

Me encojo de hombros.

—No me importa saber lo que es, no ahora, solo sé que se siente demasiado bonito.

—Ay, Elena, me matas. —Y eleva mi mentón para besarme—. ¿Pedimos *pizza*? Muero de hambre y no solo me apetece comida.

Me carcajeo y asiento. Luego me escabullo al baño porque tengo mucho pis.

Efectivamente, el espejo me confirma que soy Elena, empezando por mi afro natural, pero también por la sonrisa de idiota que no se me borra, el brillo en los ojos, las mejillas sonrojadas y los labios hinchados. Hasta la piel se ve más bonita.

E.—Acabas de cruzar la línea y lo sabes, Lena Roach.

L.—No me importa, la disfrutaré mientras dure, Elena. Me conformaría con un *para siempre*, si no es mucho pedir.

Me doy una ducha y lavo mi cabello para no oler a perro mojado. Ahora huelo a un revuelto natural de hierbas machacadas; este chico Greenpeace y sus gustos. Salgo a buscar alguna camisa para cubrirme. Lo veo trastear en la cocina, así que me escabullo rapidito. Abro el armario y recuerdo esa primera vez allí y los motivos que me hicieron meterme dentro, pero mi diosa sonrío porque le ha ganado a la huesuda. Me pongo el primer bóxer que encuentro y una franela holgada que dice *La Habana*. Hago énfasis en que si se me va a ondular el pelo, por lo menos que sea con forma. Aprieto varias veces desde la punta a la raíz para crear rizos más o menos gruesos. Cuando he terminado, salgo a buscarle y lo encuentro en la zona de lavado.

—Ni se te ocurra que vas a lavar mi ropa.

—¿Por qué no? —Junta las cejas, se ve tan sexi con el pelo revuelto...

—Porque no y porque ese suéter va a terminar oliendo a pies, no se va a secar nunca con este tiempo. Por eso usamos lavadoras y secadoras.

Me lleva contra él y me da un beso.

—Ya te adueñaste de mi ropa.

—Pretendo adueñarme de más, así que prepárate.

Nos vamos a su suelo entapetado y lleno de cojines. Ha pedido *pizza de peperoni* y la acompañamos con soda. Se ha esmerado con lo de no imponer su estilo de vida orgánica, que me resulta enfermizo.

—Ven conmigo, Elena. Acompáñame en este viaje.

—No puedo, tengo algunos asuntos que atender y no quiero dejar a Johanne sola; en el próximo si te parece bien.

—¿Aunque tengas que acampar?

—Sobre todo por eso.

—Es un trato.

Me río y asiento. De pronto me quedo mirando a la ventana, no ha parado de llover y solo ha amainado un poco. Se me viene a la cabeza la letra de *November Rain*, fue hace mucho cuando pasó por primera vez, cuando toqué las nubes como hoy, pero hay un detalle... También era noviembre.

—Si algún día tienes que irte y no puedes decir por qué, no importa cuánto tiempo pase, llama o escribe, que yo estaré esperando saber que estás bien.

—No me pienso ir de tu vida, solo estaré trabajando.

—No lo digo por eso..., solo promételo.

Me siento sobre sus piernas estiradas y le miro, expectante.

—Lo prometo.

* * *

Nos dormimos esa noche sin saber qué hora era, hablamos, nos contamos historias de nuestras vidas. Conocí mejor el caso de Susan y descubrí que Stephan, de alguna forma, carga una culpa con ella, y que prefiere estar alejado de sus padres a causa de un problema que prometió que me revelaría más tarde.

Al fin abro los ojos, porque la luz me da casi de frente. Si de noche vi las

estrellas y comprobé que dormir allí es como estar de campamento, pero en casa, ahora la vista es aún mejor. Enfrente está el río Hudson y tan solo se distinguen algunas barras del puente de Manhattan, que pasa justo por el lado derecho del edificio. A la izquierda y un poco más lejos está el puente de Brooklyn. Se nota que por eso le gustó el lugar a Stephan, e imagino que ya tiene una foto desde este ángulo.

Me aparto un poco, porque me apetece llamar a Johanne y decirle que estoy bien, aunque intuyo que no se ha percatado de mi ausencia, pues no ha llamado en toda la noche.

Stephan ronca levemente y luego me aprieta por la cintura.

—No te escaparás tan temprano —dice con su voz grave, que me pone la piel de gallinita.

Noto que cierto apéndice suyo está bastante despierto y su humedad me empapa el trasero. Me muevo de modo que le rozo y Stephan gime, me acerca y separa mis nalgas para que su erección se friccione justo allí. Poco coordinados y perezosos, nos movemos. Me agarra las tetas y se pega todavía más, de inmediato mi sexo conecta con la situación y elevo más el trasero hasta que noto que su erección se acerca a mi entrada. Trabajo un poco más los movimientos y luego se desliza dentro. Llevo la cabeza hacia atrás y su boca se encarga de erizarme la piel a fuerza de besos húmedos. Aunque parece incómoda, es una posición placentera y sé que le gusta porque le aprieto más. Él empuja, yo muevo las caderas y así vamos tomando el ritmo, nada de locura desenfundada ni ganas de devorarnos, no, esto debe de ser hasta pecado, porque no ponemos demasiado énfasis en hacerlo bien, solo en hacerlo. En tomarle gustito, la pereza compite con las ganas de igual a igual, y como nada nos urge, así podríamos quedarnos el día entero.

Pero a estas horas de la mañana todo despierta perezoso en nuestros cuerpos, así que, si nosotros no nos ocupamos de hacerlo bien, ellos tampoco piensan ayudar a prolongarlo. Ya voy sintiendo que se me tensan los dedos de los pies y las manos de Stephan me aprietan con mayor determinación. Estamos a punto, si tocas el botón correcto, estallo...

Y estallo, con modorra, pero lo hago, y es lo más mal hecho de mi historia sexual, pero resulta placentero como nada.

—Quiero más domingos así —gruñe en mi oído, y también estalla.

Me giro y me apoyo en un brazo para mirarle desde arriba.

—Tengo que ponerte reglas. —Aprieto la boquita y entorno los ojos.

—Pide lo que quieras.

—¿Seguro?

—Como que me gustas tú, y mucho. Y hacerte el amor, y besarte la boca y perderme en tus pecas.

L.—Sonrío como la más imbécil.

E.—Somos dos.

L.—Horario no apto para menores, Elena. Ve a ver Mickey Mouse o alguna de esas cosas.

—Quiero que uses tus ojos solo para mirarme, que tus labios solo besen los míos. Que cuando sonrías pienses en mí y que si lloras, sea yo la culpable.

Me sonrío con los ojos porque se ha quedado serio. Le acaricio las cejas y la línea de la nariz. Se ve tan relajado y tranquilo que daría lo que fuera porque siempre fuera así, por eliminar de su vida las tristezas. Nunca más quiero verle como aquel día en Staten Island.

—Primero: mis ojos ya te han grabado en una fotografía permanente, eres como el fondo de pantalla de mi memoria. Segundo: aun cuando te estoy besando siento sed de tu boca, por eso no puedo parar, porque no me sacio. Tercero: has llegado para devolverme las razones de sonreír, así que ahora sonrío sin darme cuenta de que lo hago, y es porque te tengo presente la mayor parte del tiempo. Y por último, si debo llorar por tu culpa, que sea porque ya no puedo ser más feliz o para evitar que tú lo hagas.

Y de repente ya no es la gravedad la que me mantiene en el mundo, es él.

Elena al desnudo



Estas dos semanas fueron algo que no logro describir en una sola frase, pero se parece a decir que el amor es como volar. Stephan me ha hecho despegar los zapatos del suelo, me tiene revuelta la vida. No tengo reglas, no pienso en que cuando la magia acabe Johanne tendrá que recoger mis pedazos para juntarlos.

Volví a casa ese domingo tras ayudarlo a hacer las maletas y verle irse al aeropuerto. Me dejó sus llaves para que me pasara cuando me apeteciera, o solo para comprobar que nadie le robara la tienda de campaña y los cojines. Dije que no me haría cargo de la extraña desaparición de su *café gourmet*. Me río tan bonito que por poco le ofrezco también mi alma para que la convierta en eso que es ahora él: felicidad. Adoro verle sonreír y que sus ojos caiditos y soñadores no revelen la tristeza que me transmitieron la primera vez que me reflejé en ellos. Sé que he contribuido a su tranquilidad, y que regresar a su trabajo de fotógrafo trotamundos también suma, pero Susan se lleva la mayor parte, porque no ha enfrentado otra crisis y todo indica que esta vez sí va a recuperarse.

Es jueves, y en lo que va de semana no he parado de escribir. Alan está preocupado porque no salgo y solo me cambio el pijama, vuelvo al estudio o escribo en mi cama, en el sofá o frente al balconcito desde donde veo

Riverside. Rebecca me lleva la comida, la merienda y pregunta si todo va bien, si estoy enferma. Pero no es así, estoy en pleno romance con las musas y cuando eso sucede pierdo hasta el apetito. Solo necesito música, té y el ordenador.

Imagino que por eso los escritores somos propensos a la soledad y tildados de asociales.

Pero es que esto no me pasaba desde hace tanto que quiero disfrutarlo, estoy a un par de frases de...

(Un momento.)

—¡Fiiiiiiin! —grito llena de júbilo, elevo los brazos y sonrío satisfecha, suspiro y me cosquillean los dedos.

Lo he hecho, he acabado la historia de Juliet, y si en verdad es mi clon, como dijo Casilda, quiero un final como ese para mi historia. A propósito, debo mostrárselo para que me dé visto bueno. Decido llamarla después para saber cómo van sus clases y su búsqueda de la infiltrada. Sé que aún no la ha descubierto, y yo no le he dicho la verdad. Creo fehacientemente que es mejor que no lo haga.

—¿Enloqueciste al fin? —pregunta Johanne asomándose a la puerta.

—No, boba. Acabé el libro.

Da un saltito y se pone a mi lado.

—¿En serio? ¡Qué emoción! —Toma el ratón y lee la última página. Cuando acaba también suspira.

—¿Qué te parece?

—Quiero un tío que se enamore de mí así, que me haga canciones, que me lleve en sus giras, que me dedique sus triunfos frente a un millón de personas. Que también me haga sentir que voy a explotar de lo mucho que me llena. — Un par de lágrimas bajan por sus mejillas.

—¡Joha! ¿Qué pasa?

Niega y se va a su cuarto.

¿Qué es lo que tiene?

No me lo quiere decir, no permite que mencione que está viendo a alguien, y aparte de que permanece a la defensiva, también está deprimida.

Guardo el archivo y cierro el programa. Así lo hago siempre, acabo y le

doy reposo al manuscrito un mes o dos y luego lo leo completo. En el inicio de YouTube me recomiendan ver de nuevo el tráiler de *Cincuenta sombras*. Se me ocurre algo.

—Johanne. —Llamo a su puerta—. Abre, alguien quiere verte.

Abre la puerta de sopetón.

—¿Quién? —Mira a todos lados, parece aterrada.

—El amo Grey —respondo sonriente, y le enseño el ordenador.

—Serás imbécil. —E intenta cerrarme la puerta de nuevo, pero consigo meterme. Pongo el ordenador a un lado y la agarro por los brazos.

—No sé qué demonios es lo que te está pasando, si el italiano ese te tiene demasiado *flasheada* y por eso la tomas conmigo. No voy a preguntarte, ya me quedó claro que no te apetece hablarlo. Y está bien, todos pasamos por esos momentos. Mil veces estuviste para mis eternos agujeros negros, callabas cuando debías hacerlo y también me sermoneabas. Eres mi persona, Johanne. Somos como Meredith y Christina,^[17] ¿recuerdas? No te lleves a mi amiga porque sabes que en esta vida siempre voy a necesitarte. Hace tanto que no te tenía cerca, y ahora andamos tirándonos de los pelos y no sé el motivo.

—Es complicado —musita con la voz quebrada. La abrazo y le acaricio el pelo.

—No me lo digas, pero si es por amor, ya sabes que no vale ser un simple pétalo. Debes ser la flor más bella que los ojos de ese gilipollas verán jamás. —Asiente y se separa para limpiarse las lágrimas con la manga del suéter—. ¿Quieres ver al amo?

Sonríe un poco y nos acomodamos en la cama. Cuando salió el tráiler apenas comentamos las expectativas que teníamos. Hoy lo veremos juntas.

—Ella no me gusta, es tan simple.

—A mí ella no es la que me preocupa, sino él. Este chico tiene un rostro muy aniñado y yo me lo imaginé más, no sé, quizá mayor, con la expresión más dura. Verdaderamente intimidante a primera vista.

—Como Matt Bomer.

—Un poco como él, pero si fuese Matt no podría evitar verlo como Neal.

^[18]

En la escena del beso en el ascensor la veo tensar los dedos y morderse

los labios.

—Elena...

—Dime.

—¿Has tenido besos así?

Junto las cejas y me doy la vuelta para verla.

—¿En un ascensor o así de intensos?

—Lo segundo. De esos besos con prisas, que te como de un bocado.

—Pues sí, la mayoría de las veces tengo prisa. Pero no te entiendo, ¿tú no los has tenido?

Traga saliva y baja la mirada.

—En el instituto y en la universidad. Pero con un tío de verdad, no.

¿Cómo?

—¿Y Edward?

Bufa.

—Edward parece una virgen del siglo XV cuando folla. Los besos con él nunca fueron algo como eso. No como son ahora...

¡Oh, oh! Fuga de información.

—¿Ahora? —Me pica la lengua, quiero hacerle mil preguntas.

—Sí, Elena, salgo con alguien. Y es tan complicado como decir que es con un casado. Te juro que puede ser mucho peor. Pero es que no lo pude controlar, no pude poner distancia. Sucedió y es una completa contradicción que esté tan enviciada y me sienta tan culpable a la vez.

Le tomo las manos.

—Vívelo, eso es el amor, una contradicción.

—No, Elena. Es que no debe ser. No con él.

—¿Si me das solo otro poquito de información? Puedo ayudarte.

—¡No!

—Vale, pero considero que...

* * *

Mi teléfono suena, y al comprobar de quién se trata, puedo asegurar que es una total sorpresa.

—Fiorella, pensé que no ibas a volver a hablarme.

—Fue lo que dije. Después de la vergüenza que me hiciste pasar, no te mereces ni mi desprecio.

—¿Qué vergüenza?

—Julia White me contó que la habías tratado muy mal, que incluso la agrediste. Fue muy buena al no presentar cargos.

¿Qué yo hice qué?

—Eso no es cierto, y ya te lo expliqué.

—Sí, por eso te niegas a darme tu versión de lo sucedido. Ya no me interesa. Llamo por otro asunto.

—¿Y cuál es?

—¡Me choca tu cinismo!

¡Anda ya! Ahora soy la mala.

—Habla, que no estoy entendiendo nada.

—Pues que no han parado de llegar mensajes y cartas preguntándome cuándo será la presentación de ese libro que tiene revolucionadas a la redes sociales.

—¿Qué libro?

—¿Cómo que qué libro? El que logré saber que sale mañana al mercado bajo un sello independiente. Mi Twitter está al borde del colapso.

—¿Quién lo publica? No entiendo nada. ¿Y por qué me lo preguntas a mí?

—Tu lo firmas. ¡Es tuyo! La gran Lena Roach presenta *Los hombres que destrocé*. El subfondo de un diario llamado *Te lo pierdes*.

El suelo se está moviendo bajo mis pies.

—¡Yo no he escrito eso! Yo...

Tiro el móvil al sofá, salgo corriendo a mi estudio y busco en el fondo del cajón del escritorio. No está...

¡No está!

¡¡¡No, no, no, no, no!!!

Escarbo en todos los rincones de la casa. He tirado todo por los aires y ese bendito libro no aparece.

¡A mí me va a dar algo!

Johanne regresa y me encuentra llorando sobre un montón de ropa y libros.

—¿Qué pasó aquí?

Me doy la vuelta hacia ella y sé que reconoce esta mirada.

—¡Dios santo! Elena, habla.

—No está, Johanne, mi *Te lo pierdes* desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

Y se pone a buscar en mi desorden.

—No lo busques, es inútil.

—¿Qué vas a hacer? No puede caer en manos equivocadas...

—Pues pasó, alguien lo consiguió y va a publicar un libro usando mi *alter ego*. Es como si confesara todo lo que he hecho.

Johanne se agarra la cabeza a dos manos. Entiende, al igual que yo, que ha llegado mi fin. Tardaron, pero dieron justo en el blanco.

—¿Cómo esa mujer tuvo acceso a esa información? ¿En qué momento se metió aquí?

—No lo sé, Johanne, y lo peor es que tengo prohibida la entrada en BEAU. No hay manera de que pueda encararla y mucho menos podré detener la publicación.

—Piensa en positivo. Puede hacerte una publicidad increíble. Llegarás a más lectores...

—¡No, Johanne! Ese libro no lo leerán las mujeres únicamente, lo leerán los hombres. Esos que aparecen allí. Si se revelan sus nombres, su fotografía... ¡Dios! Van a querer lincharme. Además, esconde un oscuro secreto y lo sabes.

—La mujer...

—Esa mujer.

¡Maldita sea!

Johanne toma su portátil, se sienta a mi lado y teclea frenéticamente. Lee deprisa, sonrío por momentos y en otros frunce el ceño. Sé que intenta ayudarme, es abogada. Algún recurso, por descabellado que sea, es mejor que la tormenta que se avecina.

Y yo a cientos de kilómetros de Colombia.

De la recepción me informan de que hay un par de periodistas de medios hispanos esperándome.

Por mí pueden hacer velada, no voy a atenderlos.

—Dime que tienes algo.

—Tengo un dato que no sirve de mucho. Tu nombre lo ha reclamado la casa BEAU, técnicamente solo podríamos decir que alguien te suplantó.

—Nadie va a creerme.

El timbre. ¡Como lo detesto!

—Yo atiendo.

Trato de despejar mi mente y empiezo a organizar el desorden que armé.

Johanne regresa, su rostro revela algo aún peor.

¡Ay, no! ¿Ahora qué?

—¿Qué? —No soy capaz de articular una palabra más. Tengo la garganta cerrada y el cerebro a punto de estallar.

Me entrega un grupo de sobres. Me siento en la cama, parece que es mejor que esté sentada.

Abro el primero:

«ORDEN DE EMBARGO»

¿Embargo?

BEAU me ha demandado por plagio de la propiedad intelectual e incumplimiento de contrato. Es el segundo aviso y tengo orden de embargo...

¡Mi piso!

¡Mi Sheldon!

Un sobre más con insignias americanas.

Esto empieza a asustarme.

Me adentro en la lectura, en este momento ya no distingo entre un idioma y otro y me cuesta traducir. Cierro los ojos e intento relajarme para comprender lo que leo.

Vuelvo a ver el papel y entonces todo tiene sentido.

Mi permiso para estar en Estados Unidos ha vencido y me dan el primer aviso para que salga del país sin acarrear consecuencias legales.

¡Casilda, te equivocaste con respecto a Julia White, es a mí a quien odia con todo su ser!

Me derrumbo sobre la cama y me entran unas ridículas ganas de reír. Nunca antes en toda mi vida estuve metida en tantos líos juntos.

—¿Qué te causa tanta risa?

—Mi desgracia, el hecho de que alguien pueda tenerme tanto recelo como para querer aplastarme. Dicen que el odio es señal de que me envidian, así que esa arpía debe admirarme nivel Dios.

Logro que también sonría.

—¿Qué harás?

—Írme, en este país no me quieren por más tiempo y en Colombia, a partir de mañana, me buscarán por cielo, mar y tierra.

—¿Y Stephan?

¡Ay, dolor!

—Supongo que lo entenderá.

—¿Perderás al amor de tu vida? No te des por vencida.

—Siempre seremos lo más bonito que casi nos pasa.

Se me corta la voz. Johanne me abraza y empiezo a llorar como una adolescente a la que su padre le prohíbe salir con el chico de sus sueños.

* * *

Hemos metido en las maletas todo lo que traje y lo que la tía Maggie sumó a mi armario. Llamo para solicitar un vuelo de regreso a casa y, aunque lo consigo, mis tarjetas están retenidas y no puedo pagar. Cuando reviso el efectivo que tengo, me doy cuenta de que me hace falta lo más importante para regresar a Colombia con un módico nivel de dignidad: el visado.

Esa persona que irrumpió en mi templo tuvo tiempo suficiente para hurgar en mis pertenencias y llevarse lo más fundamental.

Johanne pone su expresión de mayor aflicción. Ahora sí estoy jodida.

Nos calmamos, pensamos mejor las cosas y decidimos ir a la embajada para resolverlo.

Mañana será un mejor día.

Mordiendo el polvo, levantando la cabeza



Decir que no pegué el ojo en toda la noche es irrelevante y hasta obvio. Estuve frente a la computadora a la espera de que se revelara que el libro ya estaba disponible. Pero logré saber que no se publicaría en formato digital. Llamé a Lian y le exigí que lo consiguiera, así le tocará asaltar las librerías. Solo espero que el día empiece y sepa exactamente a lo que me enfrento.

Me doy una ducha, cepillo mi cabello y me visto para la guerra. Ese consejo me lo dio Casilda Watts, que no ha dejado que la vida le tome ventaja pese a sus detractores. O mejor, pese a la guerra declarada de Julia White. Con la llegada de una mojada mañana también tengo un mensaje de Stephan y una fotografía del amanecer desde el desierto de Mojave. Intento creer que debí irme con él, y entonces recuerdo al abuelo diciéndome que las guerras se ganan enfrentando al enemigo.

Johanne despierta a las siete y me encuentra frente a la pantalla del portátil, recibiendo el escaneo de *mi nuevo libro*.

Te adoro, Lian.

—¿Es muy malo? —Su pregunta encierra el temor.

—Es todo lo que supuse, Johanne. No tuvieron la delicadeza de obviar nombres y fotografías. Fue *copy and paste*.

Pone sus manos en mis hombros e inicia un suave masaje.

—Debes ser muy fuerte, el día apenas empieza y para cuando termine ya tendrás las primeras reacciones.

Exhalo pesadamente. Johanne pasa al baño y yo sopeso mis opciones con respecto al visado. Julia White me apuntó con todo su odio.

Desayunamos en silencio. Rebecca y Alan notan el ambiente tenso, la nube negra que tengo sobre la cabeza. En el mismo mutismo nos dirigimos a la embajada. La mirada llena de preguntas que me prodiga Alan a través del retrovisor me hace sentir vacía, voy a extrañarle tanto...

* * *

Tuve la fortuna de reunirme directamente con el embajador. Parece que ser reconocida en mi país me trae algunos beneficios. Sin embargo, estoy como Lindsay Lohan en *Just My Luck*. He perdido mi buena estrella. Solucionar el asunto del visado y el pasaporte tardará como mínimo un mes y no hay absolutamente nada que puedan hacer para impedir una deportación.

Johanne decide invitarme a Magnolia Bakery. Pretende que unos *cupcakes* y un exquisito capuchino me levanten el ánimo.

—Tengo noticias para ti —trata de decir mientras come un gran bocado de su *cupcake* y revisa su iPad.

—Intenta que sean buenas.

—Pues... —Lo medita—. No lo sé. Te lo diré así: *tu libro* se ha agotado en Bogotá, en España ya rompiste récords de ventas, Buenos Aires y Santiago informan de buenas cifras. ¡Eres un *hit*!

Sonríó levemente.

—Ya sabemos que la espuma sube y enseguida se desborda...

—¡Ay, Elena! Algo bueno te quedará de todo esto, ya verás como sí.

Lo dudo.

Muevo la cabeza de arriba abajo y tomo un sorbo de mi taza. Hace tanto tiempo que no me sentía con las manos atadas..., es más, tengo miedo y, sin embargo, estoy esperando por lo que pueda suceder totalmente resignada al destino.

Después de atiborrarnos de pastelitos, damos una vuelta por Century 21.

Johanne es como la tía Maggie, lo quieren solucionar todo con ropa nueva. En este momento he perdido hasta el buen gusto, me tiemblan las piernas de imaginar lo que será regresar a casa y que los medios no paren de desollarme y regodearse con mi desgracia.

—Sé que no es el momento de decir esto, pero mira que Versace está casi a la mitad de precio que en sus tiendas. Elige lo que gustes, que mi Mastercard paga.

Me apetece apretarle el cuello.

—Aprovecha esas ofertas y lleva cuanto puedas, desde ahora debo cuidarme de la policía. Estaré escondida en los probadores... —Me meto en el del fondo y empiezo a llorar desesperadamente. Puedo sentir el rubor alzándose por mi cuello y mis mejillas y picor en los ojos. Sé que las chicas pensarán que soy una psicótica, o que sufro porque no me queda la talla cuatro de un perfecto vestido..., pero no; simplemente no dejo de contemplar mi vida y mi vida me hace llorar.

Una llamada de Stephan entra en mi teléfono, veo su nombre en la pantalla hasta que deja de sonar. No quiero fingir con él.

No puedo.

Y sigo llorando hasta que creo que ya no me quedan lágrimas. Salgo con lo que debe de ser el rostro del horror y camino hacia la salida con la espalda recta y el cuello estirado. La función acabó.

Al anochecer regresamos a Sessanta. Los alrededores están repletos de coches y por las afueras del edificio pululan los periodistas, cámaras y fotógrafos.

¿Se suicidó algún famoso?

Por un momento deseo que el *perfecto idiota* se encuentre bien.

Alan nos informa de que será difícil entrar, y el mismo coche se abrirá paso en medio de la multitud. No sé cómo se me ocurre la brillante idea de bajar la ventanilla, y entonces una ráfaga de *flashes* se dispara sobre mi rostro.

—¿Lena Roach? —pregunta uno de los hombres.

—¿Cómo tuvo acceso a tanta información? —pregunta otro.

¿Información? ¿Qué información?

—¿Casilda Watts morirá pronto? ¿Por eso decidió hablar?

Johanne sube la ventanilla por mí, he quedado de piedra.

¿Qué es lo que sucede con Casilda?

—Elena... —me advierte Johanne quitando la mirada de su iPad.

—¿Ahora qué hice?

Me lo enseña, pero no me apetece leer. Aparto el aparato y tomo una profunda bocanada de aire.

—Dime que no incluye algún cadáver con mis huellas...

Johanne sonríe.

—Admiro tu sentido del humor. —Bajamos del coche en el aparcamiento subterráneo y caminamos en dirección al ascensor—. Al parecer, mañana publicarás otro libro...

—¿Cómo que otro?

—*La mujer detrás del disfraz: Casilda Watts y su verdadera historia.*

¡Ay, no!

¡No más!

¡No esto, por favor!

—¿Estás segura de que lo firmo yo?

—La portada dice «Lena Roach».

Me dejo caer por la pared del ascensor. Quedo en el suelo, abrazando mis rodillas, y de paso la miseria que me cae encima como si se tratara del desecho de una paloma.

Johanne me abraza y sisea para que me tranquilice.

—Venir a Nueva York ha sido el peor error de mi vida. Todo era perfecto hasta que vi ese maldito anuncio del taller que dictaría la aclamada Casilda Watts.

—Levántate, vamos.

Me apoyo en ella. Mil imágenes de los momentos más tristes de mi vida vuelven a mi cabeza y se clavan como puñales en mi alma.

He sido mala y lo estoy pagando con intereses del mil por ciento.

Johanne me deja en la cama y luego vuelve con un té que asegura que va a hacerme dormir toda la noche.

* * *

Resulta imposible de creer, pero esta mañana he despertado con el ánimo al ras y mágicamente las pesadillas desaparecieron. Mientras me ducho, permito que Adam Levine me diga todas las cosas sucias y dulces que quiere hacerme. Solo él logra subirme la energía con abrir su sexi y provocativa boca.

Fuera huele a *waffles* y zumo de mandarinas. El estómago me ruge de hambre, así que antes de pasar por el armario me deleitaré con la comida de Rebecca. Al llegar a la cocina toda la pared que me ha costado levantar esta mañana se cae al suelo, ladrillo por ladrillo.

Casilda Watts espera sentada a la mesa, bebiendo té y sosteniendo entre sus manos el dichoso libro que he escrito sobre ella, mientras lee por encima de las gafas sostenidas en el puente de su perfilada nariz.

¡Tierra, ten piedad por una vez, y trágame!

—Buenos días, querida —dice, sin tomarse la molestia de mirarme—. ¿Qué tal estuvo ese baño?

—Casilda, yo...

—¿Qué vas a decir? ¿Que no escribiste este *best seller*?

Solo me permito afirmar con la cabeza.

Abandona el libro sobre la mesa y se quita las gafas. Con total feminidad y hasta sensualidad se pone de pie, apoyada en unos impresionantes Alexander McQueen con tacón de aguja. Luce radiante y parece estar preparada para recibir un Globo de Oro. Da una vuelta alrededor mío, escrutándome centímetro a centímetro.

—Claro que no lo hiciste. —¿Ah?! —. Para llegar a ese nivel te hace falta andar un camino muy largo y estrecho.

¿Es un cumplido o una ofensa?

—¿Cómo sabes que no lo hice?

—Simple. Nadie más en este planeta conoce mi verdad aparte de ti. Y mi estado de salud es un secreto que mi médico no va a romper por nada, no preguntes el motivo, y tampoco es de tu incumbencia. —Allí está ella...—. Esa obra maestra no es más que una creación mía.

¿Suya?

¿Ella lo escribió?

¿Por qué?

—¡Habla, niña! Que detesto verte como una damisela en apuros... No hagas que me arrepienta de salvarte el pellejo.

—No entiendo nada, Casilda. Era tu secreto mejor guardado.

—Me cansé de estar escondiéndome como una rata de alcantarilla cada vez que voy a un chequeo. Detesto que se creen conjeturas tan ridículas y mal fundamentadas y, más aún, ¡quiero quitarme de encima a la furcia de Julia White! Debe de estar arrancándose las extensiones de la ira. Pagaría por ver eso...

Y yo...

—Ve a vestirte y procura que lo que elijas no me haga quedar en ridículo. Tenemos un par de entrevistas para CNN, BBC y The CW. Y lleva aparte tus mejores zapatos y un vestido que no hayas usado nunca, *Vogue* nos quiere en su portada.

¿En qué momento recuperaré mi suerte?

Debo de estar soñando.

—Casilda, yo...

—Mira, Lena, no hablemos de lo que escribiste, de eso tan sucio que te hizo la arpía esa. Con esto, de algún modo, se equilibra tu balanza.

* * *

El día completo se nos pasa en sets de grabación. Casilda es un fenómeno, arrasa con todo a su paso. Una mujer que nunca en su vida ha respondido a una entrevista, que ha sido totalmente esquiva y huraña con la prensa, se ha entregado a responder hasta los más mínimos detalles. Lo hace para fastidiar a Julia, para mostrarle que ella es una estrella que brilla con luz propia y que hasta el último de sus días será amada y odiada, y que es eso exactamente lo que la mantiene vigente.

Al final del día y de regreso a casa, me habla por primera vez sobre el plan macabro que Julia White orquestó en mi contra.

—Ese diario del que habla el mundo hispano, ¿existe?

—Tristemente existe.

—Y ¿sucedió de ese modo?

—Con cada punto y cada coma.

Sonríe, maliciosa.

—Eres una zorra, querida.

Sonríe.

Es lo que soy, no pudo decirlo mejor.

—No entiendo cómo alguien puede odiarme tanto, no me he metido con ella jamás.

—Yo creería que sí...

Junto las cejas y la escruto esperando por una respuesta.

—Stephan Bradley.

¿Stephan?

—¿Qué tendría que ver Stephan con ella? Aparte de ese encuentro con su desnudez...

Casilda se acomoda el cabello, pasa las manos por su cuello y quita el color de sus labios al frotarlos.

—Stephan fue su pareja hasta el día en que te conoció en el mismo edificio BEAU.

¡Oh, maldito Cupido!

—Pero... ella no podía saberlo.

—Una mujer como ella tiene acceso a todo, más si se trata de un hombre con el que está obsesionada.

—Repetí tu historia.

—Con cada coma y cada punto.

Soltamos una carcajada sonora. El taxi aparca frente a la entrada de Sessanta, que ha regresado a la normalidad. Me despido de Casilda y, nada más llegar a la puerta, me grita:

—¿Con una mujer, Lena? Tú te llevas mis honores...

No puedo evitar sonrojarme..., sé que lo he probado todo en la vida.

* * *

Y como la felicidad nunca es completa, antes de que pueda apelar la orden de embargo, las cuentas del banco en rojo empiezan a llegar. Perdí mi piso y me exigen volver para sacar mis cosas, perdí a Sheldon y mi madre se olvidó de pagar las cuotas; ahora tendré que pagarlo dos veces y dejarlo ir.

—¿Alguna noticia sobre mi situación legal?

—Sigues siendo una ilegal... —Sonríe Johanne, que está tirada en mi cama partiéndose de risa con *The Big Bang Theory*.

—Lo he perdido todo...

—Pero tienes amor..., eso no lo tenías cuando «lo tenías todo».

—No lo tengo, Johanne. En cuanto regrese, Stephan solo será un recuerdo.

—No puedes permitir que esa bruja te lo arrebate todo, algo podrás hacer. Además, Stephan es el regalo que te dio Nueva York.

—Stephan era el novio de Julia White cuando lo vi por primera vez en BEAU.

Abre su boca cuan grande es, aprieta el botón de pausa del mando y me observa, esperando que le entregue todos los detalles. Estoy a punto de hacerlo y, justo..., el timbre.

Si ha llegado la policía, es mejor que los reciba yo.

Decidida y, de algún modo, tranquila, camino por el salón hasta llegar a la puerta. Exhalo un suspiro y agarro el pestillo. Lentamente da vuelta y se abre.

El *perfecto idiota*.

—Elena...

—Evan.

—¿Puedo...?

—Pasa de una vez.

Qué más da, será la última vez que le veré en persona. Luego nos unirá el cine.

Le indico que tome asiento y yo le imito en el sillón de enfrente. Johanne se une a la fiesta y esta vez lo hace con la boca cerrada.

—Quería disculparme contigo. —Baja la mirada.

No entiendo nada.

—Creo que soy yo la que debe disculparse.

—Nada de eso, yo te he arruinado la vida.

Johanne y yo nos miramos totalmente asombradas.

¿Qué le pasa a este tío?

Mete su mano en el bolsillo de su chaqueta y saca mi tesoro, mi *Te lo pierdes*.

¡Maldito cabrón!

Me tiro a él con la intención de arrancarle los pelos, quedo pegada a él como una garrapata y le golpeo con mis puños intentando reunir toda la fuerza que sea posible para que sienta cuánto dolor me ha causado.

Johanne me toma por la cintura y forcejea para separarme. Al final me doy por vencida y me dejo caer en la alfombra con el rostro repleto de lágrimas.

—¡Eres un idiota! ¿Cómo pudiste? ¿Qué demonios hice mal contigo? ¿No fueron demasiadas reverencias?

—Elena, no es lo que piensas. Yo...

—¡Cállate, imbécil! —vocifera Johanne—. Para eso te la llevaste a la cama. ¡Eres una asquerosa rata! ¡Un maldito cerdo!

Su rostro se ve realmente arrepentido y contrariado. Se levanta para marcharse.

Antes de eso debe responderme algo más, si quiero reponerme por completo de esto.

—Espera... —Johanne me mira—. ¿Eres el nuevo amante de Julia White? ¿Te obligó a hacerlo?

Apenas si eleva la mirada para verme y confesar.

—Me obligó, porque conoce mi secreto y con él puede armar un escándalo.

—En algún momento hablará, no es una mujer de fiar.

—Lo haré yo mismo, le revelaré a la prensa que... soy gay.

Cierra la puerta y Johanne cae en la alfombra. Ambas nos hemos quedado igual que cuando descubrimos que Mat Bomer jugaba de local.

—Elena, se están acabando los hombres... —afirma pasmada.

—Disfruta mientras puedas...

* * *

Recogí mi diario y me lo llevé metido entre la pretina del pantalón. No entiendo que un tipo como Evan Humphrey se deje manipular de un modo tan bajo. Es un idiota, se vende como la gran cosa y con ese físico hasta justifico lo pagado de sí mismo que resulta. Pero por más complicado que sea salir del armario a los ojos del mundo entero, es mucho mejor, mil veces mejor soportar lo que venga después de confesarlo que convertirse en una persona tan despreciable. Es una bajeza, esa mujer no conoce límites y hasta me apetece irme a defenderlo, porque no es justo que se salga con la suya. Mira todo lo que me ha hecho, primero por acercarme a Casilda y después a Stephan, eso desató toda su maldad. Pero al usar a Evan para herirme, también lo hirió a él. Que sí, que él pudo negarse. Pero todos sabemos los motivos que nos hacen callar o protegernos.

Siento pena por él.

—¿Estás bien? —pregunta Johanne.

—Eso creo. ¿Pasó algo más?

Se sienta frente a mí en la cama.

—Sabes lo que te quiero, ¿verdad?

—Ay, por favor, Johanne. Lo que sea, por favor, déjalo pasar por ahora.

—Okey. ¿Qué vamos a hacer?

—Tú puedes quedarte aquí y no les dices nada a Alan ni a Rebecca, para que la tía Maggie no se entere. Pero yo me tengo que ir, y creo que le pediré a Stephan que me reciba mientras busco el modo de salir de Estados Unidos con la cabeza alta.

—Consultaré en el ayuntamiento, tenías permiso de tres meses y apenas acaba el segundo.

Asiento y me levanto para recoger lo que me queda sin guardar. Es tarde, pero tengo que llamar a Stephan para avisarle de que le invadiré el piso por unos días, y también es hora de que sepa que no tengo la vida color de rosa que le vendí.

Me siento frente a la ventana y miro la ciudad antes de marcarle.

—Hola, amor.

No me hagas esto, Bradley. No me lo pongas más difícil, porque voy a

tener que irme y no quiero hacerlo sin ti.

—Hola, tú. ¿Cómo estuvo tu día?

—Alucinante, no imaginas los lugares tan impresionantes que he fotografiado. He hecho un millón de tomas, como mínimo. Ahora mismo al cielo no le cabe otra estrella y no puedo evitar pensar que son las pecas sobre tu nariz.

¡Mi Dios!

Aprieto en los labios el suspiro de dolor que me causan sus palabras.

—Steph, tengo un problema y no quisiera molestarte, pero...

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, bueno, físicamente resisto un terremoto. Tiene que ver con mi trabajo y mi situación... legal.

—¿Cómo te ayudo?

—Necesito que me permitas quedarme en tu casa, un par de días, hasta que la policía deje de buscarme y yo demuestre que aún tengo permiso para estar en este país.

—Pero ¿en qué momento ha sucedido esto?

—Es un poco largo de contar. Te lo resumo: mi contrato con BEAU acabó al igual que con la editorial que publica mis novelas. Me han demandado por plagio de la propiedad intelectual y...

Y no puedo, el llanto se me escapa de la boca porque todos esos hechos solo me llevarán a resumirle que me tengo que ir y que las promesas que hice se irán al traste.

—¿Elena? Cariño, por favor, no llores. ¡Demonios! ¿Quién te hizo algo así? ¿Lo sabes?

—No, y creo que tampoco importa, porque no será cualquier pelagatos.

—Vete a mi casa, espérame allí, no te vayas del país, ¿vale? No lo hagas, por favor, Elena.

Me ahogo en esto que siento, se me desgarran algo por dentro escucharlo tan afectado.

—No, estaré en tu casa.

—Lo solucionaremos, ¿me oyes? Lo haremos.

—Gracias, debo colgar.

—Te quiero, no te atrevas a olvidarlo.

Sonríó como tonta. Quiero esto y lo quiero por mucho más que dos semanas.

* * *

Noviembre termina dejándome las más valiosas enseñanzas de mi vida. He tenido que irme a vivir al vacío piso de Stephan mientras él recorre el país con su cámara. La policía ya me busca, y aunque sería una sabia decisión permitir que me deporten, espero a que el karma también le caiga encima a Julia White y yo pueda salir de Estados Unidos con la cabeza alta.

Esta mañana de sábado quiero ver a Susie. No sé si contaré con tanta suerte, así que antes de salir pitando de Nueva York como una criminal, intentaré pasar un día con ella. Mañana substaré mi armario entero en el salón de Claire. Seré como Isla Fisher en *Confessions of a Shopaholic*.

Salgo del piso, y esta vez tendré que hacerlo a lo clase media. Tomaré un autobús hasta el puerto para llegar hasta el gran coloso amarillo, que es gratuito y me llevará hasta Staten Island.

Johanne se une a mi aventura recordándome un episodio muy divertido de *Sex and the City* grabado en este mismo ferri. Sin embargo, su estómago empieza a rugir y le obliga a vomitar durante casi todo el trayecto. Veinticinco minutos más tarde tocamos tierra nuevamente y el color regresa a las mejillas de mi mejor amiga.

Llegamos al hogar Abba y Eva me saluda muy efusivamente. Nos comenta que Susie ha pedido ver a sus padres y que está con ellos en el jardín trasero. Dejo a Johanne con Eva en la cocina y me arriesgo a ir hasta allí para conocerlos. Cruzo por los jardines que, poco a poco, van quedando vacíos, y observo el rostro de los chicos que reciben las visitas de sus familiares y esa expresión de fortaleza de quienes tienen la determinación de retomar su vida. Y en cada uno de ellos también se refleja la sonrisa de Lauren, una señal de que, a veces, puede ser demasiado tarde.

Llego a las banquetas y mi sorpresa es enorme.

¡Alan y Rebecca!

—¡Señorita Elena! —Se ponen de pie enseguida. Están igual de sorprendidos que yo.

Apenas si sonrío.

—¿Se conocen? —pregunta Susie.

—Trabajamos para ella —admite Rebecca.

La expresión de Susie se ensombrece.

—Así que eres una niña pija.

—¡Susie! —la reprende Alan.

—Tranquilo, Alan.

Me acerco a Susie y les pido a todos que se acomoden en las banquetas. Tomo aire y hablo.

—No soy una niña pija, llegué aquí hace un par de meses y mi tía resultó estar casada con el señor Thompson. Alan fue la primera persona que conocí y de inmediato me cayó muy bien.

Susie sonrío.

—Papá es maravilloso.

Se abrazan y mi corazón se encoge.

Qué suerte que sea tu padre, qué suerte que tengas a alguien a quien llamar *padre*.

* * *

Creo que he quedado con la noticia atascada en la garganta. Son demasiadas casualidades juntas. Primero sus padres, luego él y enseguida su hermana. Seguro que si lo hubiese planeado no habría resultado. Todo parece tener sentido ahora, las miradas de Alan y Rebecca, sus secreteos, esa complicidad. Tanta energía fluyendo de ellos y ni qué decir del viaje repentino para solucionar un asunto importante *juntos*. Lo dije, mi olfato no falla, estoy curtida en esto. Pero no sé cómo lo tomará Stephan, su relación con ellos no es muy buena, y supongo que ignora que sus padres y yo ya nos conocemos.

Y como las casualidades no paran de cruzarse en mi camino, Stephan también llega a la reunión *familiar*.

No le dije que vendría y tampoco sabe del secreto que Susan y yo

compartimos.

—¿Elena?

—Hola.

Mira a Susan y a sus padres. Me abraza y me besa en la mejilla.

Sí, es mejor que no lo expliquemos ahora.

—¿Qué haces aquí?

Y las miradas de sus padres y la suya caen sobre mí. Johanne llega y se pone a mi lado. Estoy en una encrucijada y no se me ocurre ni una mentirijilla piadosa.

—Elena y yo nos conocimos hace algunas semanas —revela Susie.

—¿Dónde? —pregunta Stephan.

—¿Es cierto, señorita? —se suma Alan.

—¿Conoces a mis padres?

¡Oh, por Dios!

—Vale, una pregunta a la vez.

—No te enrolles, Elena. —Johanne, la salvadora—. Elena es sobrina de la esposa del señor Thompson —me mira—, ¿sí es Thompson?

Asiento.

—¿Tus jefes? —pregunta Stephan a su padre.

—Sí, por ella vinimos a Nueva York. Fue una petición de los señores.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Está alterado y no entiendo la razón. Algo pasa con el marido de mi tía que a la gente le genera aprehensión.

—No sabía que eran tus padres —digo.

—¿Y lo de míster Thompson?

—Me pareció irrelevante, pero te dije que mi tía se había casado y que el piso donde vivía era de su esposo.

—Mira, Stephan, Elena no tenía por qué saber lo de tus padres. Tú también pudiste decirle que trabajan para ese hombre.

—Ya, déjalo, Johanne —la calmo, porque si hay algo que esta chica sabe hacer es ganar pleitos.

—Pero ¿cómo conoce a mi hijo? —se atreve Rebecca—. A ambos.

Exhalo pesadamente y bajo los hombros.

—A Stephan...

—No les incumbe, dime por qué has venido hoy.

¡Ay, que lío!

—Vale. —Me pongo de pie, a mí nadie me pone contra la pared, sobre todo no he hecho nada malo—. A Stephan lo conocí en persona el día de mi reunión en BEAU y por eso terminé en Brooklyn esa tarde. Por su trabajo ya le conocía de antes. Y a Susan, pues vine con Stephan una vez, cuando enfrentó una crisis. Él me contó lo que sucedía y, bueno, creí que podría ayudarla. Cuando Stephan se marchó de viaje y ella volvió a desfallecer vine, le hablé, la desafié y...

—¿Y?

Esto me cuesta un mundo, pero ya abrí la boca.

—Elena pasó por lo mismo que yo —dice Susan, y se pone a mi lado—. Es una superviviente, lo superó, pudo hacerlo y gracias a ella yo tomé la misma decisión.

Sonríó y la abrazo.

Johanne me abraza y luego susurra:

—¿Es por Lauren?

—Y por mí.

Stephan se retira al otro lado del jardín, parece que es mucho para él.

—Gracias, señorita —dice Alan.

—¿Quién es ella? —pregunta Susan, refiriéndose a Johanne.

Y me doy la vuelta para mirar a la inoportuna que elegí como mejor amiga. Seguro que le está dando un sermón a Stephan, porque no para de mover las manos.

—¿La de la melena rubia?

—Es muy maja.

—Es mi hermana del corazón, mi mejor amiga, la otra mitad de mí. La del equilibrio y la cordura. Ella me tiene aquí, ella ha llorado todas mis lágrimas y siempre me ha acompañado. No sé qué sería de mi vida sin esa bruja. Se llama Johanne.

Susan me abraza por la cintura.

—¿Vas a ayudarme? ¿Estarás siempre para mí como Johanne está para ti?

Se me encoge el corazón, por un momento creo que es Lauren pidiéndome

que no la abandone, que necesita mi fuerza para recuperarse.

—Te lo prometo, Susie. Estaré.

—Elena. —Stephan toca mi hombro, Susan se va con sus padres y Johanne y nos dejan a solas.

—Lamento tanta confusión, solo quería ayudar.

Stephan me mete entre sus brazos, me aprisiona con firmeza y noto que gimotea un poco.

—Gracias.

—A ti, por traerme hasta ella. Nunca lo hice antes, fue algo que dejé a un lado y me concentré en mi vida. Pero te vi sufriendo tanto por ella que lo recordé todo. Me vi reflejada en su historia y decidí cumplir una promesa.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¡Chicos! —nos llama Johanne. Elevamos el rostro y nos hacen señas para que nos acerquemos—. No os quedará pudín.

Nos reímos y, abrazados, volvemos con ellos.

Pasamos un par de horas hablando de mis desgracias en Nueva York y de que estoy escondida, huyendo de los de inmigración. Me guardo el impulso de mencionar a Julia White, ese tema es personal y espero que Stephan no llegue a enterarse de quién es la verdadera causante de mi *mala suerte*. Aunque me debe una explicación sobre esa relación que mantuvieron, no es momento de empañar mi espejo con algo que ya terminó.

* * *

La noche se nos pasó en un suspiro mientras colocábamos la ropa en percheros y poníamos precios. La tía Maggie va a morir cuando se entere de que vendí un vestido de Chanel por treinta dólares. Stephan ayudó un rato, pero sé que la moda le da alergia, por eso lo envié a dormir. A las dos terminamos de arreglar el local de Claire. El novio de la morena, Harry, nos acompaña hasta la entrada del edificio. Sigo teniendo llaves, por eso no ha habido problema para entrar. Acomodo a Johanne en la sala haciéndole una cama de cojines y me voy al cuarto. Encuentro a Stephan revisando fotografías en el ordenador, le abrazo por la espalda y beso sus mejillas.

—Si esos sitios ya son hermosos, tú haces que se vean mil veces mejor.
Sonríe y sigue pasando imágenes.

—He fotografiado lugares que no creerías que existen, pero tengo uno que los supera a todos.

—¿Cuál? —Me quito las botas para estirar los deditos.

—Tu cuerpo desnudo es el mejor paisaje que veré jamás.

¡Que alguien me pellizque!

—No lo sabes, aún no me ves desnuda.

—Te veo con mis manos, te beso con mis ojos.

Se gira y me sube sobre sus piernas.

—No seas tan poeta.

Me besa, le beso. Nos besamos.

—Te haría un millón de fotografías para mostrarle al mundo el paraíso que es tu piel.

Un cosquilleo me recorre entera, es una sensación bonita. Porque sí, muchos chicos me han dicho cosas parecidas, solo que con ninguno sentí que fueran reales. Nunca me he visto demasiado guapa para merecer semejantes palabras.

E.—Pero lo eres, te lo dices cada mañana frente al espejo.

L.—Me lo digo porque es como las pastillas que un enfermo debe tomar a diario para mantenerse a raya. Siempre estaremos enfermas, Elena. Siempre sentiremos que el vestido que llevo se vería mejor en otra con las piernas más delgadas, o que ese bikini no es para alguien con tan poco pecho.

E.—Hace mucho que no piensas eso.

L.—Decidí pasar de ello, no mirar mucho a otras chicas ni compararme. No quiere decir que el fantasma no siga por ahí.

—Voy al baño. —Me zafó de su abrazo y sus besos, necesito aire. Stephan me roba el aliento y me confunde, porque no descifro si es bueno o malo que me haga replantearme ocho años de mi vida con una frase que pudo sacar de un libro.

Cuando regreso lo encuentro dormido. Me he dado una ducha para

borrarme las musarañas de la cabeza. Sé que pude ser menos imbécil y quedarme a terminar mejor el momento, quizá estaríamos desnudos y abrazados. Pero desde nuestra primera vez juntos sentí algo extraño, como si le estuviese entregando parte de mi esencia, como si cada vez que hiciéramos el amor un trozo de mí dejara de ser mío. Y yo siempre quiero ser mía.

Me pongo el pijama y me voy a dormir con Johanne.

Ella me despierta como a las siete y media, con cara de loca.

—¡Es tarde, Elena! Mueve el culo y date un baño. Iré a buscar el desayuno y te espero en el local.

—¡Fastidio! —le digo, y me levanto. Dando tumbos llego a la habitación en busca de la toalla. En el armario encuentro una nota: «Tuve que salir temprano, espero que todo salga muy bien hoy. Lamento que mis palabras te asustaran, no logro controlar lo que produces en mí. Te veo por la tarde, S.».

Mejor no hablemos de quién tiene peor control de sus emociones.

En el local me encuentro a Susan, le han permitido salir acompañada de sus padres. Me como unos churros con chocolate caliente y abrimos la venta. No es toda mi colección, porque lo mejor se quedó en Bogotá, pero estoy vendiendo prendas que no llegué a probarme. Necesito el dinero, no tengo efectivo y solo llamaré a mi madre cuando me dé por vencida. Johanne se ha ofrecido a darme el dinero, pero tengo que hacer mi parte. A fin de cuentas, es mi vida y no la de nadie más.

* * *

—Lo has vendido casi todo, Elena.

—Sí, Johanne, y me ha dolido desprenderme de cada pieza.

Me abraza, cariñosa, y me ofrece un *macaron*.

—¡Elena! —Susie me llama a gritos—. Alguien quiere negociar el precio de tus Prada.

El momento más difícil ha llegado...

Resignada, viendo en lo que se ha convertido mi vida, camino hacia la mujer que acaricia la piel de mis amados Prada. Recuerdos de todos los momentos de buena suerte que he vivido con ellos puestos saltan a mi memoria

y me hacen sentir vacía. Como si estuviera perdiendo la mejor parte de mi vida.

Llego hasta la mujer y asumo un papel profesional.

—No pueden ser menos de cincuenta dólares. Es lo más valioso de la venta. Son edición limitada, inspirados en...

—Audrey Hepburn.

¡Oh, *my Dior!*

—¡Tía Maggie!

Nuestros cuerpos se encuentran en un abrazo estrecho que no quiere acabar nunca.

—Sabes que puedo darte ese dinero, pajarito.

—Tía...

—Y sabes que puedo solucionar tus problemas si le pido a Theodore que haga algunas llamadas.

—Son mis problemas.

—No lo son si alguien los provoca con tan mala intención. Esa arpía se merece que la condenen a usar seda falsa y que el herpes le...

—¡Tía! Ya veo que Johanne te puso al día.

—Debes demandarla, yo me encargo de los abogados. Los mejores del país.

—Esto no va de trabajo, lo sabes.

—Ese chico debe de ser un puto dios para que ella te declare la guerra y tú no quieras defenderte.

Sonrío, sí, como una boba a punto de escurrir la baba. Entra en el local, lleva un gorro de punto, un abrigo largo, bufanda, vaqueros, y no bajo más porque me quedo en esa barba cada día más poblada y en sus ojos soñadores.

Claire se acerca a saludarle, pero sus zafiros se iluminan a tope cuando ve a Susan. Le extiende los brazos y la carga, le besa con tanta ternura que me derrito de amor por ambos.

—¿Este chico no es el hijo de Alan?

—Sí, Stephan Bradley.

—¡Tu fotógrafo! —La voz chillona de mi tía hace que me duelan los oídos. Me abraza y, cuando la miro, su rostro me refleja una serenidad arrolladora.

—¿Por qué me miras así?

—Porque acabo de verme en ti, acabo de descubrir por qué desde que Theodore llegó a mi vida todo cambió.

—¿Por qué cambió?

—Porque me enamoré, pero de verdad. Ese tipo de amor por el que harías cualquier cosa. Y sí, Stephan podría parecerse a algún hijo de Zeus, pero ha hecho más que calentarte las bragas, pajarito. Ha traspasado tus barreras.

Ahora tengo tía vidente.

El mercadillo ha terminado y me deja unas ganancias netas de dos mil quinientos treinta dólares. No me alcanza ni para el billete de regreso...

Así va esto.

Stephan me ha esquivado un par de veces, me dio un mustio beso y se alejó, sopeso la teoría de que quiere darme espacio para que no huya de él en sus momentos de poesía desbordada.

—Yo invito a la cena —se ofrece Maggie.

Los demás lo celebran, yo le entrego el dinero a mi cajera y la tomo del brazo.

—Ya puedes prestarme el dinero —le digo en un susurro.

—Ay, Elena. Solo tú haces estas cosas. Primero me pagas los intereses y luego me pides prestado.

—Nunca he pedido prestado —reconozco avergonzada.

—Nunca le mirabas tanto el trasero a un hombre y mira lo que haces ahora. La pincho en el costado y ella me abraza.

—No te des por vencida, seguro que tu tía lo arregla, por eso la llamé.

—No debiste.

—Sí que debía. Te mereces vivir tu historia de amor sin bruja a bordo, y si puedo hacer que pase, pues llamaré al mismo Papa.

Esta loca es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Cenamos todos juntos en un restaurante acogedor cerca del piso de Stephan. La tía dice que se quedará en el piso y que la próxima semana me dará noticias. Pero Johanne me deja intrigada cuando anuncia que debe decirme algo importante y me pide que vaya a verla cuando Stephan se marche.

Y con mi fotografía camino de vuelta a su piso.

—Viajo mañana, pero regreso para Nochebuena. ¿Crees que puedes hacerle algunas visitas a Susan?

—Claro que sí.

—Elena...

—¿Sí?

Frena sus pasos y en mitad de la calle me levanta en brazos.

—Si tu tía no logra que te quedes, yo sí lo haré.

—¿Tú? ¿Cómo? —Sonrío, curiosa.

—Pidiéndote que te cases conmigo.

E.—¡Oh, vaya! Se me ha cerrado la garganta.

L.—¿Casarme? ¡Dios! Yo no estoy hecha para casarme, si apenas estoy descubriendo lo que se siente al tener una relación verdadera. No me mates, Elena, pero quiero echar a correr. Sabes que tengo todas las alarmas encendidas.

E.—Es una solución para quedarnos.

L.—¡No! Es demasiado.

—Creo que acabo de pasar de enamorado a acosador.

Sonrío a medias.

Tú sabes salir de esta, sabes cómo hacerlo, Lena.

—¿Si nos saltamos todo y pasamos a la noche de bodas?

Stephan se carcajea.

—Eres una interesada.

¡La he librado!

—Estoy negociando.

Nos besamos y entramos en el edificio así, con las piernas enganchadas a su cintura y las manos en su cuello. Intento bajarme en las escaleras, pero me aprieta fuertemente y siento su respiración agitada, pero no por mi peso, o no del todo.

—Steph, ya puedes bajarme.

—¿No querías tu noche de bodas? Pues empieza contigo en mis brazos

cruzando el umbral de la puerta.

Me carcajeo y me ocupo de bajar la cabeza para no golpearme.

Cruzamos el umbral y me baja.

—¿Cómo la quieres?

—¿Estás negociando?

—Un poco.

Le quito el abrigo y acaricio sus hombros sobre la camisa.

—Quiero que no se me olvide nunca, ¿puedes?

—Lo intentaré.

Y me levanta en volandas, emito un gritito y me aferro a su cuello.

Llegamos al cuarto, me baja y busca el móvil.

—¿Qué haces?

—Elijo nuestra canción.

Elevo las cejas y paso saliva con dificultad. Estoy un poco, poco no, mucho. Estoy muy traspasada aún con su idea del matrimonio.

Deja el teléfono sobre la pila de libros que tiene en un rincón y se dirige a la tienda de campaña para sacar el colchón.

—Te has vuelto loco.

—No. Estoy haciéndolo inolvidable, no me cortes.

Me río, nerviosa.

Acomoda en el centro colchón, sábanas y almohadas.

—Zapatos fuera —ordena.

Me quito las deportivas y quedo en medias. Stephan vuelve a coger el móvil, luego me ofrece la mano para invitarme a bailar.

—¿Me concedes este baile?

No puedo evitar reírme con ganas, se me mueven los hombros y bajo la cabeza negando.

—Por favor, debes decir que sí. Ayúdame un poco, mi vida.

¿Mi vida?

Contengo el aire y elevo la mirada.

—¿Qué has dicho?

—Me oíste, acostúmbrate a ser mi vida, mi amor, mi cielo, mi cariño...

—Vale, lo he captado. —Y le tiendo la mano.

Le da a reproducir y comienza una canción. Stephan apresa mi cintura y reposo mis manos en sus hombros. Nos movemos despacio, al ritmo de una melodía de algo que parece *rockpop*. Tampoco es fácil bailar sobre un colchón, los pies se me hunden y tropiezo con los suyos.

—Y no sé por qué no puedo apartar la vista de ti.

Repite una frase de la canción, es una letra bonita. Habla de que al encontrar a alguien sientes que has perdido demasiado tiempo y que el reloj corre deprisa. Pero que solo somos él y yo en medio de un montón de gente que no es relevante porque solo puede verme a mí. Hay una frase que me toca: «Haces que mi cabeza dé vueltas. No sé adónde ir después de aquí».

—Tú no paras de dar vueltas en mi cabeza —le confieso al oído.

Stephan me besa en la mejilla. Sus manos se cuelan por debajo de mi camisa y suben por los lados. Busco sus labios y los encuentro dispuestos y húmedos. Nos besamos chocando las lenguas, le muerdo el labio y tiro de él. Sus manos ya llegan a mis brazos, así que los elevo para que retire la prenda. Mis dedos descienden de su cuello por sus hombros y le acaricio el pecho hacia abajo, también cuelo mis manos y acaricio su piel tibia y cubierta por una capa de vello. Stephan sube los brazos y le quito la franela.

Sus manos van a la pretina de mi falda y sueltan el botón, bajan la cremallera para que, con solo un movimiento, caiga al suelo. Me aprieta contra su cadera y gimo al chocar con su erección. Busco soltarle el cinturón y él se encarga del resto. La canción suena como acompañamiento y siento que estoy en una escena de una peli romántica. Él se arrodilla, besa mis muslos y sube en una cadena de besos húmedos hasta el borde de mis bragas. El vientre me da un tirón. Sus manos toman las mías y acepto la invitación de unirme a él. Estamos de nuevo uno enfrente del otro. Le miro, no me canso de hacerlo, porque es como dice la canción: «Hay algo en ti que no puedo descifrar».

Me desabrocho el sujetador y llevo sus manos a mis pechos. Él los toma por completo y los masajea delicadamente.

Me acerco, le beso, entierro los dedos en su pelo mientras los suyos me recorren la espalda.

—Mereces que te besen, te acaricien y te amen cada día de tu vida, Elena.

Suspiro y sonrío, porque empiezo a creer que es como él dice, que

merezco que alguien me ame sin final.

Me separo y coqueteo un poco con la mirada, le empujo suavemente para que se tumbé y sinuosamente me siento sobre él. Mis manos le tocan primero y luego mi boca le besa desde las clavículas hasta el abdomen. Me muevo sobre su erección y la fricción es deliciosa. Él se va hacia atrás y se sostiene con las manos a ambos lados de sus piernas. Yo hago lo mismo y es como si nuestros sexos danzaran. Se me escapan los gemidos, porque siento que voy a correrme demasiado pronto. Permanezco con los ojos cerrados, y así percibo plenamente cada sensación. Stephan se acerca, me besa, me recorre entera y luego me tumba boca abajo. Inicia un camino de besos desde mis tobillos. Acampa en mi espalda, baja con lametones y pequeñas mordidas.

Me quejo, nos reímos y me da la vuelta.

Deja un beso sobre mi ombligo, pero no permito que se quede allí, me quito las bragas y llevo una de sus manos a mi sexo pidiéndole que me acaricie. Lo hace, me abre las piernas y hace que me retuerza una y otra vez mientras dibuja círculos. Alcanzo el orgasmo enseguida.

Su boca atrapa mis gemidos mientras su erección se cuele por mi hendidura. Su peso me aplasta un poco, pero no en una forma invasiva, lo que siento es protección, seguridad.

Nuestras manos se juntan y Stephan marca el ritmo, continuo, firme, alucinante. Giramos y ahora estoy encima, sus dedos se clavan en mi cadera y la acompasa con movimientos más intensos. Gruño, abre los ojos y me acaricia también con ellos. Flexiona las rodillas y me agarro a ellas para arquear la espalda. Sus manos me alejan y me atraen. Es un vaivén que va perdiendo el control, porque mi carne tira para recibirlo más a fondo. Llevo el cuerpo hacia delante, me apoyo en su pecho y me muevo rápido, él también empuja con vehemencia desde abajo, y en medio de la oleada de placer que me envuelve apenas escucho el choque de nuestros cuerpos. Gimo, gruño y me acerco su boca, nos besamos, nos lamemos, nos mordemos. Muevo las caderas al ritmo que me impone eso que parece quemarme por dentro, y de nuevo Stephan hace que rodemos y se pone sobre mí.

—Vas a tener que perdonarme, pero voy a correrme. —Me río—. Estoy acumulando ganas desde hace semanas.

Eso me calienta, como una sopa. Empujo su trasero para que lo haga de una vez, quiero que nos corramos juntos, no importa si es demasiado pronto, es nuestra noche de bodas. Es amor lo que hacemos, es pasión lo que experimentamos. No son ganas, no competimos para ver quién tarda más. Prefiero mil veces arder que durar.

Stephan acelera, gruñe, y yo emito jadeos entrecortados.

—Vente conmigo, Elena.

Y lo hago, me voy con él, me corro en un orgasmo que me barre de los pies a la cabeza y me pone la piel de gallina. Él también vibra sobre mí y siento cómo me mancha el abdomen con su semen.

—Perdona —musita con la voz oscura, cortada, satisfecha—. Hacerlo sin condón, contigo, es dinamita.

—Era nuestra noche de bodas, tenía que ser inolvidable.

Me toma la cara y me besa por todos lados.

—No sabes lo que daría porque fuera verdad.

No me pidas tanto y en tan poco tiempo, Bradley.

Me besa la punta de la nariz y se levanta para traer pañuelos y limpiarme. Luego se ocupa de las sábanas y de volver todo a su lugar mientras yo paso a la ducha.

Sorpresas, más secretos, hora de arrepentirse



—Quédate —suplico a mi mejor amiga—, podemos trabajar juntas, alguna cosa haremos.

—No lo sé, siento que después de lo que voy a decirte no me querrás cerca en mucho tiempo.

—¿A quién le robaste el novio?

Me pincha en el abdomen y me quejo como una cría.

—No soy yo la de esas bajezas...

—Anda, dime de una vez...

Se recuesta en mis piernas mientras vemos las estrellas en el firmamento, tumbadas en el césped de Central Park.

—Es que me cuesta.

—Johanne, ¿qué es tan grave? Me estás asustando.

—Si no lo has notado, yo tiemblo.

—Habla, lo que sea no puede hacer que no quiera verte nunca más.

Se aclara la garganta y vuelve a sentarse.

—Ese chico con el que salgo es...

Aprieta los ojos y se castiga el labio inferior con los dientes.

—¿Quién? ¿Le conozco?

—Sí —musita—. Saliste con él.

—Johanne, no pasa nada. Solo no digas que eres mi amiga.

—No lo entiendes. Creo que puede dividirnos, es alguien por quien estuviste muy colgada.

—Mientras no se trate del imbécil hermano de Lauren, puede ser quien sea. Además, tuve una época en la que cada semana me colgaba de un tío.

—No quiero dejarle y no quiero perderte. Debí decírtelo desde el principio.

Suspiro pesadamente.

—¿Es por él por lo que te vas? —Asiente—. ¿Te pidió que te vayas con él?

—No, solo quiero tomar distancia, pensar en si es lo que quiero. Si vale la pena arriesgar. Pero tengo que decírtelo.

—No lo hagas. —La detengo enseguida—. Ve y piensa en todo lo que tienes que pensar y regresa cuando sea el momento. Con las ideas claras, me lo dices.

—¿Segura? —Asiente—. Sin derecho a reproches.

—Que sí.

—Te quiero tanto, tonta.

—No más que yo, tonta de mi vida.

Nos tumbamos sobre el césped después de beber vino en vasos de plástico. Jugamos a encontrar las estrellas más brillantes para pedirles deseos. Solíamos hacerlo junto a Lauren en las vacaciones de verano, en casa de los Nichols.

—¿Lo harás? —pregunta casi en un susurro.

—Creo que es lo correcto.

—Muy bien. —Se sienta de nuevo y busca en su bolsa mi *Te lo pierdes*. Que ahora me acompaña día y noche.

—¿Quién es el primero?

—David Montero.

Ambas nos miramos y fruncimos el ceño.

—Supe que acaba de perder a su esposa, no creo que sea tan buena idea.

—Si me detengo por eso, en cada uno hallaremos una excusa para no hacerlo. Marca de una vez.

Se encoge de hombros y busca su móvil. Empieza a teclear, luego activa el altavoz y nos acercamos a la espera de oír la voz del otro lado de la línea.

—¿Bueno?

Vamos, Elena, han pasado ocho años y de seguro que no lo tomará tan mal.

—Hola David, soy Elena.

—¿Elena? ¿Qué Elena?

—Elena Rocha.

—¡Púdrete, zorra!

Y corta.

—No estuvo tan mal para ser la primera.

Johanne se carcajea.

—Te lo dije. —Vuelve al libro—. Sigue Pedro Martínez.

—¡Ufff! —decimos al unísono.

—Con lo bueno que se puso. ¿Viste las fotos para esa marca de interiores?

—Sí las vi. Y se me antojaron aquellas noches...

—¡Cabrona! No te regodees.

—Anda, llámale.

De nuevo el ritual.

—Diga.

—Hola, Pedro, con Elena Rocha.

Vamos directo, que se hace tarde.

—Hola, hermosura. —Eso no me lo esperaba—. Me pillas en mal momento, llama después, ¿vale?

—Muy bien.

Dos horas hemos tardado en llamar a veinte chicos.

No puedo creer que fueran tantos, y sin contar los de una noche para el olvido. Debo decir que no todos me trataron muy bien. Algunos me recriminaron el asunto del libro y los defectos que puse de ellos, que les han costado relaciones y vida social. A otros les fue mejor y la fama les sonrío, y lo más importante es que la mayoría lograron perdonarme que me fuera sin avisar, terminar sin una razón válida. Solo me queda Brian, y con él deseo hablar *face to face*.

Johanne me detiene antes de que me ponga de pie y vaya en dirección al

hospital.

—No tan rápido. Te falta una cosa más.

—¿Qué me falta?

—Quemar ese libro.

Bajo los hombros y la cabeza.

Lo siento, Lauren. Hasta aquí llegué. Creo que fui lo suficientemente cabrona por las dos.

Johanne busca un mechero en su bolso y yo abro el libro por la mitad. Acerca la llama y empieza a arder. Lo tiro al fondo de una cesta de basura y miro cómo, poco a poco, se convierte en cenizas.

* * *

Espero sentada en un banco fuera del hospital a que Johanne logre traer a su hermano. Esto será más complicado que las llamadas y los insultos a mi pobre madre.

—Johanne, estoy trabajando. ¿Qué puede ser tan importante?

Lo escucho quejarse. Palidece en cuanto me ve.

—¿Estás bien, Elena? Entra, si es porque estás de ilegal, no pasa nada. Puedo obviarlo en la historia.

Sonrío y él me imita.

—¿Puedes sentarte un momento?

Me mira, y luego a su hermana. Se siente perdido.

—No les conseguiré drogas...

Nos carcajamos.

—Se trata de ti y de mí.

Su rostro se contrae y no sabe qué decir.

—Elena, yo estoy comprometido con una mujer maravillosa, acabamos de tener un hijo. Yo no puedo. Aunque se que te querré siempre, no puedo.

—Brian. —Me levanto para abrazarle, su confesión me conmueve, es un verdadero hombre. Tímidamente pone sus brazos en mi cintura y su calidez me reconforta.

—No me digas que has enfermado terriblemente y vienes a despedirte...

Este chico jamás dejará de preocuparse por mí.

—No, Brian, vengo a pedirte perdón por dejarte sin un motivo razonable. Sin decirte que lo haría.

Nos separamos y buscamos sentarnos.

—¿Cáncer? ¿Sida?

—¡Brian! ¡Cállate y escucha! —le reprende Johanne.

—Supongo que leíste sobre ese diario que llevaba. —Él afirma—. Pues lo hice en parte porque quería hacerlo y en parte porque cumplía una promesa a Lauren.

Sus ojos parecen oscurecerse un poco más.

—¿Ella te pidió que nos enamoraras para luego dejarnos?

Es la cruda realidad.

—No nos fue muy bien con los chicos, como recuerdas, lloramos y nos rasgamos las vestiduras por cada idiota que nos dejaba rotas. Antes de morir me dijo que debía hacerlo por ella y por mí. Vengar nuestras lágrimas, hacerles sentirse miserables. Que ella estaría feliz y tranquila...

—Es demasiado cruel...

—Tenía tanto dolor... Por querer verse perfecta y deseable para los chicos llegó demasiado lejos, y de nada sirvió. Cuando me recuperé comprendí el valor de esa promesa. Cada burla, cada desplante y cada lágrima merecían ser vengados, y eso fue lo que hice por ocho largos años.

—Yo te amé, Elena. Así como te amó Michael.

—No lo nombres..., él simplemente se largó.

—No fue tan fácil, sus padres debían protegerlos. Él no pudo decirte el motivo de su partida. Me suplicó que no te lo dijera y que cuidara de ti.

¿También fui injusta con Michael?

—¿Por qué se fue?

—Porque sus padres tenían muchas deudas y poco dinero para pagar. Huyeron del país y nunca más supimos de ellos.

—¿Estás seguro de que no volviste a saber de él?

—Muy seguro. —Su teléfono suena, señal de que debe volver. Toma mis manos y me mira con esa ternura con que siempre lo hace—. Yo te perdóné hace mucho tiempo, Elena, ahora te toca a ti perdonar a Michael para que tu

vida vuelva a empezar.

Me da un beso en la mejilla y regresa a su trabajo.

Mi castillo de naipes está totalmente por el suelo.

Este cuento no ha terminado

Johanne me ha dejado en casa de Stephan y se ha ido a la de Brian. Se marchará por una larga temporada, para aclararse las dudas sobre su tormentoso amor. Voy subiendo los escalones lentamente; estoy rendida, pero me siento liberada.

Algo en el ambiente parece pesado. Al abrir la puerta, me encuentro con la escuálida y Stephan, llegará mañana para Nochebuena.

No puedo evitar el miedo que me recorre. Nada bueno debe de traer la visita de esa furcia.

—¿Julia?

—Creíste que te habías salido con la tuya, ¿verdad?

Está bebiendo *kopi luwak*, ojalá que le destruya el hígado.

Bueno, no...

—No entiendo, yo...

—No te hagas la inocente. Tramaste junto a Casilda acabar con mi trabajo en BEAU y puede que ya no esté allí, pero contigo no he acabado, *princesita*.

¿Se ha quedado sin trabajo? Espero que mi tía no tenga que ver con esto.

—Yo no te he hecho nada. No entiendo el motivo de tu odio.

Camina hacia mí de forma amenazante y yo retrocedo.

—Eres como ella, igual de despreciable. Igual de zorra.

Ya sé por dónde va el agua al molino.

—Para empezar, yo no tenía ni idea de que Stephan tenía una relación, él no lo mencionó. Ni siquiera en este tiempo lo ha hecho.

—Pues la tenía, imbécil. Y por tu culpa ya no me responde al teléfono. Y no pienso descansar hasta verte aplastada. Será más fácil que con Casilda.

—¡Qué lástima me das! Búscate un poco de amor propio y acepta que pudo ser cualquier otra mujer. Además, él te dejó antes de conocerme. — Miento un poco, porque necesito que lo entienda—. Todo esto que me has hecho no nos ha separado, ni ese absurdo plan que urdiste para que me viera con otro en la cama. No me hiciste daño a mí, sino al pobre Evan, que ha permitido que le manipules con asquerosos chantajes. ¡Déjale en paz! ¡Déjanos en paz a todos, loca!

—No, *princesita*. Tú me lo debes. Tú te metiste con el único hombre al que quiero en mi vida. Esta vez no será como con Casilda.

—¿Qué más quieres de mí?

—Que dejes a Stephan en paz. Él es mío.

¿Excusez moi?

—Que lo decida él, yo no tengo la culpa.

—¡Tú tienes toda la maldita culpa! Tenías que aparecer y meter tu nariz en lo que no te importaba. —Camina hacia mí, es que hasta creo que sacará su varita y me hará el abracadabra. Esta mujer es de temer...

E.—Huye, Lena, sálvanos.

L.—Elena, no es momento.

Me extiende mi pasaporte y visado junto a un billete de avión.

—Regresa, desaparece de su vida, de nuestras vidas.

—Esto es absurdo. ¿Por qué, simplemente, no puedes resignarte y hacerte a un lado?

—Porque esta partida la gano yo, porque en tu novela soy yo la damisela en apuros y tú la arpía.

¿De qué demonios está hablando?

—¡No pienso alejarme de Stephan!

—Estoy embarazada, *princesita*. Y mi hijo necesita a su padre.

Touché.

Karma, ¿no habías acabado conmigo ya?

Esto ya no es un *chick flick*, es un culebrón. ¡Qué cliché, karma!

Se me hiela la piel, el suelo se mueve bajo mis pies. La escuálida deja mis documentos en el suelo y se larga, no sin antes hacerme una última advertencia, como para que no tenga la más mínima intención de quedarme.

—En veinticuatro horas vence tu *amnistía*.

En cuanto cierra la puerta me derrumbo en la moqueta. Lloro y lloro tanto que se me van las fuerzas en ello. Por eso nunca debí enamorarme. Por eso no hay que fijar los ojos e ilusionar el corazón. Porque siempre voy a sufrir, siempre el amor me va a hacer llorar. Siempre me voy a enamorar de quien no debo hacerlo.

Sin mi *Te lo pierdes* no soy más que una estúpida y manipulable sentimental.

Me levanto para llenar la maleta con las escasas cosas que me quedaron. Llegué con cuatro maletas y me voy con una y con exceso de equipaje, el de mi corazón herido y la carga de mis culpas. No puedo quedarme, no puedo luchar en vano, no puedo meterme en medio de Stephan y su hijo. Yo sé lo que es no tener padre, no saber siquiera quién es y vivir añorándolo. No será por mí por lo que ese niño sufra.

Salgo del piso y dejo una nota en la barra:

«Gracias».

En ese silencio siniestro de mi corazón y mi cabeza, voy camino al aeropuerto. Ni siquiera la desquiciada se atreve a hablarme. Estamos rotas, hechas trizas. Nueva York se queda con mis sueños y con mi amor. Nunca debí dejar de ser Lena Roach.

Nunca.

En las adorables tiendas de lujo del JFK, que no cobran impuestos y son tan baratas, me desinhibo encontrando de nuevo mi *alter ego*. Un poco de Chanel, Miu Miu y Mulberry para levantar mi coraza.

Salgo del baño siendo la misma fachada que entró por las puertas de inmigración un par de meses atrás. Mis gafas oscuras me protegen de la

realidad que revelan mis ojos: mi interior, donde millones de diminutos seres intentan contra viento y marea repararme el corazón.

Vuelvo a la sala, donde me llamarán para tomar el vuelo que me llevará de regreso al lugar que no debí dejar. Termino de pasar la documentación y el equipaje. Miro hacia la puerta, que espera para despedirme, y pesadamente enfilo hacia allí afirmando en el suelo esos doce centímetros de altivez y orgullo que he comprado. No puedo permitirme trastabillar o arrepentirme, porque acabaría muy mal. El oficial de abordaje recibe mi billete y me invita a pasar deseándome un buen viaje y, de ser posible, un pronto regreso.

Cómo no.

Creo alucinar escuchando la voz de Stephan. Sin embargo, no puedo darme la vuelta o no me iré nunca.

—¡Elena, por favor!

No, Stephan. No soy Elena. No puedo ser tu Elena.

—Señorita. —Me detiene el oficial.

Muy bien, inhalo hondo y exhalo.

Eres una cabrona, demuéstalo y se acabó.

Me giro y ya siento mis ojos acristalados. No, lágrimas no.

—¿Adónde vas sin mí, dulzura?

E.—Oh, Elena, no le hagas esto.

L.—¡No hables! Esto me toca a mí.

—Lo siento, Bradley. —Hago uso de ese tono implacable y arrogante con el que he terminado cada una de mis relaciones—. Lo nuestro no tiene futuro, tú no eres lo que busco y creo que me cansé de no ir a ninguna parte con *esto*.

No se lo cree, no puede dar crédito a mis palabras. Ni yo me lo creo, porque ni siquiera le estoy mirando a la cara.

—Elena..., no entiendo. ¿Qué hice mal? —Intenta tocarme, pero me aparto.

—No supiste complacerme, no diste la talla. Y pues, qué le vamos a hacer —encojo los hombros—, te lo pierdes.

Me giro para volver, debo caminar normal a pesar de que mis pies quieren volar.

E.—Ve con él, Elena. Díselo, ella es la arpía.

L.—No, desquiciada. Sabes que en esto no cedo ni medio centímetro.

E.—Te vas a arrepentir, vamos a llorar y sabes que costará demasiado recuperarse.

L.—Pero pasará, todo pasa.

E.—No le hagas esto, prometiste no hacerle daño. No a nuestro sueño.

L.—Cuando nazca su hijo se le olvidará todo, créeme que hasta me lo agradecerá después.

E.—¿Y nosotras? ¿Qué vamos a hacer con este amor por él que no nos cabe en el cuerpo?

L.—No tengo ni idea, llorarlo hasta que dejemos de sentirlo. Pero vámonos ya, que no lo soporto.

Voy cruzando el umbral y alcanzo a oír esa frase de sentencia que explica por qué lo que hice en estos ocho años solo fue perder el tiempo y comportarme como una imbécil.

—¡No, Elena! ¡Eres tú la que pierdes! ¡¿Me oyes?! —Te oigo, fuerte y claro—. Tú, tú te lo pierdes.

No, no, no. Esto no ha acabado

Agradecimientos



Un año en reposo para esta historia y luego ha tomado un giro inesperado. ¡Así es esto y lo adoro! Solo quiero agradecer a esta vida que he llevado, que es la suma de muchas de las situaciones aquí reflejadas, algunos momentos grises que no he permitido que se conviertan en oscuros. En esas situaciones por las que he pasado, escribir comedia ha sido un bálsamo renovador.

A mis amores, Celinés y Fernanda, a las que adoro y que son el apoyo más increíble que jamás imaginé tener. Mil gracias, chicas.

A mis Fugitivas, por estar ahí.

Odessa, gracias por preocuparte tanto por mí.

A la *mamma*, no puede faltar, y a *mi Stephan*, gracias por los besitos que me devolvieron la inspiración

¡¡Y a mí eterno muso que me pone a escurrir baba!!



Escucha la banda sonora que inspiró a Isa Quintin al escribir «Tú te lo pierdes».

<http://bit.ly/2jNneZD>

Biografía



Isabel Quintín o Isa Agridulce es una colombiana que descubrió su pasión por escribir luego de pasar por una decepción amorosa. En 2012 nació el blog *Isa Agridulce*, un diario de vivencias convertidas en narraciones que fueron alimentando la pasión por las letras y sirvió como medio de prácticas para que en 2014 se publicara en la plataforma de Amazon su primera novela titulada *Parte de mi equipaje*, una historia de superación que ella denomina «un experimento para vencer al miedo». También ha mantenido la línea del romance contemporáneo con la novela *Pasión de invierno*, denominada por algunas de sus lectoras como «sublime y emocional». Un año después, gracias

al apoyo y la acogida de los lectores, publicó la primera parte de la biografía *Fugitiva: rompe el silencio*, dando un giro de 180 grados al género que usó para su primera historia. Luego de seis meses publicó el desenlace de esta que se tituló *El amor o el perdón*, donde predominan romance y suspense, lo que le ha permitido explorar otro estilo narrativo, además de incluir algunos detalles de novela policíaca que dieron pie a su siguiente novela titulada *Me llaman Halcón Negro*, un *thriller* psicológico basado en uno de los personajes de *Fugitiva*.

Isa es una lectora ávida, amante de los romances de Nicholas Sparks, el misterio y miedo de Stephen King y las inimaginables historias clínicas de Robin Cook. Adicta al cine y fanática de la buena música, es cofundadora y diseñadora de la revista digital *ZL Magazine* y dedica su tiempo libre a practicar senderismo junto a su labrador Sabas y a aprender sobre diseño arte y literatura.

Notas

[1] Persona con la que se mantiene una relación exclusivamente sexual. En España diríamos *follamigo*; en América, *amigovio*.

[2] Se refiere a la serie de novelas eróticas formada por tres títulos, *Cincuenta sombras de Grey*, *Cincuenta sombras más oscuras* y *Cincuenta sombras liberadas*, de la autora británica E. L. James, que encabezaron la lista de libros más vendidos en prácticamente todo el mundo.

[3] Serie de televisión estadounidense que narra la vida de un grupo de jóvenes de clase alta en el Upper East Side de Manhattan, en la ciudad de Nueva York. Chuck Bass es uno de los personajes principales.

[4] Película estadounidense protagonizada por Raoul Bova y Diane Lane. En España, el título se tradujo como *Bajo el sol de la Toscana*.

[5] Personaje protagonista de *Cincuenta sombras de Grey*.

[6] Devachan NYC es un salón neoyorquino especializado en cabellos ondulados y rizados.

[7] Comedia romántica estadounidense protagonizada por Audrey Hepburn y George Peppard y una de las películas con mayor influencia en los años sesenta. La acción se desarrolla en el Upper East Side de Nueva York y su protagonista femenina se convirtió en un icono de moda y estilo. En España se tradujo como *Desayuno con diamantes*, y en Hispanoamérica, como *Desayuno en Tiffany's*.

[8] El *kopi luwak*, conocido también como *café de civeta*, se obtiene a partir de granos de café que son ingeridos por este animal y expulsados en sus heces tras la digestión. Después se recolectan, lavan y tuestan ligeramente. Las enzimas presentes en el estómago de la civeta le dan sabor al café y le restan amargor, de forma que apenas es necesario añadir azúcar. Es uno de los más caros del mundo y solo se encuentra en lugares muy exclusivos.

[9] Película estadounidense de 2007. Uno de sus personajes principales, interpretado por Jack Nicholson, es aficionado a este tipo de café. En España el título se tradujo como *Ahora o nunca*.

[10] Postre de crema cuya superficie se espolvorea con azúcar, que a continuación se quema para obtener una capa fina y crujiente de caramelo.

[11] Tipo de galleta tradicional francesa hecha de clara de huevo, almendra molida, azúcar glas y azúcar.

[12] Preparado a base de proteína vegetal que se obtiene de la soja. Tiene una textura similar a la de la carne y los vegetarianos la utilizan como sustituto de esta.

[13] Sábana con un agujero o «huequito» cosido estratégicamente que se utilizó en algunas culturas para hacer el amor a través de ella, con el fin de no mostrar el cuerpo desnudo a la pareja.

[14] Escritora y periodista británica, editora jefa de la edición norteamericana de la revista *Vogue*.

[15] Es parte de la letra de la canción de Maroon 5 *New Love*, del álbum *V*.

[16] Es parte de la letra de la canción *We Found Love*, interpretada por Rihanna y Calvin Harris.

[17] Son dos personajes, amigas inseparables, de la serie de televisión *Anatomía de Grey*.

[18] Protagonista de la serie americana *White Collar*.

Tú te lo pierdes

Isa Quintín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Isa Quintín, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-16535-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com